

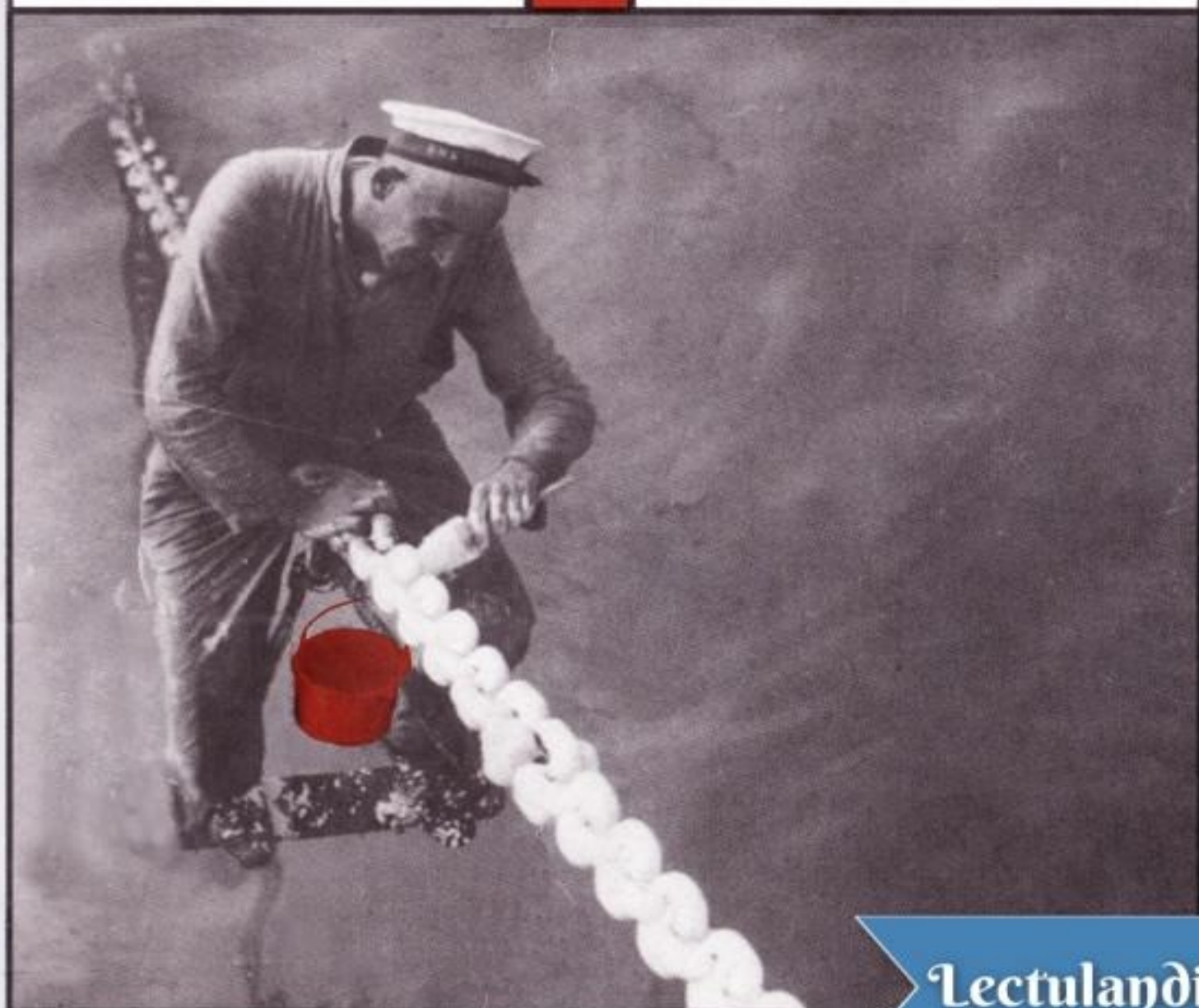
Kjartan Fløgstad



El cuchillo en la garganta

Traducción de Kirsti Baggethun y Asunción Lorenzo

se



Lectulandia

En la Noruega de finales del siglo xx bruscamente enriquecida por el petróleo, Bjørn Pelado Blakke, Ann Dante y el Minga emprenden una violenta huida hacia adelante, aun sabiendo que el nuevo mundo de plástico construido sobre las ruinas del antiguo, que se ha derretido como el acero en una cuba de fundición, no les dará ninguna oportunidad.

El cuchillo en la garganta, primera novela del noruego Kjartan Fløgstad que aparece traducida al castellano, activando los mecanismos de la novela negra con el inexcusable crimen construye una crítica mordaz de la sociedad postindustrial. Es así desde el principio. Edgar Allan Poe escribió «Los crímenes de la Rue Morgue»: se inventó el género, lo vinculó a un espacio — el de la ciudad moderna— y le asignó un sentido —la crítica de la sociedad de masas—. Desde entonces la serie negra ha sacado el mayor partido de esta situación de partida: ¿quién es el detective y quién el asesino? En una sociedad esencialmente criminal, por lo injusta, ¿no puede pensarse acaso en la legitimidad de una inversión de roles?

Al tiempo, en esta novela Fløgstad crea un espacio de ficción tupido de imágenes originales, poblado de personajes densos e íntimamente contradictorios, con un lenguaje que se dispara en todas direcciones y trabaja la oralidad, el equívoco, los dobles sentidos o el lirismo con igual maestría. De aquí la complejidad de una traducción que no hubiera sido posible sin la colaboración del propio autor y el intenso trabajo de dos expertas traductoras. Para el lector queda el disfrute del exquisito resultado.

Lectulandia

Kjartan Fløgstad

El cuchillo en la garganta

ePub r1.0

Titivillus 14.06.2018

Título original: *Kniven på strupen*
Kjartan Fløgstad, 1991
Traducción: Kirsti Baggethun y Asunción Lorenzo
Fotografía del autor: Hans Jørgen Brun

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

*Now the smallest particles of matter
may cohere by the strongest attractions,
and compose bigger particles of weaker virtue.
And many of these may cohere,
and compose bigger particles
whose virtue is still weaker.*

Isaac NEWTON

Lugares del mundo

Mina a la deriva

Consiguió dominar los temblores con ambas manos sobre el volante. La carretera se curvaba, pero él se agarró, temblando en sintonía con el temblor coagulado de tiempos remotos del paisaje. Se encontraba en lo más profundo de un páramo poblado de figuras prehistóricas. Cazadores de cabezas, caníbales, cavernícolas, seres tribales. Llevaba el garrote en las manos. Pronto se encontraría cara a cara con su progenitor, y el progenitor miraría al hijo asesino a los ojos.

Había llegado.

Ambas manos sobre el volante, la aguja del velocímetro en noventa, aún conseguía dominar el temblor. El mar quedaba ya muy atrás, pero seguía conduciendo por un paisaje costero, un paisaje desnudo con cerros redondeados, montículos y colinas bajas cubiertas de piedra, brezo y arbustos perennes. Un mar agitado con crestas marrones coaguladas, justo por encima del límite de inundación. En el cielo, el gran maestro pintaba nubes con ligeras pinceladas hacia el oeste del horizonte en un lienzo que se volvía cada vez más pesado y negro, sin forma ni dirección, salpicando de fósforo el coche que se mecía con las olas de la carretera, camino de las blancas rompientes de las montañas nevadas.

¿Quién puede arder en la espuma de la ardiente ola?

El conde de la Tierra Pelada

Seguía sentado con las manos entrelazadas sobre el volante. No sabía por dónde había venido. El coche estaba parado con el motor apagado, y él llevaba un rato ausente. Abrió la puerta y puso el pie en el suelo. La humedad le atravesó inmediatamente las finas suelas de los zapatos: había vuelto a casa. La hierba larga y mojada estaba aplastada bajo las cubiertas y se inclinaba a los lados de las huellas de las ruedas, deslizándose por la parte delantera del vehículo. Salió y dio una vuelta alrededor del coche. Olía a porqueriza, oveja, pienso de silo y lluvia. Le resultaba conocido. Sabía dónde estaba. Se detuvo detrás del coche, abrió la puerta del maletero y sacó dos botes de diez litros de pintura. Ya tenía los pies empapados. El chapoteo de sus pasos en la tierra mojada le hizo pensar en infancia, frío, pasado, hogar. Oscurecía deprisa bajo las nubes de fósforo que lo habían acompañado desde el mar. En la esquina de la casa más próxima brillaba una bombilla de pocos vatios cubierta por un globo. Fue hacia allí. De la casa vecina, que estaba aún más atrás, salía luz por la ventana de la cocina. El rectángulo negro que había junto a ella parecía un granero grande y moderno. Detrás de él, al otro lado de la carretera principal, se oía el rumor del agua del fiordo, que enseñaba sus largos y blancos dientes de espuma por entre las piedras de la playa. Primero olía a gasóleo, y él pensó: autocar. Pero, mientras avanzaba con los pies empapados por el estrecho camino de tierra hacia la casa más próxima, aumentaba el olor húmedo a abono, hierba mojada y pienso animal. No había señal de vida por ninguna parte. La casa estaba oscura. Ni siquiera el portazo que dio al salir del coche había encendido las ventanas.

En la cara norte de la casa habían construido una alta escalera de cemento que conducía a un zaguán. Dejó los dos botes de pintura al pie de la escalera. De la pared, encima del par de zuecos colocados en el escalón superior, colgaban una maceta vacía de plástico blanco y un paraguas negro de caballero con una varilla rota. La puerta no tenía ninguna placa y estaba cerrada. El portal olía a podrido, a hongos y a humedad. Estaba en penumbra. Había un par de zapatillas de goma con cordones ordenadamente colocado frente al umbral. Bjørn Pelado Blakke llamó a la puerta y entró sin esperar contestación en la cueva de la que había salido alguna vez al principio de los tiempos.

En el pasillo por el que acababa de entrar dos puertas conducían al interior de la casa. La puerta de la sala estaba cerrada. Los cuadros y las fotos de las paredes seguían siendo los mismos con los que se había criado. Una foto de él de joven, Berta Louise en casa del fotógrafo, la foto de la boda en marco de plata, atardecer en un lago de montaña pintado al óleo. Los recuerdos oscilaban como un vídeo sobre las paredes de la cueva. Desde la habitación, del otro lado de la pared, llegaba un

insistente y vago cuchicheo.

La otra puerta del pasillo estaba entreabierta y daba a la cocina. Allí saltaba alegremente la tapadera de una cacerola, hirviendo bajo un peso de zinc. A excepción de un testigo rojo, no había ninguna luz en la cocina. Bjørn Pelado Blakke pasó la mano por el marco de la puerta, encontró el interruptor y encendió la lámpara del techo, cuya luz amortiguaba una pantalla de porcelana blanca. Apartó el agua hirviendo y apagó la placa de la cocina. En el silencio que siguió oyó una voz hablar lenta y melosamente en la habitación de al lado. Por la rendija de la puerta entreabierta salía el pálido reflejo azul del televisor hacia la cocina.

En un sofá de tres plazas frente al televisor había un hombre tumbado, durmiendo con la boca abierta ante las imágenes de la programación infantil. Delante de él, en la mesa baja de cobre, una taza vacía con dibujos de flores y el borde dorado, y un frasco de café instantáneo. Bjørn Pelado Blakke giró sobre sus talones en la puerta y volvió a la cocina. En la cacerola aún no se había evaporado toda el agua. De la pared colgaba una bandejita bajo una fuente esmaltada con el borde verde. Bjørn Pelado Blakke llevó a la sala la bandeja y el cazo de agua, preparó dos medias tazas de café cargado y se acomodó en el sillón vacío junto a la mesa baja.

Lo que estaba haciendo falta era el olor a café. El hombrecillo del sofá de terciopelo empezó a agitarse en sueños, moviendo la cabeza, husmeando y levantando el torso. Parecía aún más bajo de lo que Bjørn Pelado Blakke recordaba, aún más bajo que él mismo, más debilucho, con menos pelo, más viejo y desmejorado. Chorradas, estaba como siempre. Incluso dormido, su rostro tenía la misma expresión extraña y amargada que cuando estaba despierto.

De pronto se coordinaron los movimientos incoherentes. El olor a café tuvo el efecto de disolver el sueño. El hombre dio un respingo y cerró la boca abierta con los ojos cerrados abiertos de par en par. Una suma de impresiones inconscientes se había infiltrado en alguno de sus sentidos. El dique reventó y el mundo exterior se le vino encima. Se incorporó de un salto, se dio contra el borde de la mesa, volvió a caer sobre los cojines de terciopelo del sofá y se quedó mirando la cara de Bjørn Pelado Blakke con expresión de aturdimiento. Como muchos hombres bajos, tenía la espalda increíblemente recta, un ángulo desafiante en la nuca y un porte como diciendo: «¡Ven si te atreves! ¡No soy tan debilucho como parezco!».

Su segundo intento de incorporarse fue más lento y más logrado. Consiguió bajar las dos piernas del sofá, poner los pies en calcetines en el suelo y colocarse la dentadura postiza en la boca. Con un rostro tan reluciente como un espejo recién pulido, miró fijamente a Bjørn Pelado Blakke.

Bjørn Pelado Blakke le devolvió la mirada. No había rastro de reconocimiento en el rostro reluciente. Así permanecieron un buen rato, mirándose cara a cara el uno al otro. Al ver el olvido grabado en el rostro reluciente de su padre, Bjørn Pelado Blakke supo que para eso había vivido. El hombre del sofá era su padre. Miró larga y detenidamente a Bjørn Pelado Blakke sin reconocer a su propio hijo. Eso era la

libertad, ese breve instante en el que pudo ser un extraño. Con su padre de espejo, Bjørn Pelado Blakke vio su propio rostro desconocido, vio que era libre, supo en qué momento había sido liberado.

Como un pez tras el cristal de un acuario, el padre abría y cerraba la boca. ¡Qué pequeño y ligero era! Nada más que una fina funda terrenal que envolvía esa voz grave que empezó a murmurar algo inaudible. Una funda, un tono de voz. No había dejado ninguna huella profunda tras de sí en esta vida. Eso se veía a primera vista. El cuerpo era una funda, las palabras eran aire, el recuerdo estaba vacío, los movimientos eran viento; el cuerpo, tan ligero como un mosquito que cualquier membrana terrenal soportaría.

El rostro frente a Bjørn Pelado Blakke seguía cerrado, pero parecía como si su padre estuviera a punto de vislumbrar algo. También se diría que necesitaba tener la boca abierta para que le entrara algo en la cabeza. Estaba sentado bajo la potente bombilla de interrogatorio que lucía sobre el león de escayola pintado de color bronce de la lámpara, mirando a su hijo desconocido. El conde de la Tierra Pelada tenía aspecto de estar a punto de recordar algo que había sabido y luego olvidado durante muchos años, veintiocho, para ser exactos.

El conde de la Tierra Pelada. El conde y la condesa de la Tierra Pelada. Bjørn Pelado Blakke había querido olvidarse de los dos. Quería olvidar y ser olvidado. Quería sumergirse hasta el fondo del mar de lágrimas saladas, agarrarse a él, cavarse un agujero seguro de tejón en la profundidad del fondo del mar, y quedarse allí, invisible, con todas las lágrimas como un océano encima de él. No bastaba con mantenerse bajo la superficie. Debajo del mar, bajo el fondo del mar. ¡Debajo de la superficie del reverso de la medalla!

Y, sin embargo, Bjørn Pelado Blakke no había olvidado. Pero él sí había sido olvidado. Bjørn Pelado Blakke pudo leerlo en el rostro reluciente y vacío del conde de la Tierra Pelada, y esa mirada estaba tan vacía como grande es el mundo. Con la boca entreabierta parecía como si el viejo le estuviera clavando tres ojos. Dos somnolientos, con sus pupilas colocadas donde deben estar. Y luego el tercero más abajo, con la lengua como un globo ocular rojo en la boca entreabierta. Bjørn Pelado Blakke sabía exactamente lo que diría ese ojo, lo supo en el instante en el que vio el primer signo de reconocimiento en los otros dos.

—Pero ¿no es...? —dijo el tercer ojo, agrandándose aún más.

Bjørn Pelado Blakke no contestó.

—Sí, lo es —se contestó el conde de la Tierra Pelada a sí mismo—. Ya lo creo que sí. Ya lo creo, ya lo creo.

El conde extendió una mano marchita. A pesar del calor sofocante de la sala, que olía a sueño y albóndigas del año anterior, llevaba una gruesa chaqueta abotonada hasta el cuello con botones de metal.

—Te he hecho un café —dijo Bjørn Pelado Blakke.

Era evidente que el conde de la Tierra Pelada estaba buscando alguna disculpa.

Saboreó el café, y al no quemarse los labios, dio otro sorbo y otro más.

—No es fácil —dijo, colocando la taza cuidadosamente sobre el platito—. No cuando se llega a mi edad. Te entra mucho sueño por la tarde. Y aquí estoy sentado solo, después de que se marchara mamá. Tu madre, quiero decir. Cuando ella murió. Una siestecilla no viene mal. Sobre todo cuando hace bueno, los días son claros y estás a punto de dormirte. Es como si miraras hacia atrás al mundo desde el sueño, como si estuvieras dormido viéndote despierto al mismo tiempo. En ese instante es como si me disolviera, como si estuviera en un estado y mirara a otro.

Frases conocidas. Como tantas otras personas alegres, el conde de la Tierra Pelada era un hábil filósofo de lo cotidiano. Junto a mil copas había meditado extensamente sobre cuestiones como esa y similares.

—¿Inconsciente? —sugirió Bjørn Pelado Blakke.

—Sí, tú que has estado por el mundo seguramente sabrás maneras más latinas de expresarlo. Resulta más bien extraño decirlo, porque es como si se tratara de la felicidad completa, aunque esas son palabras que no suelo emplear, cosas de las que no sé nada. Pues así es. De algún modo floto, pero no como un cuerpo en el agua. Es algo mucho más ligero. Tampoco es volar, estar en el aire. Es más como si te disolvieras, como si te convirtieras en el mismo aire. El aire se convierte en ti, tú te conviertes en aire. Respiras aire, y el aire te respira a ti. En esos momentos se me ocurren las palabras más grandiosas que conozco. Libertad, felicidad, cosas así. Pues así es, sí señor.

El programa infantil seguía rayando la pantalla.

—No te he reconocido, fíjate —dijo el conde de la Tierra Pelada—. Llevas mucho tiempo ausente. Creo que ni siquiera te he preguntado dónde has estado.

—El golfo Pérsico —contestó Bjørn Pelado Blakke—. Recientemente, Plataforma. Benín. África Occidental. Sudamérica. Todo eso. Países de paganos. No creo que vayan a cristianizarse. Ni siquiera tienen nieve en Nochebuena. ¿Cómo se puede entonces volver uno cristiano?

El conde se rió.

—Ay, Bjørn, Bjørn —dijo—. Siempre has sido especial. Jamás diste problemas. Serio y alegre a la vez. Serio y bromista. Dos dedos de seriedad en el fondo y un montón de bromas encima.

Bjørn Pelado Blakke sabía muy bien lo que diría ahora el conde de la Tierra Pelada. Se lo dijo al televisor:

—¿No tendrás...? No habrás traído algo, ¿verdad?

Bjørn Pelado Blakke ignoró la cuestión. Preguntó qué tal le iba a Berta Louise, que vivía un poco más arriba, en la cuesta, estaba casada con un jefe de máquinas y tenía dos crios y más de cincuenta ovejas que ella cuidaba mientras su jefe de máquinas navegaba en el exterior; se encontraba muy bien.

—Me refería a algo líquido —dijo el conde de la Tierra Pelada—. A algo embotellado. Si has traído algo, quiero decir, un pequeño reconstituyente, algo

estimulante, algo que gorgotee, ya sabes, glu-glu-glu.

—Nada embotellado —dijo Bjørn Pelado Blakke viendo cómo el viejo se encogía, haciéndose aún más pequeño.

—¿Ni siquiera una?

Todavía un débil chirrido de esperanza en la voz crespada.

Bjørn Pelado Blakke negó tristemente con la cabeza.

—Pero —añadió— tengo dos botes en la escalera.

—¿Botes? ¿Lo has traído en botes?

Esta vez el conde de la Tierra Pelada apartó del todo la mirada del televisor.

—Ay, ay, Bjørn —dijo—, siempre has sido algo especial. Tú nunca has llegado con botellas vacías y pretextos sin sentido. Fíjate, haber venido con botes a visitar a tu viejo padre sabiendo que a él siempre le ha gustado la bebida, vaya, vaya. Es lo que siempre hemos dicho los nobles. La borrachera es mejor que el vacío. Iré a por vasos.

—No hace falta. Necesitamos un gancho y una escalera.

La cara del conde se hundió hasta el último ojal de la chaqueta. Miró asustado a su hijo:

—¿Gancho, dices? ¿Y escalera? ¿Has dicho escalera? Yo suelo contentarme con un vaso y cubitos de hielo.

—Escalera. Y gancho. Una escalera para subir, y un gancho para el bote de pintura. No hay que probarla si no quieres ponerte color violeta por dentro. Hay dos botes de diez litros en la escalera esperando a que los unten en la pared. Como tú no te ocupas, tengo que ser yo el que te adecente la madriguera. No soy de esos que permiten que su padre viva en una chabola sin ponerle remedio. Tráete también el raspador, y luego nos repartiremos esto.

Bjørn Pelado Blakke buscó debajo de la chaqueta y sacó una botella que puso con un golpe encima de la mesa.

—Pero si es de noche —dijo el conde con voz de esperanza mirando por la ventana—. No podemos pintar en la oscuridad. Nadie puede pintar en la oscuridad.

—Yo he trabajado de pintor. Así que vamos.

—Bueno, bueno —murmuró el conde de la Tierra Pelada, y siguió a su hijo hasta la escalera pisándole los talones.

La oscuridad salía a gotitas de la tierra como humedad, bajando del cielo, de las ráfagas de viento. Y la humedad les cayó como oscuridad en cuanto abrieron la puerta exterior. Noche y lluvia, entrelazadas, otoñales y mojadas, frías y oscuras.

—Pero está lloviendo —dijo el conde—. No podemos pintar ahí fuera, bajo la lluvia y de noche. No podemos, ¿verdad que no?

Bjørn Pelado Blakke ignoró el tono esperanzado de su padre. Cerró la puerta tras de sí y salió a la lluvia. Pidió a gritos la escalera y recibió una tenue respuesta desde arriba. Estaba colgada en la pared trasera de la casa, y enseguida estuvo apoyada en la fachada. Bjørn Pelado Blakke abrió el primer bote de pintura haciendo palanca en la

tapa, la removi6 un poco y meti6 la brocha descuidadamente.

—Pero si ni siquiera se ve el color —se oy6 desde la puerta.

—No, nada, nada en absoluto.

Sin m6s comentarios, Bj6rn Pelado Blakke se puso a embadurnar la madera de pintura. Temblaba tanto que la escalera vibraba. Pero en cuanto puso la brocha sobre la pared, el temblor ces6. Mientras la pasaba de un lado a otro murmuraba que Bj6rn Pelado Blakke no era de esos que iban a ver a su padre y no le echaban una mano.

—¿No querías emborracharte? —le grit6 al conde, que seguía arriba, en la escalinata de su palacio—. Mete aquí la nariz y verás cómo nos emborrachamos. Primero de pintura y luego de aguardiente. Cuanto antes acabemos con el contenido de este bote, antes podremos dedicarnos a la botella.

Esta informaci6n pareci6 encender una nueva vitalidad en el conde. Se precipit6 escaleras abajo y agarr6 la otra brocha. Una estampa conmovedora. El conde en persona y Bj6rn Pelado Blakke con botes de pintura pintando la fachada de la casa en la oscuridad, bajo la lluvia, y con ráfagas de viento.

Brocha en mano y olor en nariz, Bj6rn Pelado Blakke iba recordando con el olfato. Los recuerdos fueron absorbidos por la conciencia como vapor de disolvente y polvo de pintura entrando en un eficaz sistema de ventilaci6n. Tiene apenas quince ańos. Lo meten hasta el fondo de los tanques vacíos del viejo barco *Bravado* sólo con un bańador. Est6 descalzo, un trapo delante de la nariz es su única medida de protecci6n. M6s muerto que vivo lo vuelven a subir cuando se desmaya y todo le da vueltas. Subir a la cubierta para ventilarse y luego abajo otra vez. No es m6s de lo que puede aguantar un verdadero macho.

Son los tanques del *Bravado*. Otros tanques, otros pensamientos. Muy a lo lejos oye a alguien gritar. ¿El contramaestre? ¿El conde de la Tierra Pelada!

—¿Queda bien?

Bj6rn Pelado Blakke siente la lluvia en la cara y abre los ojos. El conde de la Tierra Pelada es contramaestre y capataz. Inm6vil como un espantap6jaros sobre la escalera con el viento y la lluvia.

—SÍ, bien. Muy bien.

El conde mira suplicante a Bj6rn Pelado Blakke, que siente la mirada en su persona. Luego nota la brocha que tiene fuertemente agarrada. Reconoce el lugar. No est6 en el *Bravado*. Est6 en la escalera. Llueve. Se resigna.

—Vale, dig6moslo asÍ.

—¿Digamos qu6?

—Que est6 bien. Digamos que ya est6 bien.

Bj6rn Pelado Blakke deja caer la brocha, coge el bote y lo vacía sobre la pared como si fuera un cubo de agua. La voz que dice que est6 bien suena débil y aplanada, est6 bien.

Dig6moslo asÍ.

—¡EST6 BIEN! Est6 bien. Mańana amanecer6s con la casa pintada de violeta. ¿A

que está bien?

El conde se queda perplejo con la brocha en la mano. Tiene pinta de lo que es: el único noble de todo el mundo que ha tenido descendientes tejones.

Bjørn Pelado Blakke es el único tejón con sangre azul en las venas.

—Entremos —dice—, necesitamos entrar y reconfortarnos un poco.

En la sala chisporrotean las imágenes de las noticias desde el televisor como una chimenea en la que arde la realidad.

El conde se sacude en la puerta como un perro mojado. Luego va a la cocina a por vasos y una tacita de piedra de lava negra para guardar las gafas.

—Debería salir a dar de comer a las ovejas —dice en voz muy alta—, pero creo que no voy a hacerlo. Creo que vamos a dejarlo por hoy. Vamos a relajarnos, a descansar.

Bjørn Pelado Blakke ha agarrado el cuello de la botella. Es una botella de litro de licor de *whisky* que le pesa en la mano. La levanta por encima de la cabeza y espera pacientemente.

—Bueno, bueno, vamos a probar la mercancía —dice el conde de la Tierra Pelada volviendo de la cocina.

De repente se detiene en la puerta. Con la boca abierta y un vaso en cada mano, el conde se queda parado en la puerta de la cocina mirando cómo Bjørn Pelado Blakke con gran lentitud, increíblemente despacio y desgarrándole el corazón, levanta la valiosa botella y la estrella contra el televisor.

—Toma —dice, dejando caer el cuello de la botella al suelo—. Ahí tienes tu bebida. Puedes lamerla si quieres.

El conde de la Tierra Pelada contempla incrédulo cómo las últimas y preciadas gotas bajan por la pantalla encendida.

—¡Qué! —grita—. ¡Cobo! ¿Qué coño estás haciendo?

Bjørn Pelado Blakke no contesta. Le da una patada al cuello de la botella y se vuelve.

—¡Venir aquí! —grita el conde con el llanto en la garganta—. ¡Venir aquí y derramar todo ese alcohol del bueno por el televisor! ¿Así me agradeces todo lo que he hecho por ti? ¿Así me agradeces la educación que te he dado y todo lo demás? ¡Vete al infierno! ¡Vete a la mierda, cabrón!

—Ya lo creo —dice Bjørn Pelado Blakke—. Ya lo creo. Ya lo creo.

Tiene las manos pegajosas del licor. Sale al pasillo en busca del cuarto de baño.

Encuentra una puerta en la que se ve un ángel de Rubens con la espalda arqueada y dirigiendo su chorro a un orinal. Detrás de la puerta no hay ningún baño, solo un inodoro y un lavabo. Abre el grifo y se mira en el espejo. Tiene la cara empapada de llanto y lluvia. Su mirada sigue las lágrimas que le chorrean por las mejillas y se mezclan con el agua que sale del grifo. El lavabo blanco está manchado y agrietado, y la taza mugrienta. Bjørn Pelado Blakke se echa un poco de agua en la cara. Mientras el agua fría se mezcla con las lágrimas, se pone a limpiar con ambas manos el lavabo,

y por el desagüe se van las lágrimas y la mierda de las fatigas de su padre. La mierda y el sudor diluidos por las lágrimas, lavados y desaparecidos.

Fuera, el hocico mojado de la lluvia se restregaba contra la hierba. Recordó que no se había encontrado con nadie. Se acordaba de dónde estaba. Bajó el enfangado camino de la granja hasta el coche sin mirar hacia atrás. El motor arrancó a la primera. El fosfato corría a chorros por el parabrisas. No, no se iba al infierno. Tampoco al cielo. A ninguno de los dos sitios. No existían ni el cielo ni el infierno, había podido comprobarlo por sí mismo.

Únicamente restos terrestres al caer la noche.

Y no había ninguna diferencia entre los esclavos de Dios.

Todavía sin mirar hacia atrás cogió la carretera principal. Tuvo que conducir algunos kilómetros hasta el café más próximo, una cueva de estalactitas eléctricas en la que no estabas obligado a llevar corbata ni a comer. Entró en esa extraña síntesis de madera clara barnizada, neón blanco, olor a frito y noche oscura. A excepción de un viejo solitario, una colilla, un periódico de la mañana y un café frío, estaba solo en el lugar.

Bjørn Pelado Blakke tomó una cena mediocrementemente acrílica y dejó los colorantes en el plato. Aún le quedaba una hora para llegar a la ciudad donde su hermana y él habían sido cachorros de tejón y la gente estaba tan llena de mercurio que podía servir de termómetro.

Y no sólo por el color rojo de la política.

Se tapó la cara con las manos y se las olió. Las palmas le seguían oliendo a alcohol. ¿O era su propio aliento?

Un pequeño camión grúa estaba aparcado fuera. Lo vio al salir. Al principio pensó que llevaba una carga de colinabos en la caja. Luego pensó que estaba viendo visiones. Finalmente se dio cuenta de que eran cabezas de oveja. Estaban amontonadas en la caja, ni quemadas ni ahumadas, y parecían colinabo mohoso. Degolladas y con los ojos entreabiertos resultaban blancas e inocentes, sin cuerpo, con mirada suplicante.

Levantó la vista. La parte inferior del cielo estaba cementada.

Del cemento recién hecho corrían gotas azules.

Bjørn Pelado Blakke cruzó el aparcamiento bajo una lluvia oblicua y se metió conduciendo en la oscuridad. Era como cerrar los ojos y verse a sí mismo. Había estado de vuelta en la cueva, en las cuevas de estalactitas de las que procedemos. Consiguió dominar el temblor. Había cogido el garrote. Lo había blandido. La Edad de Piedra duraba aún.

La mente humana es el único páramo intacto.

Sólo y únicamente

La barbárica caza de cabezas, tal y como la practican todas las tribus dayak no sólo en las regiones independientes, sino también en varios de los estados sujetos a impuestos, constituye una parte inseparable de sus costumbres religiosas. Los nacimientos y asignaciones de nombre, matrimonios y entierros, por no hablar de los acontecimientos de menor importancia, no pueden concebirse en toda regla sin que antes se hayan obtenido algunas o muchas cabezas enemigas con el fin de ensalzar la fiesta.

La Baronía

El otoño se estaba acercando. El tiempo corría, el viento afilaba las copas de los árboles, las hojas colgaban cada vez más sueltas del calendario. Pronto la nieve caería a montones sobre una granja solitaria, unas vacaciones en el sur de Europa, el BMW. La sala estaba vacía, la gran fiesta del consumo marchita y desnuda.

La mujer tiritaba de frío y se quitó los zapatos de una patada. Descalza, volvió a entrar en el dormitorio, palpó en la oscuridad hasta que las yemas de sus dedos reconocieron la mezcla de lana y punto, y se puso los leotardos debajo de la bata del uniforme.

El matrimonio. Desde la cocina le llegaba el sonido de Gustav, que estaba cortando un pepino en rodajas muy finas. El matrimonio es un museo. Gustav era el vigilante del museo y ella la Mona Lisa.

Al salir del dormitorio se detuvo en el umbral, escuchó ese monótono y suave sonido y percibió el olor del más dulce sueño. Oír el sonido a casa, oír ese sonido. Sólo un instante, luego dejó de oírlo y vio su bolso preparado sobre la consola de la entrada. Todo estaba listo. Ella estaba lista, pero aquello no había terminado. A la Mona Lisa sólo le quedaba romper el marco, mezclarse con los visitantes del museo y marcharse.

Oyó el carraspeo de comisario de Gustav, y ya no el sonido del cuchillo. Y no desde la cocina, sino desde el cuarto de baño. En el momento de pasar, se abrió la puerta del baño y apareció él.

Perfecto, impecable, conjuntado. Detrás del cuerpo bien proporcionado y el rostro regular de Gustav, ella contempló un instante su propio reflejo en el espejo, y que los azulejos color turquesa de la pared hacían juego con la cortina azul de la bañera y con las toallas cuidadosamente dobladas. Hacían juego con las baldosas del suelo, con los cepillos de dientes y los jabones de tocador. También hacían juego con las macetas con plantas de papiro y cactus. Incluso con las rayas de presidiario del pijama de él. Y él hacía juego con ellas. Y ella con él. ¿Podría estar mejor? No, todo estaba perfecto. La perfección podía alcanzarse. Pero ¿sería posible vivir una vida entera de perfección? ¿Conjuntaba la perfección? ¿Todos los días?

Él sonrió.

—Annie —dijo—. ¿Te marchas?

Quién sabe.

Ando siete manzanas hasta que digo algo.

Como una plaza abierta la pregunta queda detrás de mí.

La respuesta se va rodando.

Enciendo la radio y escucho aplausos en la sala. Es la hora de las noticias de medianoche.

Riño a los hombres, beso a los niños y me voy de juerga con las chicas. No son estelas de condensación lo que pasa velozmente por el cielo, sino las frases:

VETE A LA PORRA. VETE A FREÍR PUERROS

Tráete algo de picar y vente a los juzgados. Asuntos legales. Ruegos y preguntas.

Ella se limitó a asentir con la cabeza y le devolvió la sonrisa.

—Me voy. Tienes la boca manchada de *ketchup*.

—Te he preparado el bocadillo —dijo él lanzándole el paquete.

El papel de envolver crujió. Ella seguramente dio las gracias. Como un río rápido, el viento silbaba en la copa del tilo.

—No puedo dormir —dijo él—. Voy a acostarme, pero no puedo dormir.

Igual que una película de Bergman de los sesenta. Juventud. Silencio. Profunda y entrañablemente. Nada se mueve salvo los subtítulos en la parte inferior de la imagen viva. La traducción. La boca se mueve. Cambian las palabras. Y no ocurre nada.

De acuerdo. Ella sabía por qué. Él se limpió la comisura de los labios utilizando el pulgar y el índice de la mano derecha.

—Mermelada —dijo él chupándose los dedos.

—¿Gus?

Sabía que no le gustaba que lo llamara así. Sonaba como un cómic del Oeste. No quería llamarse Gus. Se llamaba Gustav con uve, y solía escribir Gust. Gust punto Heimstad.

—¿Has pensado —preguntó ella— en lo importantes que son los sonidos para saber adónde perteneces? Para saber dónde está tu hogar tienes que orientarte por el sonido.

Estaban de pie, cara a cara, inmóviles, sin un sonido. Sólo el ruido del viento en la copa del tilo.

Gust. contestó:

—Yo no oigo nada. Yo no oigo ningún sonido.

¿Es ese el sonido que tienes que buscar para saber adónde perteneces?

Pero Gustav Heimstad estaba ya sumido en otros pensamientos, entre voces agitadas que luchaban por hablar dentro de su cabeza.

—A muchos —dijo—, a mucha gente le da igual. Pero a mí no. Para mí es una cuestión de moral. Lo sabes de sobra, Annie.

—Sí. Para mí también. A mí me pasa lo mismo.

Ella sabía a qué se estaba refiriendo él.

—Apesta —dijo Gust. Heimstad con determinación—. Apesta a cien leguas. Pero ¿qué puedo hacer yo? Como jefe, soy el responsable. ¿Es eso lo que se llama moral? ¿Dejar los actos inmorales a otros? No puedo, aunque apesta a cien leguas. ¿Contante y sonante? ¿En nuestros días? ¡Y qué sumas! Con un dudoso Certificado de Origen. Ninguna documentación de liquidación del Banco de Noruega. Pero ¿es más

importante proteger tu pellejo que salvar al banco? ¿Los puestos de trabajo? ¿La comunidad local? Me limito a preguntar: la moral individual ¿es más importante que la responsabilidad social?

Ya habían pasado por eso. Cuando ella quería discutir solía preguntarle lo de qué es un robo de un banco comparado con fundarlo, y Gus contestaba siempre de la misma manera ritual que sólo el Estado es capaz de cometer el crimen perfecto. Y las colas en nuestros hospitales ¿expresan lo mismo que las colas en las tiendas de la Unión Soviética? Opino que tenemos que hacer preguntas así de radicales. Pero ella no se atrevía a darle respuestas igual de radicales. De modo que se limitaba a decir que así es el mundo. Si tú no lo haces, puedes estar seguro de que otros lo harán. Etcétera. Esa clase de lógica. Contratos basura en los barcos. Transporte de petróleo a Sudáfrica. Cargas de manganeso procedentes de allí. Comercio blanco de Bolivia. Esos negocios nunca se pagan mediante transferencias por la red informática, dinero de plástico, chips. Se trata de divisas puras y duras. Al contado. Todo el mundo lo sabe. Tú lo sabes mejor que la mayoría. Así es. No disimules. Vete tranquilamente a la cama y duerme el sueño de los justos.

Ella no pronunció estas últimas frases, se limitó a pensarlas. Mientras hablaba, se miraba de vez en cuando en el espejo del cuarto de baño. Era guapa. Lo sabía. Tan guapa que parecía estar siempre en el lugar equivocado, por muy digno que fuera su entorno. Eso también lo sabía, lo sabía con una frialdad y una amargura severamente maquilladas en su rostro. Las hermosas pestañas curvadas se habían convertido en dos largos cepillos que utilizaba para barrer de su cara los últimos restos de sentimientos.

En realidad no debería ponerse el uniforme hasta llegar al hospital, pero esa era una ocasión especial. Se había puesto el viejo uniforme completo. Gran gala. Todos los atributos reales.

Se volvió para poder contemplarse de perfil por encima del hombro de Gus. La cofia bien colocada en la cabeza, la pequeña capa sobre los hombros, su nombre en la funda de plástico prendida con un alfiler en el lado izquierdo de la pechera de la blusa.

Tal vez él no sufriera tanto como aparentaba. Pero estaba marcado. Estaba presionado. Estaba atrapado. Sentía el dolor, y veía cómo la marca de sangre se expandía. Allí estaba, como la mancha morada de una uña aplastada que crece lentamente hacia el borde para al final desaparecer sin dejar rastro.

Gustav sacudió la cabeza. Le temblaba ligeramente el cuerpo. Tenía las manos juntas, como si estuviera rezando o tuviera frío. O como si tuviera frío y pidiera calor.

Ella no tenía mucho que darle.

«Bah», diría ella. O algo por el estilo. Ya se arreglará. Zas, y se habrá arreglado, ya lo verás. Y todo sigue como antes.

—¿Y piensas ir a trabajar mañana como de costumbre?

Él se limitó a asentir enérgicamente con la cabeza.

—¿La comida? —dijo por fin—. ¿Te ocupas tú?

—Voy a mirar en el congelador.

—¿Y luego cierras? —dijo, tocándola. La caricia fue una mano perdida que aterrizó en el hombro de ella. Él seguía temblando, ella lo notó, como la rama cuando el pájaro acaba de levantar el vuelo. Luego se hiela, se pone rígida y se vuelve quebradiza.

La mano le rozó rápidamente la mejilla. Pasó junto a ella en dirección al dormitorio. Las rayas verticales le daban al pijama aspecto de traje de presidiario.

—Sí —contestó ella mirándose por última vez en el espejo.

Su cara estaba rígida de frío, cosmética y amargura. Pero el uniforme recién planchado le sentaba bien a su cuerpo. Si ese hombre en pijama era un presidiario, ella era la carcelera. Dijo él:

—Qué guapa estás.

—Ya cierro yo —dijo ella desprendiéndose de su propio reflejo.

—Buenas noches.

—Buenas noches.

Estaba seca. Estuvo a punto de darse la vuelta en la puerta para regar la palmera de la entrada, pero recapacitó. Con cuidado, pero con determinación, cerró la puerta de la calle y echó la llave. A través de la puerta cerrada pudo oír que él ya había abierto el armario de los clásicos y encendido el equipo de música, su único remedio contra el insomnio.

La oscuridad era húmeda, suave, grande y sin fondo como el mar. Se lanzó dentro. Bajo la luz de la farola brillaba un cubo de plástico en el arenero que había junto a la empalizada, como una rosa roja a través del follaje del tilo y las lilas. Como una rosa. Como sangre coagulada. Notó un pinchazo en el corazón.

Todavía con la llave de casa en la mano abrió la cerradura codificada de la bicicleta. Al atravesar la puerta del jardín puso el pie en el pedal. La casa a sus espaldas se posaba como un nido de águila en lo alto de esa colina que llamaban La Baronía, no porque fuera muy noble, sino porque se decía que era allí donde se habían confabulado las *barones* o caciques locales.

Con la tenue luz del faro como un guía de poco fiar delante de ella sobre el asfalto, se fue dando bandazos por las cerradas curvas del Camino Real hacia el centro. Todo estaba en su sitio, y todo había quedado cerrado tras ella. La casa en el jardín dormido, los adosados más abajo en la ladera, el centro comercial con banderines de ofertas ondeando, el quiosco debajo del roble; ella lo había soñado todo, y el sueño se había cerrado tras ella para siempre. Con una ligera llovizna en la cara se fue montada en la bicicleta, muy despierta, a través de las ráfagas de viento, a través de la noche oscura y las calles desiertas, pasando por delante de Bake Off, la librería, Mad Maxim, la parada de taxis, el hotel, la carnicería, los restos de la estación de ferrocarril, en dirección a la clausurada fábrica de óxidos, la oficina marítima, el olor del puesto de fritos y las vitrinas con carteles anunciando las

películas del cine.

Atravesó las calles desiertas y las tiendas cerradas. Ella sola, camino de su guardia. Ama de casa y enfermera, las dos profesiones clásicas de carga y consuelo. Ya se había acabado, como la proyección cuando se rompe la película. Pedaleando por el centro oía la cadena golpeando la tapa, de la misma manera que el cabo suelto del rollo de película golpea cada vez que la bobina gira.

En lugar de ir directamente al hospital dio un rodeo por el muelle. Estaba aún más solitario y abandonado que la ciudad desierta. El último *ferry* había zarpado hacía mucho. En la rada había un barco cargado hasta los topes de metal, iluminando el agua del fiordo con su luz misteriosa.

La llave de casa seguía aún en el puño cerrado que reposaba sobre el manillar de la bicicleta. Tomó una curva cerrada, fue hasta el borde del muelle y frenó. Todavía en movimiento, levantó la mano del manillar y abrió el puño.

Por un instante la llave brilló a la luz de las farolas del muelle, de las calles, del puerto, de los barcos, y en el reflejo de las manchas de petróleo sobre el fiordo oscuro. Todas las puertas tras ella estaban cerradas. Y tiró la llave. Centelleó en la luz, rompió la superficie y se abrió paso en el agua negra. Lentamente daba vueltas hacia el fondo como si los movimientos siguieran la clave para abrir una enorme cerradura mojada. Se abrieron puertas, cámaras acorazadas quedaron al descubierto. La llave alcanzó el fondo, pero aún brillaba a la luz de farolas y lámparas lejanas, y en un par de ojos que vieron cómo ella enderezaba la bicicleta, se alejaba del borde del muelle y apresuraba la marcha con un haz de luz distintamente dibujado por delante en el asfalto.

Aston Villa

Cuando la gente se refería al Minga lo comparaba a menudo con un hombre del que habían oído hablar y que había intentado cruzar el Atlántico a nado. Y al que le faltaba una brazada para llegar a América cuando decidió que estaba demasiado lejos para él. No lo consiguió, desistió y recorrió a nado el largo camino de vuelta a través de las rompientes hasta la tierra firme de la que había salido, hasta el Viejo Mundo, a casa, a la tierra de los humanos.

De aspecto, el Minga Nerud era un muchacho alto y delgado, con rizos rubios y pelusilla debajo de la nariz, que inesperadamente un día se encontró delante de la oficina del capataz del viejo horno con un mono nuevo sin lavar y sin mancha de vida laboral, y un casco blanco cubriendo una quinta parte de su ondulada melena. Delante del reloj de fichar, a la salida, con el mono, los guantes de cuero, el calzado protector y el casco metidos en la taquilla, él seguía con su pelo rubio de esparto y una usada chaqueta de lana demasiado corta, vaqueros desgastados y botas que le llegaban hasta la rodilla. En realidad, eso de fichar no era más que un lejano recuerdo que mostraba cuánto tiempo llevaba el Minga alejado de la vida laboral y lo que había durado su viaje a nado a América. Cuando el Minga volvió a la industria no había ya ningún lugar donde fichar ni a la entrada ni a la salida. En realidad todo estaba del revés.

La lejana América del Minga, al otro lado de un mar azul sin fondo de educación burguesa, había sido una licenciatura en Filosofía y Letras de la universidad en la que estudió año tras año sin conseguir llegar a *crawl* hasta la mesa de examen. No se trataba de escalar. Nadie puede escalar en el agua. En el caso del Minga se trataba de flotar. O de hundirse y descender hasta el fondo. El examen era esa última brazada que le quedaba para llegar del todo hasta el otro lado. Pero esa última brazada le resultó más inabarcable que las otras mil que tuvo que dar hasta volver al lugar del que había salido. El Minga se cayó debajo de la mesa, tal vez la mesa de examen. Pero se mantuvo a flote y volvió a casa. «Diplomatura en selectividad», era la enigmática respuesta que daba cuando alguien le preguntaba por el número de exámenes que había pasado.

O:

—¿La universidad? —contestaba a veces con inocentes ojos azules—. A mí me recuerda sobre todo a una fábrica de refrescos.

—¿La universidad te recuerda a una fábrica de refrescos?

—Primero las botellas están vacías y limpias. Luego corren sobre la cadena de montaje, burbujeando.

»Al final del todo se llenan.

El que solía tener el honor de hacer este comentario era Aston, al que llamaban así porque era aficionado al orgulloso club de fútbol de Birmingham, o (en opinión de

otros) porque su padre siempre había deseado tener una villa. El hombre al menos tuvo a Aston. Y con el tiempo, Aston consiguió que un turno completo de la fundición se llamara como él, Aston Villa. Así seguía llamándose el turno incluso después de todas las racionalizaciones, automatizaciones e informatizaciones. No era sólo el mismo nombre, Aston llevaba todavía la marca de la clase obrera en todo su ser. Era el único de los recién nombrados altos tecnólogos y trabajadores de procesos que a la vez podía considerarse el Último Proletario.

Aston y los otros cuatro del turno Villa que tendieron la mano al Minga y lo arrastraron hasta la playa tras su largo viaje a nado por la ignorancia sin fondo, como solía murmurar Aston, con la rebanada de pan y queso entre los dientes, eran hombres más o menos cansados y de edades diversas. Parecían algo maduros, sobre todo comparados con el Minga. Llevaban trabajando juntos muchos años en el vaciado, en el mismo proceso, en el mismo turno; inveterados, inalterables, incendiados de tanto fumar, habían conversado interminablemente en un trabajo que les exigía cada vez menos esfuerzo físico. Recibieron bien al joven Minga a pesar de las diferencias, a pesar de que fuera un novato y un intruso. Bueno, en realidad no era tan joven como parecía, incluso puede que fuera mayor que los jugadores más jóvenes del Aston Villa. Ahora bien, aunque el Minga no hubiera conseguido una licenciatura universitaria, la cultura juvenil lo había marcado tanto en la universidad que luego fue incapaz de quitársela de encima.

Pero a pesar de que el Minga Nerud pertenecía a la primera generación de jóvenes eternos, su regreso al turno Aston Villa le hizo comprender que el tiempo realmente había pasado. En su más tierna juventud, el Minga se había asomado varias veces a la verja de la empresa, las suficientes como para formarse una opinión clara de lo que realmente era el trabajo en la fábrica. Ahora no sólo había cambiado lo del fichaje, pues ya no existía, y con mucha lógica, porque tampoco quedaban muchos para fichar. Toda esa enorme fundición parecía semidesierta, fantasmal, y más llena de mierda que nunca, ya que ahora eran las máquinas las que se ocupaban de la limpieza, y no los escrupulosos trabajadores de siempre con la escoba en la mano.

El Minga andaba boquiabierto durante sus primeras jornadas en algo que recordaba a la mezcla de una encogida catedral industrial, museo, ciencia ficción y monumento funerario. Antes de que lo consideraran digno de ponerse a trabajar, tuvo que pasarse una semana de espectador, observando a operadores que a su vez miraban fijamente imágenes televisivas en blanco y negro de los hornos de fundición, y policromadas curvas informáticas de producción. Se decía que el sindicato existía, pero sobre todo como lugar de aprendizaje para nuevos directivos de la empresa. Si la empresa era un monumento funerario a la cultura industrial, el sindicato era una asociación de sarcófagos debajo de la negra catedral de la fábrica. Todos jugaban en el mismo equipo, tanto la dirección como la asociación sarcosindical, y Aston Villa. La vieja Ferroaleación Noruega S. A., con directores arrogantes contra proletarios curtidos, se había fusionado en el temido Grupo NOFAS, cuyas vistosas letras

adornaban la espalda de toda la ropa de trabajo de la empresa, y jugaba disciplinadamente en la primera división de la industria pesada. Muy a su pesar, el Minga tuvo que admitir que de esa manera la empresa lograba una mayor calidad en todos sus eslabones. La apuesta generación de obreros industriales que él conocía de su infancia había sido demasiado adaptable y había tolerado más de la cuenta. Estaban juntos, ensamblados como adoquines. Silenciosos, fuertes, listos para ser pisoteados. Paradójicamente, fueron los colaboradores más rebeldes los que se convirtieron en los mejores, los baches en el adoquinado, los agujeros en el empedrado, los que hacían preguntas esperando respuestas decentes y no desistían hasta haber recibido lo que exigían. De esa manera no sólo se ganaron el respeto, sino también el conocimiento de fórmulas misteriosas como SMZ, FeMn, los procesos en la fábrica MOR, la diferencia entre *lumpy* y *finer*. No se mantuvieron unidos como adoquines. Los arrancaban y los tiraban si no les hacían progresar.

Así surgió poco a poco la nueva jornada laboral postindustrial frente al viejo rojo universitario y rebelde juvenil. Y aunque el nuevo tecnólogo y lego Minga Nerud no entendía nada al principio, al menos entendió que sus compañeros de trabajo entendían un montón. Lo que el Minga no sabía con seguridad era si ellos entendían algo de él. Alguna cosa suya sí sabían de antemano Aston Villa, el Spiegeleisen, el Telediario y los demás jugadores del Villa. El resto lo fueron sabiendo poco a poco. Por ejemplo, habían oído, como todo el mundo, formidables rumores sobre el Minga y el alcohol, que en un momento podía vomitar a chorros para acto seguido meterse medio litro de ginebra Golden Cock, o cosas aún peores. No lo sabían a ciencia cierta, pero sospecharían que esa terrible sed tendría algo que ver con el hecho de que el Minga nunca llegara a dar la última brazada hasta el examen final, el país de la miel y esos trabajos de despacho, sueldos mensuales y puestos directivos que según se decía había en ese lugar misterioso al otro lado del profundo mar de los conocimientos.

—Ignorancia sin fondo —repitió Aston Villa cogiendo la manzana roja que siempre llevaba junto al paquete del bocadillo.

En cada turno la pelaba con la misma minuciosidad ayudándose de una navaja desgastada, hasta conseguir una sola tira de piel roja de manzana que exponía a la admiración general, antes de tirarla a la caja roja de basura inflamable. Luego se limpiaba, con la misma minuciosidad, la mano derecha en el sobaco izquierdo mientras apretaba el brazo con fuerza contra el cuerpo, y partía a continuación la manzana en finos gajos que ensartaba con la navaja para comérselos de uno en uno con aire meditabundo.

Mientras Aston hacía todo eso, observaba al Minga con gran detenimiento, sobre todo sus dedos. Como todos los del turno, también Aston Villa había oído decir que el Minga en una ocasión había vendido entradas para un partido de la liga con las uñas de las manos pintadas de rosa. Si la relación desmedida del Minga con el alcohol, que durante una época le había hecho merecedor del honorífico apodo de Delirio de

Harrison, había inspirado cierto respeto mezclado con espanto, el esmalte de uñas era una violación patente de la buena conducta que hacía al pecador merecedor de apodosos mucho menos honorables, tales como Qué Mona y Nena Nenita. Algunos lo disculpaban diciendo que la culpa no era del Minga, sino que aquello tenía que ver con los ponis del excéntrico Lende de la ciudad de Stavanger. Durante una visita de Lende y sus ponis, uno de esos furibundos caballitos había mordido al Minga en la ingle, comiéndose uno de sus testículos. ¡Juego limpio! Atacó la pelota, no al hombre, que luego jugaría al fútbol de señoritas con esmalte color rosa en las uñas. Aston se lo había oído decir al Telediario, pero no lo sabía con seguridad. Lo cierto es que no estaba casado. Fuera como fuera, Aston Villa no veía restos de esmalte en las uñas del Minga, ni siquiera cuando estaba en la puerta del cuarto de descanso, justo debajo de la lámpara, *testiculando* a toda luz.

Un suspiro de alivio se extendió por todos los viejos jugadores del turno Aston al ver a su nuevo compañero de trabajo quitarse los guantes de faena y mostrar unas manos lisas de estudiante, sí, pero no con uñas de señora pintadas de rojo. Eso ayudó bastante a corregir la dudosa reputación del Minga, junto con el hecho demostrable de que no llevara aros ni en la nariz ni en las orejas. También ayudó el contumaz rumor que decía que el chico se había criado en un orfanato y que había dormido hasta los doce años en un dormitorio con protectores debajo de las sábanas junto a otros cincuenta de su misma condición, hasta que se mudó a vivir a la sombra de los viejos edificios de NOFAS, alojándose en casa de unos parientes lejanos mientras iba al instituto y estudiaba el bachillerato. Así de huérfano era el Minga, lo que despertaba tanto compasión como respeto. Nadie sabía de dónde procedía realmente. Su apellido, Nerud, era nombre de granja y del este, pero no decía gran cosa en sí.

El Minga había sido un chico listo. Eso no era sólo un rumor. Nadie ignoraba que se supo las tablas de multiplicar hacia delante y hacia atrás y de arriba abajo mucho antes que todos los demás. Aunque se durmiera en clase, no hiciera los deberes o se pasara los recreos peleándose, era siempre el mejor en todos los exámenes. Cuando los profesores, ciertamente y dicho sea de paso, no sobrecualificados, se sumían en larguísimas explicaciones matemáticas en una pizarra que al final se les quedaba pequeña, el Minga lo seguía todo con aire de hastío hasta que por fin levantaba la mano e indicaba una serie de atajos para llegar a la demostración.

Con esas aptitudes sólo había un camino por delante, el camino de la enseñanza. Esa era la fuerza de la socialdemocracia. Ahora jóvenes como el Minga podían emplear sus grandes aptitudes para ellos mismos y para el bien de la sociedad. Todo estaba al alcance: el Estado, la Caja Estatal de Préstamos al Estudiante, la Democracia, la Democracia estudiantil, Asuntos Sociales, la política social, la educación, la explosión en la educación. El Minga tenía que acudir a la universidad. Y así fue. Año tras año estudiaba en la universidad, y la gente no sabía qué ni cómo. Algunos conocimientos adquiriría. Pero siempre había un bar demasiado cerca que siempre se encontraba en mitad del camino hacia el examen, y el Minga siempre tenía

que pasarse por ese bar antes de estar preparado para pruebas, censores y examinadores. Solía ocurrir que se entretenía tanto cogiendo fuerzas que no llegaba a tiempo a la cita con sus examinadores.

—No pasa nada —decía él mismo—. La cagué, pero afortunadamente me pillaron con los pantalones bajados, así no llevaba la mierda encima.

—Qué barbaridad —murmuró Aston mirando de reojo a su disipado compañero de trabajo.

Cabeza no le faltaba al chico. El coco seguro que le funcionaba bien. El Minga tenía documentos que lo probaban. En el transcurso de una consulta de una hora escasa, el psicólogo de la universidad pudo comprobar que todo lo que el chico tenía encima del cuello de la camisa estaba bien. Y más que eso. Para evaluar lo que había hacia abajo, el psicólogo no tenía competencia. Pero al menos aptitudes no le faltaban. Lo que ocurría era simplemente que el camino entre el continente del que el Minga procedía y esa lejana meta a la que conducía la educación resultó demasiado largo y con demasiados bares. Demasiados escollos para el que tuviera que cruzar a nado el mar de la sabiduría. El Minga no daba del todo para esa enorme distancia. Una brazada más y hubiese desembarcado en América y recibido un beso en la mejilla de la diosa de la libertad.

Sólo una brazada más, y él no la dio. En lugar de eso se mantuvo a flote mientras le entraba cerveza a chorros y le salían palabras llenas del radicalismo de la década de los setenta. Los semestres se alargaban mucho, y los ojos de los funcionarios que administraban los préstamos para estudios y las becas se enfriaban conforme aumentaba la deuda del joven. Todo lo universitario se convirtió en humo y aire, desapareció, era una majadería inútil, inservible, una pista falsa que conducía directamente al reino de las brumas.

Pero el Minga no estaba ni molesto ni avergonzado. Le gustó poder volver. Era lo mejor que podía haberle ocurrido. Le gustaba encontrarse entre el calor, el polvo y la suciedad, le gustaba hacer el turno de noche, le gustaba escuchar los eternos debates sobre si los canalones de plástico eran mejores que los de hojalata (Aston opinaba que los mejores eran los de hojalata), le gustaba salir del turno de noche en medio del invierno más oscuro y en las mañanas más claras del verano, le gustaba saber manejar los hornos de arco eléctrico y la nueva y exquisita metalurgia de colada continua, le gustaba saber (pero no decir) que la palabra *coquilla* (como se llamaban los nuevos moldes de fundición) tenía la misma raíz que *cocina*, le gustaba reunirse con los compañeros en las tascas durante sus turnos libres, le gustaba no encontrarse con ellos cuando así lo deseaba. Una jarra de cerveza, o dos o tres. Incluso bebía menos. Se puede decir que el Minga se encontró a sí mismo, se encontró rodeado de la suma de sus propias experiencias solidarias, y se dejó capturar de buena gana. No es que se proletarizara, como se decía en cierta época de la gente que conseguía un trabajo honrado. En el caso del Minga era más bien un contexto existencial interior, por así decirlo, que motivos políticos, lo que lo llevó de vuelta a la fábrica. Era zapatero.

Había dejado el zapato, y había vuelto a encontrarlo.

No era él el único que estaba contento. También lo estaban los veteranos del turno Aston. Les gustaba que el Minga no fardara, que no presumiera de coquillas y otros asuntos que estaban fuera de su horizonte, sino que dejara emerger su experiencia vital —la cual era, se puede decir, radicalmente diferente a la de ellos— en pequeños y curiosos goteos.

—Aquí no recibimos un sueldo sino una indemnización voluntaria.

Un breve comentario por aquí y algún chiste bien colocado por allá, además de algunas palabras certeras, mostraban que el Minga era de los que opinan que el Palacio de Invierno no sólo debería haber sido asaltado una vez, sino de nuevo cada año, por así decirlo. O sea, así es como lo decía el Minga. Porque, según él, aunque llegaban la primavera y el verano, desaparecía la nieve y volvía el 1 de mayo cada año, no tardarían mucho en reaparecer las noches de helada y nieve, el hielo y el invierno volverían a descender sobre el país, y habría que asaltar de nuevo el Palacio de Invierno. Lo decía más o menos así, porque así lo decía el Minga casi todo, de forma enredosa y con circunloquios. Y luego cada uno podía interpretarlo como quisiera. Así lo hacía el turno Aston, que estaba profundamente desilusionado de toda cuestión política y que miraba con desconfianza a todo aquel que creía que el tiempo se detenía el 1 de mayo.

—Ese Minga piensa mucho —decían—. Piensa mucho y dice poco.

—Así es —decía él mismo—. Desde un punto de vista *bocal* es lo que hago.

—Lo mismo me pasa a mí —murmuraba Aston Villa.

—¡Pues sí, una buena panda de emigrantes!

—No, esto es Varsovia.

—Esto es Japón, puro y duro.

—Completamente Tokio.

—Es peor.

—Es Baluba total.

—Qué barbaridad.

Y la conversación se detenía, y el silencio descendía sobre el barracón de descanso, bautizado hacía generaciones por los compañeros trabajadores como Pédico, por el olor, pero a cuyo nombre el Minga añadió un prefijo que a partir de entonces configuraría la palabra *Metapédico* en la pared.

—Es porque ahí dentro sólo se puede descansar metapédicamente añadió. Se percató de los rostros asombrados a su alrededor y volvió a callarse.

Pues no, no hablaba mucho ese Minga. Pero ni siquiera hacía que el silencio se percibiera como algo incómodo, como ocurre con la gente que deja de hablar cuando no tiene más que decir. No, de un modo u otro, el Minga dejaba de hablar cuando tenía algo que decir. Eso era lo estupendo. Otras veces seguía hablando.

—Sólo hay una cosa que se puede comparar con ir a cagar —decía mientras se tiraba de los pantalones—, y es entrar solo en una pequeña cabina para soltar una

secreción corporal dentro de un gran agujero negro. Es exactamente eso lo que haces cuando depositas tu voto. Tu voto directamente al retrete. No, yo prefiero vivir en un campo de esclavos bajo Stalin que en una vivienda unifamiliar bajo nuestro primer ministro Willoch.

El silencio que siguió a esa intervención fue inequívoco. También el Minga entendió demasiado bien los carraspeos de sus compañeros de trabajo. Pero hizo como si nada, se ajustó el casco y salió a las tolvas a cargar y a arrepentirse.

—A veces —dijo por fin el Spiegeleisen— ese Minga se esfuerza tanto pensando que le sale espuma de afeitarse del cerebro.

Con eso se había dicho casi todo, el Minga andaba por el turno Aston más o menos de esa manera, convirtiéndose lenta pero inequívocamente en un habitante muy estimado en esa fundición semivacía y en el Metapédico, vacío del todo. Observaba cómo se comportaban los demás e intentaba hacer lo mismo como mejor podía, aunque esos estudios de tan larga duración lo hubieran invalidado parcialmente para el trabajo práctico. Canturreaba para sus adentros, se reía, murmuraba y se soplabla la pelusilla del bigote cuando llegaban los jefes o alguien ajeno a meterse en asuntos que él conocía mejor que ellos, asuntos que trataban de descansos y cinco minutos. El que hubiera algo capcioso y oscuro en el Minga nunca se consideró un defecto, sino todo lo contrario. Silencioso y amado, el Minga Nerud bajaba tranquilamente de su pequeño apartamento y se presentaba a la hora exacta en el trabajo, sobrio y recién lavado de pies a cabeza. Hacía su trabajo como debía, dejando caer de vez en cuando algún que otro comentario socarrón, por ejemplo, cuando con riesgo de graves lesiones y hematomas, y de su propia vida pecaminosa, salía como un acróbata por el ventanuco roto del tragante del horno con el fin de recuperarse, como lo expresaba él, y añadía que más valía pájaro en el tejado que cien en el vaciado. O cuando volvía a entrar en la sala de producción y el capataz iba corriendo a preguntarle si no sabía que el horario laboral según los convenios entre propietario y empleados estaba pensado para mantener en funcionamiento la producción, y preferiblemente aumentarla, con el fin de incrementar la ganancia y con ello realizar inversiones necesarias en medios de producción y equipamiento, y si el inspector de seguridad no le había hablado de algo llamado explosiones, en el caso de que algo del vaciado se mojara, entonces ¿qué hacía en el tejado? Y el Minga permanecía un buen rato pensando antes de contestar que sí, que aquello le sonaba familiar, lo mismo que dijo el viejo Proleconde al escuchar *La Internacional*.

Así, con esas brazadas, el Minga volvió a nado desde ese mundo académico del que había estado tan cerca hasta el continente social del que había salido, y del que se había lanzado en una ignorancia sin fondo. Así llegó a tierra, chorreando conocimientos desconocidos, y se fue secando y volviéndose de fiar al calor del horno de fundición. Pero no iba a fundirse del todo con lo anterior. Aquello de lo que se había desprendido ya no existía, no de la misma manera. La vieja Ferroaleación Noruega S. A., con mil doscientos hombres en nómina, había sido reemplazada por el

Grupo NOFAS, con cuatrocientos hombres y mujeres, que producía tres veces más que su antecesora con tanta diferencia de clases. La palabra clave en la nueva filosofía empresarial era *confianza*. Igualdad, no lucha sino colaboración sobre una base de igualdad. Nada de fichar. Nada de ingenieros. El director con la pala en la mano en el banquillo del equipo de la empresa. El sindicalista, jefe de personal. Despidos tanto en los malos como en los buenos tiempos, con el fin de prepararse para los malos por venir. De esa manera, el inevitable desarrollo material había creado, al parecer, un nuevo sujeto/objeto histórico coincidente.

Ya fuera sujeto u objeto, el Minga se movía en el trabajo con su largo y ondeante pelo de esparto, su pelusilla en el bigote y su radicalismo universitario, tan entregado, curtido e involucrado en la labor y el nuevo estilo como Aston Villa, el Spiegeleisen, el Telediario y los demás hombres del turno. Invisible como la sombra de los rincones, se sentaba al fondo del Metapédico sin hacer ruido con el papel del bocadillo, escuchando al grupo discutir qué clase de canalones aguantaban mejor, si los de plástico o los de hojalata, quién dominaba mejor la navaja; o los monólogos de Aston Villa, que con demasiada frecuencia tenía mucho que decir sobre lo bueno y estupendo que era él mismo, y a menudo solía aportar ejemplos concretos y dilatados, aunque auténticos, de ello.

El Minga escuchaba esas y otras cosas con media oreja o menos, y su murmullo por lo bajo indicaba que empleaba la oreja y media que le sobraba para escuchar pensamientos propios y meditar en sus cosas. En esas ocasiones es probable que sus ideas rozaran lo anacrónico, lo anticuado en su nueva existencia, en la que el ritmo industrial de turnos poco a poco le iba pareciendo tan natural como las faenas de la vieja sociedad rural. A la larga, las conversaciones fueron volviéndose afables, llenas de frases hechas y comentarios de tiempos pasados: «Al potro se le escapó un pedo»; «Este es un trabajo que se hace solo»; «Más vale rato acucioso que día perezoso».

Incluso el hipermoderno sistema informático y el equipo técnico que dirigía la producción fueron de un modo misterioso adaptados al pasado social, el ritmo tranquilo y el rutinario ciclo de turnos. El Minga, que iba al trabajo como antiguamente, es decir, usando las piernas, o, alguna vez, en bicicleta, se preguntaba si en el fondo de todo era ese ritmo, esa estrecha conexión con herramientas, medios de producción y compañeros de trabajo lo que estaba buscando. Ni siquiera le parecía oportuno comprarse un coche en medio de toda esa avanzada tecnología en la que trabajaba. Primero habían sido las borracheras las que le impidieron sacarse el carné de conducir. Cuando el alcohol dejó de ser un problema infranqueable, los motivos estaban más bien relacionados con su estilo de vida y su ética. El coche era lo contrario de lo que él buscaba. El coche era fascista. Cáscara y capó rodeando al individuo. El coche era una prótesis motorizada. Protofascista. El coche mataba. El coche era el votante reaccionario típico. El coche no era un delito sino muchos. Contra el entorno más próximo. Contra las condiciones sociales. Para niños y mayores era peor que carteristas y violadores. El coche era un delito rodante contra el

mundo pobre. El coche creaba guerras. El coche era un guarro. El coche infectaba. El coche transformaba la solidaridad en colas. El coche no merecía más que insultos. El coche era demasiado estúpido. Y los que se sentaban en el asiento delantero de ese vehículo infernal, solos o con la familia en el asiento de atrás, con las manos sobre ese chisme redondo que era el volante, parecían aún más estúpidos. El coche constituía una cuestión de moral, de acuerdo, pero también de estética. Ponerse a sí mismo en una situación tan degradante no era del agrado del Minga. Pero él producía el manganeso para las chapas y piezas de motor que posibilitarían a otros construirlo.

De modo que el Minga siguió yendo a pie al trabajo. A pie bajaba por el paseo de castaños hacia la fábrica, amenazando con la mano a los coches que le salpicaban agua de los charcos. Entraba por la puerta del guarda, encogiéndose bajo la ligera lluvia que le caía sobre la espalda, seguía las indicaciones hasta los muelles, TO THE CATE, entraba en el vestuario y se vestía con la ropa en la que ponía Grupo NOFAS. En el horno 18 había sentados dos hombres del turno saliente, vestidos y peripuestos, charlando en voz baja con Aston y el Telediario. Esos dos llegaban siempre los primeros, tan temprano que resultaba prácticamente imposible llegar antes que ellos. Se habrían muerto del disgusto si el Minga o algún otro se les hubiera adelantado. Y el Telediario habría reventado allí mismo si alguien que no fuera él se hubiera enterado de alguna noticia que antes no hubiera llegado a *sus* oídos.

—¿Todo tranquilo? —preguntó el Minga, saludándolos con la cabeza y recibiendo invisibles muestras de reconocimiento por haber cumplido todas las leyes no escritas sobre antigüedad y respeto por los mayores en la vida laboral.

Así, el Minga pudo colocar sin problemas su bolsa de plástico contra la pata de acero de la mesa y, sin grandes gestos, sentarse en una silla. Las noticias de la noche sonaban a lo lejos desde un televisor colocado en lo alto de la pared. Todo tan realista, pensó el Minga, notando que el olor a tabaco de liar le escocía en la nariz.

—De modo que el Hojalatero ya ha llegado —dijo.

—Pues sí. Tú también trabajas duro —afirmó Aston Villa—. ¿Sudas mucho?

Sonó la sirena del cambio de turno. Los hombres salientes desaparecieron en la oscuridad. Aston Villa dio una vuelta revisando la maquinaria y el equipamiento, y cuando volvió a entrar en el comedor estaba casi totalmente de acuerdo consigo mismo en que si no hubiera echado un rápido vistazo a las briquetas de carbón y los revestimientos, podría haber ocurrido cualquier cosa. Todo el mundo le daría la razón en eso, ¿no?

Aún faltaba casi una hora para el primer vaciado. El Minga se levantó y dijo que no se encontraba muy bien y que saldría a dar una vuelta para airearse. El Telediario comentó que a lo mejor era que el corazón le fallaba. Y Aston Villa dijo, tal y como solía decir en esas ocasiones, que lo que le fallaba debía de ser más bien el coraje, y el Spiegeleisen añadió que ya ves, que no sirve de mucho estar el primero en la cola de reparto de cerebros cuando estás el último en la de las operaciones de corazón.

El Minga respondió tranquila y dignamente que allí no había ningún gallina. Al

salir se llevó un engrasador que de paso podría meter en alguna boquilla de engrase. En el horno 31 ya estaban abriendo el orificio del vaciado con ayuda de un soplete. Con el engrasador en la mano, el Minga bajó por una escala, y luego subió las escaleras hasta el tragante y salió al tejado. Al otro lado, en la parte interior del mezclador, había dispuesto un pequeño rincón de descanso, con un sofá hecho de chapa ondulada de asbesto, tablas de encofrado, duelas de tonel y estopa. Solía retirarse a ese lugar cuando la vida laboral le resultaba insoportable, a descansar detrás de una fina puerta de contrachapado fijada con un gancho.

Pero esta vez el Minga Nerud no se sentó. Se quedó de pie en el tejado, mirando hacia el centro de la población. Llevaba ya demasiado tiempo siendo esclavo, había descansado lo suficiente entre materiales de encofrado y estopa. Ya había hecho bastante el tonto. Ya se había destrozado bastante. Ahora le tocaba a él. Desde el oeste, las ráfagas de viento le lanzaron una fina y densa lluvia a la cara. Mientras el veneno se convertía en fuego, las llamas de gas en el tejado proyectaban sobre él una ondulante luz azul. La ciudad al otro lado del río parecía muerta, dormida, abandonada como los decorados de una película rodada hace mucho tiempo, montada, distribuida y vista por un público decepcionado y decepcionante. Detrás del Minga, debajo de él, seguía retumbando la fundición. En la otra orilla del río, fuera del recinto de la fábrica, vio el solitario faro de una bicicleta que vagaba intranquilo y resuelto por el muelle desierto.

Una llave en el agua negra. Si un metal fluido y la escoria del vaciado entran en contacto con agua fría, surge una fuerza tremendamente explosiva. Siguió con la mirada el faro de la bicicleta hasta que desapareció por una calle. Luego el Minga se dio de repente la vuelta, desanduvo el camino andado, se metió por el ventanuco roto y volvió por la escala hasta la central de afino.

Ipsa facto

Cuando delegaciones importantes o turistas normales y corrientes de paso por la región hacían una visita a la nueva empresa NOFAS, siempre se les enseñaba primero la nueva central de afino. Y sin excepción, legos y entendidos se dejaban impresionar y seducir por televisores y pantallas informáticas, formándose una optimista visión de la industria noruega, hasta que se les enseñaba el horno de fundición, este también con un flamante equipamiento. Entonces descubrían, apenados y asombrados, que el metal fluido no salía de los pequeños ordenadores limpios de polvo, sino de los calderos situados en el sucio y anticuadamente iluminado edificio del horno de fundición.

Los nuevos hornos de afino ya no permitían un contacto visual directo. Los operarios estaban sentados detrás de un muro de hormigón armado siguiendo el proceso de fundición en cuatro pantallas. El muro de hormigón constituía una medida de seguridad completamente necesaria, precisaba el guía: «En muchas ocasiones hemos podido constatar el terrible efecto explosivo provocado cuando la humedad entra en contacto con un intenso calor en forma de metal fluido, escoria o coque sobrecalentado». Cuando el Minga entró en la central de control no había por allí ningún guía ni ningún grupo de curiosos. Uno de los operarios de proceso estaba sentado en la máquina y el otro seguía el proceso desde las espaldas, de donde colgaba muy quieto sin hacer otra cosa que estirar la espalda mientras el ferromanganeso bajo en carbono hervía pacífica y reglamentariamente en los calderos del horno.

El hombre que había acabado con la fundición en horno abierto de silicio y ferromanganeso MC y que había introducido personalmente aparatos de gimnasia en la sala de control (y en todas partes donde había espacio para ellos) era un representante típico del nuevo directivo industrial. Al parecer, un eterno joven, con el pelo largo y ondulado, y un cuerpo ágil y bien entrenado, que siempre iba vestido con mono o chándal. La única vez que apareció en público con otro atuendo se armó un gran revuelo, al dejarse entrevistar en la radio local vestido con un jersey típico de lana hecho a mano. ¡El nuevo director! ¡Con un jersey típico! ¡En la radio! ¡Con el alegre mensaje de que la metalurgia es alta tecnología! El mundo ya no es lo que era, y ese director Mælakollien se guardaba aún más ases en la manga. Su mujer, que era subdirectora general en el Ministerio de Petróleo y Energía, no se había ido a vivir con él, y él no ocupó la vivienda vacía destinada al director, arriba en La Baronía. En lugar de eso, aparcó su bolsa de deportes, que contenía la mayor parte de sus bienes terrenales, en un pequeño piso destinado a los obreros abajo en la ciudad, que poco a poco fue amueblando con chándales sudados y zapatillas de deporte malolientes junto al cartón de vino medio vacío sobre la mesa del salón.

El director Mælakollien no era de los que habían nacido con una cuchara de plata en la boca. Para un muchacho campesino del valle de Telemark, una cuchara de palo resultaba una herramienta mucho más útil si quería crecer, destacar, salir y llegar a ser algo. Un peñasco es una peña grande y elevada, mientras que una vertiente es una ladera empinada o suave, cubierta de hierba o bosque. Corriendo por el bosque, Tarjei Mælakollien había investigado las condiciones topológicas de la granja paterna y había comprobado que su apellido se correspondía exactamente con la topografía; pues *mæl* significaba ‘pendiente suave a lo largo de un río o un lago’, *koll*, ‘colina’ y *lien*, ‘ladera’, porque la granja estaba situada sobre una colina junto al lago Sand. Al sur, las pendientes bajaban hasta la playa del lago, y en la colina detrás de la vivienda crecían los abetos, apretándose y murmurando, tal y como debían proceder para hacerse altos y con las menos ramas posible. Uno de esos era Tarjei Mælakollien, y la penumbra bajo los árboles más altos sobre el suelo seco del bosque era el entorno que le había traído al mundo, la razón por la que quería crecer y salir de allí. El camino había pasado por el bachillerato en un internado y luego por la Politécnica, en la que los estudios duros y desangelados, cerveza, coño, música de instrumentos de metal, una vida sana al aire libre y divertidas bromas estudiantiles, impedían a la mayor parte de los futuros directivos industriales adquirir un desarrollo personal superior al de un quinceañero.

Tras unas buenas calificaciones en casi todas esas disciplinas, Mælakollien fue reclutado como profesor asociado en su vieja escuela politécnica, antes de que la industria privada lo cazara y diera un verdadero empujón a su carrera.

Los rumores lo habían precedido, pero, en NOFAS, su primer acto profesional consistió en reciclar al chófer privado al trabajo productivo y utilizar la limusina del director para tareas ocasionales de transporte dentro del recinto industrial. En lo que a él se refería, ni iba en coche al trabajo como la mayoría, ni andando como el Minga. El director Mælakollien iba corriendo al trabajo, y andando cuando, muy a su pesar, volvía a su casa. Después de lo del coche de la empresa les tocó el turno a los relojes de fichar. Mælakollien, o Tarjei, como lo llamaba casi todo el mundo, no conocía una imagen más fea que la de fieles trabajadores haciendo cola delante del reloj de fichar antes de cada cambio de turno. ¡Así no se creaban hombres libres! Tarjei Mælakollien sabía de lo que hablaba. Su propio padre, además de ocuparse de la granja, había trabajado como un esclavo ante el reloj de fichar de Norsk Hydro sin posibilidad de desarrollar sus aptitudes creativas. Tarjei Mælakollien nunca perdía la ocasión de recordar a sus padres, proletarios de Grenland. Sobre todo la gente de los sindicatos y los delegados tuvieron en la rutina diaria, en excursiones de pesca y reuniones semejantes, muchas oportunidades de escuchar la historia de la vida del viejo Mælakollien y esposa, que de joven había trabajado duro como criada por un sueldo miserable (libraba un miércoles por la tarde cada dos semanas), y después para sacar adelante la granja, la tierra y a los hijos. Pues no, Tarjei Mælakollien no era de los que deseaban escuchar a los demás que la vida es dura y no un camino de rosas,

aunque él podía dar la impresión de llevar una vida fácil a los que veían a aquel apuesto estudiante de metalurgia de la Politécnica que ganaba a casi todos sus rivales en las pistas de esquí y que aún con más facilidad conquistaba una tras otra a las jóvenes de Trondheim, ciudad de su vida estudiantil.

Como empresario, Tarjei Mælakollien seguía cultivando ambos deportes con el mismo ardor, ganando campeonatos tanto de esquí como de otras modalidades, y, de un modo menos oficial, como seductor y donjuán (no obstante con actuaciones menos logradas que las de Mohammed Ali, cuando un marido engañado opinaba que era más activo como director de hormonas que de empresa, y le hacía objeto de su celosa rabia y sus tensos músculos de trabajador físico).

En cuanto a su faceta política, Tarjei Mælakollien era probablemente el más radical de todos los empleados de NOFAS. Se afanaba por participar en las manifestaciones del 1 de mayo y por mostrarse borracho en público el día de la Constitución, es decir, el 17 de mayo, preferiblemente con el más gamberro, más fuerte y más combativo de los delegados. A la mañana siguiente, Tarjei Mælakollien se levantaba al alba para hacer *footing* con el presidente del Comité de Empresa, a quien Tarjei, con suerte cambiante, intentaba entrenar duro e inculcar los puntos de vista más progresistas y modernos, tales como la necesidad de una nueva reducción de otros cien hombres de la plantilla de NOFAS. Eso iba sobre todo por los viejos administrativos con corbata y apellido, pinzas para montar en bicicleta en las perneras del pantalón, y copa de *whisky* y puro, con los que Tarjei se negaba siempre a tratar. Los que no causaron inmediatamente baja por invalidez o jubilación anticipada acabaron en minúsculos cuchitriles junto a la puerta del edificio de oficinas, con órdenes estrictas de archivar todos los papeles sueltos y luego a sí mismos.

El Minga Nerud se estaba divirtiendo con esas historias en compañía de los dos controladores, uno sentado en la bicicleta ergonómica y el otro relajándose en el sillón giratorio ante la pantalla, cuando de repente miró el reloj de la pared, se estremeció y exclamó: «¡Joder! Sólo quedan diez minutos para el vaciado». Se levantó de un salto, se puso el casco con un movimiento brusco y se apresuró hasta el pasillo intermedio. Uno de los controladores también se levantó y miró el cristal oscuro y mojado de la ventana, mientras su colega seguía a una velocidad media de sesenta kilómetros por hora en la bicicleta ergonómica.

Mente y alma

La luz titiló. Eso fue lo primero. Vibraba el suelo, vibraban las paredes, vibraban los mismísimos cimientos. La luz titiló y se fue. Una fina lluvia de partículas de coque verde violeta voló por los aires. Reventaron los cristales de las ventanas. Una pared entera de cristal reventó, y los pedazos cayeron tintineando al suelo de hormigón. Las tapas de los depósitos del suelo saltaron por los aires. Los submundos hervían. Estalló el infierno y emergió en la superficie. Las tapas de los depósitos dieron tumbos por el aire como discos lanzados por un satanás bien entrenado y atlético. Tintineaba. Ardía. Olía a muerte y destrucción.

Aston Villa no sabía si se había caído o se había tirado al suelo, pero enseguida lo supo. Sabía lo que había ocurrido. «¡Una explosión en la artesa de fundición! ¡Otra vez! Escoria en los desagües. Escoria en los desagües», pensó, mientras el suelo temblaba y le llovían encima trozos de vidrio. Abrió los ojos lo suficiente como para darse cuenta de que todo era oscuridad a su alrededor, de que en medio de esa oscuridad se hizo el silencio, y de que estaba tumbado con la cabeza protegida por los brazos. Y por fin descubrió que una frase absurda le estaba dando vueltas en la cabeza.

«Si ahora no me hubiera caído, me habría quedado de pie».

«Si ahora no me hubiera caído, me habría quedado de pie».

Y se hizo el silencio. Aston levantó con cuidado la cabeza. «Si ahora no me hubiera caído, me habría quedado de pie». Se había caído. Se puso de rodillas. Los trozos de vidrio sonaron contra el suelo. Se incorporó del todo e intentó limpiarse. Se dio cuenta de que tenía la boca llena de una rebanada de pan integral con queso a medio masticar. Con mucho cuidado, como si de vidrio se tratara, acabó de masticarla y tragó. Recordó que se había quedado el último en el comedor. Recordó que había sido justo antes del vaciado.

Aston Villa avanzó a tientas hasta encontrar la puerta. Fuera, en la galería, todo estaba negro de humo y hollín. Pero en torno a los hornos ardía sin llamas una aureola lo suficientemente intensa como para permitirle vislumbrar las formas en la nave. En la parte norte del edificio se dibujaba una gran abertura rectangular hacia la oscuridad de la noche. Aston echó a andar en esa dirección, intentando esquivar los agujeros negros que se abrían hacia los infiernos donde habían estado las tapas de los depósitos.

Aunque andaba despacio y con mucha prudencia, cuidando cada nuevo paso, no se percató del otro hombre hasta que chocaron. Con una mano, Aston consiguió agarrarse a una cazadora vaquera. La persona a la que se estaba agarrando estaba negra como la noche. Ni siquiera se le veía el blanco de los ojos.

En ese momento se conectó el generador de reserva.

La oscuridad no era sólo ausencia de luz. Se encontraban dentro de una densa nube de polvo agarrados el uno a la ropa de trabajo del otro. Transcurrieron aún algunos segundos hasta que Aston reconoció al jefe de turno, que al principio parecía ligeramente trastornado, pero que se tranquilizó muy pronto. Seguían agarrados el uno al otro. Aston notó cómo el cuerpo al que estaba agarrado dejó de temblar. Tuvo que carraspear antes de decir algo.

—¿Todo tranquilo? —murmuró.

El capataz no contestó, se limitó a respirar con pesadez.

—¿Todo bien? —quiso saber Aston—. ¿Estás bien tú?

El capataz apoyó la cabeza en el hombro de Aston, mirando al suelo. Se enderezó, pero sin soltar al otro.

—Tienes algo en la mano —dijo.

Aston Villa no sabía que llevaba algo en la mano. Se soltó del otro hombre y se la miró.

—¿Caviar negro? —del jefe de equipo sólo el blanco de los ojos se dejaba ver.

Aston no se había percatado de que seguía con la rebanada de pan a medio comer en la mano. Por alguna razón se la metió en la boca.

Aston Villa tenía fama de saber proferir maldiciones de un modo tan delicado y natural que ni siquiera el hombre más beato, como por ejemplo ese capataz, se ofendía.

—¡Ostras! —exclamó Aston Villa discretamente, tirando el resto de pan a la fundición. Luego escupió lo que tenía en la boca. Partículas de coque seguían crujiéndole entre las muelas.

—¿Y los demás? —preguntó limpiándose la boca con el dorso de la mano—. ¿Están bien los demás? También ellos podrían haberse quedado un poco más en la sala de descanso. Si hubieran hecho lo mismo que yo, esto no habría sucedido.

El capataz dijo:

—El único que falta es el Minga. Faltabais él y tú. Los demás estaban conmigo. Supongo que se habrán salvado.

Permanecieron callados mirando cómo el polvo de coque descendía elegantemente hacia el suelo tras la rápida elevación al cielo. A lo lejos, en el mundo exterior, se oyó como si empezara a ulular una sirena. Luego se escucharon pasos y vieron llegar corriendo una figura con pesados zuecos.

Era el segundo de Aston, el Telediario en persona, el que se acercaba. Y no los decepcionó. Como siempre, sabía las últimas noticias.

—Es el Minga —jadeó—. Lo hemos encontrado. No tiene buen aspecto.

Aston Villa no era de los que toman el nombre de Dios en vano. Profería maldiciones cuando convenía hacerlo, con palabras bien escogidas y en ocasiones especiales.

—¡Maldita sea! —dijo—. ¡Maldita sea, joder! ¡Maldita sea, hostia!

Se sumaron a la manifestación silenciosamente tanto el capataz como el

Telediario. Acto seguido echaron a andar. Desde control ya habían llamado a la enfermería. El hormigón armado había aguantado. Salvo las pantallas, la sala de control parecía intacta. Y no había nadie arriba en la grúa cuando estalló.

En el horno 41, la escoria y el metal van cada uno por su camino. Habían encontrado al Minga detrás del horno, en el lugar por donde se sacaba la escoria. Estaba tumbado junto al desagüe, inconsciente y con la respiración irregular, pero sin lesiones visibles. Fueron a buscar la camilla. Sólo Aston Villa se lamentó de que el Minga se hubiera metido justamente por el desagüe de la escoria. Si no lo hubiera hecho, aquello nunca habría ocurrido. No de esa manera, todo habría sido menos grave.

Los demás le dejaron hablar, sin objeciones ni comentarios. Lo conocían bien. Entre todos consiguieron colocar al Minga en la camilla y entre cuatro la transportaron.

La enfermería se encontraba junto a los vestuarios, en una prolongación del edificio de hornos. Tuvieron que subir dos tramos de escalera con la camilla y luego salvar el mismo desnivel. Allí estaba la sala de espera, separada de la consulta por una puerta doble. Dentro, una intensa luz en el techo que iluminaba una fila de sillas con los asientos de plástico hechos en una sola pieza de color naranja sobre una estructura de acero inoxidable.

La enfermera Heimstad los estaba esperando, terriblemente hermosa incluso bajo esa luz tan inclemente. Llevaba una chaqueta de punto negra y blanca encima de la blusa del uniforme, y un arrugado pañuelo blanco en la manga izquierda de la chaqueta. En el instante de abrirse la puerta, sacó el pañuelo y sopló un breve y árido solo de *blues* con los orificios de la nariz. Se echó a un lado y sostuvo la puerta de la consulta.

Los cuatro portadores de la camilla parecían curiosamente fuera de lugar en esa enfermería tan limpia e iluminada. Sucios y mugrientos de los pies a la cabeza, no pertenecían al lugar donde se curaban las lesiones, sino a otro lugar en medio del gas y del metal fluido, donde se habían producido los daños. No parecían sentirse acobardados por no haberse aseado para esa expedición a un mundo desconocido, maravillosamente iluminado, entre su vida cotidiana y el reino de los muertos. Aún estaban faltos de aliento y sudados, aunque el hombre de la camilla no pesaba demasiado. ¡Qué flaco estaba! ¡Qué menudo y ligero! Como un niño al que sólo la melena y un mono demasiado grande habían convertido en hombre.

Había sido una guardia tranquila en la enfermería. A un tomador de muestras se le había incrustado un fragmento de metal en la barbilla. Ella le había quitado el fragmento y se había estremecido. Eso había sido todo. Luego siguió esperando. Y se había estremecido.

Pero había oído la explosión. No le cupo duda alguna. El suelo temblando. La tierra ardiendo bajo sus pies. Ella lo sabía y sin embargo no se lo esperaba.

Como cuando llega la nieve antes de lo esperado. Se puso lívida.

—¿Enfermera Heimstad? ¿Ann Dante?

Fue Aston Villa el que empleó ese apodo. Al ver el rostro preocupado del hombre, ella logró sobreponerse y les pidió que colocaran al herido sobre el banco acolchado. Cuatro fuertes pares de brazos obedecieron inmediatamente la orden.

El herido respiraba. El pulso parecía normal. Ninguna lesión externa. Mientras Ann examinaba a Håvard Magnus Nerud, llamado el *Minga*, intentó sonsacar a los portadores de la camilla lo que había pasado.

Fue Aston quien tomó la palabra. Se había quitado el casco y lo llevaba bajo el brazo derecho. Su abundante pelo formaba rizos de metal sobre su cabeza.

—No te lo vas a creer —dijo—. Nadie que no lo haya visto va a creérselo. Basta con una bolsita de plástico. Lo viste cuando vaciamos el tanque de escoria y algún idiota había tirado dentro una pequeña bolsa de plástico con agua. Por equivocación, claro, pero así fue. Medio litro de agua. Es suficiente. Cuando el agua entró en contacto con la escoria caliente todo estalló. Todo lo que había en el tanque salió por los aires. El operador de la grúa consiguió a duras penas salir a tiempo de la cabina. Ya se lo dije hace mucho al inspector de seguridad. Le dije que habría que hacer algo. Nuevas salidas de emergencia y cosas así. Así que no me venga ahora con disculpas. Pero ¿conseguimos algo? Claro que no.

—¿Esto que acaba de pasar ha sido lo mismo? —Ann Dante levantó, primero uno y luego el otro, los párpados del paciente, iluminándole las pupilas.

Aston Villa se seguía sintiendo obligado a hablar.

—Esta vez ha sido peor —contestó—. Tiene que haber sido otra cosa. Una explosión mucho más fuerte. Un escape de los hornos que haya bajado a los colectores sanitarios. Tanto la escoria como el metal son explosivos cuando entran en contacto con el agua. Ya ha pasado otras veces. ¡Ahora van a ver lo que ocurre por quitarnos nuestro hospital!

—¡Pues sí, ya lo verán! ¡Ahora verán lo locos que están!

Los portadores de la camilla se pusieron a hablar de repente al unísono.

—Cuando clausuraron el hospital también clausuraron todo el sistema de emergencias. Y cuando encima tenemos que funcionar con reducción de personal, la situación se vuelve insostenible. ¡El accidente era inevitable!

El tercer hombre de Aston no había dicho nada hasta entonces. Ahora dijo el que llamaban el Spiegeleisen:

—Ni siquiera nos permiten ya nacer en esta localidad.

—Ni tampoco ponernos enfermos —intervino el Telediario.

—Con un poco de esfuerzo a lo mejor te permiten que te mueras.

Se trataba de Aston Villa de nuevo. Mientras la frase aún flotaba en el aire, se dio cuenta de lo poco afortunada que era. Miró fijamente a Ann Dante, que al parecer había terminado de examinar al enfermo. Pero él no dijo nada más, no hizo la pregunta inevitable, sino que se limitó a mirar a Ann Dante en un duelo ciego, como el que se desarrolla a veces entre entrevistador y entrevistado. ¿Soy yo el que ha

contestado o tú el que has preguntado? Aston llevaba el micrófono y callaba obstinadamente.

—Hay que ingresarlo —dijo Ann Dante—. Tenemos que pedir un helicóptero.

—¡Ojalá tuviéramos el hospital!

Era el Spiegeleisen. Aston Villa se aplastó el casco sobre los rizos.

—Creo que debemos regresar al puesto —dijo—. Subir al horno. Supongo que ya no hacemos falta aquí. ¿No es así?

Ann Dante se limitó a hacer un gesto negativo con la cabeza. Recogieron la camilla. El jefe de turno se la colocó bajo el brazo. Ann Dante se sentó delante del teléfono mientras los oía cerrar respetuosamente la puerta doble que daba a la sala. Luego se hizo el silencio. Una mesa de madera clara barnizada. Un vade verde. Baquelita negra.

A veces lo de descolgar el teléfono es como quitar la anilla de una granada. Ann Dante tenía el auricular en la mano e intentaba no mirar al Minga. Miró el viejo teléfono negro. A través de las ventanas polvorientas vio por el color del amanecer que el tiempo había mejorado en el transcurso de la noche. El agua marrón de los charcos no estaba turbia por pesadas gotas de lluvia, ni la movía el viento. Tampoco se había convertido en el primer hielo del otoño. De un tirón descolgó el auricular. Había extraído el trozo de metralla. Tenía el teléfono en la mano. Apretó el auricular como si del seguro de la granada se tratara. ¿Hasta dónde retrocede la cadena de causa y efecto? ¿Cuál fue el primer paso? ¿Cuándo podrías haber elegido otro camino? ¿Podrías haber elegido? ¿Fue una casualidad que el Minga (acolchado en un traje negro de motociclista) estuviera en un cursillo interno de la empresa? Fue en Vetre, ¿no? ¿El que precisamente ese día hiciera pellas y se fuera a la ciudad? ¿Que entrara en unas bocacalles en las que jamás había estado antes? ¿Que la puerta del restaurante Barokk se abriera? ¿Que se topara con una persona a la que llevaba mucho tiempo sin ver? ¿Una casualidad que no acabara allí? ¿Con un hola y un adiós?

Ann Dante escuchó la señal de marcar y se puso a teclear el número de la central de emergencia.

Daba la señal.

La esperanza es verde buzón. La esperanza es negra como el teléfono.

Oyó que alguien contestaba. Con una mirada desesperada a su alrededor descubrió que no había ningún lugar donde refugiarse.

El día resplandeciente

La caza de cabezas, o, como la llaman los holandeses, *koppensnellen*, es, por así decirlo, la piedra angular de la religión y el carácter de los dayak. Ciertamente, el ejercicio de esa costumbre era una de las causas principales del rápido descenso de la población, y es fácil imaginarse que antes de que se haya erradicado esa costumbre, la propia raza se habrá erradicado a sí misma.

En todos los acontecimientos importantes, el dayak exige la aportación de cabezas humanas.

La cuesta de Buenaventura

Primero salió disparada una silla y luego otra. Al final, un hombre que aterrizó a cuatro patas. Así empezó todo. Patas arriba. Si hay veces en que se logra encontrar el principio de algo, este es uno de esos casos.

El calor penetraba el asfalto como un martillo neumático. Salvo un par de sandalias, el pantalón de domingo y una camisa blanca, Bjørn Pelado Blakke estaba completamente desnudo. Su pasaporte se encontraba en el consulado de la ciudad anterior, el finiquito en el barco anterior, el sueldo en el bolsillo del chulo anterior. Bjørn Pelado Blakke dio un paso hacia atrás, hasta la acera, a la sombra de una marquesina a rayas.

La calle estaba desierta y silenciosa como un perro callejero muerto. Nadie tenía fuerzas para gritar. El hombre al que habían echado seguía a cuatro patas bajo el letrero luminoso que decía AMARICON BAR, y las sillas seguían patas arriba. Del marco de la puerta, bajo el letrero, colgaban tiras de plástico pintado. Habían dejado de oscilar y colgaban inmóviles cuando un camarero vestido de pingüino se asomó a la calle. Vería lo que esperaba y no lo que temía ver, porque salió del todo, ochó un rápido vistazo al hombre a cuatro patas y levantó las dos sillas. Luego se puso a quitar excrementos de mosca de una de las mesas y con gran energía siguió limpiando la misma mancha que era invisible y del tamaño de un sello de diez céntimos de Liechtenstein. No lo dejó hasta que nuevamente cobraron vida las cintas colgadas del marco de la puerta.

Un hombre negro impecablemente vestido con traje blanco, sombrero blanco y camisa rosa abierta hasta el cinturón, y otro hombre blanco ataviado con algo que antaño debía de haber sido un traje salieron por entre las mesas de la terraza del bar, contemplando, con los ojos entornados, el aire, la luz del mediodía, el calor, el hedor a basura y cadáver, el bramido de los cláxones, los ritmos de salsa y cumbia, los duros contrastes entre sol y sombra, el blanco y el negro. Los dos miembros de esa comisión del pánico intercambiaron en primer lugar una mirada y luego echaron un vistazo al hombre que se encontraba ante ellos a cuatro patas. Por su aspecto se diría que era asiático, filipino probablemente, bien vestido.

Sin pronunciar palabra, el hombre negro levantó el pie y pisó con fuerza el asfalto.

Con tanta rapidez como si los excrementos de mosca estuvieran ardiendo, el camarero vestido de pingüino levantó el trapo de la mesa para quedarse en posición de firmes. Así permaneció, inmóvil, posando para el monumento al Camarero Desconocido, con el trapo en una mano, la bandeja plateada con el sifón en la otra, y la mirada clavada en una emocionante e interesante pared donde se había desconchado la pintura verde y aparecido el dibujo de argamasa amarilla y ladrillo

entre los travesaños de hierro forjado y las persianas de madera.

El camarero se había solidificado en monumento, pero al filipino le había pasado lo contrario. Al pisar el negro el asfalto con tanto ímpetu, fue como si hubiera pellizcado a un saltamontes en el culo. Saltó, y de repente el hombre a cuatro patas no sólo se levantó sobre dos, sino que se elevó por los aires. Más parecido a un avestruz que a un saltamontes, se fue calle abajo en una extraña mezcla entre andar y volar, mientras en voz muy alta se lamentaba con palabras incomprensibles que seguramente significarían: «Si es así, si es así como tiene que ser, entonces más vale que no», hasta que los ojos dejaron de verlo y el corazón de sentirlo.

La calle comercial de Buenaventura no está abajo del todo en los diques. Se encuentra más arriba y se la conoce como cuesta de Buenaventura. Bjørn Pelado Blakke abandonó la sombra de la marquesina, cruzó la cuesta de Buenaventura y se acercó a los dos miembros de la comisión del pánico, que se habían sentado frente a frente en una mesa redonda. El camarero vestido de pingüino se entregó de nuevo a la limpieza de la mancha invisible de excrementos de mosca.

—¿Os falta un hombre? —preguntó Bjørn Pelado Blakke, permaneciendo de pie frente a ellos. En esa época difícilmente levantaría mucho más de un metro cincuenta sobre el nivel de la calle, además de unos centímetros de rizos dorados por encima de una cara sincera en la que sólo un gesto de los labios hacía que se desvaneciera de vez en cuando la inocencia angelical.

El negro tenía oro y espacio entre los dientes, y una amplia sonrisa que de repente mostró a Bjørn Pelado Blakke como un puñal que se saca de la vaina. El hombre blanco se miró los pies desnudos dentro de un par de zapatos negros sin cordones.

—¿Os falta un hombre? —repitió Bjørn Pelado Blakke—. ¿O sobra uno? El que falta soy yo, el que sobra es otro.

El hombre vestido con los restos de un traje estudió los restos de zapatos que llevaba en sus pies desnudos.

—¿Y tú? —preguntó—. ¿Quién eres tú?

No levantó la mirada al hablar, pero para Bjørn Pelado Blakke era el grito de la tribu, no lo dudaba.

—Soy virgen —contestó Bjørn Pelado Blakke— hasta el desayuno. Abstemio y ateo hasta el almuerzo. Religioso a más no poder durante la resaca. Socialdemócrata cuando duermo la siesta. Y comunista cuando se trata del sueldo. Tampoco puede uno ser adventista en todos los aspectos de la vida.

Esa parrafada era la enseñanza que se le había inculcado durante su infancia en el condado de la Tierra Pelada. Ahora le resultó muy útil. El hombre negro volvió a desenvainar la sonrisa. El blanco había dejado de estudiarse las puntas de los pies y ahora se retorció los pelos de las piernas. Eran rubios amarillentos y casi invisibles mirados de uno en uno. Levantó la vista. No tenía buena pinta. Restos de barba y dientes se fundían con la colilla apagada que le colgaba de los labios.

—Y tú ¿qué haces aquí? —le preguntó a Bjørn Pelado Blakke.

La diferencia entre marea alta y marea baja en esta parte del Pacífico es de más de cinco metros. Habían estado retenidos en el barco fuera de la bahía de Buenaventura, a la espera de la marea alta para entrar en el puerto.

—Estoy esperando la marea alta para salir —dijo Bjørn Pelado Blakke—. ¿Qué otra cosa puedo hacer aquí? Estamos a cien grados a la sombra y no para de llover. Y tengo de todo. Cerveza, dinero para cerveza. El resto lo he perdido: el barco, el sueldo y la maleta. El pasaporte me lo guarda el cónsul. ¿Qué ruta hacéis?

Los dos hombres intercambiaron una mirada.

—Hacemos la ruta de Bolivia —contestó el blanco—. Acércate al hotel Estación esta tarde y pregunta por el Mantequilla y Alfredo García.

Bjørn Pelado Blakke dijo que Bolivia no tenía acceso al mar.

—Jo, jo —dijo el negro, levantándose.

Y el blanco contestó:

—Exactamente. A pesar de eso tienen muchos almirantes.

Mano dura

Bjørn Pelado Blakke recordaba todo eso con la misma claridad de ese día de septiembre al que intentaba despertarse. No estaba muy seguro de si se encontraba en la cuesta de Buenaventura o dentro de un Nissan aparcado en Storskjer, con vistas al este y la planta siderúrgica bramando al otro lado del fiordo.

¿Había oído una explosión? ¿Lo había soñado?

¿Senil a los cincuenta y pocos? Intentó dominar el temblor. Ambas manos frías sobre el volante. El volante quieto, las manos quietas. Fuera, en el fiordo en calma chicha, había un barco anclado cargado hasta arriba de mineral. Otros dos habían maniobrado hasta el puerto y estaban amarrados en el muelle. Empezaban ya a hacer ruido las grúas de descarga. La bandera bajo la cual navegaban esos dos barcos tenía rayas, pero una sola estrella. La estrella era blanca sobre un fondo azul oscuro, y las rayas eran horizontales, blancas y rojas. Sobre el espejo de popa del barco que se encontraba en el puerto ondeaba una bandera conveniente junto al estandarte noruego del práctico. Esa bandera nacional era azul clara y blanca, con una cruz blanca en la esquina izquierda.

Las tres banderas de conveniencia colgaban inmóviles. Todo estaba en calma. La lluvia no es movimiento. Cuando la lluvia es lluvia se queda quieta vibrando, como los claros hilos del tupido tejido entre el cielo y la tierra. Allí la lluvia era lluvia. La lluvia había sido lluvia. Había dejado de llover y estaba despejando. Vivir era llevar la lanzadera hacia delante y hacia atrás entre esos hilos. Arriba y abajo. Y luego golpear con mano dura.

Bjørn Pelado Blakke se dio cuenta de que había vuelto a casa. En ningún lugar la mañana es tan resplandeciente como aquí, después de que la lluvia haya unido en el telar la tierra y el cielo, después de que haya llovido mucho y luego aclarado. Y nunca tan resplandeciente como cuando llevas mucho tiempo fuera. Entonces ves con claridad. Y los tejados de pizarra gris nunca tan pelados como cuando la luz matinal hace que palidezca la piedra ennegrecida por la lluvia.

Esa luz salvaje, ese sol recién lavado que penetraba con agudeza la mañana mojada, y el cuerpo que protestaba contra esa postura encogida en la que se encontraba fueron los elementos que despertaron a Bjørn Pelado Blakke. Miró el reloj. Mañana luminosa. Miró el fiordo, luego de nuevo el reloj, intentó estirar todo el cuerpo en el asiento del roche alquilado, trató de estirar aún un poco más el sueño.

No lo logró. Se rompió. Estaba despierto y despejado, se estremeció en el asiento y vio que eran las seis y nueve minutos. Quitó el seguro de la puerta, salió y dio un par de vueltas corriendo alrededor del coche con el fin de poner en marcha la circulación sanguínea y calentar el cuerpo. Estaba aparcado en una área de descanso con cubos de basura colocados por el Ayuntamiento, y sillas y mesas atornilladas, de

materiales toscos e impermeables.

El lugar no resultaba muy acogedor. A través del parabrisas, Bjørn Pelado Blakke vio, no obstante, media tableta de chocolate y otra entera en el salpicadero. Se sentó en el asiento delantero y se comió las dos, las devoró. Tenía manchas de pintura en las manos. Olía a alcohol. Con un sabor empalagoso en la boca se puso a contemplar la planta siderúrgica y de repente se dio cuenta de que no todo era como antes. Las naves habían sido reparadas y ampliadas, tal vez pintadas un par de veces desde la última vez que las vio. Puede que hubieran derribado alguna. Los raíles habían sido sustituidos por caminos, y las locomotoras por furgonetas. Sí, sí, pero tampoco era eso.

Era el humo. Era el humo lo que faltaba. El humo brillaba por su ausencia. La planta siderúrgica seguía allí, bramando insondablemente, pero sin humo en las chimeneas. La fábrica parecía clausurada. Era un barco que había tenido una avería de motor y que iba a la deriva entre las colinas coloreadas de otoño, una gran máquina que había perdido su meta y su sentido en el transcurso de la historia.

Y sin embargo estaba funcionando. Bjørn Pelado Blakke oía el misterioso zumbido, tal vez incluso distinguiera los acelerones de las grúas y la húmeda masa de manganeso golpeando contra las planchas de acero en el silo, los filtros que lavaban los vertidos camino del silencioso y calmado fiordo.

Había desaparecido el humo. Esa era la diferencia. La mañana estaba más clara de lo que jamás había estado en tiempos de Bjørn Pelado Blakke. Tal vez con excepción de los períodos de huelga. Bjørn Pelado Blakke miró el reloj. No había cambiado mucho. Registró la guantera y el asiento trasero en busca de chocolate, caramelos, cigarrillos, cualquier cosa. Sin éxito. Irritado, giró la llave, arrancó el coche y salió a la carretera. Tomándose con calma, llegaría a la ciudad sobre las siete.

Llegó más de un cuarto de hora antes de lo que había pensado. No siempre resultaba fácil recordar que se había criado antes de la era del automóvil. Por una amplia autovía de dos carriles rodó hasta el centro con el tráfico de hora punta de la mañana. A ambos lados de la carretera se perdían caminos laberínticos de viviendas unifamiliares con rostros efímeros de mujer detrás de las cortinas de encaje, y ropa de cama floreada colgando de las ventanas para que se ventilara.

El edificio del banco que buscaba tenía la fachada de asfalto, y la parte de atrás estaba oculta por un andamio y una lona verde. Después de dar un par de vueltas con el coche alrededor de la manzana, encontró un sitio desde donde podía ver tanto la puerta trasera como la entrada principal al mostrador de información. Los grandes almacenes de enfrente estaban cerrados a cal y canto. Bjørn Pelado Blakke apagó el motor y se puso a esperar. Las tripas le sonaban estrepitosamente.

Dieron las siete. En la fundición aullaba la sirena que anunciaba el cambio de turno.

Pasaron algunos coches con obreros del turno de noche, en dirección al fiordo.

La calle se encontraba de nuevo en silencio. Los grandes almacenes seguían

cerrados. En la fábrica, Bjørn Pelado Blakke vislumbró las llamas de gas en el tejado del edificio del horno, las ligeras nubes de vapor que pronto se perdían en el aire transparente de la mañana, el calor del metal ardiente o de la escoria que hacía temblar las laderas. El hollín le hacía cosquillas en la nariz.

Bjørn Pelado Blakke tenía frío, se subió el cuello de la chaqueta, se metió las manos en los bolsillos y esperó.

No temas a las fuerzas de la oscuridad

El cielo nos envuelve en nuestra infancia. Gust. Heimstad, por su parte, ya había llegado a la edad del discernimiento. Cuando miraba por las ventanas de su despacho, no era el cielo lo que veía, sino cosas sumamente terrenales. Él estaba donde tenía que estar. Era un adulto. Era un hombre responsable. Notaba cómo le pesaba la responsabilidad. Le gustaba llegar temprano. Aunque hubiera dormido mal o no hubiese dormido absolutamente nada sino que, por ejemplo, hubiera estado escuchando a The Band toda la noche, le gustaba llegar el primero. Le gustaba tener el control, dominarlo todo. Le gustaba ser el que abría, el que conocía la clave y el que desbloqueaba la cámara acorazada cada mañana. Le gustaba estar inmerso en el trabajo detrás de su mesa cuando los demás se disponían a colocarse por el paisaje de la oficina. Entonces levantaba la vista de su mesa pulida de madera oscuro de África, ya que le gustaba ver cómo sus subordinados se sentaban tras sus democráticas mesas de laminados claros. Para inspirarse, le gustaba posar la mirada en los óleos con motivos locales que adornaban las paredes del despacho. Le gustaban las reuniones breves con informes aún más breves que desembocaban en órdenes de acción claras y rápidamente realizables basadas en sus propias directivas inequívocas. ASUNTO: M/S *Bag Dad*. 12 000 manganeso. POS (Port of sale) Stratonion. POP (Port of payment) Aquí. Tripulación. Al contado. Acción. Al señor Heimstad le gustaba ver los resultados de lo que hacía. Resultados positivos. Además le gustaba el rock, el rock clásico. Solo lo mejor. Le gustaba trabajar con *walkman* y The Band en los oídos. Daba resultado. Eran los mejores. Trabajo en equipo y desarrollo individual. Así debía ser. Nadie por encima de él. Todos a su lado.

También le gustaba que los planes de acción y los informes desembocaran en él mismo. Gust. Heimstad era solista y hombre del frente, a la vez que jugaba en un gran equipo. Era un hombre moderno en cuanto a la toma de decisiones, había participado en cursillos y seminarios en hoteles de alta montaña en los que se repartían carpetas de plástico y bolígrafos, y en los que había aprendido a acabar todas las frases con un SÍ, a tocar a la persona que tenía a su lado y a mirarla profundamente a los ojos bajo la dirección de experimentados directores de cursillos, y a llevar a cabo un entrenamiento autónomo en los ratos libres. El señor Heimstad, director de banco, había probado tanto el grito tribal como a coger los tenedores y cuchillos por el orden correcto en las constantes cenas. Había participado en discusiones sobre si precisamente su empresa representaba una cultura pionera o una cultura tradicional. Se había esforzado sincera y honestamente por convertirse en un auténtico individuo «Queremos, podemos» y, en consecuencia, acabar con las posibilidades de barrera y alentar las de carrera. Opinaba que se había convertido tanto en un rompedor de barreras como en un tirador de carrera, que había dibujado

las flechas correctas que harían confluír las burbujas con factores tales como sentimientos (S) y pensamientos (P) del aparato audiovisual del conferenciante con empeño (E) y bienestar (B) y aportación (A). De esa manera se había procurado competencia, ascenso y más salario, mientras constante y sucesivamente había ido introduciéndose en un proceso cuya meta era generar el lado positivo de un asunto y de su propia personalidad para que degenerara el lado negativo.

Basándose en tales experiencias y conocimientos, y en los resultados de las estrellas del deporte que también habían empleado el método en cuestión, Gust. Heimstad se creía capaz de afirmar que había soluciones positivas para casi todo, también en la vida privada. Antes que cualquier otra cosa se trataba de desarrollarse a sí mismo. Cuando Ann Dante salió, cerró la puerta y se fue a hacer su guardia de noche, él hizo lo que solía hacer. Abrió el armario de los clásicos, su mejor terapia contra la soledad y el insomnio, acompañada acaso por una minúscula copita como una aguja extra del tocadiscos. Y su alma penetraba el vinilo hasta las obras principales del año cero de la historia del rock. Todo el catálogo Atlantic con un estupendo *rhythm and blues* y un *soul* dulce y jugoso. Motown. Smokey Robinson. Charlie Rich. Bobby Bland. La lista de genios era casi interminable. Grabaciones raras e indispensables como *Sea of love* con Phil Phillips y los pastiches de Tchaikovski de Jackie Wilson. ¡Maravilloso, maravilloso! Gust. Heimstad se acomodó en el sillón, se colocó los auriculares y pensó convencido: «Los viejos son los más grandes». Robbie Robertson. Van Morrison. Roger Chapman en Family. John Wetton y Ring Crimson. Jerry Garcia. Esa era la música que a él le gustaba. La única música que merecía la pena. Todo el *rock and roll* después de 1970 no es más que los gritos de envidia de los que no estuvieron allí cuando sucedió. El verdadero rock. Ese rock que osaba desafiar a las autoridades. Aquel rock que era una larga y rugiente rebelión contra el atontamiento y el pensamiento anquilosado, un torpedo debajo del arca de ideas anticuadas, una subversión de lo establecido. Como esos solos de bajo con los que Richard Davis abre *Madame George*. El director de banco Heimstad se quedaba sentado en el sillón con los oídos tapados con los auriculares, tocando un bajo imaginario hasta muy avanzada la noche.

Al final se quedó medio dormido, volvió a despertarse, apagó el equipo y se tumbó. No sabía qué hora era, pero sabía que se había hecho tarde cuando Ann Dante lo despertó con una llamada desde la enfermería justo antes de las seis. Gust. no se sentía especialmente cansado, sino más bien como si le hubiesen dado una paliza y luego lo hubieran despertado brutalmente para una nueva ronda. No sabía dónde estaba. No sabía cuánto tiempo había dormido. Lo que quedaba de sueño le golpeaba los oídos. No obstante, al mismo tiempo, Gust. Heimstad escuchaba a lo lejos una vocalista que cantaba que había que mirar las cosas con ojos positivos y buscar el lado alegre de la vida. Al final oyó también la voz de Ann Dante, que por enésima vez le decía que había ocurrido un accidente. Sí, en la fundición. No, no había muertos. Un herido grave. Sí, ella tendría que acompañar al herido al hospital

regional. Sí, el helicóptero estaba en camino. Así era. Cuando Gust. Heimstad por fin se enteró, se alegró de poder decir, y sin demasiado aire de mártir, que de acuerdo, que muy bien, que ningún problema, que se las arreglaría. Claro que sí. Esas eran las frases que más le gustaban de todas. Las mejores para decir él y las mejores para recibir como respuesta.

Además, se le ofreció la posibilidad de empezar el día extraordinariamente temprano, había pensado mientras se duchaba y le alcanzaba el agua fría, barriendo los últimos restos de sueño de su cuerpo. Así debía ser. Había que mirar las cosas de un modo positivo, no permitir que unas cuestiones prácticas desagradables y un determinado e incómodo encargo te ensombrecieran la vida, aunque uno, con la experiencia de la edad, tenía que admitir que esa vida no era tan sencilla como el idealismo juvenil quería que fuera. Con algo de tolerancia, pero a la vez con un poco de vergüenza, Gust. Heimstad recordó su exaltado pasado político entre los socialdemócratas. Bueno, durante un breve período se había inclinado incluso más hacia la izquierda, pero ese era un recuerdo que apenas se atrevía a reconocer como suyo. Sus experiencias le habían enseñado que la vida no resultaba fácil, y que los seres humanos no eran tan buenos como los socialistas pensaban. Eso era algo que todo ser pensante debería comprender. Bastaba con pensar en lo que estaba ocurriendo en los países del Este o en los quehaceres diarios en el banco. En una sociedad moderna, los seres humanos ya no eran gente sino clientes, usuarios, pacientes. O alguien que tomaba decisiones, como él. Y las personas faltaban constantemente a sus compromisos, a su situación de clientes, dejando sin preocuparse sus cuentas al descubierto, protestando cuando el banco tenía que recurrir a realizaciones forzosas con el fin de cubrir pérdidas, incumpliendo los plazos de pago. Todo eso le había enseñado a Gust. Heimstad que hacía falta no una dirección estatal, sino una mano firme e invisible que se ocupara de la responsabilidad superior del desarrollo de la sociedad. La democracia estaba bien. Había que tenerla, pero ante todo había que tener un jefe que pudiera imponerse y dar su opinión. De lo contrario, nunca funcionaría. Todo el mundo lo sabía. Pues ¿quién era el que realmente había construido el país? ¿Quién había participado con capital a fondo perdido? ¿Qué se arriesgaba tanto en las ganancias como en las pérdidas? ¿Quién había puesto en marcha las buenas ideas? ¿Quién había puesto a trabajar a tantas manos para el bien de la sociedad y el hombre de la calle? ¿Y qué recibieron a cambio? Quejas e injustas críticas. Los socialistas querían cortar esa rama verde en la que ellos mismos estaban sentados pero que otros habían hecho crecer, querían cortarla con sus eternas exigencias de sueldos más altos y más beneficios sociales, sin contraprestaciones en forma de un mayor rendimiento laboral, y un aumento de la productividad. ¿Cuándo entenderían esos cegados de la ideología que la exigencia de más salario sólo conduciría a un círculo vicioso de menos puestos de trabajo, más personas en paro, quiebra de empresas, menos gente para pagar los subsidios a los que los necesitaban, salarios más altos, menos puestos de trabajo, etcétera? Si a los

socialistas se les permitía seguir cortando ramas del árbol social, al final el tronco se marchitaría y acabaría por morir. Ese sería el resultado inevitable si se permitía que esa desenfundada mentalidad de exigir se expandiera por la sociedad. A nadie podría interesarle realmente una cosa así, ¿no? La solución era la colaboración, juego y trabajo en equipo, para que todos los que se encontraran en el mismo barco pudieran llevar la carga juntos. Con raíces en la tradición. En suma: The Band.

A pesar de estos planteamientos tan positivos, el director de banco Heimstad no estaba contento. Para decir la verdad, casi siempre estaba de mal humor porque muy pocos compartían su optimista visión de la vida. Además, se ponía aún de peor humor cuando alguien creía saber algo que él no sabía. Y todavía peor cuando alguien no sabía lo que él sabía y se atrevía a preguntarle, y él tenía que explicarse dos veces. Ese preguntar y hurgar le parecían al director Heimstad esfuerzos innecesarios. En otras palabras: estaba, de un modo positivo, casi siempre de mal humor cuando había otras personas cerca de él. Solía ahorrar su buen humor para sí mismo, para cuando estaba solo. En momentos así. Por ejemplo, en la ducha al alba, la necedad de los humanos a menudo constituía para él una fuente de gran hilaridad.

Tras una larga ducha alternando el agua fría con la caliente y luego un rápido desayuno, el director Heimstad estaba listo para mirarse a sí mismo ideológicamente en el espejo. Y lo que vio era bueno. Sus pensamientos arrasaban en todas partes. Gust. Heimstad estaba eufórico al bajar las cerradas curvas desde La Baronía. El tiempo trabajaba a favor de sus pensamientos, como ir andando al trabajo, andando deprisa, temprano por la mañana. No entendía a aquellos que voluntariamente elegían meterse en atascos, enfermar del corazón y de estrés, y sufrir por el aparcamiento. Él había tenido mucha suerte, lo admitía. Todo se le había arreglado de la mejor manera imaginable. Y no sólo en su vida privada. Como director de banco, Gust. Heimstad pensaba con perspectiva y a lo grande, de un modo concreto y cercano, con la mirada siempre puesta en el futuro. Bien es verdad que el conocimiento de embarque de la carga de manganeso estaba royendo los parachoques de sus pensamientos, pero cuando pensaba en positivo, prefería pensar en los nuevos almacenes de Vindaneset, cuya financiación al parecer estaba ya solucionada, y seguramente revolucionaría las actividades comerciales en toda la región. Con ese centro comercial se había desarrollado un concepto por el que quedaba claro que comprar constituía algo muy importante para los humanos, y que el coche había llegado para quedarse. Además, aprovechaba hasta el final el efecto sinérgico. Ahora la gente podría hacer todas sus compras bajo un solo techo, sin pensar en el viento, la lluvia o los problemas de aparcamiento. Constituía un gran bien social, un gran avance que facilitaría la vida a la gran mayoría. Se presentarían algunos problemillas para los viejos e inválidos que no pudieran conducir hasta el centro comercial para hacer sus compras. Pero la pequeña tienda de barrio había sobrevivido a sí misma y ya no tenía derecho a la vida, eso lo dejaba bien patente el desarrollo. Si todos aunaran sus esfuerzos, las cosas irían bien. El director Heimstad en persona había lanzado una iniciativa que

imponía a organizaciones ideales, tales como Rotary, Lions, El Cerebelo e Inner Wheel, la tarea de llevar en coche al centro comercial a aquellos los marginados de la evolución social, con el fin de que también las personas mayores pudieran comprar su barra de pan y su embutido. Y lo mejor de todo, la idea había sido recibida con los brazos abiertos por las organizaciones implicadas. De manera que a pesar de todo aún había esperanza para esta sociedad nivelada en la que nadie debía ser mejor que nadie. Seguía vivo el espíritu social, había calor humano y preocupación por los menos privilegiados. La vida era buena, Gust. Heimstad estaba satisfecho, muy satisfecho, cuando se acercaba al centro, estirando las piernas en largas y sanas zancadas por la acera. Innumerables experimentos científicos habían demostrado que esa actividad no sólo protegía contra las enfermedades cardiovasculares, sino que también estimulaba las ganas de trabajar. Pensamientos optimistas como esos, acompañados por la marcha rápida (una palabra que le gustaba mucho más que *paseo*, demasiado sosegada), habían despejado y proporcionado un buen color de cara a Gust. Heimstad al llegar al banco. Abrió con su llave y entró antes de que los demás empleados, los pequeños clientes y todos los prestatarios privados e insolventes llegaran con humildad al mostrador, y a veces hasta su elegante despacho, donde se sentían algo perdidos entre los óleos de paisajes, los macizos muebles de madera y las pesadas telas.

En el transcurso de sus muchos años en instituciones financieras, Gust. Heimstad había visto pasar por sus manos mucho dinero en muchas divisas diferentes, nuevos billetes crujientes, billetes viejos, flácidos y gastados pero con el hilo de seguridad dentro, el sello de agua, rayas transversales más claras formadas en el papel, la impresión en cobre del número en la cara del billete, el sello del arco iris al dorso. Los agudos ojos y las sensibles puntas de los dedos de Gust. Heimstad conocían cada detalle, cada señal oculta de lo que era auténtico y valioso. A cambio de comisiones cada vez más altas, Gust. Heimstad había transferido sueldos, honorarios, intereses, derechos de autor, participaciones en beneficios y salarios. Con el tiempo, una parte cada vez mayor de esas transacciones se había realizado en divisa electrónica, como los llamados *chips*, sin hilos de seguridad ni sellos de agua, y con ceros oscilantes en la pantalla como el reflejo más nítido de los valores transferidos. Y, sin embargo, y por desgracia, el dinero real no había dejado de existir del todo. Los salarios de los marineros que trabajaban en barcos de suministro en la zona de conflicto durante la Guerra del Golfo los pagaba siempre al contado, y no se trataba precisamente de sumas insignificantes.

Y sin embargo: esto era algo especial. Gust. Heimstad colgó el *blazer* del respaldo de su sillón al empezar a hojear la pulcra carpeta del conocimiento de embarque, la carta de porte y los documentos negociables, tal y como lo exigía el crédito documentario irrevocable. En ese caso no vencían sólo los salarios de los marineros, sino toda la carga para ser pagada al contado en crujientes divisas convertibles. Había contado personalmente la suma con el director Gaasewiik de Oslo y no le había

gustado nada. El dinero limpio olía. Había pasado por manos delictivas. El dinero moderno eran ecuaciones circulando por la sociedad como claves digitales.

También los puertos de embarque para esta carga tan especial extrañaban al director Heimstad si los comparaba con los negocios corrientes que solía hacer con NOFAS. Por regla general, en las expediciones por vía marítima se trataba de nodulos de Molango, *finés* de Moanda y *lumpys* de Compagnie Minière de l'Ogooué, con embarque desde el puerto de Point Noir o Libreville. También podía tratarse de mineral de Orissa de la India, o de manganeso de la Guyana y de Amapá, en Brasil. Gust. Heimstad había sido intermediario para el pago de manganina BHP de Australia, y nodulos de la Minera Autlán de México, enviados a través de Tampico. En esa ocasión había omitido mencionar los minerales de Sudáfrica, entregados por ASOMAN y SAMANCOR.

En cuanto a las doce mil toneladas a bordo del M/S *Bag Dad*, se decía que procedían de Xristoforidis, en Salónica. Personalmente, el director Heimstad nunca había oído hablar de minas de manganeso en Grecia, pero por unas investigaciones que con gran discreción había llevado a cabo en NOFAS, resultaba que esas minas databan de 1915, y fueron puestas en marcha por la mismísima Bethlehem Steel. La carga había salido de Stratonion el 12 del mes en curso. En cuanto la mercancía hubiera sido descargada en los muelles de la metalúrgica, habría que pagársela a un representante de la empresa Horst Fiszbach, de Dusseldorf. Al contado. Nada de chips electrónicos. Ninguna documentación correspondiente al pago. Ningún documento original de conocimiento, ninguna copia. Certificado de origen: Stratonion, Grecia. La financiación se había organizado a través de Tchakari Trading A. G., en Zurich, empresa especializada en recibir grandes cantidades de oro y dinero al contado, por expresarlo con prudencia.

El director Heimstad se levantó de repente. Le retumbaron los oídos, y no era por el bajo de Richard Davis. Aquello no era *Madame George*. Era su corazón lo que hacía ruido. Gust. Heimstad sintió que se encontraba al borde de un precipicio moral. Blanqueo de dinero. Todo le daba vueltas. Eso no era él. Se sentó de pronto y extendió automáticamente la mano hacia el montón de documentos.

El primer escrito que cogió fue un comunicado de prensa que orientaba sobre las negociaciones referentes a la venta de una importante cartera de acciones en NOFAS a la empresa de Oslo Ostoen Management. El director Heimstad ya estaba informado sobre esa transacción. Dejó el escrito, sin leer ni comentar, en el otro extremo del escritorio. Al escrito había unido con un clip un artículo periodístico. El director Heimstad separó el artículo del comunicado de prensa y lo examinó más de cerca. Debajo de una foto que ocupaba dos columnas se leía el siguiente pie: «El director Ostøen inaugura el Banco de la Bolsa S. A.». Aparentemente, el artículo del periódico pretendía añadir información al comunicado de prensa. Contenía una entrevista en la que el director Ulrik Ostøen cuenta que su comida favorita es: gazpacho. Filósofo preferido: Sun Tzu. Coche: usa el transporte colectivo (¡?). Vino:

Sauternes. Etcétera, etcétera. Entrevista en época de vacaciones, a falta de noticias. Al propio director se lo describía vestido con pantalón corto, el torso desnudo, piernas flacas y una pala. Su casa de verano en la provincia de Vestfold también estaba descrita con elogiosas frases, aunque la esmerada decoración con mucho gusto fuera más bien atribuida a la señora de la casa. Mia Brahms Ostøen (31) acababa además de encargarse de la dirección del hotel familiar en la ciudad veraniega de Stavern. Por otra parte, el periodista no mencionaba que la buena sociedad de Oslo llamaba a la señora Ostøen «La Cerillera», a pesar de que era bien sabido que Ulrik Ostøen lo consideraba un título meritorio.

Al director Heimstad le disgustaban las tonterías y los rumores. Arrugó la página del periódico reduciéndola a una pequeña bola dura que envió directamente a la papelera.

La siguiente carta no trataba ni de Ulrik Ostøen ni de NOFAS, sino que remitía a una carga de coque procedente de Jarrow Straits, sobrestadía por un valor nominal de 44820,30 coronas noruegas, y la nominación de un barco que debía ser cargado en Bremen. Implicaba a un agente marítimo de Doornzelestraat, en Gante, a Manganese Centre, a la Sociéte Montaigne d'Expertise Comptable de París, y a la Metalúrgica Escandinava S. A., de Estocolmo. Todo eso desembocaba en una carta dirigida al director del banco, Gust. Heimstad, que decía así:

Ruego transfieran \$ 5739925,39, correspondientes al importe en coronas según cambio, a través de Tchakari A. G. de Zurich, a quien se ruega transferir a la cuenta de Horst Fiszbach en Banque Paribus, 9, Avenue Ostende, Montecarlo MC 98000 Mónaco. En las instrucciones de pago se pide que se anoten dividendos para Ostoeen Management S. A.

Rogamos que el importe sea cargado en la cuenta en dólares que NOFAS tiene con ustedes.

Con ref. a conversación telefónica, se pide la documentación relacionada con el Banco de Noruega de las dos sociedades controladas por Ostøen, y se remite a la conversación telefónica del señor Estenstad con el señor Remmen, primer oficial del Banco de Noruega, del día 8 del mes en curso.

En nombre de Norsk Ferrolegering, la carta estaba firmada por T. Mælakollien y G. Estenstad.

Y seguía el télex número 163 eml/mf.

re: mn ore/payment of invoices, today 10.09.xx we ordered standard chartered bank, new york, reference 0311803539 to transfer usd. 1104792 via «chips» to auvernier

ltd., london «arranged honour» order no. 9094 shipment manganese ore, normal source.

¿Fuente normal? ¿Origen normal? ¿Qué era eso? El director Heimstad volvió a levantarse. A través del oscuro y limpio cristal de la ventana vio a su colega rotario, el comisario Okeid, aparcar su coche justo detrás de un Nissan que Gust. Heimstad no reconoció, antes de meterse en su despacho del ayuntamiento. Una figura poco representativa, pensó Gust. Heimstad. Lamentable, pero cierto. Otro hermano rotario, que era dentista, tenía su despacho en el edificio del banco, pero su horario de consulta era de doce y veinte a doce y veinticinco, de modo que no había mucho riesgo de que apareciera a esa hora de la mañana.

El director Heimstad miró por última vez el montón de documentos. Al cierre de la Bolsa de Oslo, NOFAS estaba en 196,40. Sin cambios. Eso al menos resultaba tranquilizador. De los valores de Bolsa levantó la vista al reloj de la pared. La esfera dentro de la reluciente caja de latón indicaba las ocho y veinte en el instante en que la aguja de los segundos se disponía a pasar al siguiente segundo. Eso significaba que el tiempo para escrúpulos e inquietudes había acabado irremisiblemente. Había llegado el momento de tomar una decisión. Resultó fácil. La decisión ya estaba tomada. Gust. Heimstad, director de banco, se enderezó en su sillón de jefe. También había llegado la hora de que algo ya visto apareciera fuera, en la calle.

No tuvo que mirar mucho tiempo por los cristales oscuros antes de ver lo que esperaba ver. El jefe de servicio y el cajero del banco llegaban siempre juntos. Eso era más seguro que el propio banco, por así decirlo. Pero lo que irritaba al director era la forma en la que esos dos constituían una unidad. Cuando caminaban por la calle hombro con hombro, daban la impresión de ser incapaces de moverse cada uno por su lado. Siempre andaban al compás, siempre al mismo compás, y con la parte superior del cuerpo haciendo un cómico movimiento simétrico hacia un lado. Al menos así lo veía Gust. Heimstad. Los dos llevaban gabardinas cortas de color azul con cinturón, y ambos llevaban sombrero. Muchos se limitan a sacar brillo al coche y no a sí mismos, pensó el director Heimstad con bastante filosofía. Y se le ocurrió que esos dos tenían pinta de formar un consejo parroquial ellos dos solos, como dos auténticos predicadores. Luego tuvo un pensamiento más alentador. Esa es la pinta que deben de tener los asesinos a sueldo noruegos, pensó. Si es que los había: tan petrificados, tan faltos de mímica, tan blindados dentro de sus gabardinas de predicadores de rígidos tejidos acrílicos y cervicales más rígidas aún. Así tendrían que ser.

Animado por haber descubierto a sus dos subordinados más próximos, y por tener algo en su contra, algo que sólo él sabía, el director Heimstad pulsó el interfono y pidió a la secretaria que entrara a que le dictara una carta. Estaba contento consigo mismo. Ni siquiera la desalentadora visión de sus tristes subordinados consiguió ensombrecerle la jornada. De nuevo era un hombre alegre y positivo que contemplaba

la vida con gran optimismo. ¡Un verdadero rompedor de barreras!

La secretaria le llevó el informe del día y le preguntó cómo se encontraba.

Bien era una palabra gris, una palabra gris y triste contra la que había que luchar.

—¡Estupendamente! —contestó el director Heimstad—. De verdad. Inmejorable. Estupendísimamente. ¿Empezamos el día robando a los pobres y dando a los ricos?

Miró el reloj. Pensó si a eso se le llamaba derrochar. ¿Estaba derrochando de lo lindo? Aún faltaban cinco minutos para que el banco abriera al público. Justo a la hora entraría por la puerta el dependiente de la tienda de confección de caballeros con el metro al cuello a cambiar diez cartuchos de monedas de diez, cinco de cinco y cinco de una corona.

Sí, a eso se le llamaba *disponer de*. Él dispondría bien del dinero del que era responsable. El director Heimstad se levantó, abrió la puerta del despacho y salió al paisaje abierto del banco. La primera serpiente del télex reptaba ya por la burocracia. Con voz alegre y juvenil (tras comprobar que todos estaban en su lugar), Gustav Heimstad dijo:

—¡La hora, la hora de que suenen los tambores!

Sobre mi cadáver

En todas las situaciones de la vida, el director Gust. Heimstad ponía gran énfasis en hacerlo lo mejor posible. Se trataba de encontrar soluciones razonables con las que poder vivir, y siempre sin pasarse. En lo cotidiano, con las cosas pequeñas, esa filosofía de la vida no estaba nada mal, lo que Gust. Heimstad había podido comprobar una y otra vez. No era de los que pone a la gente de patitas en la calle. Siempre que fuera posible, los echaba con mucha delicadeza, acompañándose de bonitas frases y palmaditas en el hombro. Gust. Heimstad tenía una aguda intuición para lo que era posible y lo que no, y para cómo actuar acorde a ello. Resulta por tanto factible imaginarse que Gust. Heimstad se hubiera prestado en cuerpo y alma por ejemplo al transporte de judíos a las cámaras de gas, tras haber estudiado todas las posibilidades prácticas de transportarlos en vagones ordinarios de cuarta clase en lugar de en vagones para ganado, y en condiciones sanitarias aceptables, en especial para mujeres y niños. Pero Gust. Heimstad no era ningún monstruo. Habría pensado y actuado también dentro de los límites de la racionalidad si él mismo hubiera estado en los vagones de ganado en lugar de ser quien lo ordenaba.

De manera que Gust. Heimstad era sin lugar a dudas de los que se adaptan a la realidad. Cuando se trataba de política, veía claramente que el mundo es tal y como es. En lo referente a la política de seguridad opinaba con tanta convicción que la NATO era una herramienta pragmática y razonable que algunas personas de mala fe sostenían que el director Heimstad debía de tener algún extraño defecto de pronunciación que le hacía decir *natonal* en lugar de nacional. El himno nacional se convertía en el himno *natonal*, el Parlamento era la asamblea *natonal* noruega. En cambio nunca dijo que la música atonal fuera música *natonal*. Pero el Teatro *Natonal* era el principal escenario del país, y en Bergen se encontraba la Escena *Natonal*. Incluso había quien afirmaba (y no hay razón para ocultar que se trataba entre otros de un eterno estudiante llamado el Minga) que Gust. Heimstad llamaba a la compañía noruega de petróleo *NATOIL* (y no *STATOIL*, que es su nombre real), y a la Alianza de Defensa *STATOM*, que no sabía distinguir entre *aNATOMia* y *anATOMia* y que de esa manera mezclaba la unidad básica de la materia, alianzas atlánticas de defensa y la estructura del organismo. Además sostenía que *NATOLI* era el nombre de un importante club de fútbol y de una ciudad naval junto al Mediterráneo, y que *O mia bella Natoli!* era el nombre del pegadizo himno del lugar en cuestión.

Sobre esa fiable base filosófica y lingüística, Gustav Heimstad era, en otras palabras, un hombre capaz de ver las grandes líneas de la existencia, sobre todo en lo que a la banca se refiere. Tampoco Gust. Heimstad era fanático ni insensato en cuestiones económicas y comerciales. Si el mercado monetario blanco no bastaba, habría lógicamente que pasarse al gris, por no decir al negro. Así era para todo el

mundo, también para Gust. Heimstad. Así era el orden de la naturaleza. La demanda del mercado y la ley de la vida.

Por esos derroteros argumentaba el director Heimstad, todavía en silencio pero insistentemente, con su propia conciencia, cuando pocos minutos antes de las ocho y media abandonó el banco por una de las puertas traseras. Llevaba en las manos sendos maletines de aluminio que no parecían pesar mucho ni llamaban especialmente la atención. Usaba gafas de montura de pasta, tenía un tupido pelo negro algo rizado (que siempre intentaba alisar), llevaba pantalones de color gris claro, *blazer* azul, camisa blanca y corbata a rayas oblicuas. Colocó los maletines en el asiento trasero del coche de la empresa y se sentó tras el volante. «¡TODO EL MUNDO NECESITA AL BANCO!», predicaba una pegatina en la ventanilla de atrás. De la radio en estéreo salía música de *jazz*. Gust. Heimstad hizo una mueca, pero la música dejó de sonar mientras salía marcha atrás del aparcamiento. Se volvió y se colocó el cinturón de seguridad.

En la esquina de la plaza había un grupo de obreros a turnos, conversando en voz baja. Gust. Heimstad se alegraba de que el accidente laboral de NOFAS al parecer hubiera causado sólo daños insignificantes. Bastantes fuerzas destructivas había ya de suyo, dispuestas siempre a hacer que explotaran desgraciados sucesos como aquel, no deseados por nadie. Gust. Heimstad miró con cautela a la derecha y a la izquierda antes de arrancar, y pisó ligeramente el acelerador. Algunos jubilados y amas de casa habían salido también a la calle con ese tiempo tan inesperadamente bueno. Aunque eran los niños los que tenían la costumbre de precipitarse a la calzada sin previo aviso. Pero por fortuna esos elementos indómitos no abundaban en calles y plazas a esa hora de la mañana. En cambio, los comerciantes habían colocado en la acera un amplio número de carteles anunciando ofertas, que servían perfectamente como trampas para perder el equilibrio. Gust. Heimstad estaba también en contra de ese tipo de desorden. En medio de la plaza se encontraba el monumento a los caídos de la última (y primera) guerra, en el que uno de los representados estaba realmente caído, mientras la otra figura en bronce se disponía a ofrecer una terca resistencia. Las rosas que rodeaban el monumento se habían marchitado hacía mucho, y Gust. Heimstad miró con cierta irritación al jardinero municipal que aún no había cubierto las plantas con ramas de abeto.

Primero bordeó la plaza y luego continuó por la calle principal hacia el puente. Iba a escasa velocidad, a treinta, e hizo un gesto de magnanimidad a un par de achacosos peatones para que atravesaran el paso de cebra en el último cruce antes de dejar el centro.

Al pasar el cruce se metió en la estación de servicio a repostar. Gust. Heimstad tenía fe en la seguridad. No era de los que se arriesgan a quedarse tirados en medio de la carretera por un depósito vacío. La gasolinera funcionaba como autoservicio, pero un joven, seguramente un alumno de formación profesional en prácticas, estaba listo para recibir a Gust. Heimstad con una radiante sonrisa blanca y un mono nuevo igual

de radiante.

—¡Conque viene a llenar el depósito de su autorroz!

—¿Autorroz? —Gust. Heimstad no entendía nada.

—Su japonés. El a-u-t-o-r-r-o-z.

El director Heimstad suspiró y dejó que el voluntarioso colaborador Ir llenara el depósito.

Cerca ya del río, más allá del cruce, había un recinto abierto con campos polideportivos, parque, un monumento naturalista dedicado al obrero industrial y un paseo bordeado de sauces tupidos y altos como protección contra el aire del río, las fábricas y las instalaciones del puerto.

Autorroz. Bueno, bueno. Al salir de la gasolinera vio por el espejo retrovisor otro vehículo merecedor de la misma denominación que el suyo, un Nissan que le parecía haber visto antes ese día, aunque no recordaba exactamente dónde.

La sensación de peligro, o al menos de que hay algo anormal, algo que no es como debe, se instala primero en partes del cuerpo que no son la cabeza. En una ocasión, de vacaciones en el sur, a Gust. Heimstad lo atracaron en medio de una calle muy transitada de Palma de Mallorca. Lo primero que notó fue que era incapaz de mover libremente los brazos. Lo recordaba como una sensación incómoda, pero no como algo aterrador ni alarmante en un principio, pues estaba rodeado de gente, era mediodía, e iba andando por una calle muy transitada. Poco a poco se fue dando cuenta de que era incapaz de mover los brazos, y más despacio aún entendió la causa. El primer movimiento con el que reaccionó fue un mero reflejo corporal. Intentó librarse de ese algo desconocido que le inmovilizaba los brazos. Al no lograrlo, comprendió por fin que algo o alguien se los tenía agarrados por detrás. Al mismo tiempo notó una mano con unos dedos que se movían como una rata por su pecho y dentro del bolsillo de su camisa. Y que luego desaparecía. A su cartera le pasó lo mismo, pero para entonces él ya tenía ambos brazos libres y se encontraba sin dinero ni pasaporte en medio de una muchedumbre que lo empujaba por todas partes y que no se había percatado de nada.

Esa molesta situación fue la que en ese momento se desplazó del espejo retrovisor a sus pensamientos. Gust. Heimstad apenas había salido de la gasolinera, y estaba a punto de acelerar con prudencia hasta justo por debajo de la velocidad permitida, cuando un coche desconocido se colocó detrás del suyo y luego a su lado. Enseguida supo que no era del todo desconocido. Lo había visto antes, tal vez lo hubiera estado esperando, pero no lo conocía. Se le vino encima una avalancha de miedo y pánico, pero sólo duró un instante. Sí, lo sabía. Sabía lo que contenían los maletines del asiento trasero. Pero también sabía que sólo había dos caminos para salir de la ciudad. Uno atravesaba un desierto paraje montañoso, el otro se retorció por viejas curvas a lo largo del fiordo. No había escapatoria. ¡Ese era un lugar en el que cualquier atraco estaba condenado al fracaso!

Detrás del volante del Nissan que lentamente se había ido colocando a su lado,

Gust. Heimstad, que se entretenía con la música de la radio y se consolaba con la voz de la razón, vio un rostro que creyó reconocer, pero que llevaba mucho tiempo sin ver, muchísimo tiempo. Era un rostro ajado y quemado por el sol cuya expresión afeaba una eterna mueca en las comisuras de los labios, y que sin embargo conservaba el recuerdo de un rasgo fresco y bello, sincero y confiado. Fue ese rasgo lo que Gust. Heimstad reconoció.

La mueca de las comisuras de los labios se convirtió en una sonrisa. El hombre lo saludó con la mano, se estiró sobre el asiento del copiloto y bajó la ventanilla. Pues sí, Gust. Heimstad reconoció la cara y la mueca siempre presente, llorara o riera la boca. ¿Y el nombre? ¡Hacía cien años! ¿Cómo se llamaba ese hombre? ¿El conde? ¿El conde de la Tierra Pelada?

Los dos coches avanzaban a una velocidad lentísima. ¿Se llama reflexionar lo que estaba pasando dentro de la cabeza del director Heimstad? Fuera como fuera, al menos desembocó en una decisión y en un acto razonable. Gust. Heimstad pisó el freno y bajó la ventanilla.

—Pero ¿no eres...? —logró decir.

Sí que era. Era Bjørn Pelado Blakke. Y hacía una eternidad. Una verdadera eternidad. Gust. Heimstad tenía razón, como tantas otras veces. Durante siete largos años habían compartido pupitre en el colegio. Gust. Heimstad había levantado la mano para contestar, había contestado correctamente una y otra vez. Lo que ahora dijo fue lo último que su viejo compañero de colegio le oyó decir. En realidad, fue lo último que se le oyó decir. También esta vez Gust. Heimstad se sabía toda la lección. También esta vez tenía razón. Pero esta vez no lo escucharon. Ni siquiera tuvo tiempo de levantarse del asiento.

Bjørn Pelado Blakke sonrió. Había perdido el pelo y los dientes, y a cambio ganado calva y barriga. Tembló. Se convulsionó. Con ambas manos en la pistola consiguió controlar el temblor. Sacó el arma por la ventanilla y apuntó.

Los dos coches estaban parados con el motor en marcha. Al otro lado de los sauces, Bjørn Pelado Blakke vio arrancar las furgonetas en el recinto de la fundición. Cerró los ojos, sintió el punto de presión del gatillo y disparó.

Días contados

Tenían el pelo mojado, a la espalda llevaban carteras de cuero y en la mano bolsas de plástico con la ropa de gimnasia. No andaban abrazados, pero daban la impresión de haberlo hecho. Iban solos, distanciados del resto de la clase, dando largos rodeos para que los dejaran en paz. Y andaban acercándose y separándose, tensando la goma antes de ser atraídos de nuevo el uno hacia el otro con tanta fuerza que los breves e intensos choques (dos delgadas caderas que se rozaban, un beso dirigido al lóbulo de la oreja, dos palabras susurradas al pelo como único acercamiento) provocaban una nueva separación, y esta nuevos encuentros breves y eléctricos. Dos hierros incandescentes con un campo magnético erótico por medio, y muchas caricias que se orientaban por los polos del campo. Tensión, tensión, tensión retenida y no desahogada.

Sólo tenían ojos el uno para el otro. La chica, alta, guapa, con un cuerpo delgado y atlético, pero aún con algo de grasa de cachorro en la cara redonda y, por ello, con los rasgos poco marcados, no chocó con su novio, al que se agarraba con los ojos, sino con el capó del coche aparcado. Más tarde los forenses opinaron que eso habría sucedido seis o siete minutos después de producirse la muerte.

Un coche aparcado con el motor al ralentí. Las ventanillas bajadas. Nada de equipaje, ninguna maleta en el asiento trasero, por ejemplo. Un locutor de radio que en sonido estereofónico instaba a los oyentes a que pensarán en el verano que ya había acabado. Una voz danesa cantando las excelencias del café. Un joven, luego dos, junto al coche. Un débil pero evidente olor a cloro.

—Ese tío ¿no es el del banco? —se extrañó la chica—. ¿No es el jefe? Madre mía, vaya postura tan extraña, ¿no? ¿Qué hace ahí sentado, sin moverse, con esa pinta tan rara?

Su novio se acercó al coche. No era feo, y tampoco tenía pinta de ser el último de la clase en gimnasia. Y sin embargo se iba difuminando conforme se acercaba, eclipsado por la luminosa joven, y ensombrecido por un conocimiento del que él aún no era consciente pero que ya se había apoderado de ella.

El chico carraspeó, se quedó esperando un momento y volvió a carraspear. Luego dio unos golpes en el parabrisas con el dedo índice. Ninguna reacción. Armándose de valor, se acercó a la puerta del coche y dio al hombre de detrás del volante unas suaves palmaditas en el hombro.

—¡Hola! ¡Oiga! ¿No es usted Heimstad? ¿Le pasa algo?

No hubo respuesta. La canción seguía sonando en la radio.

La chica rodeó el capó y se detuvo de repente al otro lado del coche.

—¡Dios! —exclamó—. Tiene... Tiene una especie de agujero. Tiene una especie de agujero en la cabeza.

Hablaba con voz apenas audible, señalando al conductor.

El chico se acercó lentamente a ella, con los ojos clavados en el lugar hacia el que señalaba el dedo de su novia.

—¿Está vivo? —susurró ella en voz baja, aunque conocía la respuesta.

La respuesta le presionaba a él desde dentro. Por fin le llegó brutal. Estaba inmóvil. Estaba lívido.

—¡No! —se limitó a responder él—. ¡No! ¡No!

—¡Ya lo creo que no!

Y el joven echó a correr en dirección al cruce, hacia la gasolinera, hacia la ciudad, alejándose de la chica y del hombre que había estirado la pata.

Desde el coche, la radio seguía moliendo su irónica letanía. Gustav Heimstad no logró morir acompañado de la música que tanto amaba y que tal vez fuera lo único que amaba en el mundo. Pero fue un cadáver razonable y sensato. Nada de sangre en el coche. Nada de melodramas innecesarios. Él lo hubiera apreciado. La policía tuvo que rastrear el suelo alrededor del coche hasta encontrar el proyectil que le había atravesado la cabeza. La joven atlética permaneció un rato desplazando su confusa mirada del hombre con el agujero en la cabeza al chico que estaba a punto de desaparecer de su vista. Sin una palabra, con la mochila de cuero bailando sobre la espalda y la bolsa de plástico en la mano, también ella echó a correr.

Borrón y cuenta nueva

Cuando un cacique de esta tribu decide llevar a cabo una expedición encaminada a robar personas y cabezas, convoca al pueblo, a hombres y mujeres, para que se confiesen. Si algún miembro joven de la tribu ha infringido la ley tribal sobre el matrimonio, o si lo sagrado del compromiso del matrimonio ha sido ultrajado, el culpable ha de expiar su yerro mediante una sanción, y cuando la falta ha sido expiada de este modo, y la moral de la tribu, según sus criterios, ha sido purificada, se envía a un profeta con veinte o treinta «penitentes» para que observen presagios en el aire o en los bosques. Estos penitentes son hombres jóvenes que al nacer llevaban impresas marcas o señales de desgracia, y que para destruirlas tienen que hacer penitencia. Los «sembradores de augurios» se adentran en el bosque un día entero, aunque mantienen un contacto constante con los del pueblo, pues si en su ausencia muriera algún miembro de la tribu, han de volver y recluirse en una estancia construida especialmente para ellos. Y, tras la celebración del entierro, regresar al bosque, donde permanecen hasta haberse asegurado de que los presagios resultan beneficiosos para la expedición.

Tango Romeo

El helicóptero ambulancia entró por el fiordo para encontrarse con el primer sol de la mañana. Zumbaba a baja altura sobre la planta metalúrgica y las calles del centro, y aterrizó en el helipuerto junto a los edificios vacíos del hospital. Viento de rotor en la ladera de abedules amarillentos encima del hospital, viento de rotor en la hierba de las cunetas, viento de rotor en los charcos del asfalto bajo el helicóptero. Por lo demás, la mañana era sublime, resplandeciente y silenciosa. La gente se había enterado del accidente de NOFAS y hacía las deducciones lógicas al ver y oír la gran máquina.

El operario herido, Håvard Magnus Nerud, no había recobrado aún el conocimiento. Hablando por teléfono con el hospital central, Ann Dante había calificado el estado del paciente de estable. El médico de guardia del lugar era un joven recién licenciado. Ann Dante explicó que de común acuerdo con él le había colocado un goteo. Tintineaban los tubos y los frascos cuando la enfermera ayudó a los dos sanitarios del turno de mañana a transportar la camilla a través del agitado viento de los rotores hasta el helicóptero.

En ese tipo de máquina, la camilla se introduce por la parte trasera. La enfermera Heimstad se aseguró de que el paciente quedaba bien instalado a bordo, y se despidió de los dos sanitarios con un apretón de manos. Aunque alguien hubiera dicho algo, el ruido habría impedido distinguir las palabras. El médico recién licenciado decía algo incomprensible por un teléfono móvil de mala calidad. Ann Dante se metió en el helicóptero e hizo una seña al piloto de que estaba lista. Uno de los sanitarios le tiró la bolsa de viaje que constituía todo su equipaje. Ella cerró la puerta desde dentro y se abrochó el cinturón en el asiento abatible junto al herido. Con una tremenda y repentina sacudida ya estaban en el aire.

Ann Dante había realizado esa labor en muchas ocasiones, siempre sin previo aviso. Para ella seguía siendo cada vez una situación muy dramática. El paciente malherido o agonizante sobre la camilla, entre la vida y la muerte dentro del helicóptero, volando entre la tierra y el cielo. Era una navegación aérea que nunca se parecería al transporte en las cabinas presurizadas de los vuelos regulares. Esa despedida en forma de violento arranque de la tierra en la que naciste, el ascenso casi vertical, la panorámica a través de la burbuja de cristal, y la mirada fija en el punto de partida del que te ibas alejando. En sólo unos segundos, Ann Dante dejó abajo el oscuro asfalto del helipuerto, el tejado de pizarra gris del hospital, la fachada de ladrillo marrón, las casas adosadas estilo Boston, y los paseos de castaños en la ciudad industrial. Unos segundos después apareció ante sus ojos la ciudad entera, los tejados de los hornos con las llamas de gas, dos barcos que transportaban minerales en el puerto y un tercero anclado fuera, en el fiordo azul en calma chicha.

Enseguida, Ann Dante pudo ver todo lo que había de obra humana y civilización. Unos segundos más tarde vio lo aislada y minúscula que se posaba la ciudad industrial muy dentro del fiordo, con la imponente masa de montañas alrededor, a la que la fábrica vaciaba de fuerza hidráulica, almacenada y transformada en megavatios detrás de altas presas de arco, y conducida a través de zumbantes cables de alta tensión hasta la red central que unía esa periferia industrial con el mundo.

A una velocidad de doscientos veinte kilómetros, el viaje al hospital central duraría entre tres cuartos de hora y una hora. En el instante en que el helicóptero dio un vuelco en el aire y quedó colgando oblicuamente, y hasta que el piloto consiguió enderezarlo y colocarlo en el rumbo correcto, la enfermera Annie vio también las dos únicas carreteras que salían de la aislada población industrial. Una fina línea de lápiz seguía la parte norte del fiordo hacia el suroeste, y una raya aún más estrecha se retorció en increíbles curvas hacia el este de la montaña, hasta una perfecta caricatura de carretera principal.

Ann Dante tenía mucho espacio a bordo. Sin camilla, el helicóptero podía acoger hasta cinco o seis pasajeros. Cuando ya estaban enderezados, comprobó que el paciente se encontraba bien. Una de las manos se le había quedado colgando junto a la camilla. Ella la cogió, volvió a ponerla sobre el pecho del hombre y la mantuvo allí. Él no abrió los ojos, pero ella vio que su rostro cobraba vida y sus párpados se movían. Le recordó a un pájaro que intenta abrir las alas o sacudirse el agua. La cara lisa con el bigote ralo, los mechones de pelo largo sobre la almohada. Yacía indefenso, en una postura en la que a uno sólo lo ven sus padres o su amante. Su despertar, si es que lo era, estaba siendo infantil y apacible.

Toda la belleza del mundo puede caber en el rostro de un ser humano, en la alegría, en el dolor o en el sueño. Todas las virtudes, las metas más nobles, todas las irregularidades, todas las posibilidades del bien y del mal, dormitaban en el hermético rostro que ella tenía al lado.

Los labios del hombre se movían. Lo que dijeran sería inmediatamente absorbido por el rugido del motor, troceado por las hojas del rotor y dispersado como átomos lingüísticos por el otoñal paisaje de montaña.

Abrió los ojos. Le temblaban los párpados, pero las alas le aguantaban. Su mirada se precipitó al mundo. Ella notó que la mano del hombre respondía a su apretón, apretando con más fuerza la de ella. Volaba entre la tierra y el cielo. Estaba solo, arrancado y desgajado. Esa mano de mujer, igual de grande y más fuerte que la suya, era su único límite fijo. El Minga se agarró a esa mano, abrió vacilante los ojos y la miró.

Ann Dante seguía teniéndolo cogido de la mano. Sonrió y apretó un poco más. Él le devolvió el apretón. Dentro de la burbuja volante de metal ligero y plexiglás se miraron vacilantes e inseguros a los ojos. Ella fue incapaz de mantener la mirada. Parpadeó. Sus largas pestañas barrían el espejo del alma de arriba abajo. Se le escapó una lágrima. Tenía los ojos brillantes, pero mantuvo la mirada.

Ann Dante movió la cabeza en primer lugar. El Minga hizo lo mismo, devolviéndole imperceptiblemente el saludo. Ann Dante le soltó la mano con cuidado y retiró la tirita que sujetaba la aguja que conducía el goteo hasta las venas.

Manscape

No era temblor. Era una convulsión. Llevaba un maletín de aluminio en cada mano y notaba cómo el sudor le caía a chorros por la cara. Todo su cuerpo se convulsionaba. Gust. Heimstad, en cambio, estaba quieto. Gust. Heimstad no había cambiado. Era el mismo incluso en la muerte. También con una bala atravesándole la cabeza tenía pinta de ser el chico más listo de la clase, el rey de la pista de baile y el que más rápido corría los sesenta metros. El tiro le había echado la cabeza hacia atrás, hacia el reposacabezas. Tenía los ojos abiertos de par en par, y, vistos de lado, de perfil y de medio perfil, esos ojos saltones, desmesuradamente abiertos, eran lo único llamativo o anormal en él. El educado Gustav Heimstad también era un cadáver ejemplar.

Bjørn Pelado Blakke no sabía cómo había conseguido abrir las puertas y sacar los maletines y meterlos en el maletero de su propio coche, tampoco sabía cómo había metido la pistola en la guantera y puesto el coche en marcha. Con las dos manos sobre el volante logró por fin dominar el temblor. Ya no tenía convulsiones. Sin mirar hacia atrás y bastante por debajo del límite de velocidad, Bjørn Pelado Blakke condujo por la zona limitada a cincuenta por el paseo de sauces y el vacío lecho fluvial con los tristes restos del río encauzado.

Dejó atrás el puente, el edificio de oficinas y la caseta del guarda de NOFAS. A la misma velocidad que antes continuó por la parte de atrás del edificio del alto horno. Dentro de aquella oscuridad, el metal líquido al rojo blanco y la escoria buscaban cada uno su camino hasta el interior de los moldes de fundición. La colada continua seguía a pesar del accidente. Ya fuera de la zona limitada a cincuenta, Bjørn Pelado Blakke fue aumentando la velocidad hasta llegar a ochenta en el primer cruce.

Aunque señalizada como camino sin salida, la calzada era ancha y bien asfaltada. Bjørn Pelado Blakke la siguió unos cuatro o cinco kilómetros sin encontrarse con ningún coche de frente y sin que nadie lo adelantara. A su derecha tenía al principio el recinto de la fábrica con los puntos de almacenaje de metal y escoria, luego la central eléctrica y las conducciones de tuberías, y por fin los pinares, que bajaban hasta el luminoso fiordo.

Giró a la izquierda y cogió un camino perpendicular al asfaltado, una mezcla de senda para animales y pista para tractores. Vio por el espejo retrovisor cómo el último centelleo azul del fiordo se perdía entre los troncos de los pinos, redujo la velocidad y consiguió a duras penas maniobrar el coche entre huellas de ruedas, profundos charcos y piedras afiladas que emergían de la grava del camino.

Al final de una subida constante de un par de cientos de metros a través del pinar, la pista serpenteaba por un desfiladero cada vez más estrecho, bordeada a la derecha por las negras y húmedas montañas. Hjørn Pelado Blakke apenas podía oír el sonido del agua con el ruido del motor. Pronto vio el río a su izquierda, blanco y espumoso,

debajo de él. Conduciendo a paso de tortuga dobló una curva y la cascada apareció ante sus ojos.

De todas las cascadas de la zona de impacto, esa era la única que no había sido objeto de regulación. Caía en tres niveles, coronados por maravillosos arco iris en los lugares donde los alcanzaban los rayos del sol, hacia una poza verde. Lo poco que faltaba ya del camino no era mucho más que una estrecha repisa en la montaña. Con la montaña a un lado y la cascada al otro, se había convertido en un sendero muy escarpado. En el estrecho desfiladero en el que se encontraba Bjørn Pelado Blakke, la cascada ensordecía el ruido del motor.

Aceleró y condujo hasta donde pudo. Echó el freno de mano y salió. Abrió el maletero, colocó los dos maletines de aluminio junto al acantilado y se asomó al estrecho borde del camino entre el coche y la cascada. Luego volvió a meterse en el coche y giró el volante todo lo que pudo. Tras pensárselo un momento, salió de nuevo y puso piedras bajo las ruedas traseras. Encendió un cigarrillo que aspiró con aspecto sombrío mientras intentaba abrir los maletines. Como se había imaginado, tenían cerraduras de seguridad.

Los dejó sin abrir. Se asomó al borde del camino y miró el agua agitada que se precipitaba hacia abajo. Dio una última calada y dejó que el cigarrillo a medio fumar desapareciera en el abismo. Bjørn Pelado Blakke metió la mano por la ventanilla, alargó el brazo sobre el asiento del conductor, soltó el freno de mano, se retiró del coche y consiguió cerrar la puerta tras de sí. El vehículo se bamboleó un poco. Fue hasta lo parte de atrás y de una patada quitó la piedra que frenaba una de los ruedas traseras. El coche seguía sin moverse y así siguió incluso un largo segundo después de que Bjørn quitara también la otra piedra, como si todavía no supiera que sus cuatro ruedas estaban libres. Entonces el coche empezó a rodar lentamente. Se inclinó, también muy despacio, y en un pesado movimiento acelerado rodó por el borde y desapareció. Cuando Bjørn Pelado Blakke miró, no se veía ninguna huella ni en la espumosa agua ni en el silencioso abismo.

Con un maletín en el pecho y otro en la espalda enganchados con un tirante doble para esquís, se puso a subir el escarpado desfiladero.

Al final del desfiladero, el camino estaba cortado con una simple cancela de madera a la que habían atado una cuerda que pasaba por una anilla sujeta a la rama de un pino cercano. De la cuerda colgaba una piedra que hacía de contrapeso y que devolvía la cancela a su lugar después de abierta. En la ladera, al otro lado de la cancela, había un montón de ovejas rumiando. Al descubrir a Bjørn Pelado Blakke, que respiraba con dificultad tras la caminata, y que se quedó colgando agotado de las tablas de la cancela, las ovejas se pusieron a balar dolorosamente. En las laderas vecinas, las demás ovejas oyeron los balidos, levantaron la cabeza de los amarillentos restos de pasto y echaron a correr ladera abajo hacia la cancela.

Bjørn Pelado Blakke permaneció jadeando hasta recuperar el aliento. Las ovejas balaban de un modo desgarrador. Algún que otro hocico húmedo se acercó al hombre,

husmeándolo e intentando lamerle la mano.

Bjørn Pelado Blakke se enderezó y movió los dos maletines. Las ovejas más próximas se alejaron asustadas. Su balido se volvió aún más penetrante. Bjørn Pelado Blakke atrajo hacia sí la cancela y la abrió del todo.

—Sssss —dijo, como había oído decir a los pastores—. ¡Ssss, ssss!

Ya al otro lado de la cancela, al mismo que las ovejas, soltó la cuerda que iba de la cancela al contrapeso. Al liberarla, esta se abrió y quedó abierta. Con un maletín en cada mano, Bjørn Pelado Blakke permanecía como una estatua de sal en medio de un mar de ovejas ávidas de sal que bajaban corriendo la ladera.

Por encima de la cancela, el paisaje se allanaba y se abría hacia algo que tenía que ser un pasto o el prado de una granja de verano. Bjørn Pelado Blakke permaneció inmóvil hasta que el río de ovejas le hubo pasado corriendo. En los saltos de abajo más de una se ahogaría en un mar ovejuno.

Cuando el último animal hubo bajado por el sendero, Bjørn Pelado Blakke volvió a cerrar la cancela y puso una piedra junto a la tabla inferior con el fin de que quedara cerrada. Después de tanto balido desgarrador se hizo un silencio irreal. Bjørn Pelado Blakke estaba solo. Un hombre obeso con pantalones vaqueros, chaqueta de *sport* color rosa y mocasines finos. En la lejanía se erguían hacia el horizonte Mancas montañas nevadas. El hombre se encontraba en un nuevo elemento y se sentía desnudo. Ignoraba dónde estaba. Temblaba. Le dolía la cabeza. La alta montaña se levantaba en horizontal delante de él, pero logró colocarse los maletines a la espalda y echó a andar.

Bjørn Pelado Blakke había entrado en el páramo.

Golden Power

En su distrito respetuoso con la ley, el comisario rural Okeid se topaba con pocos problemas graves. Si hubiera que mencionar alguno sería su apellido, y aquel era en todo caso un problema de carácter privado, solía añadir él. Tratándose de un hombre de su posición tampoco era de extrañar que la gente desfigurara su apellido. Faltaría más. Lo llamaban Okei, sin la de final. Y eso estaba OK, por no decir que resultaba casi un honor. Peor, y completamente injusto, era llamarlo Lakei (lacayo). Eso no estaba OK.

En algún punto había que poner el límite. Svein Okeid lo sabía. Lo había descubierto mucho antes de convertirse en comisario. Lo había descubierto antes de pensar en convertirse en comisario. Lo había descubierto cuando todo el mundo pensaba aún que él no podría ser otra cosa que un macarra y un chorizo. Porque Svein Okeid era un auténtico macarra que se había convertido en policía. Durante años había sido un macarra, como se suele decir. Pero en algún punto estaba el límite, eso lo había aprendido, aunque se hubiera encontrado al borde de ese límite cuando se relacionaba con gente como Stein y Tom Skrotum, Nena Nenita, Qué Mona, Willy Walium, Delirio de Harrison y el Minga. Si a cualquiera de esas personalidades de la cultura se le hubiera dicho que Svein Okeid llegaría a ser un día policía, habría exigido sin duda alguna que el informante fuera ingresado en un psiquiátrico o se le impusiera el castigo más severo de la ley por falso testimonio.

Tampoco habrían reconocido el apellido, pues en la época en la que conocieron a Svein Okeid, este se llamaba Svein Johansen. Esa época quedaba lejos. Otros tiempos con otros personajes, otros periodistas, otros políticos, otros obispos. Y Svein Johansen en el límite de la legalidad. Pero esta no es la imagen completa de la juventud de Svein Johansen. También disfrutó de una intensa vida familiar con su padre, un taxista de Stavanger llamado William Johansen; su madre, Valborg, y su hermano, a quien por causas inescrutables apodaban Willy Walium. Al decir que su vida familiar había sido intensa se refería sobre todo al hecho de que la familia al completo tenía una relación muy intensa con el alcohol. Nada de escenas típicas de grandes borracheras, nada de violencia, nada de vómitos en la alfombra, melodramas o botellas rotas. Se trataba más bien de un continuo y casi idílico chorreo de alcohol al que los dos hijos fueron incorporados desde temprana edad. «Son tan *imparciales*, los señores de Johansen... —decía la gente cuando se hablaba de las chulerías de Svein Johansen y Willy Walium—. Ahora tienen que enfrentarse a las consecuencias de haber permitido a los chicos desde los doce años pasar las veladas con ellos fumando, bebiendo y divirtiéndose». Al contrario de todas las demás cosas que la gente decía, eso era verdad. Beber intensamente formaba parte de la vida familiar. Svein Okeid y Willy Walium nunca necesitaron ir a bares y restaurantes cuando les

apetecía una copa, como todo el mundo.

Era obviamente una vida familiar idílica. La familia entera unida en una rica y constructiva convivencia en torno a la botella. No es que abusaran del alcohol, simplemente bebían, como decía William Okeid (que en consejo de ministros había obtenido el permiso de cambiar su apellido de Johansen) en su acento claro y jovial de Stavanger. En un acogedor y hogareño olor a cerveza, alcohol y humo de cigarrillos, los señores de Okeid, con su nuevo apellido, continuaron bebiendo, llevando a casa lagos de cerveza, cajas de vino y cartones de alcohol, o sacando vino casero de grandes garrafas en el sótano, mientras regalaban a la generación siguiente sus conocimientos tan costosamente adquiridos (teniendo en cuenta los precios del alcohol en Noruega) sobre la diferencia entre Golden Cock (una ginebra barata) y Golden Power (un vino espumoso igual de barato); sobre la relación entre el *bourbon* y el *whisky*, el *whisky* y el malta; sobre el complicado tema denominado *aperitivos italianos*; sobre los modos de uso y extensión del aguardiente *aquavit*; sobre clases de cerveza con nombres y aromas que sobrepasaban con mucho los conocimientos locales, como que la cerveza Pilsener tenía que considerarse una bebida para niños; sobre el láudano, que es opio disuelto en vino; sobre la producción de vermú, oporto y vino de Madeira basada en materias primas de fácil acceso, tales como grosellas, ruibarbo y diente de león; sobre el orden correcto por el que se debía tomar la cerveza, el vino y los aguardientes; sobre el menú adecuado (una lata de sardinas en aceite) para no emborracharse demasiado en una audiencia con el Rey Alcohol, y sobre lo que había que tomar después de la audiencia antes de acostarse por la noche, unos trece o catorce vasos de agua fría, para no presentarse a la mañana siguiente demasiado tembloroso ante Su Majestad.

En noruego hay un refrán que dice: «Niño amado tiene muchos nombres». Lo mismo ocurre con las bebidas. En la familia Okeid hablaban a menudo del sistema Vodka, el jaleo Coca-Cola o el impulso Pilsener. Y las buenas bebidas había que servir las en bonita cristalería, con comida bien hecha. Pastas y oporto, albóndigas y cerveza, salchichas y vodka, cerveza negra y pasteles, carne en salsa y aguardiente, todo en enormes raciones colocadas en forma de pirámide, de manera que la salsa desbordara el plato y cayera al mantel ya desde el inicio de la comida.

Tales máximas y sabiduría existencial ayudaron a los dos hermanos Okeid en algunas situaciones vitales, estados mentales y disposiciones espirituales, pero no en todas. De la misma manera que en su relación con las bebidas alcohólicas, su padre, William Okeid, era un trabajador concienzudo y aseado, que convirtió en una cuestión de honor no probar nunca el alcohol antes de haber terminado su jornada laboral, razón por la que consideraba terriblemente injusto el que no sólo una sino varias veces la policía lo detuviera por conducir ebrio a la mañana siguiente de una acogedora velada en casa, en compañía de su familia, tras una noche de sueño reparador y después de una mañana despejadísima y litros de café negro. William Okeid opinaba que las pruebas de alcoholemia eran desagradables irrupciones en la

vida privada. Encontró sobre todo indignante el que lo llevaran a juicio por las consecuencias de una agradable reunión familiar que había tenido lugar el día anterior. Pero las amargadas protestas de William Okeid de nada sirvieron. Los números hablaban por sí solos. El índice de alcoholemia fue demasiado alto en varios controles. William Okeid era un taxista competente y respetado que jamás había causado daño alguno ni a sí mismo ni a sus pasajeros, ni había ocasionado daños materiales ni pérdidas económicas a su compañía de seguros. Para William Okeid se trataba de una cuestión de honor. De manera que la autoridad policial local y la justicia (con el apoyo incondicional del párroco, Alcohólicos Anónimos y la organización para la recuperación de alcohólicos, la Cruz Azul) fueron muy lejos, por no decir aún más lejos, para ayudarlo. Pero al final, después de la tercera condena por conducir con alcohol en la sangre, quedó muy claro: el ejercicio profesional de taxista se había acabado para él.

También ese cruel golpe del destino lo aceptó William Okeid con su hombría de siempre, aunque proclamó hasta el final su inocencia, sosteniendo que había sido tratado injustamente. Sin quejarse, liquidó la licencia del taxi, preparó una cartera de cuero con un termo y una fiambarrera de aluminio para el almuerzo, y acudió, impecable como siempre, a su nuevo trabajo de suplente en NOFAS (ante cuya dirección la Cruz Azul y el párroco habían insistido lo suyo para que lo admitieran), sin alterar lo más mínimo su conducta aseada, su intensa e idílica vida familiar y sus hábitos alcohólicos bien desarrollados y cultos.

—Para gustos están los colores —solía decir cuando con gran asombro oía hablar a compañeros de trabajo que empleaban su tiempo libre en vagar empapados por las montañas día tras día con el fin de poder pegarle un tiro a una sola perdiz blanca, o que recorrían largas distancias para dar patadas a un balón en llanuras azotadas por el viento y abandonadas de Dios, con un puñado de espectadores a un lado. Para gustos están los colores: esas actividades no eran, decididamente, del gusto de William Okeid. Vive y deja vivir. Bebe y deja beber. (Cuanto más bebas, más te devolverán luego por los cascos vacíos). Sobre gustos no hay nada escrito.

Pero William Okeid ya no era el mismo, aunque pareciera no reaccionar ante los golpes que le asestaba la vida. Se le notaba en el humor. Él mismo lo notaba en el cuerpo, pero sobre todo, y con más pena, lo notaba en su mujer. Valborg Okeid era de las que sufrían en silencio. Ya estaba mortalmente enferma y tenía muchos dolores cuando William se dio cuenta de que su mujer estaba sufriendo, y el médico sabía de qué sufría. Valborg había hecho todo lo posible para participar en la intensa vida familiar con su marido y sus dos hijos, bebiendo tanto como ellos y, de esa manera, contribuir a que la vida familiar fuera rica y constructiva. Tal vez el hígado femenino tolere menos; en cualquier caso, ese fue el órgano de su cuerpo que no pudo más, y que lo proclamaba de un modo que a Valborg le hacía retorcerse por unos dolores cada vez más intensos hasta que por fin encontró la paz.

Junto a la tumba de su mujer, William Okeid, aún no marcado visiblemente por la

muerte, notó cómo el cáncer devoraba su cuerpo, antaño tan esbelto y atlético. Ese golpe ya no pudo aguantarlo. No quedaba ya arena en el reloj. La cerveza y el aguardiente bajaban más deprisa que la arena, tan deprisa que tuvo que darle varias veces la vuelta al reloj. Su agonía fue misericordiosamente breve. Los cirujanos le abrieron y sólo pudieron constatar que había metástasis antes de volver a coserlo y enviarlo a casa a una muerte segura. Había pasado menos de medio año desde que Valborg lo anteciedera a la tumba. Arrancados de la vida en su mejor edad, los estrechos lazos familiares rotos, una familia entera casi exterminada. En la tumba yacían uno al lado del otro los imparciales William y Valborg Okeid. Al borde del precipicio quedaron Svein y el llamado Willy Walium, los dos en la edad del pavo, sin padres, sin parientes cercanos, sin pensiones y sin bienes. Sin casa ni hogar, pero los dos atados a uno que ya no existía, no aptos para la vida a causa de una vida familiar demasiado intensa, y con conocimientos exhaustivos sobre las clases de vino y aguardiente, y las cualidades estimulantes y mortíferas del alcohol.

¿Qué les quedaba a esos infelices muchachos para querer seguir viviendo?

Svein Okeid resultó ser el que de alguna manera parecía arreglárselas. Consiguió trabajo en las obras de una nueva central hidráulica y desapareció montaña adentro, consagrado a una existencia en barracones y estrechas condiciones de vida. Pero, y el pequeño Willy Walium, unos años menor que su hermano, ¿qué aliciente iba a tener para vivir? Enrolarse como marinero era imposible porque en el océano no podían acompañarlo ni mamá ni papá. Tampoco podía andar de bares y tascas como otros jóvenes de su edad, porque era algo que nunca había tenido necesidad de hacer. Y además, resultaba muy caro. Tampoco podía casarse porque sería imposible llevarse a su madre a la cama de matrimonio, ni aunque ella hubiera seguido viva. Aunque bueno..., Willy Walium tenía la vaga idea de que el matrimonio sería su salvación. Buscarse una mujer, hacer hijos y continuar esa intensa vida familiar a la que estaba acostumbrado. Siendo todavía un muchacho, Willy Walium entró en la sagrada institución matrimonial. Pero su madre lo acompañaba en los actos y en las palabras. No funcionó. No podía funcionar. La mujer se rebeló. El divorcio fue inevitable. ¿Y para qué iba a vivir entonces Willy Walium? Sin padres, sin trabajo, sin mujer, sin amigos, y con su hermano dentro de un barracón en mitad de la montaña. Pero Willy Walium no se dio por vencido. Era un buen mozo y no le resultó difícil encontrar una nueva mujer. Antes de cumplir los veinte, Willy Walium se casó por segunda vez. El que también el segundo intento fracasara fue única y exclusivamente culpa suya. Se casó sólo para llegar a las bragas de esa mujer. Todo el mundo lo decía. Fíjense. Esa chica tan guapa. Con estudios y todo. Tenía el cerebro más afilado que una cuchilla de afeitar. Pero de nada le sirvió. Un día se encontró con un bebé en el vientre y el padre del niño desaparecido. Entonces fue cuando Willy Walium hizo el papel de gran caballero, defensor de viudas y huérfanos. Muy noble por su parte, pensó todo el mundo. El chico se había esforzado de verdad. Pero duró poco. Pronto se descubrió que Willy había sido un elegante caballero sólo para meterse en las bragas de la

chica, pues cuando nació el niño todo cambió. Willy Walium no servía ni de padre ni de marido. Ignoró al niño y se largó. En aquella época todavía era factible hacerse a la mar, y eso fue lo que hizo Willy Walium. Tal vez se hubiera imaginado a la tripulación como una gran familia en la que todos bebían y nadie exigía nada. Por su parte hizo todo lo posible para que la vida de marinero se ajustara a sus románticas ideas. En un tiempo récord consiguió un buen número de amonestaciones y mala fama, pero no le importó, y admitió que el mar le gustaba. «Hay muchos barcos en el mar —decía Willy Walium—. Si uno me manda a casa, me enrolo en el siguiente». Lo que no sabía es que todos los cónsules tienen un aterrador cuaderno negro y un aplicado escribiente que anota todo lo referente a borracheras, impertinencias, negativas a obedecer órdenes y deserciones, de ahí que la carrera de marinero de Willy Walium acabara pronto. Tras un par de viajes, también estaba en la lista negra de las banderas de conveniencia, a Willy Walium lo dejaron en tierra para siempre. Y en tierra no tenía adónde ir. Svein Okeid había bajado de la montaña, pero estaba ocupado colando alguna cubierta de hormigón para la industria petrolera en algún lugar abandonado de Dios. Willy Walium estaba solo. La casa de los padres se había vendido para que el banco recuperara su dinero. El servicio militar acabó como tenía que acabar, espantosamente. Y Willy Walium se encontró solo, en una habitación de jubilado por invalidez, abusando del alcohol, como se suele decir. Nadie le había enseñado a ir de tascas y bares por las noches para encontrarse con almas gemelas. De modo que se pasaba las noches solo en su cuarto abusando del alcohol, hasta que Svein Okeid recibió el mensaje.

Toda la familia exterminada. Sólo quedaba él. Primero los padres, luego Willy Walium. Svein Okeid supo enseguida que Willy Walium lo había hecho él mismo, pues ¿qué razón le quedaba a su hermano para vivir? En aquella época, Svein Okeid trabajaba para la empresa Aker Verdal. Bien pagado, con coche propio, ganando un montón de dinero y derrochándolo como cebo para entretener a las señoras en el hotel Gallinero de Trøndheim, en la provincia de Trøndelag. Allí residía. Pero en su tiempo libre, en secreto, Svein Okeid se había dedicado a formarse. Había hecho varios cursos. Había solicitado y obtenido permiso para asistir a uno sobre minisubmarinos en Haugesund. De modo que no fue casualidad que se encontrara en esa ciudad cuando le avisaron de la muerte de Willy Walium. La familia exterminada. Sólo quedaba Svein Okeid.

En la vida del viejo gañán Svein Okeid, ese mensaje coincidió con otro suceso decisivo. Aunque en realidad no podía asegurar que los dos sucesos coincidieran en el tiempo, sólo sabía que coincidían en su recuerdo. Y allí estaban indisolublemente vinculados. Svein Okeid opinaba que fue al día siguiente (o a los dos días) del entierro de Willy Walium, estando sentado en un café relacionado con uno de los clubes de fútbol de Haugesund tomándose una cerveza y meditando sobre la vida, sin presentir peligro alguno, cuando se acercó a su mesa una persona. Había algo familiar en él, pero de mucho tiempo atrás, Svein Okeid no fue capaz de recordar ni su

nombre ni otros datos.

Esa persona sin nombre se sentó con una cerveza enfrente de Svein Okeid y se puso a hablar. Hablaba como una cotorra. Durante una hora de reloj se explayó sobre cómo lo había tratado la vida. En lo referente a las mujeres, por ejemplo, ganaba incluso a Willy Walium. Había hecho y deshecho cuatro matrimonios, con el resultado de ocho hijos sanos y guapos creciendo en diferentes partes del país. Pero ni siquiera tras cuatro mujeres y ocho hijos estaba satisfecho. Le gustaba rodearse de mujeres hermosas, como se suele decir, y así lo hacía. Pero entonces, justo entonces, cuando el interlocutor de Svein Okeid en el *pub* Dampen de la ciudad de cine de Haugesund se encontraba en su momento más bajo, odiándose más que nunca, ya estuviera rodeado de bellas mujeres o trabajando en el montaje de una depuradora en HMV, dio con una mujer que ciertamente era joven, pero en absoluto bella. Tenía diecinueve años cuando conoció al montador, que le doblaba la edad. Le dijo que no le importaba lo que él había hecho o dónde había estado, porque todo era de Dios. Así lo dijo. También él era de Dios. Ella llegó con Dios y lo amaba a él, a todo él y todo lo que él había sido. ¡Diecinueve años! ¡Si ella hubiera sabido lo que él había sido! ¡Todo lo que había hecho! Pero lo supo más tarde y siguió amándolo.

¡Y era sincera! No le importaba que él creyera en Dios o no. No le importaba que se tomara una cerveza. Ella no lo hacía. Ella creía en Dios, en la resurrección de los muertos y en esa clase de cosas. Creía que volverían a encontrarse con el Minga, Stein Skrotum, Tom Skrotum, Willy Walium, William y Valborg Okeid, el conde de la Tierra Pelada, Cúbico y Delirio de Harrison, el Día del Juicio. El interlocutor de Svein Okeid no tenía ninguna fe en esas cosas. Tampoco albergaba esperanza alguna. No le tentaba nada vivir eternamente en esa sección del infierno.

—Yo creo que somos como las hojas —prosiguió, con las manos agarrando el vaso y los ojos clavados en Svein Okeid—. Somos como las hojas de los árboles, como las malditas hojas de los árboles, así es. Primero estamos colgados y agarrados. Luego perdemos la fuerza, nos caemos al suelo y el viento nos lleva por todas partes, desarraigados y malditos. Al final nos quedamos en el suelo abatidos, nos pudrimos y nos convertimos en hierba y flores al año siguiente.

Por mucho que lo intentaba, Svein Okeid era incapaz de recordar quién era ese hombre que seguía con la mirada clavada en él.

—Al menos así lo veo yo. ¿O qué? ¿O qué? ¿O qué, joder? ¿Qué opinas tú?

Svein Okeid no sabía qué opinaba. Era incapaz de contestar a lo de las hojas, las flores y la hierba. Pero la gravedad de la vida sí la conocía. Willy Walium. El entierro había tenido lugar en la más estricta intimidad. Esa intimidad la había roto el filósofo al otro lado de la mesa, que se había sentado, tomado una cerveza, y punto. Luego se levantó, se metió en su coche y se fue directamente a casa con la jovencita que lo esperaba rezando por él. En Svein Okeid, que se quedó solo y confuso, ese encuentro produjo un desafío ético. Justamente esas dos palabras fueron las que empleó para sí mismo. Desafío ético. Había dos caminos: el que Willy Walium había elegido y el

otro. La mesa del *pub* Dampen estaba colocada en una encrucijada moral. Svein Okeid lo comprendió de repente. Vacío el vaso, pagó, se levantó y se marchó. El suelo se mecía bajo sus pies. Le zumbaban los oídos.

El río de la muerte se había convertido en una maldita cascada.

Una muerte segura

La política, el desarrollo, la prosperidad, o lo que sea, ha organizado la sociedad de tal manera que mucha gente puede pasarse la vida sin tener que enfrentarse a duras exigencias morales. Podemos permitir que las cosas vayan tirando, y de hecho van tirando de un modo u otro sin consecuencias catastróficas. Algunos lo llamarán suerte. A Svein Okeid le asustaba como si de un vacío bajo sus pies se tratara, e intentó asegurarse contra ello. Había visto a Willy Walium, había visto el vacío e intentó llenarlo de una fuerza moral que estuviera siempre presente, con el fin de poder distinguir entre el bien y el mal el día en que las cosas dejaran de ir tirando y Svein Okeid tuviera que enfrentarse a una exigencia moral.

Había visto cómo se abría el vacío. Había estado dentro de él. Lo había visto claramente durante el entierro de Willy Walium. Se podía leer en el informe del interrogatorio. Y en el del examen del cadáver. Allí ponía que Willy Walium lo había hecho él mismo, que había muerto tras prender fuego a la ropa de cama de su celda. Ocurrió tres horas después de que fuera detenido por la policía, cuando trataba de forzar la puerta de un coche. Estaba ebrio. A la espera de ser interrogado fue llevado a los calabozos. El ayudante del comisario rural que estaba de guardia había registrado al detenido y según las reglas le había quitado sus efectos personales.

La vivienda del ayudante estaba en el mismo edificio de los calabozos. Por orden del fiscal general, el asunto fue investigado por la policía de Stavanger. Durante el interrogatorio, el ayudante explicó que había dado una vuelta por las celdas sobre las dos de la madrugada, y que no había observado nada fuera de lo normal. Una hora más tarde el olor a humo lo despertó. Las celdas estaban llenas de humo y el fuego se avivó al abrir las puertas. A pesar de ello, el policía consiguió sacar al detenido, pero todos los intentos por reanimarlo resultaron inútiles. Tras el incendio se echaban de menos una sábana y una funda de almohada. La conclusión de las investigaciones policiales fue que el detenido había prendido la ropa de cama con unas cerillas que tenía escondidas en los calcetines.

Svein Okeid no encontró razón alguna para dudar de esa conclusión. Willy Walium había muerto. Muchos años más tarde tuvo la oportunidad de revisar el informe policial. Todo encajaba. No encontró ningún error. La policía había realizado un trabajo minucioso.

Nombre completo: Wilhelm Okeid.

Lugar de nacimiento: Lovra de Ryfylke.

Fecha de nacimiento: 4 de octubre de 1947.

Comunidad religiosa: bautizado y confirmado en la Iglesia Luterana (mayo de 1962).

Padres: Valborg, de soltera Thorsen, y William Johansen (Okeid), taxista. Ambos

fallecidos.

Estado civil: divorciado.

Domicilio: Sigurd Kloumanns veg 48b.

Teléfono: no tiene.

Formación / estudios: enseñanza básica. Un año de bachillerato.

Tiempo de navegación en la Marina Mercante: 43 días.

Puesto: grumete.

Último barco del que desenroló: Valiant, Naviera Howart Olsen, Fos-sur-Mer, 23 de mayo del año en curso.

Ocupación actual: ninguna. Despedido de NOFAS por absentismo.

Patrimonio según el último ejercicio fiscal: 0

Ingresos según el último ejercicio fiscal: 11400 coronas.

Obligación de manutención: a Kjell-Magne Lovrestad, hijo tenido con Sigrun Lovrestad, nacido el 8 de febrero de 1967.

Situación servicio militar: alistamiento, junio 1966, Sand, Ryfylke. 1967. Licenciado por problemas psíquicos.

Carné de conducir: comisaría de Haugesund, expedido el 11 de agosto de 1966. Ampliado el 15 de agosto de 1967.

Sin antecedentes penales.

Categoría: combatiente B. Campamento de reclutas Evjemoen enero-febrero.

Todo encajaba. Era Willy Walium. Era su hermano. Podría haber sido él, Svein Okeid, el objeto de la autopsia, excepto por alguna faceta externa: Willy Walium se compraba un conjunto de ropa que usaba hasta que se le caía de viejo. Sólo entonces se compraba otro.

Referente a la autopsia

Nombre: Wilhelm Okeid. Nacido: 4.10.1947. Muerto: 27.9.1968.

Ropa: camiseta, marca Dovre. Slip de color lila de fabricación inglesa, marca St. Michael.

Calcetines amarillos de nailon. Marca borrada por desgaste.

Camisa color turquesa, marca Zaga, M. I. R. fabricada en México.

Vaqueros azules, marca Lee Cooper, mancha de pintura blanca en el muslo izquierdo.

Cazadora vaquera azul, marca Lee Rider, visiblemente más gastada que el pantalón.

Zapatos marrones con suela de caucho natural, poco usados, marca Creación Jarman, Antofagasta.

En los bolsillos:

Doscientas treinta coronas sueltas en el bolsillo izquierdo del pecho, un paquete de tabaco de liar, marca Bla Strek, un paquete de papel de liar Rizla, doce coronas con setenta y cuatro céntimos en el bolsillo izquierdo del pantalón. En el bolsillo derecho del pecho dos preservativos de la marca Blausiegel, un

paquete de chicles Wrigley's, una hoja de afeitar, marca Bessegg, una nómina de NOFAS, número de personal 1168, por valor de quinientas noventa coronas menos impuestos. En el bolsillo trasero derecho del pantalón, un peine negro de la marca Ace. En el bolsillo derecho del pantalón, un llavero de cuero con una llave de una cerradura Yale, y dos llaves más pequeñas, probablemente de la taquilla de NOFAS.

Cartucho de 38 mm de pistola en una cadena al cuello (amuleto).

Datos físicos

Altura: 178 cm.

Peso: 67,3 kg.

Manchas cadavéricas en lóbulos de la oreja y cuello (color rosa).

Rigor mortis no acaecido.

Cicatriz de operación de hernia en la parte izquierda del bajo vientre.

Tres puntos tatuados entre el pulgar y el dedo índice de la mano izquierda.

La muerte se produjo entre las 02.30 y las 03.00 (estimación basada en el testimonio del ayudante y en el examen médico).

Causa de la muerte: intoxicación por humo (intoxicación por monóxido de carbono).

Intentos de reanimación: realizados por el ayudante del comisario. Sin resultado.

Ninguna observación.

Eso era todo. Ninguna observación. Svein Okeid sabía muy bien lo que le resultaba tan aterrador de esos dos documentos. El que eso fuera todo. El que eso fuera todo lo que quedaba de Willy Walium. Igual a nada. Y podría haber sido él, Svein Okeid. Era el vacío lo que le aterraba. Él no quería morir así. Y entonces tampoco podía vivir así.

En calidad de familiar más próximo, había procedido a dejar libre la habitación que su hermano tenía alquilada. Lo había hecho en un periquete. No había nada. La habitación estaba vacía. La fregó entera y con ello desaparecieron todas las huellas de Willy Walium. Quedaba sólo un objeto. En la pared, encima del típico sofá de las instituciones públicas, colgaba un diploma.

Diploma

Concedido al número 54 Okeid por el Tercer Premio

Clase: camión de tres cuartos de tonelada

ISØ/Evje

16 de marzo de 1968 Firmado: Teniente Troshaug

Llovizna y lluvia

—Yo..., yo soy un psicópata —solía decir Svein Okeid con el rostro sincero y la voz clara después de haber dado un giro total a su vida, después de haber descolgado el diploma de su hermano de la pared, después de haber tomado una decisión existencial en una cervecería de Haugesund. Desde entonces había pasado por una exhaustiva formación profesional, diversas escuelas nocturnas, cursillos, bachillerato para adultos, la Academia de Policía en Oslo, y por fin la licenciatura en Derecho, tras haber estudiado por las noches trabajando de policía en la calle durante el día (o al revés), ocupándose, con una gran seguridad y movimientos de lucha grecorromana, de escándalos domésticos y desórdenes callejeros en una ciudad del oeste de tamaño medio, adquiriendo de esa forma conocimientos y vocabulario para describir estados mentales propios y ajenos con conceptos clásicos grecorromanos y, para más inri, con bastante autocrítica. No creía en Dios ni en la salvación eterna, pero a los viejos colegas que se escandalizaban al verlo con uniforme de policía (o peor aún: cuando Svein Okeid, ataviado con toda su parafernalia, los pillaba con las manos en la masa) les decía que a pesar de eso quería vivir una vida justa y cristiana. Y luego lo del cielo ya se vería.

—¡Viejo bandido! ¡Tú policía! —le decían boquiabiertos sus viejos compañeros de juerga.

—Pues sí, soy un psicópata —contestaba el agente de policía Okeid con gran paciencia, justificando el diagnóstico con el que, como policía y ciudadano respetable, dormía como un tronco desde que se acostaba por la noche hasta que se despertaba descansado a la mañana siguiente, sin haber tenido malos sueños u otras consecuencias de una vida psíquica disipada.

Comía mucho y bien, hacía unas excelentes digestiones, su sexo se levantaba duro, y resultaba fiel cuando se esperaba eso de él, en contacto íntimo con el otro sexo. Para tener tales funciones corporales en toda regla y además gozar de un humor estable y por lo general bueno, era evidente que uno tenía que ser un psicópata, decía Svein Okeid amablemente a sus colegas de la policía, y luego también a los otros jefes de la Casa Consistorial. Sin duda lo decía como una crítica fundamental a la psicología, la sociedad, el mundo o el conjunto de elementos del mundo que convertían en enfermo el estar sano.

Ese Svein Okeid sentado en su cocina en calzoncillos, desayunando y contemplando el amanecer, era, pues, un ejemplo del estrecho nexo entre ser policía y haber sido ladrón, y entre estar enfermo y estar sano. Svein Okeid era un ladrón que se había hecho policía más o menos de la misma manera que un pecador se convirtió en publicano, sin que eso sea en absoluto algo socialmente obvio. Svein Okeid era un temerario hombre sano que se había vuelto un psicópata y, en consecuencia, bien

adaptado y enfermo a la vez. Tras las fatigas de la noche por la investigación de la explosión en NOFAS, se había acostado y había conseguido dormir un par de horas. Eso es enfermizo. Se levantó tras un dulce sueño e incluso tenía un apetito voraz, algo impensable en una persona sana. Pero Svein Okeid lo tenía. Todos los días le apetecía desayunar lo mismo: café solo, queso fermentado, mantequilla y tortas de harina y agua. Los mismos movimientos cada día le ahorran pensar, le ahorran tener que elegir. Y eso lo ayudaba mucho. Él aún no era persona a esa hora del día. Svein Okeid había trabajado y dormido, ahora le tocaba desayunar. Precisamente por eso estaba tan desvergonzadamente sano, lo que a su vez era enfermizo. Así de contradictoria y complicada es la vida de nuestro tiempo.

En la radio escuchó el pronóstico del tiempo, las noticias, luego las noticias y el pronóstico del tiempo otra vez. Abrió por el final el *Motor*, la revista de siempre, levantó la vista, miró la *Madonna* de Munch y silbó la primera estrofa de *En Capri la vi por primera vez*. De repente se calló y cerró la revista. La placa de la cocina eléctrica ya estaba caliente.

A fuego medio, Svein Okeid se frió una sartén de tortas de harina y agua empaquetadas al vacío. Primero derritió un cuarto de kilo de mantequilla y luego frió las tortas, dejando que se quemaran ligeramente por ambos lados. Echó una generosa cantidad de *ketchup* sobre esas tortas grisáceas y quemadas, colocó un cartón de litro de leche entera junto al plato que se desbordaba y lo engulló todo en un santiamén. El comisario Okeid se acarició con la palma de la mano y cara de satisfacción la barriga desnuda y se reclinó en el sillón de madera, pero no se encontraba del todo bien. Era la cabeza. La cabeza había dormido demasiado poco. Su cabeza era una almohadilla para alfileres. Su cerebro estaba hecho de gomaespuma agujereada por un gran número de agujas. Seguro que habían sido mujeres las que las habían metido ahí, mujeres desenvueltas y locuaces con dedos de acero, dedal, y voces altas y afiladas metiendo una aguja tras otra en su corteza cerebral.

Con la tripa llena de una bolsa entera de tortas al vacío y un litro de leche, y con la agujereada goma espuma en la cabeza, el comisario Okeid hizo un vano intento de pensar. Las agujas y la gomaespuma tenían que ver con el día que le esperaba en la comisaría. Prefirió no pensar en ello. Además, estaba cansado. Lo habían despertado en medio de la noche. Al comisario Okeid le gustaba muy poco que lo despertaran fuera de su horario laboral. Resolver un delito fuera de horas de oficina no acarrea más que problemas, especialmente cuando te despertaban en mitad de la noche y de la manera más brutal.

Primero fue la explosión en sí. Svein Okeid la había sentido mucho antes de que el teléfono lo despertara y le informaran de lo ocurrido. La casa se estremeció, su cama tembló. Svein Okeid estaba sentado en el borde de la cama, listo, esperando la llamada telefónica que le diría si había sido un accidente mortal o no.

No tuvo que esperar mucho tiempo. La llamada la hizo el guarda de la planta siderúrgica. La explosión se había producido en el edificio del horno de NOFAS.

Escoria en el agua refrigeradora. No sabía mucho más aparte de que esa agua era explosiva y que hacía zumbir por la fábrica las tapas del horno como discos. Ningún muerto, gracias a Dios. Un hombre que estaba siendo transportado al hospital central. Ese era el balance cuando el comisario Okeid emergió al alba entre las nubes de humo y polvo sobre la planta siderúrgica. Estaban de acuerdo en que la situación podría haber sido peor tanto él como el jefe de bomberos, la enfermera Heimstad y el director Mælakollien.

De hecho, la situación empeoró.

Eran las cinco de la mañana cuando Svein Okeid volvió a casa. El día estaba a punto de despejarse. La lluvia se había convertido en una llovizna imperceptible. Las nubes y la niebla se disolvían en jirones dispersos que colgaban contra natura sobre las colinas a lo largo del fiordo. Okeid condujo por las últimas y cerradas curvas hasta La Baronía, esas curvas que la gente solía llamar la Vía Dolarosa, entró por la puerta que no estaba cerrada con llave, se tumbó vestido en el sofá y se durmió al instante. Luego lo despertaron la luz diurna y el sol que entraba por el gran ventanal del salón. Fue al baño, se miró desconfiado en el espejo, se dio una larga ducha, anduvo por la casa en calzoncillos y se preparó un buen desayuno. Las cosas podrían ir peor.

Entonces sonó el teléfono. El comisario Okeid era una persona muy ordenada, con pleno dominio de sus cosas. Encima de la mesa del teléfono había bolígrafos y blocs para notas pulcramente colocados y listos para recibir toda clase de mensajes y comunicados. Cogió un rotulador rojo y puso el auricular del teléfono contra su cabeza agujereada. El comisario Okeid abrió la boca. Al comisario Okeid se le cayó el rotulador al suelo. Se apartó el auricular de la oreja, alargó el brazo y lo miró desde lejos. No podía creerlo. No podía creerse lo que estaba oyendo, pero cuando volvió a acercarse el auricular a la oreja, su ayudante seguía al otro lado sin aliento y esforzándose por encontrar las palabras adecuadas con las que contar las cosas más terribles.

En un coche, le dijo al comisario Svein Okeid la voz sin aliento, en un coche en Tangen, cerca del centro, estaba el director del banco, Heimstad, con la mirada perdida en el infinito. En la cabeza tenía un gran agujero producido por una bala de pistola. Heimstad estaba muerto.

Seguramente se hizo una larga pausa. El comisario Okeid se quedó mudo y se le olvidó responder. Su ayudante le preguntó si aún seguía ahí.

—¿Sigue usted ahí?

Pues sí, seguía ahí. Iría enseguida. El comisario Okeid colocó el auricular con cuidado sobre el aparato por si acaso. Si lo trataba con demasiada dureza tal vez entraran mensajes aún más catastróficos. Las desgracias no suelen venir solas. ¡Gustav Heimstad! Ese hombre que había sido un verdadero héroe. Un verdadero ideal. Había sido la gran luz. Svein Okeid lo veía para sus adentros como lo había visto mil veces en las reuniones del Rotary, reuniones que no sabía distinguir la una

de la otra, que simplemente se mezclaban en la tranquila muerte de la burguesía provincial los miércoles por la tarde. ¿Tal vez fuera preferible una muerte súbita? Él todavía tenía derecho a elegir. Gustav Heimstad no. Heimstad era una luz que se había apagado. A Svein Okeid se le ocurrió pensar que la cara de Gustav Heimstad parecía una bombilla. Una bombilla colgando. Tanto por la forma como por el color. ¿Cuarenta vatios? ¿Sesenta? Una bombilla de potencia media. La bombilla perfecta para ser enroscada como director de banco en una pequeña ciudad de provincias. Y luego: ¡paf! Una bombilla fundida que habría que cambiar.

Todo había desaparecido. La luz se había apagado. El brillo muerto. Y en la lógica oscuridad que siguió al apagón, el dinero se había esfumado no se sabía cómo, claro, si es que lo había habido. ¿Y a quién pertenecía en caso de que lo hubiera habido?

Pero muy lejos no podía haber ido. El comisario Okeid tenía el mapa en la cabeza. El mapa no mentía. Los atracadores podían elegir para su huida entre dos estrechas salidas. Resultaría fácil vigilar el fiordo. Llamó al jefe de policía y a las comisarías rurales de los municipios vecinos y pidió que cortaran las carreteras y que se aseguraran de que nadie salía de su distrito.

Svein Okeid se dispuso lentamente a enfundarse el uniforme, prenda a prenda. Había ascendido. Se había ascendido a sí mismo tirándose del pelo hacia arriba. Comisario rural. Rotary. La carrera de Derecho. Consejo de arbitraje. Se había ascendido a sí mismo del abismo en el que se encontraba la gente que se llamaba Tom y Stein Skrotum, Delirio de Harrison y Willy Walium.

Dejó donde estaban el cartón de leche y el plato vacío. Era un hombre ordenado, pero todo tenía un límite. Cogió una pastilla de caldo para ir chupándola por el camino. Una última mirada a la *Madonna*. Ya en la entrada oyó el ruido de un avión. Al salir descubrió que no era un avión sino el helicóptero ambulancia que volaba por encima de su cabeza. El aparato se elevó más y cruzó las montañas del sureste. Svein Okeid se tragó de golpe lo que le quedaba de la pastilla de caldo. Había puesto orden en su vida. Todo lo que amenazaba el orden social también lo amenazaba a él. Con la ley en la mano, el comisario Okeid emprendió la lucha por su propia paz espiritual.

Despertar a los muertos

Con el ruido del motor, Ann Dante apenas podía distinguir las palabras. El piloto pulsó con el pulgar el botón de emisión, llamó a la torre de Sola y se presentó a sí mismo como LN 09 en el helicóptero ambulancia, con probable llegada al hospital central a las 12.30. Ann Dante no pudo oír si recibió contestación de la torre.

Ella estaba en otro lugar. No se trataba de palabras. Era algo que le ocurría a su cuerpo. Volaba. Se había lanzado. Había soltado el columpio. No tenía ya dónde agarrarse. Estaba dando tumbos fuera del tiempo y del espacio, entre el cielo, la tierra y el infierno. Cerró los ojos con la misma fuerza con la que él apretaba la mano de ella, y ella la de él. La izquierda de él y la derecha de ella. Era lo único a lo que se agarraba. Se había quitado el cinturón de seguridad. Pero el hombre cuya mano apretaba, ese hombre al que estaba agarraba, también volaba. Se encontraba entre la vida y la muerte, y necesitaba la ayuda de ella, de la misma manera que ella necesitaba la de él.

Pues sí, así fue. Ella tuvo que ayudarlo a él. La oscuridad le hacía ver estrellas con los ojos cerrados. El ruido del motor como una oscuridad rugiente en los oídos. Y sin embargo notó su propio aliento agitado. Extendiendo los dedos y acariciando la mano de él, percibía, con su larga experiencia de enfermera, el acelerado pulso del hombre. A través de la oscuridad notó que él la miraba, pero no se atrevió a abrir los ojos para encontrarse con su mirada. La respiración, el pulso, la oscuridad, el barullo, le hicieron pensar en niños, inocencia, señales de vida, risas y lágrimas, en el sueño más dulce.

Cuando volvió a abrir los ojos, miró directamente a los de él. La mirada le temblaba como un espejo de agua. Sus ojos estaban despiertos, abiertos, interrogantes. A unos cientos de metros por debajo de su abismo, el árido paisaje montañoso coloreado de otoño se convirtió velozmente en alta montaña, pelada y gris. A Ann Dante todo le daba vueltas. Tendría que ser ahora o nunca. Notó la muda presión en sus ojos. Sabía lo que tenía que hacer. Podía hacerlo. No es pecado robar al ladrón. Él estaba inválido. Necesitaba ayuda. Sólo le faltaba una brazada. Ella podía echarle una mano. Era como un niño a punto de ahogarse. Ella podía arrastrarlo hasta la tierra.

Con la mano derecha libre, Ann Dante tanteó a lo largo de la camilla hasta que sus manos llegaron a la bolsa de viaje. Abrió la cremallera. En la parte de arriba estaba su bolso. Lo abrió. Su mano palpó el espejo, pañuelos de papel, polvos, tampones y cepillo de dientes.

Metal.

Agarró el cañón. Estaba tan frío que le dolía la mano. Liso y pesado, con ranuras transversales donde la cámara desembocaba en el cañón. Sacó con mucho cuidado el

arma de la bolsa y puso la culata en la mano de él.

Dos manos entrelazadas. Las dos manos libres se curvaron alrededor del mismo objeto frío y pesado. La mano de ella alrededor del cañón negro, la de él alrededor de la culata. Con los ojos abiertos de par en par, ella se inclinó hacia delante y le dio un largo beso. El dedo índice de él se dobló sobre el gatillo. Ella se incorporó a medias, soltó el cañón, soltó la mano de él, y asintió con la cabeza.

Sobre la camilla yacía el Minga, liberado de cables, tubos y de todos los cinturones de seguridad. Estaba inmóvil, con las manos a los lados, y la pistola reposando sobre la camilla.

Era cuestión de segundos.

El paciente se levantó de la camilla y se colocó en medio del helicóptero con las piernas separadas. Alguien gritó, probablemente todos. El helicóptero dio un bandazo, precipitándose hacia delante. Ellos también se precipitaron en la misma dirección, hacia el asiento del piloto, que consiguió recuperar el control y nivelar el aparato. El Minga estaba de pie, con una mano apoyada en la puerta corredera y con la otra golpeando el frío acero del cañón contra la cabeza del piloto.

Ann Dante se encontraba ya en la parte delantera del helicóptero, en el asiento del copiloto. Oyó al Minga rugir sin parar como un animal salvaje. Notó que desaparecía el paisaje debajo del helicóptero. No tenía tierra firme bajo los pies. Tiró el trozo de mapa sobre las rodillas del piloto. Una gran cruz.

¡Allí!

Cinco uñas rojas como gotas de sangre sobre el mapa.

El rugido de la máquina al cambiar de dirección.

Ventisquero

Es algo acordado entre todas las tribus que un hombre joven no puede llevar *mandau*, ni casarse, ni tener relaciones con el sexo opuesto hasta que haya participado en una o varias cacerías de cabezas. Si bien recibe el *mandau* al nacer o el día en que se le pone nombre, hasta que no lo haya mojado en sangre no se atreve a usarlo como parte de su indumentaria habitual.

Sobre sus alas te han traído los pájaros

Hay caballos que tienen la piel como pelada. Es un color grisáceo amarillento, sucio. Desde que se derrite la nieve en la primavera hasta que llegan las primeras nieves del otoño, la montaña y los páramos tienen ese mismo color. En esa época, la montaña es como un caballo amarillento y pelado. La montaña es un caballo pelado descansando a través de cascadas, saltos fluviales y conductos de agua. Los caballos se precipitan hacia las centrales eléctricas y redes de cables. El caballo tiene la piel pelada. La montaña es un caballo pelado con potencia de megavatios. Pero *pelado* significa también estar arruinado. En la quiebra, pelado, vamos. Cuando los bolsillos y las sacas están pelados es que están vacíos. También los páramos son pobres en cuanto a vegetación y fauna. Pobres y grises. La hierba, el musgo, los helechos, las largas laderas de mimbreras están pelados. La piedra, la roca y los sedimentos tienen el mismo color. Con los años, los troncos de los graneros se han quedado pelados como la piedra, con un singular brillo plateado en la madera. También los abedules enanos tienen ese mismo color, tanto los torcidos troncos como las hojas relucientes. Y antes de que lleguen las lluvias y la nieve, aportando nuevos caballos a los embalses en la montaña pelada, el cielo está pelado y pesado como la roca misma.

Ella sabía que habían llegado. Estaban en el lugar correcto, pero no aterrizaban. Esperaban colgados en el aire justo encima del lugar que correspondía a la cruz sobre el mapa. El Minga estaba de pie con una mano en la puerta corredera y la otra sosteniendo la pistola contra la cabeza del piloto. Tan cerca colgaban de la tierra que Ann Dante, medio sentada en el asiento vacío del copiloto, tenía una vista estupenda. La hora correcta, el lugar correcto, pero ningún Bjørn Pelado Blakke a la vista.

Lo único que podían hacer era esperar. El rotor rugía. Estaban suspendidos sobre un claro del tupido y bajo bosque de abedules. Un granero de verano casi en ruinas con tejado de hierba y peladas paredes de plata que se apoyaban las unas en las otras de tal manera que la edificación seguía milagrosamente en pie. En la hierba se veían trozos chillones de metal, restos de tubos de cera para untar los esquís y una lata de sardinas oxidada. Alrededor del granero, el prado estaba casi totalmente cubierto de abedules enanos y matorrales. Pero en la hierba no había huellas de Bjørn Pelado Blakke.

Desde el helicóptero aún podía vislumbrarse el sendero que partía de la llanura y bajaba por el valle a través del espeso bosquecillo. Llevaban ya un cuarto de hora esperando. Ann Dante miró al Minga. Estaban pensando lo mismo. Ann Dante gritó algo a través del ruido del motor, señalando el sendero en dirección al valle.

El piloto entendió la señal, elevó el helicóptero y lo niveló. En torno a ellos, espumosos arroyos como cables eléctricos colgados con descuido bajaban por las negras laderas. Confluían en el río que descendía en saltos hasta el fondo del valle. El

helicóptero siguió la misma dirección, primero bajó por una ladera escarpada y luego se precipitó por una pendiente oscura. Debajo y delante de ellos se abría un gran valle, con terraplenes amarillentos y chisporroteantes hojas rojas en las copas del bosque verde. El helicóptero avanzó a lo largo del desfiladero excavado por la cascada al este, y luego se metió por el valle que se iba ensanchando cada vez más para por fin abrirse hacia las colinas al oeste. Desde la poza bajo la cascada, el río avanzaba apaciblemente, ancho y poco profundo, por el fondo verde del valle.

Por las verdes llanuras al sur del río, en medio de los pastos, se veía una manada de entre veinte y cuarenta animales. Caballos y potros de aspecto pelado, algunos de faena, otros más esbeltos que parecían un cruce de pura sangre. Habían oído el helicóptero mucho antes de que apareciera sobre ellos en el desfiladero. Cuando por fin salió rugiendo por la pendiente junto a la cascada estaban quietos esperando, con la cabeza levantada, las fosas nasales muy abiertas y las orejas tías hacia el creciente ruido de motor.

El helicóptero volaba más bajo. Desde su sitio junto al piloto, Ann Dante estuvo siguiendo el sendero con la mirada, por lo tanto, Bjørn Pelado Blakke no podía haber pasado. Volaban tan bajo que el ruido del rotor llenaba el profundo valle, y la presión aplastaba la tupida hierba y todas las plantas de alrededor. Con la máquina rugiendo sobre sus cabezas, la manada se puso en marcha, moviéndose lentamente como un solo cuerpo largo y extendido alrededor de un invisible punto medio, con el jefe delante. Pelados y amarillentos como si se hubieran desprendido del paisaje, echaron a correr, dando vueltas en círculos cada vez más grandes, hasta que la manada se dispersó en una espiral perfecta. Los caballos corrían relinchando sobre las patas rígidas, pelados y amarillentos, relucientes de humedad, como cubiertos de gotas brillantes de esperma, alejándose cada vez más, en círculos más y más grandes, igual que un universo que estalla en estrellas, se agrupa en galaxias y nace.

Ella estaba sentada a lomos del caballo. Tenía alas.

Flotaba. Volaba. Estaba sentada en esa aeronave que se aproximaba cada vez más al suelo, mientras el rotor del helicóptero desbandaba la manada de caballos como una batidora dispersando espuma.

Y en el medio, en el centro invisible del movimiento en espiral, justo debajo del helicóptero, la figura inmóvil de un hombre de pie en la hierba.

No estaba donde debía estar: él no sabía dónde estaba. Estaba más allá. Pero estaba.

El helicóptero se detuvo un instante un metro por encima de la tierra, antes de aterrizar cuidadosamente en la hierba, justo al lado del Primer Hombre. A los pies de Bjørn Pelado Blakke había dos maletines de aluminio como dos animales prehistóricos de fábula. Daba la impresión de estar aturdido. No se parecía en nada a ese Bjørn Pelado Blakke tan nombrado y de tan mala fama del que se decía que era tan duro y arrojado que nunca conseguía pasar por los detectores de metales de los aeropuertos aunque se desnudara del todo. El detector pitaba de todos modos, así de

duro era Bjørn Pelado Blakke. Pero por su aspecto no lo parecía. Mientras los caballos se alejaban hacia el bosque, él se quedó solo en el terraplén, no desnudo, pero sí vulnerable y desvalido, vestido con ropa de ciudad que no podía hacer nada contra las imponentes montañas.

El Minga seguía apuntando con la pistola la cabeza del piloto. Haciendo fuerza con las piernas y agarrándola con las dos manos, Ann Dante consiguió abrir la puerta corredera del helicóptero.

Fuera olía a lluvia. Instintivamente, Bjørn Pelado Blakke se había agachado bajo las alas del rotor. Cogió un maletín con cada mano y se enderezó. Ann Dante había dudado de si lo reconocería, pero ahora estaba segura de que era él. Ese era el aspecto de Bjørn Pelado Blakke.

El hombre se acercó al helicóptero. Primero tiró dentro los maletines. Luego recibió una mano a la que agarrarse, y finalmente consiguió poner un pie en el borde y entrar rodando junto al dinero.

—¡Quieto! —gritó el Minga a través del rugido del motor.

Bjørn Pelado Blakke consiguió ponerse de rodillas.

—Los caballos —dijo.

Ann Dante apenas conseguía oír su voz. Estaba intentando volver a cerrar la puerta.

—He tenido que acercarme a acariciarlos. Son unos animales estupendos. Tuve que charlar un poco con ellos.

El viento del rotor se metió en el helicóptero. Seguro que el Minga había dado al piloto un pequeño toque de atención con la culata de la pistola. El ruido del motor aumentó. Uniendo sus fuerzas, Ann Dante y Bjørn Pelado Blakke consiguieron cerrar la puerta corredera. El rotor iba cada vez más deprisa, pero el helicóptero no despegaba. A lo largo del cauce del río aún estaban verdes los álamos temblorosos. A lo lejos, en el límite entre el terraplén amarillento y pelado y el bosque de abedules, con sus luces rojas y amarillas, seguían corriendo los caballos en una espiral cada vez más grande. Músculos, cuerpos relucientes, cascos chapoteando en la ciénaga, crines al viento, una gran mancha gris en la frente.

Ella estaba sentada a lomos del caballo. Tenía alas.

Ese era el aspecto de la libertad.

Cuando el helicóptero despegó, los caballos ya se habían hecho invisibles entre los árboles.

Tus anchas alas

El cambio de papeles fue demasiado tremendo para que alguien sospechara algo.

El Minga quería su parte. Después de haber derrochado la mitad de su vida, sus aptitudes y facultades, es decir, toda su juventud, se había quedado sin nada. Lo veía cada vez más claro. Se había quedado con las manos vacías, un obrero no especializado, un tipo semiilustrado capaz de solucionar todos los problemas políticos de Lejanostán y lugares más allá en el infinito, pero incapaz de todo lo demás. Costara lo que costara, ahora el Minga estaba decidido a exigir su parte del pastel.

Ann Dante, en cambio, había recibido ya su parte, y su mayor deseo en el mundo era quitársela de encima. Había recibido su parte, y se había dado cuenta de que carecía de valor. Lo que ella quería era otra cosa.

Pero el cambio de papeles fue demasiado grande. Ni en sus más remotas fantasías la gente hubiese podido entenderlo. Imagínate, Ann Dante y el Minga Nerud. No, no podía ser. Era impensable que esos dos apodos pudieran tener algo en común. Pues igual que el Minga no se llamaba el Minga, Ann Dante tampoco era el nombre de ella. Desde muy pequeña, a Monika Legervall la llamaron Ann Dante por causas inescrutables. Se casó con Heimstad, volvió a optar por su nombre de soltera y fue Monika Legervall de nuevo. Pero sólo en los papeles. En la realidad seguía siendo Ann Dante y nada más. Todo el mundo la llamaba así, pero nadie sabía de dónde venía ese nombre. Probablemente tuviera que ver con el hecho de haber sido víctima de unas clases de piano en su infancia, algo muy agravante. En el contexto social al que ella pertenecía, ninguna niña podía ir y venir impunemente con partituras bajo el brazo de casa de la única profesora de piano accesible, que era, además, una mujer muy exaltada. También puede que el apodo tuviera su origen en la precocidad de Ann Dante, que recurría a extranjerismos demasiado a la ligera. ¿Andante? ¿O tuvo que ver con su forma de andar a un ritmo tranquilo y continuo, y un poco lento y gracioso? Ann Dante. Nadie lo sabía con seguridad. Lo que era sumamente improbable es que se tratara de una alusión literaria al clásico italiano responsable de *La divina comedia*.

La propia Ann Dante nunca había tenido tiempo ni ocasión para los profundos y exhaustivos estudios literarios que la obra merece, y para los que seguramente hubiera mostrado buenas aptitudes. Como fue el caso de tantas otras chicas guapas y precoces, Monika Legervall cayó en la trampa de dejarse seducir por el chico más apuesto y de más talento tres cursos por encima de ella, y que además era el líder natural e incuestionable de todo el instituto. Ese chico no era otro que el estirado y elegante Gustav Heimstad.

Los padres de Ann Dante eran claros, aunque inconscientes, adversarios de que su hija perdiera algún día la virginidad. Si algo tan terrible tenía que suceder, los señores

de Legervall difícilmente podían imaginarse otro malhechor mejor que uno de sus tres hermanos. Pero, claro, eso no podía ser, aunque opinaban que la estrecha relación dentro de la familia era una gran virtud. La mera idea era blasfema. Y por eso era impensable que perdiera la virginidad, porque en ese caso tendría que ser un extraño el que se la arrebatara, alguien que no perteneciera a la familia, y eso era imposible. El que Ann Dante fuera a perder su sola y única virginidad a la edad de quince años, y durante la preparación para la confirmación, no existía ni siquiera en forma de pesadilla en el mundo conceptual de sus padres. Normalmente el macho que estuviera detrás de un crimen tan sangriento estaría más muerto que vivo en el instante en que se supiera lo sucedido. Pero no tratándose de Gustav Heimstad. Gust. Heimstad era algo fuera de serie. Se responsabilizó de todo. Con diecinueve años recién cumplidos fue a ver a los padres de Ann Dante cuando ellos ignoraban aún la furia moral que debían movilizar. Los miró a los dos a los ojos, primero a uno y luego a otro, mientras hablaba con voz clara, y frases bien meditadas y convincentes. Tras una conversación inesperadamente breve pudo abandonar el hogar *anndantesco* como el Caballero Blanco, como el hombre emprendedor, como el gran héroe que en el momento oportuno había evitado que la virginidad de Ann Dante fuera ultrajada por indignos candidatos al matrimonio. En lugar de las amenazas más terribles, Gustav recibió las gracias más efusivas de los señores de Legervall, además de las insistentes promesas de Ann Dante de fidelidad eterna, de la que una y otra vez iba a mostrarse digno y merecedor. Hasta que la muerte los separó.

Imaginarse al Minga junto a la señora Ann Dante Heimstad resultaba por consiguiente imposible. ¿El Minga Nerud y Monika Legervall Heimstad? Impensable e ilógico. Sólo Gustav Heimstad podía convertirse en su destino, esa clase de hombre que era capitán del equipo de fútbol, que se tiraba del trampolín más alto de la piscina, que aguantaba más tiempo inmóvil sobre los pedales sin que la bicicleta se moviera, que bailaba el *swing* cuando los demás pensaban que se trataba de un viejo baile folclórico, y que tenía moto desde los dieciséis años. Para Ann Dante, la chica más guapa no sólo de la clase, no sólo de los bailes del instituto, sino de un radio mucho más amplio, Gustav Heimstad era el destino. Con sus fuerzas de gigante la deseó, tuvo que conquistarla, y ella no encontró, a la larga, vigor suficiente para resistirse al chico más atleta, más inteligente (de aspecto), más rápido (en moto), más desenvuelto, y que eliminaba a toda clase de competidores. Ann Dante se convirtió en su compañera de moto, su Motorcycle Rose, le regaló su rosa, iba en el asiento trasero, y él la llevaba a ritmo de *swing* por la pista de baile, ella lo animaba, ella lo consolaba, ella se quedó embarazada de él.

Gustav Heimstad era un ganador. Para ella fue el primero y el mejor, y durante mucho, muchísimo tiempo, el único. Gustav cumplió las grandes promesas que le había hecho. Dio la talla. No escurrió el Imito. No escapó. Gust. Heimstad se casó, creó un hogar, cumplió con sus obligaciones matrimoniales. Se puso a trabajar en el banco en cuanto acabó el bachillerato con buenas notas. Estudió por correspondencia

en su tiempo libre. Acudió a la Academia de la Banca. Ascendió, pero sin descuidar a su familia.

Tal vez también Gust. Heimstad tuviera sus sueños. Quién sabe. Pero es difícil pensar en alguien con tanta determinación para sacudírselos de encima, salir de la cama, del país de los sueños, y meterse en la ducha helada, en la realidad, en la vida, en la jornada laboral. No se puede vivir de amor y de canciones. No se puede vivir en el pasado. La mirada debe dirigirse hacia delante, hacia nuevas metas.

Y cuando la mirada de Gust. Heimstad lo hizo, vio una maravillosa villa de estilo suizo arriba en La Baronía. Vio un jardín bien cuidado, un buen trabajo con posibilidades de futuro. Vio muchas organizaciones e instituciones públicas ávidas de aprovechar el honrado carácter de Gustav Heimstad para cargos de confianza.

¿Y quién quiso aprovecharse de Ann Dante? Su verdadero yo parecía poco a poco haber encontrado su rostro verdadero, rostro que cuidaba cosméticamente muy bien. A los treinta y cinco años seguía siendo un bombón, una fruta escarchada, seguía siendo igual de dulce y sonriente, igual de lisa, dura y lisonjera, y llevaba los mismos colores acrílicos que los mencionados dulces. Tan arreglada, bien conservada y guapa era Ann Dante por fuera, que muchos, sobre todo las mujeres con maridos en la zona de peligro, se vieron obligados a recurrir a palabras tales como *fría, dura y helada* al hablar de ella, lo que era a su vez una muestra inequívoca de que los hombres (en Rotary, en las comidas de Navidad de la oficina de distrito, en la comisión de festejos) todavía la encontraban indeciblemente bella y atractiva. Un agudo observador y conocedor de la naturaleza humana se hubiera fijado y lo habría comprendido, pero a la vez habría dado la razón a las mujeres: Ann Dante era guapa, fría y atractiva, con esa peculiar expresión cínica en la boca, esa amargura que parecía el resultado inevitable de una lograda vida de mujer en aquellos años en que estallaron el feminismo y el bienestar, extendiendo sus nuevas posibilidades y nuevas gamas de productos hasta los rincones más recónditos. Habría que añadir: lograda en un sentido convencional. Ann Dante, con una sonrisa tan perfecta que se congelaba en una hermosa mueca de felicidad, como si formara parte de esa nueva y lujosa gama de productos que incluía, entre otros, BMW, casa de estilo tirolés, yate de recreo, dos semanas en la Costa del Sol en invierno, vacaciones de esquí en Suiza, algo que, en consecuencia, era completamente inaccesible para un muchacho pobre como el Minga. Para expresarlo de un modo poco fino, podría decirse que no todo, pero sí lo más caro de lo que la gente normal podía comprar con dinero, estaba personificado en Ann Dante Legervall Heimstad. En esa pequeña localidad en la que vivía y había vivido siempre, todas las demás mujeres parecían copias baratas de ella. Y de una u otra forma, su aspecto perfecto también lograba insinuar que debajo de la ropa, el maquillaje y el peinado asimétrico se encontraban además atractivos de una clase muy diferente al erotismo sencillo y apasionado que podían ofrecer las mujeres normales y corrientes.

La relación entre una mujer como ella y un hombre como el Minga contradecía

toda lógica y sentido común. El Minga no era sólo un pobre fracasado, con un naufragio tras otro en el océano de la vida, y un sinfín de estudios inacabados a sus espaldas, sino que además enfermaba a menudo, tenía mala salud. Como si de un paciente inválido o un jubilado decrépito se tratara, necesitaba recurrir con demasiada frecuencia al servicio de enfermería para que alguna enfermera municipal a domicilio acudiera a su miserable habitación alquilada en la calle Håkon.

Pero con eso bastó. Y un hecho consumado es difícil de cambiar. Nadie era capaz de adivinar qué podía aportar el flacucho y torcido Minga, con su ralo bigote y su pelo hasta los hombros, a la bella señora Heimstad de sonrisa burlona. Resultaba demasiado improbable que él pudiera ofrecerle algo, nada en absoluto. Pero se abría la gran boca del tiburón del sexo. Y dentro estaba el mundo, el que suele esconderse detrás del resplandor de los fenómenos. Allí estaba, con el infierno debajo, el cielo encima, y todos los placeres que caben en él.

Desde el día en que la enfermera Ann, de los servicios municipales de enfermería a domicilio, entró en la mal ventilada habitación alquilada y encontró al inquilino Håvard Magnus Nerud acostado sobre su propia mierda, se amaron, indómitos como niños en un cúmulo de nieve, y cultivaron la infidelidad de ella a la perfección.

El Minga le aportaba a ella la diferencia. Eso era lo más importante. Para ella, él se convirtió en la prueba viviente de que en el mundo había algo más, que el mundo no acababa arriba en La Baronía, detrás de la última curva de la Vía Dolarosa. Y él también le proporcionaba amor terrenal y movimientos de mano tan deliciosos y desvergonzados que ni los delirios febriles más enloquecidos de Ann Dante (y se habían vuelto muy enloquecidos al lado de un Gust. Heimstad envuelto en su más dulce sueño) hubiesen podido imaginárselos. Pero el Minga le dio aún algo más. Le dio la reflexión, la segunda intención, esos pensamientos en cadena en los que uno conduce al siguiente, nunca mordién dose la cola, nunca volviendo atrás, por ejemplo hasta aquello que Gustav Heimstad llamaba su armario de los clásicos, en el que había reunido sus fantasías más sentimentales e inmaduras de la pubertad, a través de los discos de especuladores sosos como Johnny Tillotson, Bobby Vinton, Bobby Goldsboro y John D. Loudermilk, hasta The Band y correligionarios, o Dusty Springfield y otras señoras cantarinas que interpretaban los textos más banales con la dedicación más absoluta y de un modo tan auténticamente desgarrador que sus voces te llegaban hasta la médula.

Al cabo de poco tiempo, la bella boca de Ann Dante sólo tenía palabras de ironía y burla para esa clase de expresión musical, y también para la mayor parte de los valores representados por Gustav Heimstad y que él procuraba predicar. No se debió a que el Minga fuera socialista. No se debió a que el Minga no fuera socialista. El capitalismo es injusto, decía él. Pero funciona. El socialismo es justo. Pero no funciona.

La respuesta llegaba sola. Ann Dante lo sabía, y dijo:

—Para que algo funcione tiene que ser injusto, ¿verdad? Tiene que perjudicar a

alguien. Lo que es bueno para mí, es malo para ti y viceversa. De modo que depende de cada uno. ¿Y todo el mundo tiene derecho a elegir?

El Minga no contestó. Estaba cantando en voz baja mientras tocaba una guitarra imaginaria.

*Send me the pillow that you scream on.
Don't you know that I still care for you.
Send me the pillow that you scream on
so darling I could scream on it too.*

—No —dijo él—. No se puede decir así. Sólo los cerdos lo dicen así. La justicia siempre ha de estar presente en lo que decimos, aunque no pueda realizarse en lo que hacemos.

Ann Dante no conocía las palabras de Glauco a Sócrates, pero de todos modos asintió con la cabeza. Era verdad. Era bueno. Era increíble e inconcebible, inconcebiblemente bueno. Si no todos los días, cada segundo en que tenía ocasión de ser infiel, la guapa y bien considerada señora Heimstad (ahora Legervall) le era infiel a su fiel, trabajador y muy responsable marido directivo con un obrero no especializado, más bien un caso de la oficina de asuntos sociales, que sólo podía documentar estudios universitarios fracasados en el pasado, y expectativas oscuras para el futuro, y que para más inri era de aspecto poco agraciado y tan poco apto para las duras realidades de la vida que ni siquiera había aprendido a conducir.

No basta que una historia sea verdad para que se convierta en creíble. La realidad es más fantástica que ninguna novela. Y la fantástica realidad era que Ann Dante, al abandonar al bien considerado director de banco Heimstad y unirse al pobre caso social Minga Nerud, pretendía trepar en la sociedad.

Aquello implicaba aparentemente una caída estrepitosa y profundísima. Gust. Heimstad poseía dinero y honor. Ahora bien, el capital económico y el capital cultural no están divididos de la misma forma. Gust. Heimstad había empleado su considerable capital económico en levantar una magnífica casa de estilo tirolés con columnas dóricas en la terraza, antena parabólica en la pared que daba a la calle y arcadas en pino sin nudos entre el salón, el recibidor y el comedor. Alrededor de ese marco arquitectónico en el que, junto a otros Gust. Heimstad ricos y contentos, bebía *qurasao* blanco hecho en casa con entrecós y *pomfrit* leyendo periódicos sensacionalistas, existía una línea de demarcación extremadamente nítida pero cuidadosamente oculta. Fuera de esa línea de demarcación estaban los capitalistas culturales como el Minga Nerud, burlándose de la ignorancia y el mal gusto de Gust. Heimstad, pero sólo a escondidas, a solas, en la trastienda. De la misma manera que antes había sido de buen gusto ocultar el capital económico de uno, ocultar el buen gusto era ahora la mejor prueba de buen gusto.

El semiilustrado y paupérrimo Minga no poseía arcadas, antenas parabólicas ni

columnas clásicas. En cambio se sabía las reglas más importantes de pronunciación del francés. Además sabía que los medios de comunicación de masas, tales como los telediarios y la prensa amarilla, no mienten. Hacen algo radicalmente nuevo para lo que tiene que haber nuevos conceptos. El Minga Nerud conocía algunos de esos conceptos, aunque no le servía de mucho. Eso también lo sabía. El comunismo había fracasado, el capitalismo triunfaba. Sobre todo en las grandes metrópolis de Norteamérica, en Guatemala y en toda América Latina, salvo en Cuba.

La realidad es más fantástica que cualquier novela. Ese es el mensaje más importante. La relación entre Ann Dante y el Minga Nerud no fue ninguna novela. Y precisamente lo fantástico de su relación los protegía. Esas cosas simplemente no ocurren. Por eso pueden ocurrir. Como en la lista de los cuarenta principales. La primera será la última. Y la última, la primera.

El Minga Nerud era el último.

Se conocieron. Ella se tumbó boca arriba.

Ella extendió sus anchas alas.

Él se tumbó entre ellas, y voló.

Una trucha corriente

El sol cortó con su soplete el hierro de las nubes.

En la larga y sinuosa subida, ella había seguido al Minga pisándole los talones sin pensar, sin mirar a su alrededor, muy de cerca, concentrándose en dónde ponía los pies.

Ahora el paisaje se iba allanando, bajando suavemente, abriéndose. Ann Dante se detuvo y se dio cuenta de que ya había estado allí antes. Había estado y no había estado nunca, como en un sueño, y sin embargo con la luz diurna más luminosa, en el aire otoñal más transparente. Una vez cada otoño, cuando ella y Gustav Heimstad hacían la gran excursión a pie por las Colinas Verdes, y luego subían el eterno valle Skitthidlerlegdedn hacia el pico Vondver, habían visto, cuando el tiempo lo permitía, esas pequeñas granjas de verano como desde la cabina a presión de un avión a treinta mil pies, una visión inalcanzable y sin embargo atada a su vida como ejemplo de lo lejos que podía llegar el ojo.

Ann Dante nunca se había preocupado de averiguar el nombre o buscar el lugar en el mapa. Pero ahora estaba allí. Se encontraba en medio de esa lejana visión, andando entre las cabañas peladas donde jamás había puesto el pie pero que sin embargo conocía a fondo, entre las piedras que se habían desprendido de la roca detrás de la cabaña más cercana, a lo largo de las vallas caídas de piedra, cubiertas ya de vegetación, y junto al río que serpenteaba hermoso por el apacible ribazo. Ella entró en esa imagen avergonzada, como si estuviera haciendo el amor con alguien a quien conocía bien de antes.

Pero era el Minga el que llevaba la voz cantante. Hacía un par de horas que subían por un terreno de alta montaña, desde que habían abandonado el helicóptero y cargado el dinero en dos mochilas. Helechos, matorrales de mimbrera, desnudos llanos rocosos, picos redondeados, páramos pelados, ventisqueros en las sombrías laderas. Se habían cambiado de ropa y tenían aspecto de montañeros normales y corrientes, con anoraks, botas de montaña, pantalones hasta media pierna o de cuero. Bjørn Pelado Blakke se había quedado atrás para ocuparse de que el helicóptero no continuara, del piloto, y de vaciar el depósito. Pero los alcanzó rápidamente y los acompañó hasta el ribazo como una oculta amenaza del pasado.

Al este de la línea divisoria que dibujaba el río, el tiempo era más cambiante. Pesadas nubes alternaban con un sol radiante. Las cabañas de las granjas de verano se levantaban con paredes de plata y tejado de hierba a la intensa luz del mediodía. No se veía ninguna señal de vida. Ningún pez nadaba en la superficie del lago. Ninguna oveja hacía sonar su cencerro ni balaba. Llegaron a una estrecha senda para animales y la siguieron a través de la hierba, pasando por las cabañas abandonadas, hasta la orilla del agua. Todo estaba luminoso y en silencio, no se movía ni una sombra detrás

de los pequeños cuadrados de cristal de las ventanas.

Al parecer, la senda para animales seguía por el lago hacia el oeste, entre abedules enanos, serbales maltrechos y matorrales afilados por el viento. A la cabeza, el Minga procuraba andar a buen ritmo. Detrás de Ann Dante iba Bjørn Pelado Blakke profiriendo maldiciones contra las ampollas, el terreno montañoso y esos lugares ancestrales hollados sólo por las cabras y el diablo. No esperaba ninguna respuesta y no la recibió. El Minga consultaba el mapa mientras andaba y murmuraba frases inaudibles.

La hierba y el brezo que iban pisando estaban todavía mojados. El sol estaba alto. Alguna que otra perdiz levantaba el vuelo asustada y continuaba su camino por entre las mimbreras. En el cielo despejado hacia el este, iban creciendo lentamente claras nubecillas. Callados como monjes trapenses, los tres bajaron hasta la orilla del lago junto a una de las cabañas.

—Qué raro, hombres por aquí.

Se detuvieron en seco los tres, como congelados de repente. La voz salía de detrás de ellos. El Minga se volvió lentamente hacia la voz y miró a Bjørn Pelado Blakke, a punto de echar mano a algo que llevaba en el cinturón. El Minga hizo un movimiento negativo con la cabeza y escudriñó la pequeña y apacible cabaña. No se veía a nadie. Una bisagra crujió.

—Qué raro, hombres por aquí.

La puerta de la cabaña crujió de nuevo, abriéndose hacia dentro. Un hombre mayor en mangas de camisa, pantalones bombachos, tirantes y piernas de color leche agria salió a la puerta, a unos diez o quince metros de ellos.

En fila delante de él estaban Bjørn Pelado Blakke, luego Ann Dante y, por último, el Minga. El hombre miraba desconfiado al extraño trío.

—Pues sí —contestó por fin el Minga—. Así es. Ya lo creo.

El viejo llevaba una pipa en la mano. Salió del todo al sol. Grandes varices azules destacaban en sus piernas blancas. Los miró a los tres. Ann Dante no le causó ninguna impresión. Seguía hablando al colectivo como si todos fueran hombres, y en tercera persona del plural.

—¿Y de dónde vienen estos hombres?

Sacudió la pipa para sacarle el tabaco agrio. Al mirarlo más de cerca, Ann Dante llegó a la conclusión de que el viejo la última vez que se había lavado sólo llegó hasta una camiseta que ni recordaba haberse puesto.

Éxtasis negro. Bjørn Pelado Blakke abrió la boca.

—Somos como el viento del norte —dijo—. Venimos de todas partes.

—Ya me lo imagino.

El hombre apretó los labios.

—Pero los hombres no vienen por aquí a menudo, ¿no?

Tuvieron que admitir que así era. El tiempo no daba para muchas excursiones a la montaña.

—Me pregunto dónde estarán las ovejas —dijo el granjero—. No habrán visto algunas de las mías, ¿no? Tienen una incisión en forma de uve en la oreja derecha y un corte transversal en la izquierda.

De nuevo negaron con la cabeza. Todo aquello le sonaba tan a chino a Ann Dante como al Minga y a Bjørn Pelado Blakke.

Fue el Minga el que tomó la palabra una vez más:

—El verano ha sido malo —dijo—. Hemos tenido que cruzar la divisoria para poder ver el sol este año.

El viejo, que seguía delante de la cabaña, levantó el rostro hacia los picos más altos al escuchar tanta falta de juicio.

—¡Un verano malo! —dijo con énfasis—. ¡Pues puede que sí! Pero no va a mejorar por venir aquí. Es allí fuera, en el universo, donde algo va mal. Algo se ha trastocado por completo allí. Así son las cosas. Y eso que estamos en verano. ¡Qué será en el invierno! Antiguamente hacía tanto frío que eran necesarios siete buenos veranos para librarnos de la nieve.

Así era. Hay dos clases de personas: las que cuentan chistes y las que tienen sentido del humor. El viejo pertenecía a la segunda clase. En las arrugas de su cara no se veía ni la sombra de una sonrisa. Miró hacia arriba, hacia el firmamento, que mostraba su cara más azul, más resplandeciente y más inocente.

—¿Está usted solo aquí? —preguntó el Minga.

—¿Tiene usted una radio? —le interrumpió Bjørn Pelado Blakke.

El granjero tenía el rostro desnudo y curtido como la mano de un obrero. Un rostro que revelaba trabajo duro y una larga vida a la intemperie.

—¿Le preguntas a un cura si tiene Biblia? —interrogó con una mirada severa a Bjørn Pelado Blakke—. También lo he visto en la pantalla.

No dijo pantalla sino «pantalla». Y al hablar de la radio nacional, la NRK, sonaba como Anarko. O Amarcord.

—¿Qué es lo que ha visto?

—El universo. Eso que se ha trastocado allí fuera.

—Pero usted está buscando sus ovejas, ¿no? —dijo el Minga con el fin de cambiar de tema—. ¿Se ha traído a los jóvenes o ha tenido que venir solo?

—¿Los jóvenes? ¡Bah!

Sopló con desdén un par de veces la pipa vacía.

—En cuanto se sube un poco no queda ni un joven. Aquí arriba llevamos una vida tan sana que nos hacemos todos viejísimos. Buena carne, carne ahumada, albóndigas de patata, chocolate y cosas así. Jamás un trozo de pescado en la mesa. Pero mucho aire fresco y lluvia ácida. Todo el mundo se hace viejo y nadie muere. Durante una época llevábamos una vida tan sana que no terminábamos de inaugurar el cementerio abajo en el valle. Al final literalmente tuvimos que acabar con un viejo jornalero para ver cómo era eso de la muerte, la perdición, la salvación, la vida eterna y todas esas cosas.

Ni el Minga ni Ann Dante habían oído nunca reírse a Bjørn Pelado Blakke. Ni siquiera se habían imaginado la posibilidad de que algo así pudiera suceder. Pero ahora se rió. Se rió tanto que hasta los temblores se le disolvieron. Se golpeaba los muslos mientras jadeaba de risa.

—Iba a hacer café —prosiguió el granjero impertérrito—. Iba a hacer café. También con el café se llega a viejo. Y uno no se muere nunca. ¿Querrían los hombres una taza?

—No, muchas gracias. Tenemos que proseguir nuestro camino —se apresuró a contestar el Minga—. Para que no nos sorprenda el mal tiempo.

—Bueno, bueno, da igual —murmuró el viejo, y se volvió y escupió.

Los cuatro levantaron la mirada al cielo en busca del anunciado mal tiempo. De hecho, muy lejos, por el oeste, nuevas precipitaciones dibujaban leves pinceladas blancas en el azul infinito del universo.

También Ann Dante se sintió obligada a darse a conocer.

—Pensábamos probar suerte con la pesca —dijo—. Tal vez podamos pescar algo si empieza a llover.

El Minga y Bjørn Pelado Blakke asintieron con devoción. El granjero dijo:

—El potro acaba de tirarse un pedo.

—¿Hay algo que pescar por aquí? —preguntó el Minga señalando el lago con el brazo.

—Sí —contestó el granjero—. Se nota por el color. Puro ácido prúsico todo el lago. Regulado con una gran presa en el otro extremo. Excelente para la pesca. Así que si tienes una red con mallas del veinte puede que mañana encuentres en ella alguna trucha.

—¿Una trucha corriente? —preguntó Ann Dante.

—El potro acaba de tirarse un pedo —volvió a decir el granjero.

El Minga intervino:

—No estamos hablando de caballos. Supongo que serán truchas muy pequeñas. Eso no es comida para humanos.

Una vez más el granjero golpeó la pipa contra un tronco de la cabaña. Luego ladeó la cabeza como si estuviera escuchando.

De hecho estaba haciéndolo.

—Está hirviendo —dijo—. El café está hirviendo. Tendré que entrar antes de que se salga.

Se encorvó, encogió los hombros bajo el marco de la puerta y desapareció dentro de la cabaña.

—¿Tiene radio o no?

Bjørn Pelado Blakke miró a los otros dos.

—Tal vez no le gusten las tías, así de simple.

El Minga echó a andar. Ann Dante lo siguió. Dijo:

—Tiene. Creo que tiene radio. Creo que sé quién es. Creo que ha sido paciente

mío. Se apellida Instebø, Ystebø o algo parecido.

—¿Y qué? —Bjørn Pelado Blakke no se había movido.

—Ya casi hemos llegado.

El Minga se detuvo y echó a andar de nuevo.

—Nos vamos. ¿Vale?

Tendió la mano a Ann Dante.

Ella sonrió, le agarró la mano y volvió a soltársela. Apresuró el paso y lo adelantó. El Minga se metió el mapa en el bolsillo de la camisa y fue tras ella. Bjørn Pelado Blakke echó una mirada desconfiada hacia atrás. Una fina columna de humo subía por la chimenea de la cabaña. Por fin también él echó a andar.

Debajo de las pesadas y azules nubes al oeste estaba oscureciendo. Al este, los contornos azules de las montañas lejanas se entrelazaban como los dedos de una mano azulada. Era una oración que pedía clemencia. O unas manos entrelazadas en reposo tras una larga jornada de trabajo.

Devoción. Dios. Muerte.

El sueño más dulce

La naturaleza no recuerda nada. Se olvida de todo y lo oculta todo. Los tres andaban en fda a unos diez o quince metros uno de otro: Bjørn Pelado Blakke en el medio y el Minga y Ann Dante uno a cada extremo. Se abrían camino lentamente y con gran esfuerzo, sin levantar la mirada del suelo. Era un paraje accidentado, con pequeños arroyos que serpenteaban entre piedras, matorrales y montículos cubiertos de brezo.

Ann Dante la vio en primer lugar. Se acercó tanto que casi la pisa antes de descubrirla. La canoa estaba pintada de camuflaje, de un color verde oliva, para que se confundiera con el entorno. Con el fin de hacerla aún más difícil de encontrar, la habían arrastrado desde el borde del agua unos ciento cincuenta metros a través de las mimbreras y el suelo pantanoso. Estaba volcada y, vista más de cerca, era demasiado verde para pasar inadvertida entre las amarillentas hojas de los matorrales.

Ella se detuvo y gritó con voz triunfante. Entre los tres dieron la vuelta a la canoa y encontraron el remo debajo de una piedra cercana. Dentro de una bolsa impermeable había una tienda de campaña, víveres y tres sacos de dormir. El sol atravesaba todavía el hierro de las nubes.

Se dice que antaño la gaviota fue un ave marina, pero se encontraban a más de mil metros sobre el nivel del mar y una enorme bandada sobrevolaba el lago mientras entre los tres arrastraban la canoa. El casco se deslizaba con facilidad por entre los matorrales y los juncos. Sólo había que evitar que la proa chocara contra algo duro. Tras haber conseguido llevar la canoa hasta la orilla del lago, volvieron a por el resto del equipo. La canoa estaba cargada hasta los topes cuando los tres pudieron por fin meterse dentro. Con Ann Dante en el medio y el Minga en la popa con el remo, se pusieron en marcha. Todavía quedaban unas horas antes de que se hiciera de noche. La pala se agarró a un rayo de sol sobre el agua y al elevarse dejaba tras de sí brillantes gotas. La canoa llena hasta los topes cogió velocidad atravesando un denso olor a abedules, mimbreras, brezo y hierba, con dirección a la otra orilla del lago.

Cuando por fin se aproximaron a tierra llevaban varias horas remando en el crepúsculo. En el fondo, un banco de arena blanca brillaba bajo el agua. Las nucas negras de las percas. Truchas emergiendo a la superficie. Lucios entre los juncos. Lograron subir a tierra sin volcar, encendieron una linterna y encontraron un lugar para acampar.

El sueño invadió a Ann Dante antes de que tuviera tiempo de alcanzar el fondo del saco de dormir. El olor a brezo, a alcohol de quemar, al material sintético del que estaba hecha la tienda, y ese duro suelo que se negaba a adaptarse a su cuerpo la acompañaron dentro del sueño, del sueño más dulce. Pero no eran niños los que compartían tienda con ella. A través del sueño, desde muy lejos, le llegaban las voces atenuadas del Minga y Bjørn Pelado Blakke.

—Antes de poder pescarlo tendrás que agotarlo. Si no, no lo cogerás nunca. Hay que traerlo hasta la orilla, y entonces lo atrapas con el gancho, un anzuelo largo o incluso con las manos.

—Y lo mejor es hacerle morder el anzuelo en una poza profunda con mucho espacio. Luego dejas que se canse, o corres arrastrándolo si no estuviera lo suficientemente agotado y el sedal no fuera lo bastante largo. Si tienes paciencia, al final siempre lo atraparás por muy grande que sea. Pero intenta que muerda el anzuelo en una poza grande. En las pequeñas, con menos espacio, es fácil que se ponga nervioso y consiga soltarse antes de cansarse.

Aún sentía los esfuerzos de los golpes de remo. Cansancio en brazos y piernas. Había mucho silencio, un silencio infinito. El viento rozaba con ligeros toques la lona de la tienda, y todos dormían. En el instante en que el sueño se posó protector sobre él, el Minga se encogió y puso a su vez una mano protectora sobre su órgano sexual. Encima de él cantaban las estrellas, como pajarillos en un cielo primaveral.

Las doce menos cinco

El reloj marcaba las 1988. Lo recordaba claramente. Significaba que tenía tiempo de sobra. Se hicieron las 1989 en números rojos digitales. Aún faltaba mucho para las doce menos cinco. Cuatrocientos años. De 1988 a 2355. Veinticuatro horas después del año cero, es decir, dos vueltas de la esfera del reloj, y habría llegado la hora. *Bing bang. Big bang.* La última cifra digital cambió de nuevo, las dos últimas. De ocho a nueve y de nueve a cero. Eran las 1990 horas. Hacía algo más de dos horas de la Revolución Francesa. El Minga se dio la vuelta bruscamente y abrió los ojos. La nueva cronología había desaparecido, pero recordaba que el tiempo pasaba con horas como siglos y que las horas eran pesadillas de cien años. Luego se acordó del olor. El sueño olía a alcohol de quemar. El sueño olía a gran peligro. Las doce menos cinco. Bebió de la profunda fuente del tiempo, del mismo manantial en el que él se reflejaba. Bebió, olió a alcohol de quemar, se quedó ciego, el reflejo desapareció. La oscuridad era verse a sí mismo como muerto. Un reloj daba las 1991, ergo tenía problemas. En el omoplato izquierdo se palpó un pelo largo y tieso. Medio dormido, se puso a darle vueltas con el dedo índice de la mano izquierda mientras notaba que olía cada vez más a alcohol de quemar. El hombre de la Edad de Piedra. Vivió veinticuatro horas después del año cero. Su cuerpo conservaba vestigios del peludo cavernícola, del cazador, del recolector. La cabeza de la especie. El animal dentro de él, que emergía por la piel tersa. El progenitor. El caparazón. El sueño y la oscuridad de los orígenes.

Pero era imposible que sólo fuera el sueño lo que apestaba. El Minga yacía de lado y vio un mosquito de patas largas bailando sobre la lona de la tienda sin poder salir. El Minga se tumbó de espaldas y husmeó con los ojos medio abiertos. Sólo vio la lona. No se vio a sí mismo. Vio una sombra fuera. Olió, husmeó. No había lugar a dudas. Olía a alcohol de quemar.

Las tiendas militares suecas son fácilmente inflamables, con sus estufas de leña y el mástil de chimenea. De su largo año en una tienda sueca, el Minga conservaba el hábito de colocar la bayoneta del fusil al alcance de la mano. La sacaba de la vaina y la colocaba junto a la cabecera del saco de dormir. Ahora no tenía bayoneta, pero sí una navaja lapona. Girando ligeramente la cabeza pudo comprobar que Ann Dante dormía, y que el tercer saco estaba vacío.

Su siguiente movimiento fue un acto reflejo. Echó el brazo hacia atrás y palpó el mango de la navaja. Dio una vuelta y salió a medias del saco empuñando el arma. Con todas sus fuerzas la clavó en la tienda y rajó la lona.

Se encontraban en una tienda de campaña para tres personas. Con una pierna fuera del saco pasó tambaleando por delante del mástil y se metió en el espacio entre la lona interior y la exterior. La de fuera estaba tan tensa que se rajó sola después de

que la punta de la navaja la hubiera agujereado. El Minga salió disparado y de cabeza al alba.

Fuera de la tienda estaba Bjørn Pelado Blakke con pinta de no saber dónde se encontraba, o de hallarse en un lugar completamente diferente. A sus pies estaba el hornillo, montado y tirado en el brezo, y al lado, la botella de alcohol de quemar. Bjørn Pelado Blakke tenía una caja de cerillas en una mano y una cerilla en la otra. Pero le temblaban las manos. Todo su cuerpo se convulsionaba. No conseguía controlar los temblores. No conseguía encender la cerilla. Sus dedos se negaban a obedecerlo. Aún estaban llenos de grandes manchas de pintura color violeta. A Bjørn Pelado Blakke se le cayó la cerilla a la hierba e intentó desesperadamente sacar otra de la caja.

El Minga Nerud nunca había visto a un hombre muerto, nunca había oído un disparo lanzado con ira, nunca había sentido hambre, nunca se había encontrado en peligro de muerte. Ahora reaccionó como si hubiera estado blandiendo el garrote toda su vida. A la velocidad del rayo se lanzó sobre Bjørn Pelado Blakke, que retrocedió indefenso. Se le cayeron de las manos las cerillas y la caja. Con una expresión vacía, sin revelar ni reconocimiento ni asombro, se quedó tumbado, indefenso en el brezo, mirando al Minga levantarse y asegurarse de que no llevaba ninguna arma encima.

—¿Qué está pasando aquí?

El Minga se volvió y vio a Ann Dante salir de la tienda. Había dormido vestida. En una mano llevaba las botas, y en la otra el anorak.

—¿Qué está pasando aquí? —volvió a preguntar.

Bjørn Pelado Blakke se incorporó y se quedó sentado en la hierba. El Minga no contestó. Vio las mochilas metidas en la canoa. Se agachó y recogió la caja de cerillas del brezo. Con mucho cuidado cogió unas frambuesas árticas demasiado maduras, sacó una cerilla de la caja y la encendió. Por un instante permaneció con la cerilla ardiendo entre los dedos. Una oveja baló. Sonó un cencerro. Era una mañana fría, sin viento. Las ovejas bajaban de la alta montaña. ¿Era nieve o jirones de niebla lo que se veía en los picos más altos?

—¡Así! —dijo el Minga lanzando la cerilla a la tienda de campaña.

Surtió efecto al instante. La tienda estaba totalmente impregnada de alcohol de quemar. La mitad desapareció en un humo negro mientras las fibras artificiales se pegaban a lo que estaba debajo, formando una mortaja negra sobre la tierra.

—Esto —dijo el Minga— es lo que está pasando.

Ann Dante miró primero a Bjørn Pelado Blakke, luego al Minga, y de nuevo a Bjørn Pelado Blakke.

—Necesitamos a alguien para remar —dijo el Minga—. Lo necesitamos a él. Lo necesitamos para cargar y para remar.

Ann Dante estaba pálida, incluso sin sus polvos. Las pestañas le barrían los ojos hacia arriba y hacia abajo. Se le movía la boca. Parecía estar chupando una uva que no lograba reventar para escupir la semilla.

—El helicóptero —se limitó a decir.

Esa era la semilla que quería escupir.

—¿Qué quieres decir con el helicóptero? —el Minga la miró interrogante.

—No te estoy hablando a ti, le estoy hablando a él. Le estoy preguntando qué pasó con el helicóptero.

Bjørn Pelado Blakke seguía temblando, pero daba la impresión de estar recuperándose. Se levantó lentamente. La mueca colgaba floja en el gastado rostro angelical. La tensó en una especie de sonrisa.

—¿El helicóptero? No me acuerdo. Supongo que sufrió un accidente. Una avería de motor lo más probable. Sufrió un accidente y se incendió. No hubo supervivientes. Tal y como acordamos. La muerte tiene que tener una causa.

El viento de las llanuras soplaba por el noroeste y una capa de nubes, alta y azul, se acercaba desde el sur.

Los ruidos mundanos

El comisario Okeid había leído a Hamsun. Para ser sincero, tenía que admitir que amaba a Hamsun, y que había leído todas sus novelas, de la *a* a la *zeta*. Y no sólo a Hamsun. La delincuencia en su parroquia no había sido tan grande como para impedirle leer tanto a clásicos como a contemporáneos en abundancia. En el transcurso de los años, primero como policía raso y luego como comisario, había ido creándose una pequeña biblioteca de cerca de dos mil volúmenes, colocados por orden alfabético en la bodega de su casa, equipada por el propio Svein Okeid con librerías de maderas nobles y profundos sillones, muestra de sus aptitudes de tapicero.

En ese lugar había leído a su Hamsun, a Sigurd Christiansen y a Isabel Allende, lo que tuvo como consecuencia, entre otras cosas, que encontrándose en el estrecho camino de tractores, ataviado con sus pontificales, sus pensamientos estuvieran centrados en un solo tema: ¿en qué novela de Hamsun sucumbe August en un mar de ovejas?

El destino del dotado protagonista que pereció en una masa humana balante no constituía una problemática abstracta en la situación en la que se encontraba Svein Okeid. Y sin embargo no lograba encontrar respuesta a su propia pregunta. Al contrario, él y su ayudante estuvieron a punto de ser arrollados por la terrible corriente de ovejas que bajaba balando en un denso río blanco por el estrecho camino entre la ladera de la montaña y el espumoso torrente.

No eran más que un chiste malo. El comisario Okeid no se cansaba de repetirlo. Los atracos cometidos en su distrito no eran nada más que un chiste malo. Robar el banco de una población en la que todos los caminos de huida podían cerrarse con dos barreras tenía que ser un chiste malo o un suspenso absoluto en el primer nivel de la carrera de delincuente. Dos carreteras tortuosas, una hacia el este y otra hacia el oeste, y por lo demás, kilómetros y kilómetros de alta montaña en ambas direcciones. Y luego estaba el fiordo, claro, pero el fiordo resultaba muy fácil de vigilar.

«Nada más que un chiste malo». También se lo había dicho a su ayudante, cada vez con menos convicción: «¡No me lo creo! —había gritado—. ¡No lo creeré hasta que lo vea!».

Luego se paró a pensar y preguntó: «¿Dónde? ¿Cuándo? ¿A qué hora? ¿A qué hora ocurrió?».

Lo había pensado. Lo había dicho. Estuvo gritándolo hasta que se encontró inclinado sobre su colega rotario, Gust. Heimstad, que permanecía sentado sin vida en el reluciente autorroz con un agujero de bala en la cabeza y todavía con asombro en su mirada muerta.

Entonces Svein Okeid no supo qué decir. Luego se quedó sentado perplejo e

inmóvil en su despacho de la comisaría. Pero no mucho tiempo. Un minuto, o dos o tres. Los comisarios de las poblaciones vecinas habían recibido instrucciones de colocar barreras. Luego tendría que acudir la Dirección Central de Homicidios. ¿Y luego? El comisario Okeid pensó en la bella Ann Dante, que ya era viuda. Habría que comunicárselo del modo más delicado. Habría que dar prioridad absoluta a la investigación del inexplicable asesinato de su marido. Estaba claro. La explosión en la planta siderúrgica tendría que ocupar el segundo o tercer lugar.

El comisario Okeid se había quedado sentado dominado por una especie de hipnosis paralizante y con la mirada fija en el teléfono delante de él en la mesa. No mucho tiempo, tal vez sólo unos segundos, tal vez unos minutos. No es que no estuviera acostumbrado a situaciones dramáticas, problemas domésticos, detenciones, también violencia y muerte súbita, suicidas con la escopeta de caza a los pies y trozos de cerebro pegados a las paredes de la habitación. Cosas así. Ayuda y consuelo a los familiares. Situaciones de gran desesperación. Pero ¿asalto? ¿Atraco? ¿Robo con homicidio? ¿Allí?

Svein Okeid miraba fijamente el teléfono, y el teléfono fue quien perdió la guerra de nervios. No aguantó el tenso silencio. Sonó.

Era un pastor de ovejas que muy alterado informaba de que una persona desconocida e ignorante había abierto todas las cancelas en el camino que subía al lago Breik. El que había ocasionado tanto destrozo tenía que ser un criminal, porque peores cosas que esa difícilmente podían imaginarse, tal vez con excepción de la peste bovina y la infección de ubres.

El comisario Okeid estaba de acuerdo. Esos que habían abierto las cancelas de las ovejas tenían que ser unos verdaderos criminales. Al menos era posible que así fuera. Agradeció a su interlocutor la información y prometió hacer todo lo que pudiera para que el malhechor sufriera por sus crímenes. Luego se concentró en estudiar el mapa.

A continuación, el comisario Okeid se puso manos a la obra. Ordenó a su ayudante que condujera el coche de policía hasta donde pudiera. Consiguieron llegar hasta un estrecho camino para tractores antes de quedarse bloqueados en medio de un rebaño de ovejas balando. A un lado del camino, muy por debajo de ellos, fluía un caudaloso río, al otro lado estaba la pared de la montaña, vertical, fría y húmeda. Por fin Svein Okeid logró salir y se colocó junto al coche de policía como un monumento negro y lleno de órdenes en recuerdo a la ley y el orden en esa densa niebla de anarquía y desorden.

Desde el coche, el ayudante intentó pedir refuerzos a través del poco eficaz teléfono móvil, pero no logró oír nada debido al balido de las ovejas y el bramido de la cascada.

Optó entonces por dejar el micrófono y llamar a las fuerzas del mal sin utilizar la red telefónica en voz muy alta y repetidas veces, sin que el aludido contestara a la llamada ni obedeciera al busca.

¿Era en la novela que se llamaba como el protagonista, *August*, en la que August

perece en un mar de ovejas? Svein Okeid seguía inseguro y filosófico, mientras las ovejas lo pasaban corriendo cuesta abajo por el camino de tractores. No se trataba de la montaña que paría un ratón, sino de la montaña que paría mil ovejas. Una montaña que no generaba caballos de potencia sino ovejas de potencia. En megavatios.

Dentro del coche sonó un débil ruido en el teléfono móvil. El ayudante lo cogió y se lo acercó a la oreja. Escuchaba con una expresión que ni siquiera su madre, y en todo caso no Svein Okeid, juzgaría como inteligente.

El comisario Okeid metió la cabeza por la ventanilla bajada.

—¿Qué? —gruñó.

—De acuerdo —contestó el ayudante en un tono ligero y jovial—. Sí, está bien. Bien, bien. Está aquí. Ahora le informaré, sí.

Dejó el teléfono y miró a su jefe con aire de importancia. Vio a un hombre obeso de unos cincuenta años, tal vez un poco menos, de estatura algo por debajo de la media, con una expresión que mostraba que odiaba los conflictos y las discordias, la brutalidad y el recurso a la violencia, y que, en cambio, apreciaba los placeres pacíficos, tales como los buenos libros, la música clásica, largas cenas sin baile después, conversaciones tranquilas, veladas de caballeros con póquer o *bridge*, puros, y tal vez una o dos copas de más. Se trataba de un ladrón que no sólo se había convertido en policía, sino incluso en comisario rural, y que se había salido de la pista de carreras, aparcándose a sí mismo en la carretera secundaria más tranquila que había podido encontrar. Ahora bien, cuando a pesar de eso los ruidos y la malicia del mundo lo alcanzaban, balándole al oído, presionándole contra la carrocería del coche, él estaba dispuesto a actuar como mejor pudiera.

—¿Qué? —repitió, todavía con ese infernal balido de las ovejas en los oídos y una parte considerable de sus pensamientos dándole vueltas al August de Hamsun.

—El helicóptero ambulancia —dijo el ayudante—. El helicóptero con el paciente herido en NOFAS y una enfermera a bordo se ha perdido camino del hospital central. Era la enfermera Legervall, es decir, la Heimstad, la que estaba de guardia. Han perdido la comunicación por radio. Ya llegado deberían haber.

El ayudante estaba tan descompuesto que se atascaba con las frases.

—¿El lapón Gilbert extendió la noticia por el pueblo?

Era Hamsun. Pero ¿era August?

—Ya deberían haber llegado —se corrigió el ayudante—. Pero han perdido el contacto.

La proa atravesada

A la atrocidad general de la cacería de cabezas, el asesinato de la víctima con el solo fin de obtener su cabeza como signo de victoria, práctica ejercida por todos los dayak, la tribu bahun-tring añade unos hábitos de canibalismo y sacrificios humanos diez veces peores. No sólo matan a sus enemigos, como hacen los dayak siguiendo su lema: «Vive y deja vivir, mata y deja que te maten», sino que, además de matar a algunos y comérselos inmediatamente, toman prisioneros para convertirlos en esclavos y torturarlos hasta la muerte.

Un chico alegre

—¿Quién es Labbetuss?

Ulrik Ostøen miró triunfante a su alrededor.

—Un perrito de los programas infantiles de televisión —contestó Ann Dante.

—Correcto. Vamos a hacer un concurso de preguntas. O a jugar a doble o nada.

—Cultura y diversión —el Minga Nerud sonrió.

—¿Cómo se llama la capital literaria del mundo?

—Aracataca, en la costa caribeña de Colombia.

—Correcto. ¿Cómo se llama la capital literaria noruega?

—Tendrá que ser algún lugar de la región de Sunnhordland.

—Correcto otra vez. Se acepta. Y ahora la pregunta de las mil coronas: ¿quién es el revolucionario más grande de la historia universal?

—Tendrá que ser un adicto televisivo de la época postmoderna.

—¿Acaso Espartaco? —sugirió Ann Dante.

—Él no fue un leninista de verdad.

—Y tampoco ningún Labbetuss —apuntó el Minga, mirando a Bjørn Pelado Blakke, que seguía tumbado en el banco, temblando—. ¿Cuánto tiempo tenemos que seguir con esto?

Ulrik Ostøen cerró el libro de preguntas, lo soltó y frunció el ceño. Estaban en temporada de caza, pero la pieza llevaba un cencerro y el cazador de cabezas tenía piel de camuflaje. Ulrik Ostøen era de esos que cambian de color según la estación del año y el entorno. En el invierno tenía el pelo oscuro, la piel clara y las cejas invisibles. Tras un largo verano alternando entre la oficina en la ciudad y la casa pintada de blanco con tejas de color terracota, muebles de jardín de diseño, exquisitos arbustos, parra silvestre en las paredes exteriores, elegantes yates, bronceados cuerpos de muchachas y veleros al alcance de la vista, su pelo era cuerda blanca, su cara marrón oscura y sus cejas como rayas de sal en el horizonte, entre los ojos color azul cielo y la frente bronceada.

Sentado junto a la mesa de comedor de la cabaña de alta montaña hecha de troncos de madera, y vestido de arriba abajo de cazador (chaqueta de paño verde oliva, bombachos, calcetines hasta las rodillas, gorra de visera y escopeta), Ulrik Ostøen daba la impresión de que ese año la temporada de caza había caído entre dos estaciones. No estaba ni pálido ni bronceado, ni moreno ni rubio, y aunque de vez en cuando la sonrisa le rajaba la parte inferior del rostro como un puñal reluciente, parecía cansado, desencajado e indispuerto, además de fuera de lugar entre las paredes de troncos de esa cabaña de caza en la que la alta chimenea, que dominaba toda una pared, los tejidos y tapices rústicos, las antigüedades de madera sobre el macizo tablero de la mesa, por no hablar de los libros que cubrían las paredes,

atestiguaban una larga e inquebrantable cultura de familia bien. Los libros de concursos de preguntas y la literatura policíaca constituían allí una clara minoría, la mayor parte de la biblioteca de la cabaña era de un carácter muy diferente. Los títulos de los lomos de los viejos volúmenes de piel, la mayoría en un alfabeto incomprensible, daban fe de que los anteriores propietarios habían dedicado una larga vida al estudio de alguna lengua caucásica o semítica extinguida hace tiempo, o conservada sólo en escritos en esa apartada cabaña de montaña en el lejano norte.

Frente a esa pared de conocimientos poco productivos, en medio de esa noble mezcla de arquitectura rústica noruega y *English country home*, la indudable elegancia de Ulrik Ostøen parecía extraviada. Su piel de camuflaje tampoco contribuía gran cosa. Era como si no fuera ni el nuevo rico y empresario a quien de repente le llueve una enorme cantidad de dinero no merecida, ni el ex rico que dilapida su fortuna en alfabetos desconocidos, lomos de piel y signos mágicos. Ulrik Ostøen parecía el eslabón perdido. Y la primera impresión no mentía, o sólo un poco. Ulrik Ostøen había comprado la cabaña con pasado incluido, mobiliario y todos los enseres, pero no con dinero ganado por él mismo. La elegante ropa de Ulrik Ostøen, su lujosa pero descolorida piel de camuflaje, y la deslumbrante y blanquísima sonrisa que de vez en cuando le rajaba la cara, con dientes blancos y filo cortante, mostraban que Ulrik Ostøen era el número dos, que sí sería capaz de multiplicar el dinero, pero que no era el que lo había ganado, pues la boca colorada y los dientes blancos de Ulrik Ostøen no sólo sabían sonreír, sino también morder, tragar grandes trozos y digerir mucho más de lo que le hacía falta para uso propio.

Como hijo de un honrado y próspero maestro albañil, el joven Ulrik fue el hombre adecuado en el lugar adecuado cuando el gobierno conservador de Kåre Willoch introdujo la ley de la jungla en el mercado inmobiliario. La industria pesada, con sus edificios victorianos de ladrillo rojo, sus altas chimeneas, tuberías de cobre y ventanas arqueadas, quemó sus hornos, paró los engranajes y detuvo los tomos, convirtiéndose en los más atractivos y eficaces centros de consumo para las grandes emociones. Ostøen padre, que en un principio estaba afincado en uno de los municipios vecinos de Oslo, se hizo con un taller mecánico clausurado, realizó una acertada reforma, pudo acabar el proyecto en el tiempo previsto, y consiguió llenarlo de inquilinos y que el alcalde presidiera la solemne inauguración del edificio, seguida de la actuación de la banda de música del colegio local, famosos de la televisión y alegres campañas de precios bajos en los supermercados, como rezaba la publicidad. El joven Ulrik Ostøen fue nombrado director de la sección inmobiliaria del grupo Ostøen, pero ya entonces opinaba que gran parte del *marketing* era directamente hortera y lastimoso. Además de tener que asistir a su padre en las ceremonias de inauguración, el recluta 53 Ostøen se puso al día sobre la vida del pueblo llano, principalmente durante un año como soldado y delegado en la Guardia de S. M. el Rey, en la que, aparte de actuar con arrogante condescendencia ante los oficiales de rango inferior, como el sargento y el teniente coronel (y de esa manera hacerse

merecedor de gran admiración por parte de sus compañeros), también custodiaba el bidón de zumo en el comedor, abriendo el grifo a los reclutas cuyos intereses se le había encomendado proteger, o echándoles canela en el arroz con leche de los sábados cuando pasaban por delante de él con las manos llenas de platos de hojalata y cubiertos.

«Pienso a menudo en mi época en la Guardia Real, y creo que quizá fuera la época más feliz de mi vida —declaró Ulrik Ostøen en una larga entrevista para la revista económica *La Corona* (de la que él mismo poseía un significativo paquete de acciones)—. Todo lo que tenía en el mundo era una taquilla y una cartera de mano casi vacía. Pero respiré mucho aire puro, hice las pruebas de marcha y tiro, fisgué en el arroyo con linterna y bayoneta, conocí a chicos de mi edad que luego se convirtieron en buenos amigos míos, y la responsabilidad no era más de lo que se podía acarrear, como una mochila marca Bergan y un fusil».

En la entrevista no se detenían en el hecho de que el recluta 53 Ostøen entrara en la Guardia de S. M. el Rey a pesar de su corta estatura. Tampoco se mencionaba su dislexia ni que fuera dispensado de hacer marchas por ser demasiado menudo y debilucho, además de disléxico, ni que donde más cerca estuvo de relacionarse con algo parecido a un compañero fue en el campo de tiro con la munición del calibre único de la OTAN, calculada para dar en el blanco a trescientos metros de distancia. Lo que la entrevista en cuestión difícilmente podía reproducir era la peculiar pronunciación con la que expuso estos puntos de vista. Cuando Ulrik Ostøen decía *Joc & Joll*, y lo decía a menudo, se estaba refiriendo a *rock and roll*. Ulrik Ostøen era un gran fan y conocedor del *Joc & Joll*, y estaba especialmente informado sobre los rebeldes y trágicos héroes del *rock and roll* de su propia juventud. Los que todo el mundo conocía y/o admiraba eran, obviamente, bastante horteras. Ulrik Ostøen, no obstante, destacaba nombres como Charlie Rich (mientras todavía cantaba puro *rhythm and blues*), Bobby Bland, Eddie Cochran, Ritchie Valens y Roy Orbison, hasta que el *revival* de este último se volvió demasiado comercial.

—Buena música —decía Ulrik Ostøen refiriéndose a los caballeros arriba mencionados con el convencimiento de que existían sólo para él.

También consideraba tan buena como el *Joc & Joll* la cultura de los vaqueros y la ropa deportiva cómoda. Mientras no tuviera que ver trajes de confección o corbatas de tergal en el trabajo, al menos en su propia empresa, todo iba bien.

Ulrik Ostøen era *algo* más bajo que la media (estirando mucho este adverbio o sustituyéndolo por *bastante*) y había engordado un poco. Pero cuando no cultivaba el *Joc & Joll*, una cómoda cultura interna de la empresa o la caza menor de otoño, movía constantemente su rechoncho cuerpo dentro de los trajes italianos de lana de cinco mil coronas y las camisas de hilo con una energía y un entusiasmo infantiles, casi de bebé. Incluso su rostro, bajo las entradas cada vez más profundas, por no decir profundísimas, donde empezaba el escaso pelo peinado hacia atrás, conservaba aún algo de ese sincero y juvenil encanto que tenía al abrirse camino hasta la Guardia

Real, y cuando unos años más tarde volvió, tras haber acabado la carrera, por llamarlo de alguna manera, en la costa oeste de América del Norte, donde había escapado con suma elegancia de los cazadores de cabezas que subían de Wall Street para apoderarse de su cuero cabelludo. Ulrik Ostøen, como escribían su nombre por aquellos lares, tenía sus propios planes para su cuero cabelludo. Con sus estudios, lo más lógico hubiera sido que se hubiese dedicado a la construcción inmobiliaria. Tras varias semanas de duro trabajo físico y suciedad debajo de las uñas en el norte de Canadá, fundó el Instituto Privado de Bachillerato S. A. (INSPRIBASA) en un antiguo taller mecánico de su tierra natal. Bajo el nombre de Instituto de Competencias dirigió su primera empresa fuera del entorno familiar, hasta que la caja estuvo vacía y más que vacía, mientras Ostøen padre observaba su poco ortodoxa contabilidad con un aire competente y benévolo. ¡Hay que dejar que el chico aprenda! ¡Usanza hace maestro! Ulrik Ostøen *contaba* con que el viejo maestro albañil Ostøen pusiera orden en las cosas, y el hombre así lo hizo, aunque fuera un afamado colérico que nunca dejaba a nadie más que a Ulrik salirse impunemente con la suya, y que no sólo había encontrado a su media naranja, sino también a sus adversarios, luchando con los puños al descubierto. El instituto de finanzas fue refinanciado y siguió funcionando bajo el nombre autocrítico de Joc & Joll. Ulrik Ostøen continuó con su actividad comercial bajo esa marca hasta que la estupidez, la falta de estilo de los empleados y las deficientes aptitudes de los clientes terminaron con ella. El viejo era el maestro, y del maestro Ostøen, el joven Ulrik aprendió que el trabajo del aprendiz consiste en hacer que dure lo creado por el maestro, hasta que el cliente haya pagado la factura. Entonces puede dejar que todo se desmorone y remitirlo amablemente a algún abogado.

Hay que subrayar que Ulrik Ostøen no era un hombre de negocios incompetente, por si erróneamente pudiera sacarse esta conclusión. Lo que ocurría era que no se dieron las circunstancias apropiadas para que sus aptitudes florecieran: el apropiado ambiente comercial, la apropiada cultura de empresa. El que diga que esta no existía se equivoca por completo. Lo único que hacía falta era dejar que la economía dirigiera la política y no al revés. Y gracias a la liberalización del sistema de créditos y financiación a finales de la década de los ochenta, surgió el llamado escándalo KW. Ulrik Ostøen aprovechó las circunstancias favorables para fundar su propio banco: THE BIG BANK. Lo llamó así porque constituía el principio de todo su universo financiero.

Mucho se equivoca quien crea que hacen falta dos partes para crear una perfecta relación amorosa. Ulrik Ostøen era un excelente ejemplo de que semejante relación funciona mejor cuando se hace solo. Personalmente, él nunca ocultó el hecho de que se estimara muchísimo a sí mismo. Se convirtió en el ejemplo estrella de los menos logrados, y, por ello, envidiosos perdedores que proliferaron alrededor del becerro de oro, esto es, del egoísmo de los ochenta. Ulrik Ostøen decía a menudo, parafraseando con elegancia una consigna comunista reformista, que trabajaba con el fin de que se

dieran las condiciones óptimas para que cada individuo pudiera encontrar su lugar en el capitalismo. Se trataba de estar de moda, no de boda.

Sin dejarse cohibir lo más mínimo por su minusvalía disléxica, Ulrik Ostøen consiguió comparecer una y otra vez en la vida pública como un hombre de finanzas intelectual y reflexivo. Entendió hasta sus últimas consecuencias que cuando se tiene un buen caso o un buen producto (lo que en la práctica es lo mismo) sólo se está en posesión de la mitad de lo que hace falta. La otra mitad es un artista pop que promocione el producto. En muchos aspectos Ulrik Ostøen fue su propio artista pop. Tenía una gran tendencia a iniciar todas sus declaraciones conjurando la realidad: «En realidad...». «En realidad, si el marxismo no hubiera existido, yo habría tenido que inventarlo», declaró en una ocasión, y en otras se superaba a sí mismo con inspiradas citas de la tradición marxista, afirmando que «en realidad, el dinero es una paradoja, es decir, algo abstracto», o se iba aún más hacia Oriente y más hacia atrás en la historia, mencionando al filósofo militar chino Sun Tzu (que en realidad vivió mil años antes de la era de Ulrik Ostøen) como su «filósofo favorito antes de Mao», y acabando por destacar que en lugar del capitalismo, él personalmente prefería algo que llamaba *capitaoísmo*. A continuación afirmaba que no jugaba ni al azar ni al billar, sino al «billiar».

Con declaraciones como estas, Ulrik Ostøen, aparte de tantas otras facetas (su expreso entusiasmo por el *Joc & Joll* y el cine negro, un *affaire* muy comentado con la cantante pop NN, y su conducta «ostentosamente opulenta», en sus propias palabras) tuvo necesariamente que convertirse en la mascota de la prensa amarilla y en una brillante estrella del mundo de los medios de comunicación. «No soy un *lectual*», decía. Se tomaba la vida con optimismo. No esperaba nada, pero contaba con todo. Contaba incluso con lo peor imaginable. Contaba con las perspectivas más negras para sus empresas y sus balances anuales. Contaba con las caídas de la Bolsa. Con el mal tiempo. Con que las negociaciones entre los empleados y los representantes del Estado se rompieran. Con que algo completamente inesperado obstaculizara los planes de la compra de NOFAS. Contaba con que el mercado de los petroleros volviera a hundirse y acabara en el fondo del mar, y que lo mismo ocurriera con el mercado inmobiliario, de forma que la tierra, el magma ardiente, se tragara las fincas. Tras una exitosa compra de una importante siderúrgica, cantó en el cabaré Mayol una canción parafraseando la vieja cancioncilla infantil *Cabra, cabrita*, cuyas primeras estrofas rezaban como sigue:

*Cabruto mío en pajita,
de la pasta cuidarás
y una estrella tú serás
en el cielo de la guita.*

Mi cabrito, cabroncito,

*tú estrella guía serás,
cuida bien del mercadito
y en la quiebra no caerás.*

Recibió cálidos aplausos, y con hazañas como esta, Ulrik Ostøen fue adquiriendo fama de intelectual poco ortodoxo e innovador hombre de negocios que no se tomaba a sí mismo muy en serio, y que sin embargo expresaba con una oscura solemnidad existencial lo inútil de todo esfuerzo terrenal. «Toda la vida luchando por llegar arriba, y hasta que no llegas no te das cuenta de que arriba no hay nada. Nada. Un solar. Pero un gran solar listo para ser urbanizado». Al parecer también disfrutaba enviando mensajes contradictorios a su entorno. La buena vida y los buenos negocios dependían de la creación de una densa red de situaciones ambivalentes y ambiguas, capaces de desembocar en ambas direcciones. Hay esperanza en el sedal que cuelga, pero aún mayor es la esperanza atada a la red de pequeñas mallas o a la de las reducidas posibilidades de capturar los vientos del cambio, ya sople ese viento de uno u otro lado. Ulrik Ostøen dominaba a la perfección el arte de anudar esa red, sonriente y campechano, como un recluta con taquilla, como un artista de cabaré con autocrítica, o como un hombre de negocios filosófico, reflexivo y ágil, pero duro y frío como el asfalto helado cuando era necesario. Por no hablar del papel de amante y marido: su romance y matrimonio con Mia Brahms habían acaparado, como suele decir la gente de lo(a)s (co)medio(a)s de comunicación, portadas y dobles páginas tanto en la prensa diaria como en la semanal.

«En serio», era el comentario habitual de Ulrik Ostøen cuando opinaba que algo había ido demasiado lejos, lo que ocurría contadas veces. Cuando en alguna rara ocasión elevaba la voz en la vida social, en tertulias en la televisión, en reuniones de consejos de administración, sentado a la mesa de algún restaurante. En buena compañía, solía más bien hablar de trivialidades, como por ejemplo de que era socio de seis clubes de golf en cuatro países diferentes. Por lo que pagaba de cuota cincuenta mil al año, y añadía en tono solemne: «Dólares».

Per un pugno di dollari, repetía Ulrik Ostøen, al que le gustaba hacer referencia a importantes obras de arte. Por un puñado de dólares. Cincuenta mil, para ser exactos. Y por otro puñado más. A Ulrik Ostøen le gustaba jugar al golf, enriquecerse con la navegación en el Golfo, derrochar citas del arte universal y contar chistes.

De cuestiones serias, cuestiones que trataban de dinero de verdad y temas de interés vital para Ulrik Ostøen, tales como caídas de la Bolsa, opas hostiles, destrucción de empresas florecientes, industrialización, monocultivos en el Tercer Mundo, cáncer de pulmón y alergias como consecuencia del parque automovilístico en las grandes ciudades, importación de minerales de América del Sur, venta de petróleo a Sudáfrica, balances anuales en miles de millones, Ulrik Ostøen hablaba con gran discreción y con un tono de voz mucho menos elevado, si es que las mencionaba.

Si esta observación es correcta, Bjørn Pelado Blakke representaba un problema grave para Ulrik Ostøen; se trataba de dinero de verdad y temas de interés vital.

Bjørn Pelado Blakke se hallaba arrodillado frente a él. Le temblaba todo el cuerpo. Detrás de él estaba el Minga, y detrás de este, apoyada en la enorme chimenea enmarcada por tapices rústicos y planchas antiguas, se encontraba Ann Dante.

—¿Lo conoces? ¿Conoces a Bjørn Pelado Blakke? —preguntó el Minga.

Ulrik Ostøen hablaba en voz baja y sus palabras flotaban sobre su aliento como vertidos de petróleo o un denso polen sobre la superficie del mar.

—¡Ya lo creo! —se limitó a contestar, permitiendo que una veloz sonrisa se estirara entre las arrugas de su cara.

La verdad es que hacía mucho que Ulrik Ostøen había dejado de hacerse ilusiones sobre la naturaleza humana. Por eso, entre otras razones, no le gustaba el Minga. Lo había decidido. No se fiaba de él. Las personas que no tenían interés por el dinero no eran de fiar. Nunca sabías por dónde cogerlas. Sólo tenían interés por ellas mismas. Por eso y sólo por eso eran insobornables. Se mostraban desconfiadas ante los halagos sólo porque veían en ellos la posibilidad de su contrario. Esas personas resultaban insoportables. No se interesaban por nada más que por sí mismas. El mundo que las rodeaba no les preocupaba. Ni su prójimo. Ese era el resultado de no interesarse por el dinero. Egoísmo puro y duro. Por lo tanto, había que tener cuidado.

Bjørn Pelado Blakke seguía arrodillado frente a él, balanceando el cuerpo hacia los lados.

—Habría que lanzar un aviso —dijo el Minga—. Viendo a este habría que lanzar un aviso de mina a la deriva.

—Sí —contestó Ostøen—. Este hombre es un fenómeno de tiempos pasados. Es redondo y duro como el acero, y tiene unos cuernos muy inflamables. Es explosivo y peligroso. Pero data de una guerra que se libró hace mucho tiempo. O en un lugar muy lejano. Ha llegado la paz, se acabaron las hostilidades. Para todos menos para Bjørn Pelado Blakke.

Habían transcurrido menos de cuarenta y ocho horas desde que el Minga se incorporara al turno de noche. Desde entonces había sido víctima de una grave explosión. Había sido transportado por un helicóptero ambulancia. Había volado entre el cielo y la tierra. Ann Dante lo había librado de tubos y cánulas. Habían encontrado a Bjørn Pelado Blakke. Habían encontrado el dinero. Habían remado a través de una interminable raya de luz. Habían atravesado la montaña. Ulrik Ostøen los estaba esperando solo. Habían llegado sanos y salvos hasta esa casa en la montaña que Ulrik Ostøen llamaba su cabaña de empresa. Se encontraban en una cabaña de troncos de madera y techos altos, aislada contra el frío, con calefacción central, ocho dormitorios incluido el de la chacha, luz eléctrica, teléfono, y una sauna del tamaño de un apartamento. Todo había ido bien. Y algo había ido irremediablemente mal. El Minga lo vio en Ann Dante. Y también en Bjørn Pelado Blakke, que estaba

temblando e intentaba tomar la palabra.

—Fue el conde —dijo.

—¿Fue quién?

—Bebía —dijo el Minga—. El conde de la Tierra Pelada.

—Y cuando había vaciado la botella —señaló Bjørn Pelado Blakke—, la usaba de condón. Pero una vez se le rompió una.

—Un jarro de agua fría —apuntó el Minga.

—Un jarro de agua fría en el alma. En mi alma. Pero así se me brindó la oportunidad.

—¡Joder! —Ulrik Ostøen dio un respingo—. ¿Qué coño es esto?

—El principio de una infancia infeliz.

El Minga no dijo nada.

—¿Y ahora? —preguntó Ann Dante—. ¿Qué hacemos ahora?

—Un poco de todo. Muchas cosas.

El Minga se encontró un instante con la mirada desconfiada de Ulrik Ostøen.

—Ya —dijo—. Hay que mover el culo. Nos marchamos inmediatamente.

Ulrik Ostøen explicó:

—Seguiremos el plan inicial. Estamos todos en el mismo barco. Somos navegantes en el mar de la vida, y a veces uno se tropieza con minas a la deriva. Pero independientemente de lo que llevemos en el barco, ya se trate de sisal de Yucatán, plátanos de Guatemala, caucho de Brasil, petróleo del Golfo, cocaína de Bolivia o manganeso de Port Elizabeth, el viaje tiene las mismas jodidas consecuencias para todos los cabrones implicados. Es el final. Así es. Los imbéciles se quedan con la picha al aire. El mundo no está dividido entre el bien y el mal. No lo está. Si lo estuviera, una mitad sería cárcel y la otra barrio bajo. El bien y el mal cuelgan juntos de una envenenada cadena alimentaria. Unos llevan suministros al Golfo, otros rompen el bloqueo de Sudáfrica; a unos los envenena la pintura a pistola en un buque tanque o en una plataforma petrolífera, a otros los gases residuales del petróleo; unos navegan con la carga blanca del comercio con Bolivia, otros son tan tontos que andan por NOFAS produciendo acero para armas sin que les paguen por ello; unos son conductores de camiones de transporte de larga distancia, otros hacen turno de noche, y el resto percibe subsidios de asuntos sociales, cobrando nuestro sucio dinero. Todos participan, pero sólo unos pocos, como Bjørn Pelado Blakke, participan en todo.

Ni blanca

Fue en aquella época cuando érase una vez. Antes del colorín colorado. Antes de que este cuento se hubiera acabado. Era cuando iban a ser otros tiempos. Pero sólo fue en otro lugar. Hubo un nuevo puerto, y otro puerto, y al final los mismos lugares cada vez que llegaba a un puerto. Trabajaba en barcos de línea regular, pero la línea iba en círculo. Círculo. Círculo. El tiempo pasaba y se hizo viejo, no nuevo.

Había sido un infierno, pero también el infierno tiene agujeros. Habían estado pelados, pero habían hecho agujeros en la tierra, hoyos como los tejones. Bjørn Pelado Blakke se había escapado por otra salida, y había vuelto para mostrar que lo había logrado. Tenía papeles que lo certificaban. Había desembarcado del barco de línea con el finiquito y el pasaporte en el bolsillo. Eso era ser libre. Estaba muy bien. Haber crecido de manera que nadie te reconociera. Ni siquiera tu viejo padre, y menos estando borracho. Ni siquiera tu propia madre desde el cielo. Ni hablar. Era la época siguiente al érase una vez.

Eran los tiempos del Mar del Norte. A bordo de la plataforma olía a bidones de pintura. Felizmente embriagados, Bjørn Pelado Blakke y los otros maestros pintores están sentados entre botes abiertos de pintura con brochas usadas y estudiando las listas de clientes. Es lo que tiene que soportar como mínimo un hombre de verdad, al menos un marinero de verdad reciclado para trabajar con arena y pintura a pistola en el Mar del Norte. Hoy en día un viejo capitán tiene que aceptar lo que le ofrezcan. Puestos de trabajo de sobra, dinero de sobra, veneno de sobra, equipo de protección de sobra que nadie usa nunca, que a nadie le sienta bien, la ropa manchada de sílice, el aire cargado de etanol que se evapora. Acetona, trementina, xileno, verdaderas golosinas.

Los venenos lo corroen. Butanol, acetato etílico, acetato butílico, tricloruro, etileno perclórico y estireno. Bjørn Pelado Blakke percibe el intenso olor en el ambiente. Le zumba la cabeza. Está en la cubierta de la plataforma discutiendo con el inspector. No admite que se tape antes de empezar a chorrear con la arena. No está permitido. Es tiempo y dinero. Y cuando estás chorreando con arena de nada sirven las protecciones, la plataforma entera se convierte en una nube de polvo de silicato de aluminio y arena.

Pues sí, Bjørn Pelado Blakke sabe de la velocidad con que se corroe el acero en el mar. Sí, sabe que la misión de una plataforma petrolífera es la de extraer petróleo. Sabe que en el mar sólo sirven los tipos más resistentes de pintura. Epoxy y pinturas vinílicas. Eso significa preparación con zinc, potentes disolventes con aromáticos y un alto valor de YL. Sabe que el que se queja lo único que consigue cambiar es su propia hoja de servicio. La cambia radicalmente. La pierde. Le duele a todas horas la cabeza. Siempre tiene picores y la piel irritada. Vomita sangre. Los pintores de la

cuadrilla están tan manchados y huelen tan mal que no se les permite la entrada en el comedor. Saben que deberían llevar mascarillas. Pero cuando estás pintando a pistola se te mancha la visera. No ves nada. Y si levantas la visera recibes el chorro directamente en la cara. Mientras el vapor de los disolventes se filtra silenciosamente por la instalación de ventilación, Bjørn Pelado Blakke duerme vestido, librándose de la embriaguez después del trabajo. ¡Así duele la cabeza cuando el cerebro se encoge!

Nada de todo esto había salido durante la declaración, pero era lo que más se había fijado en la memoria de Bjørn Pelado Blakke. Mucho más lejano, mucho más difuso era el recuerdo de un descolorido día de primavera en el fiordo Bjørna. Estaba en su barca de remos luchando contra el viento pescando al curricán, cuando llegó la orden. Ya no iría al Mar del Norte, sino a llevar suministros al golfo Pérsico. La voz de Gaasewick crujía en el móvil. Necesitaban un capitán experimentado para llevar un gasero hasta Al Jubayl, saliendo por Ormuz. Barcos de productos químicos, no un VLCC (Very Large Crude Carrier), que es el término técnico de un superpetrolero. El *Easter Island*, elegido para cargar en Al Jubayl. Esos eran los asuntos que pretendía aclarar la declaración marítima.

En un punto la ley del marinero es inequívoca. Al Jubayl era Arabia Saudí y por tanto zona de guerra. Si no quieres seguir a bordo podrás desembarcar y luego enrolarte de nuevo cuando el barco esté ya fuera de la zona. O desenrolar para siempre. Nadie está obligado a entrar en la zona en contra de su voluntad. Él había dicho que sí. Colgó el auricular y sacó del agua los anzuelos y el sedal. Tuvo que dejar a los peces a su aire. Cambió la dirección, con el viento a la espalda, y puso rumbo al muelle.

Tenía siempre la maleta preparada. Podría haber amarrado la barca, haberse ido en coche directamente al aeropuerto de Flesland, recoger los billetes y seguir, cambiando de aviones, hasta llegar a Fuchaira, EAU, con el fin de tomar allí el mando del barco. Fuchaira es un emirato fuera de la zona de guerra. Podría haberlo hecho, pero Bjørn Pelado Blakke prefirió embarcar y hacerse cargo del barco mientras repostaba en Génova. Este punto sí salió durante la declaración marítima.

Los quimiqueros se dividen en tres categorías. Los mejores son los de tanques de acero inoxidable, mientras que los que van pintados con epoxi o zinc son de peor calidad. En los tanques de acero inoxidable se pueden llevar cargas de ácido sulfúrico y fosfórico y, en consecuencia, de la mayor parte de los seiscientos productos que abarca el tráfico de buques tanque. El pálido Bjørn Pelado Blakke subió a bordo del *Easter Island* y enseguida pudo comprobar que se trataba de un quimiquero pintado. Su declaración sobre este punto no dejaba lugar a dudas. Por télex acordó las condiciones con Gaasewick. Sí, Gaasewick. Ulrik Ostøen no tuvo nada que ver con el acuerdo de los veinticinco mil dólares al contado como anticipo, más el ocho por ciento de la carga. En cuanto este punto se hubo aclarado, relevó al capitán holandés al mando del *Easter Island*, para llevar el barco hasta Al Jubayl, en el golfo Pérsico, y luego sacarlo sin daños de la zona.

Recordaba menos y con menos nitidez conforme se iba aproximando. Recordaba los ruidos de fondo de la radio, que crujía como una lejana arma automática hablando de maniobras de la flota iraní cerca de Ormuz. Recordaba las rutinas. Recordaba que entraron directamente en el puerto y que sólo tuvieron la mañana y la tarde para comprobar los protocolos de seguridad. Recordaba el variopinto grupo de gente que tenía delante cuando la tripulación se reunió en la sala de estar. Chinos, indios de Goa, filipinos. Recordaba el importe del seguro, millón y medio por cada uno, independientemente del color de su piel. Ordenó una maniobra completa de los botes salvavidas, todos a los botes y los botes al mar. Luego aclararía el reparto de responsabilidades. El jefe de máquinas se ocuparía de las bombas y el equipo contra incendios de la cámara de máquinas. El resto le tocó a él, mientras los cocineros y sus ayudantes se ocuparon de máscaras de gas, primeros auxilios y camillas. Estaban listos para entrar.

Recordaba un momento determinado. Eran las 00.30 de la noche del 3 de junio cuando arrancaron la máquina y pudieron levar anclas. En cubierta estaban las mangueras contra incendios desenrolladas y preparadas. Los botes salvavidas colgaban libremente de los pescantes. Con todos los ojos de buey tapados con bolsas de plástico negro, el *Easter Island* salió con luces de posición a mar abierto. Se apagó también la radio para toda emisión. De tarde en tarde el VHF hablaba con crujidos de una alerta roja en Kharg Island. Recordaba además el silencio y la oscuridad que se pegaban a él como cola negra de contacto, sin partículas de luz de los barcos en el paso. Desde el puente oscurecido puso rumbo a la guerra, indefenso, mudo y solo, dentro de la miríada de islas, escollos y bancos de arena del Golfo.

Zarpando a media noche se llegaba a la zona de guerra al amanecer. Luego se tardaba ocho horas en atravesar la zona. Independientemente de quién estuviera de turno, todos permanecieron juntos en la sala de estar con el equipo de huida preparado. Máscara y botella de oxígeno. Una temperatura de treinta y cinco grados en el mar. Ya era hora de pasar el mando de la cámara de máquinas al control remoto y de retirar las bolsas de los ojos de buey. Recordó la luz entre gris y blanca que venía del mar cuando inspeccionó la sala de oficiales. A babor, en la lejanía, cruzaba una escuadra iraní, pero lo único que tronaba era el sol, cada vez más alto, camino del cenit. También acompañaba el infernal calor, por encima de la temperatura del mar, siempre subiendo.

—¿Alguien sabe por qué hace tanto calor en el Golfo?

Bjørn Pelado Blakke miró a su alrededor en la pequeña sala de audiencias.

—¡El ayatolá se olvidó de cerrar la puerta cuando se fue al infierno!

Nadie se rió. Era un comentario fuera de lugar, mal calculado. Pero sí hacía un calor infernal cuando él cambió el rumbo a la salida del puerto de Ormuz para subir por la costa de los Emiratos, donde las aguas se convertían en un engrudo de petróleo crudo, basura y detritus. Zona de plena guerra, pero sin acciones bélicas. El Golfo era un desierto gris azulado. Por encima de ellos había una ardiente luz grisácea. Los

prismáticos ante los ojos, el radar sin señales, paz y tranquilidad en el horizonte. Salvo los hombres que hacían falta en el puente para ocuparse de la maniobra, toda la tripulación se encontraba alerta en el salón.

Él conocía esas aguas. Al cabo de seis o siete horas, lo peor ha pasado. Y tras veinticuatro horas en el mar, el *Easter Island* recibió autorización para llegar hasta la terminal de gas de Al Jubayl. Allí el campo de minas en tierra era mucho más peligroso que la zona de guerra en el mar. Prohibición total de bajar a tierra sin escolta armada. Se puso doble guardia en cubierta, y se habló de un piloto que había sido acuchillado en el anterior viaje, y del muelle 10 de Brooklyn, al que los taxistas que venían de Manhattan se negaban a acercarse.

Rumores aparte, el *Easter Island* fue cargado sin ningún incidente. Eso es un hecho. También que bajó a Bahrein, a diez horas Golfo adentro, a por una carga adicional de etileno para Fos-sur-Mer, Francia. Así lo probaba el conocimiento de embarque.

Se habían observado minas a la deriva frente a Fuchaira. Con el fin de no correr riesgos, el *Easter Island* cambió de rumbo y se dirigió a Dubai para repostar, hacerse con provisiones y cambiar de tripulación.

Con eso estaría hecho casi todo. Todavía con la radio muda, los ojos de buey tapados y la tripulación en la sala de estar, Bjørn Pelado Blakke se encontraba en el puente, preguntándose si las luces que veía serían las de Dubai. Más tarde insistió en que había visto otra luz, más cerca, más intensa, que llegaba en diagonal. Llamas amarillas y rojas de soplete, como cuando el petróleo arde. También le pareció recordar el olor a fósforo, y que el suelo empezaba a temblar. No recordaba la explosión en sí, sólo un centelleo antinatural en los mástiles de radio que raspó el cielo de la noche, y que cuanto más se acercaba a lo que no recordaba, más negro se volvía todo a su alrededor.

Ondas en el pelo. Líquido en la rodilla

Viena ofrece dos atracciones indiscutibles: Sacher Torte y Sacher-Masoch. Eso decía Poldy, y añadía que se trataba de dulces torturas, tanto en el plano interior como en el exterior. Pero ninguna de las dos tenía nada que ver con el alma. Típico de ella. A Bjørn Pelado Blakke casi todo lo que decía le parecían enigmas, aunque lo que decía no era lo más significativo. Viena no es un puerto importante, pero a Bjørn Pelado Blakke le había dado por hacer escala en esa ciudad en sus idas y venidas del Golfo. Se alojaba en hoteles de lujo sin personalidad, tipo Intercontinental, y derrochaba mucho dinero. No solía mencionar a nadie sus estancias en esa ciudad. Ni siquiera intentó explicar cómo había conocido a Poldy y Margrethe. El bar del Intercontinental. El delegado sueco en las negociaciones de desarme. La fiesta a la que ese diplomático lo había llevado. Bailarines, cantantes, jóvenes chicas estudiantes. No formaban parte del horizonte de Bjørn Pelado Blakke. No dijo nada sobre ese encuentro. Se calló, pero volvió.

Poldy no bailaba, no de manera profesional. Estudiaba Ciencias Sociales y usaba su sonoro alto en el coro de la ópera, en misiones tan difíciles como la *Canción conmemorativa para cincuenta y dos voces* de Schnittke, y su *Réquiem* con la letra de *Don Carlos* de Schiller. Recurría a su ágil cuerpo, entre otras cosas, para sus esporádicos encuentros con Bjørn Pelado Blakke.

Cuando acabó la fiesta de diplomáticos, bailarines y estudiantes, Bjørn Pelado Blakke se paseó con la Poldy por un atiborrado supermercado, donde compró pan negro, salchichas de Praga y *whisky* escocés. Al instante siguiente se encontraban sentados frente a frente con comida, bebida y una mesa baja entre los dos. Fue la primera y única vez que estuvieron detrás de esas enormes puertas, altas ventanas y la aterradora fachada de Kundmannsgasse. En ese entorno y al contrario de lo que solía suceder, Bjørn Pelado Blakke se sentía más joven y desvalido conforme iba disminuyendo el contenido de la botella de *whisky* irlandés.

Entonces sonó el teléfono.

Sentada, la falda le llegaba a Poldy justo por encima de la rodilla. Mientras hablaba por teléfono estaba tumbada más que sentada en el sofá. El auricular en el hueco del cuello, el borde de la falda por el muslo. Una larga conversación telefónica en un dialecto vienés cada vez más ininteligible. Bjørn Pelado Blakke dejó de escuchar y se puso a mirar las paredes de la austera habitación. Ventanas altas, libros en las estanterías repletas, un tapiz hecho en un país en vías de desarrollo, óleos abstractos, una mesa alta con periódicos, un anticuado magnetófono y una conversación de la que sólo oía una parte, sin entender nada de ninguna de las dos.

Poldy. Saboreó la palabra. Poldy. Poldy. Vio que ella estaba escuchando. Intentó captar su mirada pero sin éxito. Ella sonreía distante al auricular mientras hablaba.

Bjørn Pelado Blakke se puso de pie. Entonces ella levantó la vista y lo miró interrogante: «¿Te marchas?». Él negó con la cabeza y se llevó el dedo índice a los labios para indicarle que se callara. Bjørn Pelado Blakke rodeó la mesa baja y se arrodilló ante ella.

Con mucho cuidado le quitó primero un zapato y luego el otro. Los cogió por la parte de atrás entre el dedo corazón y el índice y los apartó. Le frotó los dedos de los pies. Luego le besó uno por uno los diez dedos, después los tobillos, una pierna. Le besó la rodilla y le rozó el muslo con los labios. Se le puso piel de gallina, su lengua bailaba por el borde de la falda.

Poldy seguía con la conversación, al parecer impasible. Él no sabía de qué hablaba, no tenía ni idea. Le tronaba el pulso y la sangre le zumbaba en los oídos. La joven se apoyó contra el respaldo del sofá y levantó la cadera para que él pudiera quitarle las bragas. Luego se abrió y extendió sus blancas alas. Él la acariciaba, la besaba, la lamía. Y ella hablaba sin parar, con palabras incomprensibles que flotaban por encima de una respiración cada vez más profunda. Al final lo ayudó con el dedo antes de gritar su orgasmo al micrófono y colocar el auricular violentamente en su sitio.

Bjørn Pelado Blakke estaba completamente vestido. Se despidió de ella con un beso, se levantó y se marchó. Cuando volvió de Das Island después de su siguiente viaje, Poldy le dijo con quién había estado hablando y a quién le gritó su orgasmo. Ella era la más joven de las dos. Estaba hablando en pleno orgasmo con su hermana mayor en Bremen, la ciudad del viejo Adán, la ciudad de Hans Hellmut Kirst, la ciudad natal de Félix Hartlaub, la ciudad de Sohn-Rethel, Oskar Negt y Claus Offes, la ciudad donde la hermana mayor de Poldy estaba participando en un seminario en el prestigioso Zentrum für Sozialpolitik. Poldy opinaba que su hermana Gretl y Bjørn Pelado Blakke se parecían de alguna extraña manera, y que ambos sacarían un gran provecho conociéndose.

Esa Margrethe, o Gretl, era la persona más extraña que Bjørn Pelado Blakke había conocido hasta entonces. No la entendía. Y siguió sin entenderla cuando empezó a escucharla y a comprender alguna que otra cosa de lo que decía. Poldy relataba y hablaba con su precioso alto. Con Gretl era distinto. Nunca cantaba. Se limitaba a pensar y a contar las conclusiones a las que había llegado pensando.

Al ir y venir de sus montañas, Bjørn Pelado Blakke se pasaba por Viena. No volvieron a encontrarse en Kundmanngasse. Nunca más. Tuvo que ver con un novio y otras cosas poco prácticas que Gretl comentaba citando a Horacio (*Sátiras*, II, 127): «Nec metuo ne, dum futuo, vir rure recurrat». En el hotel no había peligro de que un macho colérico volviera de repente del campo o del seminario. De modo que utilizaban el hotel Intercontinental a intervalos irregulares pero cada vez más cortos.

Y allí iban los tres.

Después, Bjørn Pelado Blakke yacía entre Poldy y Gretl en la gran cama del hotel, con una alta luz vespertina que se filtraba a través de las cortinas de encajes,

niebla helada sobre el Danubio, una capa fina de hielo en los charcos del Augarten, y el placer de la carne y los instintos sexuales disueltos en secretos fluidos corporales. Poldy estaba tumbada boca abajo con la cara enterrada en la almohada y Gretl seguía con la mirada los aros de humo que ella misma soplabo hacia el techo mientras preguntaba:

Si se debía creer en la palabra de Dios, la que fue al principio.

Si la sociedad se parecía a un reloj de arena.

Si la sociedad tenía aspecto de pirámide.

Si la sociedad tenía aspecto de cebolla.

Si cada frase que ella pronunciaba significaba todo lo que decía y con ello siempre lo mismo.

Si todos los regalos eran un problema que hay que solucionar.

Si la palabra no es verbo.

Si no es extraño que muchos opinen que la civilización con sus casas, calles, coches y fábricas, aleje al ser humano de sus orígenes, de lo excelso y de lo eterno.

Si no estaban de acuerdo.

No había que contestar ni que sí ni que no. Bjørn Pelado Blakke gruñía. Poldy respiraba hondo en la almohada. Cuando Poldy y Bjørn Pelado Blakke hablaban, no se contaban cuánto se habían echado de menos el uno al otro. Dijo ella, la primera vez que escuchó la voz de él después de la explosión de Dubai:

—He echado de menos tu glante contra mi paladar.

—He echado de menos tus dientes contra mi pene, tu muñeca arqueada cuando te masturbas, tu rostro cuando los ojos cierran el alma del cuerpo. Eso es lo que he echado de menos.

La voz de él sonaba preocupantemente cerca, aunque llamaba desde el hospital americano de Qatar. Iba mejorando. Se tenía en pie y se estaba preparando para la declaración. Las horas transcurridas desde la explosión hasta que lo encontraron en el mar se habían borrado. Pero cada día que pasaba recordaba nuevos detalles del viaje de llegada y salida del Golfo. Estaba herido, pero se tenía en pie. Quería hacer escala en Viena. Quería verlas de nuevo y notar las diferencias de su parecido.

Eran dos. Esa era la razón. En cuanto a todo lo demás, las dos eran estiradas y germánicas, no especialmente guapas, pero bien dotadas (magníficas voces, buen gusto, inteligencia), activas y racionales. Eran hijas de un pastor evangélico que ejercía su vocación en Kärnten, y que, según Gretl, estaba fundamentalmente inseguro de la diferencia entre sus propias palabras y las de Dios. También esa formación metafísica contribuía a despertar en Bjørn Pelado Blakke una especie de deseo. Cuando llamaba desde alguna cabina de teléfono de algún aeropuerto internacional de algún extraño país, las dos racionales hijas del pastor alteraban sus pasos hacia el conocimiento y el honor, interrumpían los ensayos de *Rigoletto* y suprimían seminarios de la izquierda industrial con el fin de obedecer ciegamente las órdenes del poderoso dios del deseo.

Eso fue precisamente lo que ocurrió cuando las llamó desde Qatar. Haría escala en Viena. Se quedó lo suficiente como para que las dos pudieran comprobar que estaba herido y con las facultades mermadas después de la explosión. Poldy se quedó un buen rato tumbada dejando que sus huevos se le derritieran en la boca.

No ocurrió nada.

Gretl dijo:

—Los disolventes culturales penetran el cuerpo de todos modos, bien porque una los inhala o bien porque entran imperceptiblemente por la piel.

Checkout express. Se fue derecho a casa. *Casa* era un islote en Øygarden donde había conseguido que le instalaran una terraza de cuatro decáreas con maderas impermeables en la que tomar el sol, y que le construyeran un muelle de aguas profundas donde amarrar la barca. Allí convaleció durante cuatro semanas. Pero llovía. No podía pasarse el día entero pescando. El sol no le gustaba. La cerveza perdía su frescor con el calor y se quedaba aguada y sosa con la lluvia. Bjørn Pelado Blakke estaba más solo que la una en su isla del fiordo, bebiendo y comiendo penicilina, rodeado de un páramo de impermeable madera verde. La cabeza le dolía más que nunca. Los ojos le lloraban y le escocían. Le dolían todas las articulaciones del cuerpo. Lloraba sangre y vomitaba bilis. Hirvió el Rolex y miró el huevo de gaviota cuando el Rolex estuvo listo. Las dos menos diez. Nunca volvió a encontrar el sacacorchos ni el abridor de botellas. Se sentaba en el sofá de piel y hacía fuerza creyendo que estaba en el váter.

El telegrama le llegó como una liberación.

Ostøen Management. Das Island. Otra vez los emiratos. EAU. Por telegrama y al instante confirmó que estaría listo para tomar posesión del barco en Das Island.

Bjørn Pelado Blakke se había imaginado un barco de trescientas mil toneladas, un petrolero gigante que cargaría un millón de barriles de crudo en Abu Dabi para alguna compañía internacional. VLCC. Lo que le esperaba en Das Island era algo muy distinto.

Se trataba de un granelero de treinta mil toneladas de registro bruto, abanderado en Panamá. Sin carga y mal repasado con pintura de minio, flotaba como un bote ligero entre los inmensos petroleros anclados en el puerto. Bjørn Pelado Blakke pensaba que estaría a bordo durante días, no durante años. Primero lo llevó en lastre, no al Golfo, sino hasta Port Elisabeth, en Sudáfrica. Allí cargaron veinte mil toneladas de carbonato Gloria de National Manganeso. Según el conocimiento de embarque, el destino era Barranquilla, Colombia.

En el mar al oeste de Sierra Leona, el capitán Pelado Blakke fue informado de que el barco y la carga habían sido vendidos a sus espaldas a una compañía de Atenas llamada Xenofon. En el primer puerto de escala (São Vicente, Cabo Verde) se le entregó un nuevo conocimiento de embarque, que, acompañado de una documentación generosamente certificada por la dirección general griega de aduanas, indicaba que ahora se trataba de una carga de mineral de manganeso (*lumpy & fines*)

de Stratonion, Grecia. El barco no sólo había recibido una nueva carga y unos nuevos propietarios, sino también un flamante nombre y, lógicamente, fiable. De nuevo hubo que sacar el rascador de óxido y la brocha de pintar. El capitán Pelado Blakke, del M/S *Bag Dad*, llevó su preciosa carga hasta la variable oscuridad otoñal del norte.

Un tiempo infernal

El sol es una luz intermitente. Oscila entre el verde y el rojo. Dice: «¡Espera!». Desapareció. Se puso el sol, lo que significa: «¡Adelante!».

Estaban en marcha. Bosque verde de coníferas, cielo rojo. Cuando volvió en sí y miró por las ventanillas, Bjørn Pelado Blakke estaba sentado, tieso y sordo, en el asiento delantero, como una muñeca para practicar el boca a boca volviendo a la vida una vez más, alejándose de la declaración marítima y saliendo de un estado físico inexplicable que no hacía daño a nadie. La raya amarilla en medio de la carretera fue sustituida por rayas amarillas con espacios oscuros entre medias.

Adelantaron a un camión cargado de troncos. Atravesaron un paisaje que él no conocía. Bjørn Pelado Blakke notó que iban a gran velocidad y que estaba en su propio país, pero no en su propio paisaje. La carretera era ancha, firme y bien asfaltada, con curvas poco pronunciadas que desembocaban en largas rectas. Había un tráfico fluido de final de verano. En el fondo del valle, a mano izquierda, discurría tranquilamente hacia el mar un río ancho y poco caudaloso. Al otro lado del coche desaparecían los inmóviles troncos de abeto para volver a aparecer constantemente, sin fin.

A la izquierda de Bjørn Pelado Blakke iba conduciendo Ulrik Ostøen. Hacía calor en el coche y este último llevaba una camiseta blanca en la que se leía: «Hard Rock Cafe, Cape Town». El pulgar de la mano izquierda le colgaba de la parte inferior del volante. Con la mano derecha sostenía el teléfono móvil. Estaba escuchando. Al girar la cabeza y mirar por el retrovisor, Bjørn Pelado Blakke consiguió ver al Minga y a Ann Dante en el asiento trasero de lo que debía de ser algún tipo de furgoneta. Desvió otra vez la mirada y vio las rayas de en medio confluir con los bordes de la carretera al final de la recta. La velocidad de crucero establecida en ochenta. Un ambientador en forma de arbolito colgaba del espejo sobre el salpicadero. Poco tráfico en dirección contraria, estaba oscureciendo. Ostøen seguía con el teléfono móvil, ocupado en una conversación sin fin de la que Bjørn Pelado Blakke sólo captaba los silencios cuando Ostøen escuchaba, y luego sus escuetas respuestas.

—Sugiero diamantes. River o Top Wesselton, el mejor color blanco. Pulidos con talla de brillante con superficie de pulido 58. Intenta evitar *eightcut* y *carré*.

Alguien debía de estar prometiendo evitar *eightcut* y *carré*. El móvil crujía. Ostøen asintió al micrófono.

—Mamá viene —dijo—. A la hora acordada. Te puedes imaginar las ganas que tenemos de verla.

—De acuerdo —dijo—. Foxtrot. *Whisky*. 78 RCA Victor. Bien. Así se hará. Sólo el fontanero tiene blenorragia.

Nueva pausa. Risas lejanas. El coche se iba tragando cientos de metros.

—Estupendo —dijo Ulrik Ostøen—. Todo bien. Chao. Ya nos veremos. *Tell Laura I love her.*

Colgó y miró con preocupación a Bjørn Pelado Blakke.

Al concentrarse de nuevo en la conducción vio que se estaban acercando al lugar donde se abría el ancho valle del río. A ambos lados azuleaban las colinas en la lejanía. En las curvas centelleaba el río, amarillo bajo la luz de los vehículos. Junto al coche pasaba velozmente el follaje del sotobosque. El sol había desaparecido sin dejar rastro tras una baja y oscura colina. Un lejano resplandor sobre el horizonte indicaba que se estaban acercando a lugares más poblados y urbanizados. Ulrik Ostøen se sorprendió a sí mismo suspirando de alivio. No pensaba en esa compleja operación financiera que acababa de realizar. No pensaba en el dinero del maletero. El campo siempre ponía de mal humor a Ulrik Ostøen. Lo encontraba sumamente irracional e insensato. En Suecia habían tenido sentido común suficiente como para liquidar el campo en general, reuniendo a todos los suecos de provincias en ciudades satélite alrededor de Estocolmo. Eso era otra cosa. Mucho más eficaz y racional. Así podía mantenerse un desarrollado sistema sanitario y social. Hospitales y pistas de entrenamiento para que Suecia pudiera participar en campeonatos internacionales de tenis. Aquello no tenía nada que ver con el alargado y destartado campo noruego, con una casa en cada cerro. Eso no era autosuficiencia sino pobreza. Subsidios. Transferencias de ingresos. Políticos cobardes.

Sin darse cuenta, Ulrik Ostøen había aumentado la velocidad hasta ciento veinte, y seguía aumentándola cuando el Minga hizo una señal para que parara. Estaban pasando justo por delante de un área de descanso. Ostøen frenó en seco y dio descaradamente marcha atrás. Salió del coche el primero. Todavía estaban verdes las maderas impregnadas de las mesas con un banco a cada lado, hecho todo de una pieza. Un cubo de basura sin bolsa y con la tapa mal puesta detrás de una rejilla. Bjørn Pelado Blakke vio a Ostøen salir, se agarró al marco de la puerta y lo siguió. Ulrik Ostøen y él se colocaron uno al lado del otro y derramaron su orina sobre una arena clara y unas enclenques plantas de frambuesa. El Minga salió del asiento de atrás y se colocó al lado de ellos, con el mismo propósito. Pasaron zumbando dos camiones, luego un turismo a gran velocidad.

Por fin consiguió enganchar la cremallera y abrocharse la bragueta. Cuando se dio la vuelta, descubrió que el Minga y Ostøen ya estaban dentro del coche esperándolo. Al entrar, Bjørn Pelado Blakke se dio cuenta de que el vehículo en el que viajaban tenía que ser una especie de autocar de gira, porque en la puerta de delante ponía:

SOMOS INDESCRIPIBLES

HAY QUE VERNOS

La frase la firmaba la Asociación Musical Danesa. Tanto camuflaje les sobraba. El tráfico era fluido, sin obstáculos, barreras ni controles policiales. Los tambores, las

guitarras y los amplificadores resultaban innecesarios, y la vocalista parecía estar en coma. Ann Dante no había salido del coche. Estaba sentada en el asiento trasero como desconectada, dopada, ida, conmocionada, perdida en el último páramo intacto, entre cazadores de cabezas que seguían el antiquísimo rito de la masculinidad. El Minga colocó cariñosamente la cabeza de ella sobre su hombro.

Ulrik Ostøen arrancó el motor, y preguntó:

—¿Conoces bien Oslo?

En realidad era una pregunta dirigida a todos, pero el Minga se la adjudicó.

—Más o menos —contestó, a punto de decir algo más, pero se calló antes de revelar que la primera vez que visitó la capital del reino fue con un autocar desde Bergen, y que lo único que recordaba era al entrenador ruso de patinaje de velocidad, Kudriatchev, con gorra de piel, en la salida de la última curva, justo debajo de la tribuna en la que él había estado. Y que se había meado encima porque estaba borracho y no vio otra salida. Añadió—: De un par de veces, y luego de la mili.

Ostøen se rió y aceleró al salir a la carretera. Dijo que las cosas irían bien y que todo estaba en orden, y aumentó la velocidad hasta noventa.

La oscuridad se hizo más densa y la luz en el horizonte más agresiva. En las grandes granjas de cereales ya se había guardado la cosecha. El campo de los granjeros reposaba satisfecho tras las puertas cerradas de los graneros y las luces encendidas. Pronto las lejanas granjas, la centelleante agua del río y los rectos troncos de los abetos a lo largo de la carretera fueron sustituidos por interminables naves industriales de hormigón gris. En algunas partes las fachadas en las que se almacenaba la eternidad se veían interrumpidas por enormes paneles de publicidad en los que jóvenes y sonrientes consumidores anunciaban:

TRABAJAMOS MÁS DIGNAMENTE POR UNA SOCIEDAD MÁS DURA

Partido Conservador

O:

DEFENCE PRODUCTS FOR FREEDOM

Advanced material technology for tomorrow

Raufoss S. A.

Ulrik Ostøen aceleró al salir de una zona limitada a cincuenta y puso el buscador de la radio del coche a sintonizar música en la FM.

El paisaje ondulante se fue transformando en colinas bajas entre las que la carretera subía y bajaba por profundos desfiladeros, saliendo de la sombra de la radio y entrando en la resonancia de la estereofonía.

Como las vísceras abriéndose camino en un cuerpo delgado, la carretera serpenteaba por el árido paisaje.

Los faros miraban fijamente a la oscuridad como ojos ciegos.

Ma, me, mi, mo, mu

¿Será posible encontrar el lugar en el que el mundo se convirtió en escritura?

El Minga nunca había estado allí y sin embargo lo reconoció. Había estado en la ciudad en cursillos, de soldado, y había visto al entrenador ruso Kudriatchev en un concurso de patinaje de velocidad, pero en ese recóndito suburbio no podía haber estado. No lo comprendía, no entendía por qué, pero, sin embargo, esas calles polvorientas de la periferia, entre la ciudad y el campo, eran las calles de su infancia.

Habían dormido un par de horas en el coche, ingerido comida de poliestireno en una cafetería de la carretera y continuado viaje al día siguiente. El sol estaba a punto de ponerse cuando se acercaban al atasco de entrada en la ciudad. Abandonaron la circunvalación y se internaron en la red de calles. Los semáforos estaban intermitentes. Ulrik Ostøen se metió en una estación de servicio e hizo que el autocar de gira pasara dos veces por un túnel de lavado. Luego atravesaron una zona abierta con edificios de estilo berlinés de principios de siglo a un lado, y un barrio verde de chalés al otro. Los pasajeros esperaron fuera, en la acera, mientras Ulrik Ostøen entraba por una puerta con un rótulo que decía: «Vehículos retirados por la policía». Le oyeron hablar en voz baja con el vigilante. El crepúsculo llegó pronto. En el cielo sobre la zona abierta las cornejas se retiraban en grandes bandadas del puerto y del centro hacia las colinas verdes. Múltiples alas remaban como un único remo inmenso sobre el profundo azul del cielo. Remaban sobre una tierra limítrofe, ciudad y campo a la vez y ninguna de las dos cosas sino una tierra de nadie semiurbana.

El dinero estaba repartido en cuatro prácticas mochilas. Ostøen les indicó que tendrían que andar unos cinco minutos. Se colocaron las mochilas a la espalda y echaron a andar. La calle recordaba a Berlín Este, con un sendero asfaltado y escasamente iluminado que conducía a una lejana y deseada cervecería. En dirección contraria los contextos humanos de la ciudad se iban disolviendo. Cuidados dibujos de adoquín desaparecían en polvorientos caminos de gravilla y trozos de asfalto descolorido por el sol. También desaparecían las vías del tranvía, y volvían a surgir como gastadas y perdidas bandas de acero entre el asfalto y los adoquines.

El Minga nunca había estado allí, pero era la calle de la infancia. Incluso el olor a carbonilla le hacía cosquillas en la nariz. Oscurecía sobre bobinas vacías de cables puestas en vertical, sobre descampados y solares industriales cubiertos de vegetación, sobre estrechos patios con viejos coches desechos y oxidados, sobre mala hierba y arbustos perdidos, sobre rotondas para tranvías que habían dejado de funcionar hacía tiempo, sobre viviendas de gitanos repletas de artesanos polacos, sobre solares de chatarra e inmuebles de habitaciones únicas, sobre céspedes abiertos destinados a la cerveza matinal y el fútbol de empresa, sobre centrales hueveras, industrias cerebrales e hipermercados, sobre acerías e hilanderías, sobre fábricas de cerveza y de levadura.

Estaban yendo por la calle de la infancia. No había grandes distancias. Al este, en la cuesta que bajaba hacia el río, había unos edificios de pisos, luego un par de chalés de ladrillo como perdidos en la inmensidad, y a continuación viejas viviendas de madera pintadas de blanco con escaleras exteriores. Las cocheras arqueadas de los autobuses rojos del Ayuntamiento daban paso a viejas fábricas de estilo victoriano de ladrillo rojo en los perfiles clásicos, chimeneas y ventanas en los arcos de medio punto.

La calle de la infancia se convirtió en la carretera de la infancia, pero la zona que estaban atravesando no era sólo ese confuso lugar limítrofe entre campo y ciudad. Desde los dos lados de esa calle adoquinada que se convertía en una polvorienta carretera podían verse los dos lados de la sociedad a través de un mirador dióptrico, antes de derrumbarse en la profusión y variedad del núcleo urbano, separándose, quedando fuera de la vista, como ciudades satélite y zonas residenciales. Pero ahí, en la zona limítrofe, la línea de demarcación era nítida y absoluta. La diferencia de clases seguía el surco del fondo de lo que también para el Minga Nerud había sido la calle de la infancia. Por un lado las acerías, las fábricas de jabón y chocolate, y las casernas de los que cobraban salarios por hora. La línea de ferrocarril que atravesaba el fondo del valle había llevado a la ciudad generaciones de mano de obra fiable y estable a las fundiciones, las fábricas textiles y los talleres. Allí se quedaron, en nombre del sacrificio y la fe en la socialdemocracia, como pueblo llano, colaborador sin fisuras, beato y sumiso, salvo los que siguieron la línea férrea hasta el final, hasta la última estación, hasta los astilleros del centro donde el marinero, el agitador militante y el cosmopolita proletario constituían el otro polo de la clase obrera de la ciudad. Pero la zona en la que el Minga seguía por la calle de su infancia se encerraba en sí misma, en el corazón de la ciudad, en un tiempo diferente, en un tiempo pasado geográficamente segregado. Óxido y chimeneas. Nada de humo, nada de fuego. Una zona en la que lo único capaz de sobrevivir eran las funerarias.

Allí fue donde el mundo se convirtió en escritura con ilustraciones. Por allí iban andando los cuatro montañeros con Ulrik Ostøen a la cabeza. Una tarde típica de la ciudad. El crepúsculo estaba a punto de convertirse en oscuridad, la temperatura se encontraba en algún punto en torno al cero, era una estación del año indefinible, con el eterno viento que llegaba de todas partes levantando el polvo de la carretera, mezclándolo con los gases de los tubos de escape.

Apenas se veía un alma. Un hombre mayor de uniforme con una tuba en su estuche en una mano y la carpeta de partituras en la otra caminaba a pasos lentos delante de ellos, seguramente volvía de ensayar con la banda de música de la Compañía del Tranvía, un recuerdo vivo de los momentos más felices de la industrialización. En dirección contraria, un hombre de mediana edad con un chándal a rayas blancas y negras y una red llena de balones de fútbol cruzaba el paso de cebra.

Una corta bocacalle conducía al recinto industrial. Al final de esa calle había una

alta verja de tela metálica. El Minga reparó en que los ruidos de motores y de neumáticos de la calle principal se estaban alejando. Al lado de la verja de tela metálica había una pequeña puerta. Estaba abierta. Ulrik Ostøen entró. Habían llegado a su destino al caer la noche.

El recinto del otro lado de la verja se parecía a otros recintos industriales afectados por la desindustrialización y divididos en pequeñas empresas, asesorías, agencias de publicidad, academias de baile, pistas de *squash*, fábricas de *pizzas* y oficinas de la administración. Los engranajes habían sido sustituidos por ruedas de la fortuna. La industria se había convertido en un parque de atracciones. A la derecha había un edificio de cinco plantas rodeado de andamios de acero y medio tapado con una lona verde. Un letrero de esmalte indicaba el camino a algo llamado AGENCIA NORUEGA DE GURÚS S. A. Se oían notas sueltas de un violín, duras pelotas de tenis contra el hormigón, y lejanos y agudos martillazos.

No obstante, el destino de los cuatro no era la agencia de gurús, sino un alargado edificio más abajo en la cuesta. Parte de la planta parecía un almacén, cerrado a cal y canto. En el otro extremo del edificio quedaban aún restos del nombre comercial INDUSTRIAS NORUEGAS DE CREMAS LIMPIADORAS, pintado en letras blancas sobre las ventanas.

En la pared junto a las letras había un *graffiti* que decía:

¡CHÚTATE, COLÓCATE!

Y otro:

CARLOS MARCO ÁNGEL ENGELS JOSEF STALIM MAO PESAO BABY DENG

Y:

POL POT - POL POTA

como una dolorosa parodia de los clásicos y los renegados del socialismo.

Junto a estas manifestaciones, una escalera metálica trepaba por la pared. Bajo la luz de la lámpara, en la parte superior de la escalera, había un joven en vaqueros mirándolos. Ostøen subió la escalera de tres largas zancadas y llegó hasta él. Se abrazaron. Cuando acabaron y Ulrik Ostøen se volvió, el Minga, Ann Dante y Bjørn Pelado Blakke estaban justo detrás de él en la escalera.

—Venid a saludar —dijo—. Este es Kikkan.

Kikkan saludó y murmuró «Gaasewiik» tres veces seguidas.

—¡Y todo esto es nuestro!

Ostøen abrió generosamente un brazo, parecía estar refiriéndose al recinto industrial que los rodeaba.

—Aquí están los verdaderos valores. Nosotros no jugamos sucio. ¿A que no,

Kikkan? Nosotros no forzamos los precios al alza artificialmente. No apostamos por la plusvalía sin desarrollar la propiedad, ¿verdad que no?

Kikkan Gaasewiik se apartó y les abrió la puerta. Debajo de los tubos fluorescentes contemplaron el gran desván vacío, íntimo y acogedor como un taller de coches clausurado. Una fila de ventanales abría toda la pared hacia el este y por ella pudieron ver los contornos de una colina oscura por encima de los edificios industriales convertidos en un centro comercial, y la serpiente de luz que iba haciendo eses por la carretera de circunvalación.

La calle de la infancia.

De repente el Minga se lo imaginó todo. Un camino coronado de flores conduciendo al futuro, al mundo de los adultos. Niño con cartera, niña con mochila andando por un camino color naranja con flores de la estatura de un hombre a ambos lados. Cielo azul, mar azul. En la portada se veía a un niño con un estandarte y a otro más pequeño con una trompeta y un caballito de madera. Un tajo, un banco de carpintero, una bandera, un espantapájaros, un puente de ferrocarril, un avión bimotor, un caballo, un niño en una canoa. Todo eso ocurría en la extraña zona limítrofe entre campo y ciudad, entre Este y Oeste, entre Pobre y Rico, entre Burgués y Proletario. Dehesa, almacén, fábrica, bloque, chalé, ciudad.

PAPÁ PATALEA.

MA ME MI MO MU.

MI MAMÁ ME MIMA.

¿VES UNA COLINA VERDE?

¿VES UN NIÑO RUBIO?

El Minga seguía inmóvil mirando las luces de la ciudad. Él era rubio. El modulado y penetrante torrente de palabras de Ulrik Ostøen continuaba sin cesar a sus espaldas. Había sido posible encontrar el lugar en el que el mundo se convirtió en escritura. El Minga lo había encontrado. Había andado por la calle de la infancia en una ciudad desconocida. Hacia atrás, la Enseñanza, la Infancia, la Comida Infantil.

EDCBA.

Había recorrido el alfabeto hacia atrás y se había colocado antes de la primera letra.

¿Dónde estamos entonces?

El Minga se volvió hacia Ostøen y lo interrumpió con un dicho noruego:

—Estoy cansado, dijo el chico cuando iban a pegarle.

Ostøen sonrió:

—El sol nunca se pone para los chicos alegres.

A Bjørn Pelado Blakke había que llevarlo de la mano. Daba la impresión de no saber dónde se encontraba ni qué hacer en ese lugar donde no sabía dónde se encontraba. Ostøen y Gaasewiik lo cogieron entre los dos. A Ann Dante y al Minga

se les asignó un despacho aparentemente inutilizado en el que se habían puesto dos sofás junto al ordenador. Ostøen les dijo que en la habitación había televisión y que hasta mañana.

Ya era hora de acostarse.

Cuando el Minga cerró la puerta y se volvió hacia Ann Dante, descubrió que ella estaba temblando, que todo su cuerpo sufría sacudidas. Como si hubiese renunciado a su alma. El Minga se acercó a ella.

—¿Estás llorando? —preguntó ella de repente. Levantó la mirada y le acarició el pelo largo.

Él no estaba llorando. Era ella la que lloraba. Dentro de él las lágrimas y la ira se anudaron formando gruesas cuerdas que tiraban de sí hacia todas partes.

—¿Tú lo sabes? —preguntó ella—. ¿Tú también? ¿Sabes lo que le ocurrió a Gustav? ¿Y al piloto del helicóptero? ¿Y...?

Fue incapaz de acabar la frase. El Minga buscó con la mirada el tubo fluorescente del techo y vio el mar de luz entrar y cubrirlos.

—¿No se ha vuelto más oscuro? —murmuró.

Ella no contestó.

Aún faltan años luz para llegar a la oscuridad de mi alma.

Nunca jamás

Debería haber avisado de que no cogería llamadas. Dos conversaciones breves interrumpieron la grabación, una en la recepción y otra dentro del despacho. El realizador, que quería filmarla en los dos ambientes, dijo que no importaba, que al contrario, que así quedaría estupendo. Daba una impresión realista del día a día de una ajetreada mujer empresarial. Está bien. Estupendo. Lo compramos. Lo dejamos así.

Ella estuvo de acuerdo. Era mejor que mejor. Fue una sensación vertiginosa recibir la llamada del teléfono móvil de Ulrik mientras la estaban grabando con imagen y sonido.

No es que estuviera planeado. El equipo llegó con dos horas de retraso, y cuando por fin lo hizo, los reporteros y técnicos salieron disparados de la furgoneta para acto seguido situarse en posiciones estratégicas en torno al objeto de la entrevista: los mejores soldados del frente a punto de conquistar un pedazo más de realidad. Al final ella se encontraba encajonada contra la pared de la recepción, con una luz blanca e intensa en la cara, la cámara en posición y el micrófono erigido en un falo doble. El entrevistador era un hombre de voz grave y gran precisión, capaz de decir muchas frases sin mencionar ni conceptos ni turbulencias. Su vocación consistía en encontrar al ser humano Mia Brahms detrás de la máscara Brahms Ostøen y mostrar a la verdadera Mia Ostøen a un público ávido de conocerla.

Nada prolijo ni grandilocuente, sino una conversación natural sobre lo que a ella le preocupaba en ese momento, visto desde *su* realidad. Ella pensó que estaba consiguiendo mostrar que su filosofía era de calidad, y que para ser empresaria sólo había que tener una sinceridad sin escrúpulos y una gran creatividad. Al tocar la conversación cuestiones más generales, para ella fue muy importante poder dejar claro que la reciente evolución de la filosofía de Occidente venía a demostrar que el misticismo de Oriente siempre había tenido razón, el karma, la teoría de la relatividad y cosas así.

El director del programa, con el rostro reluciente del poder, asentía y escuchaba muy serio. Tenía la cara lisa y pulida, pulida por miles y miles de miradas, como un canto rodado en la corriente de noticias, e igual de sustituible. Asentía con la cabeza. No tenía preparada ninguna transición a la siguiente pregunta. No había nada que Mia admirara más que el buen hacer.

Tampoco había nada que le apasionara menos. El rostro público estaba al descubierto, sin secretos, un rostro que se fundía con la opinión pública.

Ella contestó a las preguntas. Se comunicaba a través de él, pero no era a él a quien miraba. Miraba a los técnicos sin rostro detrás del hombre que tenía enfrente. El fotógrafo. El técnico de iluminación. Eran barbudos, calvos, desaliñados,

decrépitos, con aspecto de haber participado en todo. Terremotos. Hambrunas. Estrenos de revistas. Escándalos futbolísticos. Conferencias culturales. Al menos lo habían visto todo antes de que ocurriera. También habían oído todo, registrando que incluso las afirmaciones más delirantes marcaban en el medidor de sonido. Cuando ella dijo «karma, teoría de la relatividad y cosas así», se encontró con la mirada del técnico de sonido. ¿Sonreía porque estaba de acuerdo con ella?

Con un comentario del entrevistador sobre que ya casi era anticuado ser moderno, y una mirada a la cámara, habían acabado. Se apagaron las luces. Todos coincidían en que había estado muy bien y que quedaría estupendo.

El técnico de sonido llevaba una camiseta negra que le marcaba los músculos de los brazos. No sonreía cuando con semblante serio le pidió permiso para hacer otra toma de sonido. Necesitaba el ruido de fondo de ese alegre ambiente de la recepción, el zumbido de bienestar de la cantina.

Mia Ostøen le dio permiso. Se ocupó personalmente de que el hombre pudiera realizar la toma. Él se presentó, y dijo:

—Kyrre Eliasson.

—Mia Ostøen. Encantada.

Se encontraban en la escalera entre la recepción y la primera planta. Él necesitaba otra toma más.

—El ruido de fondo de la soledad —dijo— es el sonido de una habitación de hotel desde el instante en que se abre la puerta hasta que se enciende la televisión.

Ella le mostró el camino desde el ascensor lleno de música, y utilizó la llave maestra. Él la siguió y permaneció en medio de la habitación con el enorme micrófono por encima de la cabeza. La habitación estaba ordenada y limpia según el reglamento. La moqueta daba calambre, la taza del váter estaba higiénicamente precintada. La camarera había abierto la cama, dejando doblada una esquina del embozo y colocando en el extremo un caramelito envuelto en celofán.

Él apagó el micrófono y dijo:

—Todo ha ido sobre ruedas.

Ella no sabía a qué se refería y así se lo hizo saber.

Él no la oyó. Los oídos eran vendajes que protegían la cabeza contra los ruidos. El micrófono era el que oía.

—La toma, claro. ¿Qué si no?

El hombre no tenía cola, pero en el otro extremo meneaba lengua.

—La cámara te penetra.

Los ojos eran dos heridas abiertas por las que entraba el mundo sangrando.

Él dejó el micrófono en la cama.

—Voy a lamerte las heridas.

El centro de gravedad del pájaro

Casi cada pueblo tiene su propia marca que simboliza la fama adquirida por los habitantes mediante sus cacerías de cabezas. Esa marca suele consistir en un gran poste de madera colocado en un lugar visible delante del pueblo, y coronado por algún signo característico.

El anillo de Saturno

Había llegado la hora. No tuvo que esperar. Con los pies en la tierra logró dominar los temblores. El director Ostøen lo estaba esperando. Era hora de ponerse en marcha. Ulrik Ostøen lo recibió efusivamente, lo llamó Bjørn y le aseguró que todo iría bien. Luego apretó el botón del interfono y dijo que ya iban.

—Salgo ahora. Bjørn viene con nosotros.

Desde el despacho del director había una puerta que conducía a una terraza interior techada. Al inclinarse sobre la barandilla, Bjørn Pelado Blakke vio un luminoso patio cubierto al que daban cuatro plantas de balcones. El efecto inmediato era la mezcla de una galería carcelaria y un pueblo español. Sólo quedaba la fachada exterior. El inmenso edificio había sido vaciado de su contenido original. El tejado estaba interrumpido por atrevidas claraboyas que proyectaban una luz cegadora sobre el patio central. En las paredes, el arquitecto se había deleitado con un mármol que captaba, reflejaba, reforzaba y lanzaba la luz de un lado a otro, hacia abajo, hacia el amorcillo, hacia la fuente, los muebles de ratán, las falsas contraventanas, el hierro forjado y las plantas verdes de la recepción. Si la intención del estilo *jugend* fue renovar el arte con los tesoros de la técnica de la forma, este otro estilo intentaba renovar la técnica con los tesoros formales del arte.

El ascensor que transportaba a Ulrik Ostøen y Bjørn Pelado Blakke se deslizó por las relucientes superficies de mármol. Abajo, en la recepción, los esperaba una secretaria con los diplomas, los correspondientes cheques y el premio en sí, un amorcillo en bronce, realizado por la artista Nina Heftye. Se dirigieron hacia la salida, que coincidía con la entrada principal de la antigua fábrica textil, señalada con un discreto arco de medio punto en el muro de color limón suave, sobre la puerta principal.

En cuanto sus pasos propulsaron la apertura de las puertas de cristal policromado, apareció ante sus ojos el restaurado recinto industrial. El viejo almacén de lana de la fábrica textil se había convertido en los cuarteles generales de ArtKo y Media Display. En el espacio de fuera, con la autovía como vecino más próximo, se había construido un elegante aparcamiento que había sido objeto de elogios en una serie de revistas de arquitectura. Por encima de los tejados de plexiglás, en los que el arquitecto había repetido el ángulo de los edificios antiguos, sólo que boca abajo, desaparecía el núcleo urbano en los gases residuales.

El camino los condujo por un centro comercial que acababa de abrir sus puertas al público. Los distintos puntos de la carretera que serpenteaba por el paisaje comercial habían recibido nombres de famosas plazas y mercados del mundo entero. La plaza de la Paz Celestial (con un retrato de Mao Tse Tung), la Plaza Roja (con mausoleo incluido), la plaza de San Pedro (con la Virgen María), Times Square (con Mickey

Mouse) y la plaza de Mayo (con Diego Maradona). Las empresas Ztil Modern, Ton sur Tron, Deja Vue y Cosmetic World se levantaban policromadas sobre las ruinas de la cultura industrial. Bjørn Pelado Blakke se encontraba en la Alexanderplatz (con torre de comunicaciones incluida) y era un fantasma. Invisible. No pertenecía a ese lugar. Se sentía incapaz de controlar los temblores. The Rack. Hot Gossip. Hot Stuff. Cookie Man. Carpark. Kookai. El paisaje comercial resultaba tupido y frondoso. Era una jungla, una jungla del mismo color que el dinero. Y Bjørn Pelado Blakke era un cazador de cabezas en esa jungla urbana verde dólar. Estaba descalzo, estaba desnudo, tenía los ojos abiertos de par en par, temblaba. En ese país de cuento la historia había terminado, y Bjørn Pelado Blakke había llegado al final del camino. ICE Dream, ON OFF, Pizzanini, Candy-Dandy, Benjamin Walter, City Zoo, Bla-Bla, Aurangzeb, Akazia, Bestseller, Piranesi, Nectar Beautyshop, Chopsticks, Mister Minit, MotoFoto, Comix y Panache. Ya no vivía en una sociedad que siguiera las leyes sociales, sino en un mercado que seguía las leyes de la economía.

El último mercado en el largo camino que atravesaba el país de las maravillas era la Plaza Mayor de Madrid (con Julio Iglesias). Olía a colonia barata y a chocolate con churros. Fuera de la esclusa de aire caliente y el regado musical, el pavimento había sido reproducido con su adoquinado original. Los edificios de las fábricas de alrededor tenían fachadas rojizas o de color amarillo pálido, con bordes y anclas de hierro ricamente ornamentadas para mantener en su lugar las vigas principales, encima de generadores de vapor y compresores, correas de transmisión y volantes de inercia, encerrados en estructuras de vigas de hierro. Las copas de los árboles temblaban junto a las fachadas de las viejas fábricas en ese día de septiembre, en el límite entre el verano y el primer aliento otoñal. Por donde andaban Ulrik Ostøen y Bjørn Pelado Blakke, el zumbido del río al fondo del valle ensordecía el bramido de la autovía en el puente que pasaba por encima de ellos.

A cada paso que daban dejaban una honda huella. Siguieron por la fachada victoriana de la vieja planta siderúrgica. Donde en su día trajinaron envueltos en sudor el vaciador primero Georg Hoel, el maestro fundidor Arne Stordahl, el vaciador primero Justo Bilbao, el hornero Jul Berget y el vaciador segundo Osvald Nordahl, llevando coque al electrodo Spderberg con brazos largos y espaldas doloridas, estaban ahora sus sucesores SCADA S. A. y Ultra-Electric, detrás de las relucientes ventanas de arco de medio punto. Lokette, Merlin Gerin, Técnicas Sociales, Inter. Media, Eurocentre Management, Ark-Attic, Consulado de Cocabamba, Video Activ, Convertex, Datafakta y Artefakt ANS. Se habían cumplido los sueños de las generaciones del trabajo duro, y aparecían en forma de realidad en el lenguaje impenetrable del sueño.

En un pasado remoto los saltos del río crearon las fábricas, crearon la riqueza y la explotación. Ahora el río bailaba alegre como una fuente a través del parque empresarial. Sólo les restaba recorrer unos cientos de metros. Pronto habrían llegado. La gente se fue uniendo a ellos. Ulrik Ostøen había dicho que todos los de la

organización que pudieran acudir, y no sólo sus colaboradores más cercanos, deberían estar presentes en la entrega del premio que, al mismo tiempo, iba a marcar la inauguración del TALLER DE CULTURA S. A. Ulrik Ostøen deseaba a la vez hacer notar la continuidad y el hecho de que había habido un cambio. Entre otras cosas, hizo mucho hincapié en mostrar que allí, donde Detailinvest y Trade Marketing estaban ahora preparando campañas, *sales promotion*, *displays* en ferias y *cultural engineering* para extensas zonas del planeta, en esos mismos locales habían trabajado duramente tantos y tantos hombres cuyos nombres Ulrik Ostøen quería resaltar en un día como ese, con el fin de conectar el presente con lo que había sido, y así honrar a aquellos veteranos que con su trabajo y su sudor habían creado el sólido fundamento del progreso.

En la fábrica de clavos donde Marius Skarkerud y Eilif Knutsen desecharon las unidades defectuosas y embalaron clavos para exportar al mundo entero, realizaban ahora sus actividades Norcad, Pervaco, Petronico y Eagle Technology. En la fábrica de alambre y en la galvanizadora de trabajos generales donde barnizadores, alambreras, pesadores de alambres, perforadores de discos y galvanizadores fabricaron filamentos de incandescencia, NorSoft Exe S. A. había establecido su centro regional. Byråfinans y Cargoscan compartían oficinas con Mediacanal. Llenaban el espacio piranésico industrial Raster X INT S. A., Creative Computer, Kabi Baxtert y Kabi Vitrium, Software Plus, SUSAR, Fast Food, Pescado Fijo, Hielo Fijo, Relaciones Fijas.

Pero de lo que más se enorgullecía Ulrik Ostøen era de la acería. La rehabilitación había aprovechado y resaltado las muchas cualidades del edificio original. Tenía de todo. En ese edificio, las fuerzas creativas del mundo empresarial iban a encontrarse con las del mundo de la cultura y andar cogidas de la mano para investigar las excelsas y eternas cuestiones éticas existenciales, tales como la magnitud del superávit, el sentido de la vida, el decreciente índice de beneficios, los misterios del amor, la voluntad de riesgo del capital, el problema del mal, el anhelo de lo incomprensible, el poder y el honor, la bolsa o la vida.

En el interior de la vieja fábrica siderúrgica se encontraba, era de esperar, el aula magna del Taller de Cultura, como el propio Ulrik Ostøen, sin ayuda de nadie, había bautizado la Obra de Arte. El viejo equipamiento de producción se había conservado y restaurado. Entre gatos, calderas recién pulidas, engranajes cónicos y transmisiones de engranajes tras planchas de hierro perforadas, se levantaban ahora las galerías comerciales de Testarossa y Jean-Luis. Confectmakers y PR Clothing se repartían el recinto de afino del horno número uno. También estaban 4 Seasons y Art à la Carte, Stefanel, Shop Better Bodies, Cosmoteque Living Dimension, Bonnie Boutique, Le Griffé Boutique, Blues Company, Teen Trend, Lana & Pana, Spicy Fast Food, Pazzo, Ottimo Grill, Ilmo Cleo. El Pampas Club y Galería Aparte se acoplaban exquisitamente a los tubos y los electrodos dentro de la caldera del horno. El cuadro *Fantasia fluvial* de 1944, del pintor Reidar Aulie, había encontrado su lugar natural.

Lo mismo ocurría con el ardiente *Tendencia*, de la década anterior. Todo intachable. Los pioneros habían recibido su homenaje. La lucha por el bienestar y la justicia por fin contaban con un espacio propio.

Ya estaban allí. Ulrik Ostøen tenía muchas razones para estar contento. Era su gran día. Habían desenrollado la alfombra roja. La prensa estaba esperando. A su lado, Bjørn Pelado Blakke desempeñaba a la perfección el papel de veterano fuerte y curtido, aunque jubilado anticipadamente. A la entrada se encontraba Kikkan Gaasewiik rodeado de un enjambre de publicistas con coleta y una estrella roja en el mono vaquero, listos para recibir a los invitados de honor. A un lado del viejo reloj sobre la entrada principal había un 18 en hierro forjado, y al otro un 54. El reloj, entre ambas cifras, se había parado en 12 o en 0.

Era otoño, brillaba el sol. Allí hubo una fábrica que ya no existía. Una obra de arte había sustituido a la planta siderúrgica. Ulrik Ostøen miró su reloj de pulsera. El momento histórico, hora y lugar exactos.

La televisión encendió sus blancos focos. Kyrre Eliasson conectó el sonido.

Jesucristo anduvo sobre el agua. *Ellos* andaban sobre un elemento aún más inestable. Andaban sobre el aire.

Había llegado la hora. Con el micrófono abierto y las cámaras encendidas, Ulrik Ostøen entró en la obra de arte.

El paraninfo

Como el día del Juicio Final.

Todo el mundo estaba allí, con la posible excepción del mismísimo Dios, que volverá para juzgar a los vivos y los muertos.

La mañana era pálida y marcada por la muerte, igual que un terco camino hacia la vida eterna, o, como en el caso del propio galardonado, hacia una eterna vida literaria. Allí estaban, preparados para recibir a todos los invitados especiales a la entrega del premio y la conferencia de prensa, los viejos edificios de las fábricas en todo su recuperado esplendor, restaurados y a salvo de la devastación de la muerte industrial, listos para una larga existencia al servicio de la reconciliada sociedad postindustrial que marcaba el final de la historia.

Una alfombra roja conducía al interior desde la imponente puerta principal. A ambos lados de la larga alfombra se habían concentrado nutridísimos grupos de portamicrofonos, técnicos de sonido, portacámaras, portaplumas, escribientes, preguntadores y chasquidores. Al final de ese pasillo humano con explosivas bombas de *flash* no esperaban ni el horno de fusión, ni el catre de la cárcel, ni la celda, sino el poder y el honor, el renombre y los frutos de la victoria, en las cimas más altas de la fama.

El encargado de recibir era Jens Chr. Gaasewiik, conocido como la mano derecha de Ulrik Ostøen. Estaba muy atareado porque había acudido todo el mundo. Todo el mundo estaba allí. La de los ochenta había sido una década redonda con la que resultaba difícil enemistarse, razón, entre otras, por la que la gente estaba oronda y sonriente, atraída hacia la luz del dinero y el poder de Ulrik Ostøen, y sobre todo hacia su pulida aureola electrónica de intelectual y hombre de negocios filosófico, ahora también gran mecenas del arte y la literatura. Desde un discreto lugar dentro de la reformada nave de fundición, sentado en la silla diseñada por Thonet Brentwood (número 15, 1859), Ulrik Ostøen, con camisa Giretti color rosa y corbata haciendo juego, traje de lana gris de Corneliani y reloj de pulsera *art déco* (con el diseño original reversible de 1931), pudo comprobar que todo el mundo estaba llegando antes de la hora. Para un observador imparcial resultaba especialmente agradable constatar que tantas personas se mostraban dispuestas a unir sus fuerzas y a asumir una responsabilidad social conjunta, dejando atrás viejas controversias.

El regocijo de esa gran multitud que llenaba hasta el último asiento de la vieja nave de fundición era la mejor prueba de que también los intelectuales se habían atrevido por fin a dar otro contenido al progresismo, a abandonar la caduca manera de pensar por parcelas y, libres ya de prejuicios, buscar nuevas posiciones, dejando atrás los viejos dogmas y los pensamientos del vertedero de la historia.

En cambio, el vertedero de la prehistoria industrial había sido reparado y

adaptado a los nuevos tiempos. Y todo el mundo estaba allí, bañados todos por esa maravillosa luz matinal que entraba por los grandes ventanales de una de las paredes largas. Estaba el secretario de Estado socialdemócrata que había abandonado la vida pública y con inigualable talento y gran éxito había lanzado una nueva cadena de hamburgueserías de alcance nacional, tras haber conseguido un beneficioso acuerdo de licencia con un consorcio norteamericano de comida rápida, sin duda para gran provecho de los consumidores, que tendrían una marca más de hamburguesas a su alcance. También estaba un activista de la defensa de los oprimidos en Latinoamérica que venía mostrando su honda preocupación en calidad de director de concursos televisivos; activista además, y bien pagado, de la confección de caballeros y los coches privados en su (cada vez más largo) tiempo libre.

Estaba un escritor que había sido desvergonzadamente abandonado por la clase obrera, y que por ello y con mucha razón apostaba ya por una clase social diferente y más poderosa que le proporcionara libertad, felicidad y lectores agradecidos. Estaba el periodista económico de la izquierda socialista que por su actividad profesional recibía tanta información sobre la Bolsa y la podrida lógica del capitalismo que en un tiempo admirablemente corto consiguió realizar una natural transición de mal periodista a buen especulador. Estaban los idealistas que habían adquirido unos hábitos de beber tan caros y amplios (y unas ganas tan ardientes de invitar a otros a un *whisky* aceptable) que se habían visto obligados a aceptar convertirse en directores de información o periodistas políticos en importantes periódicos de la derecha, con el único fin de poder cubrir los gastos ordinarios. Estaban Nena Nenita, Qué Mona, Cuchi Cuchi, Fama Famosa, y otros.

Pues sí, entre esa excelsa representación había muchos que habrían merecido una mención especial, tanto entre los que se habían superado a sí mismos empezando una vida nueva y mejor, como entre los que siempre habían vivido una vida mejor. Cuando el *Mirón Gaasewiik* se paseó por entre las filas susurrando el mensaje: «Viene la princesa heredera, viene la princesa heredera», se encontraban en sus asientos, claro está, todos los secretarios de Estado Stoltenfeldt: Stoltenfeldt hijo, el hijo del hijo, el padre del hijo, el hijo del padre, acompañados de cuñados y cuñadas, y del señor Culterud, realizador de programas de televisión. Estaba el poeta que hacía poemas sobre la reina y escribía sobre el rey, y que por ello se había convertido en uno de nuestros mejores reporteros de la realeza. Estaban todos los directores progres de periódico que en sus nuevas posiciones se ponían gorros de cocinero y eran enviados a todos los rincones del mundo con el fin de describir los hábitos alimenticios de esa gente que era famosa por ser famosa. Estaba el director de periódico progre, jefe de los anteriores, y además el segundo mejor realizador de poemas *haiku* en las portadas de los periódicos sensacionalistas. Entre los corredores del equipo de prensa se encontraba también un periodista marxista, leninista y maoísta conocido por ser tan progre que era imposible más radicalismo, y que se fue del periódico cuya consigna era: «¡Obreros del mundo entero, uníos!», al periódico

que proclamaba justo lo contrario: «¡Obreros del mundo entero, arregláoslas como podáis!».

Pero ese excelente periodista no era en absoluto el único hombre ágil y adaptable, tanto en el sentido intelectual como moral. Se encontraban todos los viejos revolucionarios, cansados ya de vagar por el páramo político, camino del valle de las sombras de la muerte, y acercándose ahora a los oasis de poder, autoridad, representación y dietas. Estaban los maoístas de la revista de moda *Klikk*. Estaban otras personas en incontable número, que habían conseguido mantenerse intelectualmente vivas a pesar de tener una edad avanzada. Había muchos que habían triunfado sobre ellos mismos. Estaba el escritor pobre que en su tiempo abogó por quitar a los ricos y dar a los pobres, hasta que se convirtió en el escritor rico que hacía gala de tal valentía que ahora quería quitar a los pobres y dar a los ricos. Estaba también, inspirando un poco de vergüenza ajena, el antiguo secretario de Estado, que aún conservaba restos de socialismo, en el sentido de que seguía hablando de la necesidad de hacerse merecedor de un puesto, y no de conseguirlo mediante contactos y ayuda monetaria. En cambio no estaba la ministra de Cultura, esa que conseguía combinar un liberalismo sin prejuicios con un conservadurismo constitucional, velando por su prójimo desde una postura económica bien meditada, y claramente orientada a la descentralización y las consideraciones medioambientales. Cuando se veía obligada a apoyar la eliminación de residuos, lo hacía única y exclusivamente con la condición de que la cámara de gas creara nuevos puestos de trabajo en su circunscripción electoral, favoreciendo así directamente a los electores, a que su empresa familiar obtuviera la licencia de explotación de los recintos crematorios, y se aseguraba de que las actividades no se iniciaran hasta que se hubiera comprobado mediante una exhaustiva investigación que los gases residuales de la quema de cadáveres no iban a perjudicar el medioambiente ni aumentar el efecto invernadero.

Había también representantes de la tolerancia y la capacidad de elevarse por encima de mezquinos intereses de grupo, como un diplomático que prefirió permanecer en el anonimato. Había gente que representaba la tolerancia y la capacidad de combinar altos ideales con mezquinos intereses de grupo, como un anónimo que hubiese preferido ser diplomático. Y elefantes de color rosa dando tumbos por la tienda de plexiglás en busca de su propio delirio político, tirando piedras a una casa de vidrio endurecido. Estaban los periodistas de izquierdas que defendían el neonoruego, y que vivían de escribir comentarios políticos en la otra lengua oficial, el *bokmål*, para los periódicos conservadores. Habían acudido todos, de los frentes feministas, de los frentes culturales, de las luchas anti Mercado Común y de los frentes de solidaridad del 68, del 69 y del 72, de los debates televisivos, de las columnas de periódicos y entrevistas retrato, de las primeras páginas y de los reportajes fotográficos. Resulta tentador preguntar: ¿en alguna otra época habrían existido tantos hombres y mujeres guapos?, ¿una generación más erguida, más franca

y de principios más firmes que ese grupo intelectual de funcionarios?

Las respuestas a estas preguntas llegan casi solas y desdichan de una vez por todas la estúpida y moralizante afirmación del escritor Arne Garborg de 1887, en la que dice como sigue: «Pues sí, son lamentables esos jóvenes que empiezan como medio liberales, obteniendo con ello cierto crédito, y que cuando lo han conseguido, son ya maduros para utilizarlo contra el conservadurismo».

Preguntas y respuestas sagaces daba también el joven historiador que con el transcurso de los años había ganado mucho crédito, aprendiendo a balar con tanta precisión como cualquier primer ministro conservador.

¿Hay alguna diferencia?, podría preguntarse un profesor a sí mismo y al mundo en general, oralmente o por escrito en un monográfico de la revista *El Paraninfo*. En lo que se refiere a la guerra, ¿hay alguna verdadera diferencia? ¿No fueron, en último término, los traidores los más patrióticos? ¿No lucharon con gran valentía por la causa de Noruega, desde los nevados picos del Cáucaso hasta los montones de ruinas cubiertos de cadáveres de Berlín? ¿No lo dieron todo? ¿No hicieron el mayor sacrificio que se puede hacer por lo que para ellos era la verdad y la justicia? ¿Quién puede aventurar juicios sobre el bien y el mal? Hoy en día hay que hacerse preguntas tan radicales como estas, tiene que hacérselas el que es propulsado hacia delante sin piedad, de parapeto en parapeto, por una auténtica voluntad de conocimiento.

Bien es verdad que los nazis tuvieron otra visión de lo que era lo mejor para el país. Pero ¿era por eso menos consistente o estaba menos argumentada que la visión de los que al final y por casualidad obtuvieron la victoria? Y el llamado ajuste de cuentas al terminar la guerra ¿no era simplemente y como siempre la justicia de los vencedores?

Así hay que preguntar. Y ¿quién puede, en último término y con la mano en el corazón, decir que está libre de culpa y tirar la primera piedra?

Nadie puede, esa tiene que ser la respuesta hoy en día, si nos inclinamos con sinceridad y humildad ante los enigmas de la vida.

¿Y no hay que pensar de una manera histórica? ¿Pensar en los duros años treinta que tal vez habrían sido menos duros de no haber sido por los marxistas y los sindicalistas, que dirigieron sus ataques sangrientos contra los no sindicados? Fue una lucha a vida o muerte, y de nuevo hay que preguntar: ¿quién tenía razón?, ¿quién defendió la libertad del individuo frente al yugo de la colectividad?, ¿quién puede declararse libre de culpa? ¡Desde luego los marxistas no! ¿Y acaso no fueron Karl Marx y los marxistas quiénes más daño hicieron al movimiento obrero en el mundo? ¿Hay alguna otra cosa que haya cegado de tal manera a los dirigentes de los obreros, privándolos por completo de la capacidad de ver, hasta el extremo de quedar incapacitados para comprender que los empresarios simplemente querían sacar de la crisis al capitalismo por sus propios medios? ¡Lo único que pidieron a los trabajadores fue una pequeña ayuda! Sin el espejismo del marxismo todo el mundo habría comprendido que el desempleo aumenta únicamente por causas demográficas.

Hay más bocas que alimentar y las demandas salariales impiden la creación de nuevos puestos de trabajo. Y sin embargo, las condiciones del obrero experimentaron una constante mejoría sin que él se diera cuenta. Estaba tan cegado por esa depravada ideología de lucha de clases que no entendió que los años treinta en realidad habían sido muy buenos para el país. El obrero y sus pervertidos dirigentes tampoco entendieron que la lucha de clases más feroz en realidad tuvo lugar dentro de la clase obrera, ni que el marxismo era un continuo malentendido de la evolución económica del capitalismo.

En suma, hay que preguntarse: ¿alguien ha perjudicado más a la clase obrera que la propia clase obrera? ¿Cuánto mejor y más sana habría sido la situación del país si la clase obrera hubiera confiado en que los empresarios únicamente querían lo mejor para ambas partes! Salarios más bajos, más competencia, eso es matemática sencilla. Lo contrario, es decir, las codiciosas demandas salariales, no hace sino empeorar las cosas, dificultando aún más la supervivencia de las empresas.

Pensándolo bien, ¿no encontraron los nazis la solución natural contra ese flirteo del marxismo con el materialismo que hay dentro de todos nosotros? ¿No nos muestra toda experiencia histórica que la patria, los hijos, la Iglesia, la cocina, el césped y el garaje son valores humanos más esenciales que la nómina y ese pagano odio entre clases? ¿Quién vio con más claridad que ellos que la clase obrera estaba cegada por Marx y su machacona ideología de la lucha de clases, es decir, cegada por la envidia, el materialismo y la agresividad?

Estas son las preguntas que habría que hacerse el día del Juicio Final. Y estas fueron las preguntas que hizo el elocuente microcatedrático en su discurso de agradecimiento tras haber recibido el Premio Ostøen a la Libertad, que por primera vez se entregaba con carácter individual a alguien que había destacado por sus servicios a la sociedad civil. Su propia respuesta fue reconfortante, ya que cada vez más personas entendían que la moral se opone al socialismo. Cuando por fin se acallaron los aplausos, la pintora de cerdos, Nina Heftye, recibió un premio por sus enardecidos óleos y su enardecida creación del amorcillo de la estatuilla del premio. El Premio Ostøen de Música fue para el joven y bien dotado guitarrista de la provincia de Akershus, Nils Hefti. «Un carácter especial y cambiante, y a la vez apacible como el paisaje de la provincia que lo vio nacer, se reflejaba entrañablemente en las interpretaciones casi esculturales de Nils Hefti», declaró el jurado generosamente.

Todo el mundo seguía allí.

Kikkan Gaasewiik tenía el control. Al finalizar sus estudios le ofrecieron el puesto de asesor personal tanto del jefe del gobierno socialdemócrata como del jefe de la oposición conservadora. Gaasewiik no optó ni por uno ni por otro, sino por el sector privado. Kikkan Gaasewiik estaba especialmente cualificado para conseguir que los leones pastaran junto a los corderos tanto en el paisaje político como en el cultural. Ahora vio que estaban todos, que todos se quedaban con las sabias palabras

allí pronunciadas, y que todos asentían con la cabeza, especialmente el periodista cultural, que encontró igual de asombroso que un director de banco tuviera poemas en la cabeza como que un poeta tuviera dinero en el banco. Tanto el director de banco con libro de poemas como el poeta con libreta de ahorro estaban allí, haciendo ambos gestos de aprobación. Lo mismo hacían el creador de programas de televisión Culturud, los Stoltenfeldt, los Eskeland, y todos los demás periodistas de cultura que habían visto todas las listas de libros, se habían comido todos los canapés, bebido todos los refrescos, escuchado todas las declaraciones y todos los balbucientes discursos de agradecimiento, habían hecho todas las preguntas, contemplado todos los grabados y estatuillas, admirado las medallas, los diplomas y cartas de felicitación, habían visto los ramos de flores de las editoriales y asociaciones de arte, a los premiados intentar en vano mostrar una elegancia casual en el vestir y cómo sonreían avergonzados a los fotógrafos, levantando los rostros hacia la blanca tormenta de *flashes*. Habían visto todo eso mil veces, habían hecho las mismas preguntas y apuntado las mismas respuestas de esos pobres que tuvieron que ponerse la corbata y dar la mano educadamente agradeciendo el dinero del premio, equivalente a su propio sueldo mensual y a algo menos del sueldo semanal de un veinteañero en la industria petrolífera.

¿En qué vas a gastar el dinero?

Todos estaban allí. Y así debía ser. Había estilo y discreta elegancia. Ninguna palabra fea. Oficina de Asuntos Sociales. Desempleo. Devengos diarios. Defraudador de impuestos. Especulador. Suspensión de sueldo. CO₂. Gases residuales. Presupuesto familiar. Allí no se trataba de cosas así, sino de literatura y arte. El joven historiador de la literatura que presidió el jurado que había proclamado al ganador del Gran Premio Ostøen de Literatura era un literato representativo y un digno representante del estrato de funcionarios superiores. De estudiante había sido un conocido agitador, y como joven investigador siguió siendo elocuente partidario de una ideología que se oponía terminantemente al sistema jerárquico y apoyaba el bombardeo del cuartel general. Cuando hubo trepado hasta lo más alto en las escalas salariales, ocupando cátedras, revistas científicas y cargos en comisiones y comités, tiró del marxismo elevándolo hasta él como si de una escalera de mano se tratara, con el fin de impedir que posibles sucesores emplearan la misma técnica para ocupar su puesto. El marxismo había muerto, predicó a sus estudiantes, que no paraban de tomar apuntes. Y después de clase se metía en su despacho de pluralista liberal, dedicándose a una investigación severa e imparcial; la cual, en sus generosas vacaciones académicas, libre del agotador trabajo de formar parte de comisiones oficiales, popularizaba en forma de crónicas periodísticas en las que se declaraba en total desacuerdo con el espantoso rostro del totalitarismo de cualquier signo, señalando las indignantes violaciones de los derechos democráticos en países tales como Cuba, sobre todo si se comparaba esa mal gobernada nación con el idílico gobierno del país vecino. Después de un año como profesor visitante en Estados Unidos había aprendido que fuera del

texto no hay nada. Y como el mundo está ausente del texto, el texto es, necesariamente, inconexo y metafórico, incluso cuando pretende ser una crítica social. En otras palabras, el presidente del jurado se había convertido en un hábil deconstrutor norteamericano, que dividía su tiempo entre demoler la literatura comprometida y escribir odas comprometidas y líricas a la vida académica tal y como esta se desenvolvía en instituciones educativas libres y neutrales, por ejemplo, en Harvard y Yale.

Como era de esperar, este discurso del presidente del jurado se hizo bastante largo y pródigo en su *laudatio*, en la que sobre todo ensalzaba al galardonado por mantenerse estrictamente dentro de la perspectiva del jefe, y no mencionar para nada a los obreros. ¡Precisamente en esa ausencia radicaba la irónica crítica social de la novela! Y los criticados, además de los secretarios de Estado Stoltenfeldt padre e hijo, hijos de hijos, padres de padres, cuñados y sobrinos, y el creador de programas Culturud, asintieron y elevaron el nivel cuando el mismísimo Ulrik Ostøen hizo la solemne entrega del premio, una auténtica Olivetti Lexicon 80 de 1948, la primera máquina de escribir moderna, diseñada por el arquitecto milanés Marcello Nizzoli.

En lo externo, la agencia de estilismo de Ulrik Ostøen había transformado al mecenas, convirtiéndolo en una figura que encajaba mucho mejor en el mito del artista que cualquier artista. Sus trajes eran carísimos, pero con alguna arruga en el lugar apropiado; el pelo y toda su persona estaban estructurados de modo que le hacían parecer el mismísimo sueño de esa persona creativa a la que los dueños de los nuevos cafés recibirían gustosos en sus locales, despreciando a los vulgares clientes de antes. Para Ulrik Ostøen, que siempre marcaba estilo, era muy importante mostrar que no sólo tenía dinero y don de *maîtres*, sino también un alma profunda e insondable.

En cambio, el propio artista, que por su profesión seguramente tendría alma, estaba pálido, menos acostumbrado a moverse en público, y muy emocionado. Los trapos con los que iba vestido, cogidos al azar, no parecían nada creativos sobre su cuerpo anguloso. Cuando Ulrik Ostøen tuvo por fin el gran placer, y el honor, de llamarlo al estrado, se podía apreciar cómo se retorció bajo las caricias.

El capital es plata, el silencio es oro.

Por su parte, Ulrik Ostøen señaló que le resultaba especialmente entrañable entregar el premio al escritor Wim Runar Leite, por una razón *muy* especial, pues en su juventud, contó el director Ostøen, el galardonado y él habían *convivido* un año entero en unas condiciones muy especiales, en dormitorios para diez hombres, en cuevas de nieve, y en un sinfín de clases de tiendas de campaña, bajo los sobrenombres de 47 Leite y 53 Ostøen. ¿Y qué relación tuvo el 47 con el 53? Pues precisamente desde esa dura época de defensa práctica de la libertad Ostøen había seguido con especial interés y *atención* al escritor, de libro en libro, por triunfos y derrotas. Por eso había recibido con una alegría muy *especial* el comunicado de la bien fundamentada elección del jurado.

—En lo que se refiere al libro galardonado en concreto —prosiguió—, me ha gustado mucho más que el *Fausto* de Goethe, y que esa obra de la Edad Media, *Comedia humana*, la cual, he de confesar, me costó bastante terminar. Y permítanme, para finalizar, citar a Sun Tzu, mi filósofo oriental favorito antes incluso que Mao. Son unas palabras para el recluta 47 Leite: «Él me gusta porque tiene fe en el futuro y no en la experiencia». Y eso es precisamente lo que caracteriza a la buena ficción, tanto en la literatura como en economía. Enhorabuena de nuevo al galardonado, y gracias a todos por su atención.

El mercado único no se encuentra en Centroeuropa, sino en el alma humana, en el lugar donde se aprecian las mercancías artísticas. Al parecer, el autor que había conseguido que se pusiera «Premio de Literatura Ostøen» en su obra, y que Ostøen lo homenajeara en su deficiente neonoruego, llevaba ya escrito su discurso de agradecimiento en el bolsillo interior. Lo sacó y se puso a declamarlo con una voz que encajaba bien con su pusilánime figura. Para asombro y admiración de todos, el discurso estaba en verso:

UN PELÍN

*Un pelín bonito, un pelín borroso,
un pelín fresco, un pelín constante,
un pelín borde, un pelín hermoso,
un pelín confuso, un pelín pedante.*

*Un pelín auténtico, un pelín barato,
un pelín cruel, un pelín humano,
un pelín inculto, un pelín sensato,
un pelín ruidoso, un pelín fulano.*

*Un pelín de poesía,
otro más de tontería.
Un pelín de cortesía,
otro más de puntería.*

*Un pelín de amargura,
otro más de escritura.
Un pelín de estatura,
otro de literatura.*

Se podía ver y oír cómo el orador iba calentándose poco a poco. Su voz, que al principio era débil y apresurada, fue adquiriendo profundidad y fuerza, haciéndose más expresiva que ningún instrumento, ruda y seria como un saxofón tenor, a punto de echarse a reír y a la vez muy cerca de prorrumpir en sollozos, un suspiro arenoso

de dolor y alegría, más allá del llanto y de la risa.

Y sin embargo, los aplausos fueron más corteses que emocionados. Pero aplaudieron todos, también los secretarios de Estado Stoltenfeldt y los miembros de la familia real. La cariñosa defensora del consumidor expresó vivamente su aprobación.

Ulrik Ostøen se ocupó personalmente de poner fin al evento con unas acertadas palabras. Los bolígrafos rasparon los blocs de notas, los micrófonos y las cámaras se pusieron a grabar. Por su parte, Ostøen declaró que se sentía especialmente satisfecho de estar al día en asuntos culturales. Estaba agotado pero lleno de nuevos conocimientos, como le ocurría cuando llevaba veinte horas seguidas leyendo a fondo a Heidegger.

Durante la degustación de champán y canapés que siguió, en medio de la ruidosa aglomeración de gargantas hambrientas y sedientas, de partidarios y partidores, el galardonado hizo declaraciones a la prensa y a la gente del mundo de la literatura.

—Tenemos que hablar.

—Hable, pues.

—¿Por qué escribe?

—Escribo, como dijo Rabelais, no con el fin de crear arte o para expresar mi presente, sino más bien como el niño que mea debajo de un arbusto, para aligerar la presión.

—Un arbustero, pues. ¿Para que le publiquen?

Pero el galardonado no se inmutaba:

—Cuanto más tiempo consigues aguantarte, mayor es la presión y más largo el chorro. Creo que eso es muy importante.

—¿Quiere decir que la literatura no es más que una meada?

—Quiero decir que pienso, ergo existo. Eso creo.

—Pero ¿lo que usted hace es pensar?

—Escribo, como decía Chejov, de todo, salvo delaciones.

Y con ello había terminado. Ya no estaba todo el mundo. Habían empezado a salir. Con un gesto invisible de la cabeza, Kikkan Gaasewiik dio a entender que los coches estaban listos. Bjørn Pelado Blakke aguardaba sentado en uno de ellos, preparado. El dinero estaba preparado. El Minga y Ann Dante estaban preparados. La policía aún no había hecho público el nombre de las víctimas tras el accidente del helicóptero ambulancia, en el que se temía que todos los ocupantes hubieran perecido.

Kikkan Gaasewiik esperaba al ralenti dentro del coche, con el auricular del teléfono pegado a la oreja pero sin pronunciar palabra.

Pelo de camello. Pelo plateado. Bronceado del sur. Saab 9000.

Preparados, listos, ya.

La camisa al cuerpo

—¡Sí! ¡Que sí! ¡Ya lo creo que sí! Lo vi con mis propios ojos. Lo vi en la tele. Y no me equivoco, ni hablar, era el Bjørn, mi hijo, al que llaman Bjørn Pelado Blakke. No me equivoco, no señor. El Bjørn estaba en la tele. Ya lo creo que sí.

El hombrecillo frente al comisario Svein Okeid era tan menudo que parecía estar sentado en lo más profundo de un invisible sillón de piel. Pero estaba de pie, delante de una silla de oficina de abedul barnizado y con asiento de tela azul. Tenía la espalda erguida, el pelo ralo, saliva marrón de tabaco en las comisuras de los labios y restos de la borrachera del día anterior en la voz. Las manos, con las que gesticulaba de vez en cuando, las tenía manchadas de pintura violeta. En la pared encima de él colgaba una reproducción exacta de la *Mona Lisa*.

—Llevaba no sé cuántos años sin pisar la casa. Estaba totalmente cambiado. Nadie lo hubiera reconocido. Ni siquiera yo. Pero volvió a casa y se puso chulo con su propio padre. Así me agradece todo lo que he hecho por él. Pero se lo dije. Sal de aquí, le dije. Eso le dije. Y cuando volví a verlo fue en la tele, entró directamente en mi casa por la tele. Ya lo creo que lo hizo.

—¿Has estado pintando? —preguntó Svein Okeid.

El conde de la Tierra Pelada detuvo sus manos en el aire y se las miró.

—La pintura se quita —prosiguió Okeid—. Las pinturas de interior se quitan, si no contienen aceite.

—Era la fachada.

El conde de la Tierra Pelada mostraba un semblante sombrío.

—Necesitaba una capa de pintura. Siempre hay algo que hacer.

Svein Okeid se quedó pensando. ¿Qué era lo que había decidido encargarse? ¿Un cordero entero o medio? ¿Lo había encargado ya? ¿O sólo había pensado hacerlo? El comisario Okeid notó cómo su mano se retorció alrededor del cable del teléfono, y también notó que sus pensamientos no estaban del todo donde debían estar.

Soltó el cable del teléfono.

—No está prohibido —dijo—, aunque tal vez debería estarlo. Pero la ley no permite denunciar a todo el que aparece en la tele —añadió con una sonrisa cansada—. Aunque tal vez debería.

Frases como estas proporcionan una agradable sensación al cuerpo de los que las pronuncian. El comisario lo notó. Sin habérselo propuesto, se sintió de mejor humor. Se enderezó.

—Es un bestia —dijo el conde de la Tierra Pelada—. Está completamente chiflado. Deberías haber visto cómo se puso con su pobre padre. No tiene sentimientos. Nada de nada. Sentí un nudo en la manta.

—Así que quieres denunciarlo por allanamiento de morada, ¿no es así? ¿O por

asalto? Pero en ese caso tendrás que aportar pruebas. Habrá que interrogar a testigos y todo ese lío.

El comisario Okeid suspiró en silencio. Era un cordero entero. Ahora lo recordaba. Un cordero entero. Lechal. ¿Cómo se llamaba? ¿Obligación de aportar pruebas? Dijo:

—¿No sería mejor llegar a un acuerdo amistoso?

—¡No! ¡No, no y no! En absoluto. Ese chico sólo entiende una cosa: un par de hostias bien dadas.

El comisario Okeid estuvo a punto de negarse a formar parte de ese tipo de violentas conspiraciones, pero cambió de idea.

—Un bestia —dijo el conde de la Tierra Pelada—. Desde que navega por el mar o donde coño quiera que esté, se ha vuelto un bestia. Piensa en lo que le hizo a su viejo padre. Si no hubiera sido porque me lo tomé con tranquilidad... Así que cuando me enteré de lo del director del banco... Quiero decir ese a quien..., ese que no... Pues sí, fue al otro día de colarse por las malas en mi morada por la noche.

Okeid levantó la vista. ¿Morada? Pues sí, el conde de la Tierra Pelada había empleado esa palabra, y prosiguió como si nada:

—Así que no me extrañaría nada. De gente como él puede esperarse cualquier cosa. Lo digo de verdad. Y cuando lo vi en la tele...

En algún recóndito lugar de su mente, el comisario Okeid vio de repente con gran nitidez la imagen de un marinero menudo camino de su primer trabajo en el mar, con una gran maleta de cartón. Se hizo a la mar al día siguiente de aprender a andar, y allí se quedó. Sí, sí, se acordaba de Bjørn Pelado Blakke. ¿También hubo algo de una carta de la Dirección General de la Policía de Copenhague? Habría que consultar el registro de la capital.

—¿Eso es todo? —preguntó levantándose de repente—. Me alegro de que hayas venido. Cualquier información que pueda contribuir a que esto se resuelva es bien recibida.

Eso fue todo. Ya lo creo que fue todo. Ya lo creo.

O no. De ninguna manera. Exactamente. Así es.

El comisario le dio la mano.

El conde se volvió y se dirigió a la puerta. Pisaba tierra sólida. Y pelada.

Svein Okeid, apoyado en los codos, se inclinó hacia delante y dijo levantando la voz:

—Entonces, si te he entendido bien, no vas a denunciarlo...

El conde de la Tierra Pelada se volvió en la puerta y negó con la cabeza.

—Pero ese bestia me asustó —dijo—. Deberías haber visto cómo se comportó. No me llegaba la camisa al cuello.

—Al cuerpo —dijo Svein Okeid—, no te llegaba la camisa al cuerpo.

—No; no me llegaba al cuello.

Al caer la noche

Cuando llegó el día nefasto, clavaron en la tierra un palo en cuya parte superior se veía una cabeza humana recién cortada y con la lengua colgando. Este palo suele ser de una madera dura y se llama *sapundo*, y es algo más alto que un ser humano. En él ha de sufrir el esclavo. Justo enfrente se sitúan en fila los jóvenes y los hombres adultos, en traje de guerra y provistos de lanzas. Uno tras otro hieren al infeliz, mientras que los *baliens* y las *bassirs* (sacerdotes y sacerdotisas) entonan a gritos una canción funeraria. Cuando se sacrifica a muchos esclavos a la vez, por regla general no están tanto tiempo sufriendo, aunque nunca menos de una hora. Si en cambio el que ofrece la fiesta no es muy rico y se mata a pocos esclavos, la pobre víctima puede permanecer tres, cuatro o hasta seis horas atada al palo, ya que sus torturadores sólo le hacen pequeños cortes con el fin de saciar hasta la última gota su sed de sangre. En esos casos, el miserable muere cuando por fin se desangra.

Noches de cables

El pasado es en blanco y negro, el presente es la televisión en color. Esa es toda la diferencia.

—Lo vi en la tele —dijo el taxista—. Emitieron un breve reportaje en las noticias del mediodía. Estuvo bien, pero no entiendo cómo tienen tiempo para vivir apareciendo tanto en la tele, y encima viven más a fondo la vida que otros.

Ulrik Ostøen no estaba de humor para eruditas conversaciones sobre literatura ni para parloteos de ningún tipo. Atravesaron la ciudad con todos los semáforos intermitentes. Incluso por los carriles de transporte colectivo se avanzaba con gran lentitud. Él lo llamaba «viajar colectivamente». Era su buena obra del día: entrar y salir de la ciudad en taxi por el carril bus con el fin de evitar los atascos. Pero había días en los que ni siquiera bastaban las solemnes promesas hechas en los *scouts* ni las buenas obras. Los coches formaban una caravana de veinte kilómetros, escoltada por inescrutables edificios cibernéticos. A cada metro que avanzaba, el cristal y el cromo de los coches se reflejaban en las jaulas de pájaros y en los pabellones de plexiglás que sobresalían de las fachadas de cemento amarillo limón. Los gases de los tubos de escape de la inmóvil caravana de coches coloreaban de rojo el cielo al oeste sobre las oficinas de esa compañía que había sacado provecho del *boom* de la industria petrolífera. El sol se desangraba a través de las nubes bajas, y caía, como un héroe mortalmente herido, sobre el horizonte al final del eterno corredor flanqueado de edificios de oficinas.

Pero no sólo el sol estaba mortalmente herido. También la verde capital estaba marcada por la muerte. Y la marca de la muerte era bellísima, con el automóvil como un poeta *beat* del romanticismo tardío. Él había convertido al sol en un sangrante poema del fin del mundo. Tragaba aceite y gasolina, y vomitaba veneno. Declaraba guerras, esclavizaba a los perdedores, envenenaba a los vencedores y mutilaba a sus vástagos a sangre fría en el depósito. Era el caníbal, el cíclope antropófago, el gigante ciclópeo que se alimentaba de carne humana. Convertía a la sociedad en caravanas, los encuentros en choques, las conversaciones en ruidosas sirenas, los gestos y la mímica en luces intermitentes. Un político es un hombre de mediana edad al volante, responsable de la fluidez del tráfico y de la circulación sanguínea. Autopistas, y muertes cerebrales. De esta manera el automóvil no sólo se convierte en la prolongación del cuerpo, sino también en la principal metáfora empleada por la clase política para referirse al ser humano. Revisión completa, sin límite de velocidad, factura del taller, cambio de aceite, ceda el paso a la derecha, cementerios de coches. En los gases de los tubos de escape, en el polvo poliaromático de carbón, en los filtros de nitrógeno y las partículas de hollín, en la resplandeciente y estética transición del día a la noche, al oscurecer, el automóvil transporta mensajes de muerte

hacia todos los puntos de la sociedad.

Belleza, violencia y muerte. Un suicidio colectivo, universalmente poetizado, puesto en escena por los políticos y ejecutado a diario por todos nosotros.

En tan profundos términos histórico-filosóficos pensaba Ulrik Ostøen mientras el estéreo inyectaba a chorros la cuarta sinfonía de Mahler en el coche, que recorría trechos cada vez más largos hasta que se veía obligado a detenerse. Se acabaron las inescrutables fachadas cibernéticas a ambos lados de la autovía y las sustituyeron pantallas antirruído, cruces, áreas de servicio con carteles de ofertas y banderines de empresas colgando, peajes y paraísos del consumo ofertando experiencias totales. Cuando se disolvió el tráfico y el chófer pudo acercarse al límite de velocidad permitido, Ulrik Ostøen se sintió incomprendido como ser humano. Es un prejuicio muy arraigado entre la gente creer que un directivo empresarial tiene que pensar de un modo convencional y ser políticamente conservador. Ulrik Ostøen se sentía profundamente incomprendido como ser humano también en un plano más profundo. Había tenido suerte, es verdad. Con un punto de partida favorable, había sabido aprovechar sus posibilidades y hacer mucho dinero, dinero que había ganado limpia y honestamente mediante audaces especulaciones. Pero se le antojaba injusto que el dinero y el poder llegaran a ensombrecer lo genuinamente humano, lo que era común a todas las personas. A menudo Ulrik Ostøen se había sentido expuesto a ese tipo de discriminación. Alguna que otra decisión impopular había tenido que tomar. E incluso puede que algunas de sus disposiciones hubiesen estado fuera de la ley. Había participado en asuntos de los que luego se arrepentiría. Seguramente también en el futuro haría cosas que no debería hacer. Pero ¿lo mejor no era enemigo de lo bueno? Ulrik Ostøen no sólo era el especulador sin escrúpulos, el invasor sin piedad, o ese duro hombre de negocios y niño de papá que muchos creían que era. Detrás de su dura fachada se escondían una individualidad y una personalidad diferentes, un alma delicada con tendencia a la meditación y con una mente abierta a soluciones políticas radicales. Además, era un malentendido generalizado el que sólo fueran sus experiencias en la mili lo que lo unía a las esperanzas y sueños que circulaban entre el pueblo llano.

Algunos de los recuerdos más puros de la infancia de Ulrik Ostøen estaban asociados para siempre a ese domingo invernal de marzo, celestial y blanco, con las tribunas a rebosar, el Rey en el palco de honor con su habitual aire de entendido y su programa, y el grito unísono al anunciarse el nombre del gran saltador de esquí. Era una experiencia que contenía todo lo contrario a autovías grises y venenosos gases de tubos de escape. ¿Quién no se acordaba de aquellos grandes saltadores de esquí, como el ebanista Steiner de Suiza, el fumador empedernido Fijas de Polonia o el menudo empleado de banco Fidjestøl de Hokksund, Noruega? Hombres normales, con las virtudes y vicios de las personas normales, así se los veía abajo, en el suelo, antes de echarse al hombro sus tablas, subir hasta arriba del todo y saltar, volar con gran ligereza cien o doscientos metros, inmóviles, a través del aire azul de marzo, por

encima del mar de seres humanos, el trampolín y la envenenada ciudad entre las colinas. Ulrik Ostøen no sabía dónde se producía la transformación, en qué punto los saltadores se transformaban en grandes pájaros, aunque él los hubiera visto pasar muy cerca de sí con pasos pesados y los esquís al hombro, hacia el siguiente salto.

Todos los años a principios de marzo acudían a los saltos de Holmenkollen. Estaban todos, la familia Ostøen al completo, en total una docena de adultos y otra de niños, sentados muy juntos en la Tribuna A, justo al lado de la escalera por la que subían los saltadores. Allí se reunían invierno tras invierno las familias Ostøen y Gaasewiik en torno a los mismos ritos. Por costumbre, la Asociación Noruega de Esquí les apartaba siempre veinticinco entradas para los saltos del año siguiente, y con la misma regularidad acudía la tía Tøss, con más de sesenta domingos de Holmenkollen en su haber, a la oficina de la asociación con el fin de comprobar que le habían reservado las entradas correctas, en la tribuna principal junto a la escalera, donde los pequeños Ulrikito, Kikkan Gaasewiik, Finken, Loll, Popp y Loli podían, literalmente, tocar a los grandes saltadores cuando estos subían al trampolín para la segunda vuelta. Después del último salto, ya triunfaran o fuesen derrotados, los Veteranos de la Vitamina (como se llamaban a sí mismos por defender la libertad y una vida sana, sol, aire puro, largas excursiones en esquís, aceite de hígado de bacalao, iglús en laderas soleadas, sopa hirviendo de cebada, zumo de naranja, pomelo, y una alimentación rica en fibra) invitaban a los saltadores a canapés y vino caliente, que eran recibidos con el agradecimiento de los modestos, expresado en sus encantadores dialectos. La sensación de comunión con el país que sentía en esos momentos, expresada a través del grito colectivo de Holmenkollen, la consideraba Ulrik Ostøen como una confirmación de que era capaz de conectar con lo mejor y lo más profundo del alma popular noruega. Tomar impulso, llegar al borde del trampolín, dar el máximo durante unos preciosos segundos, y caer de pie al aterrizar al final del vuelo. También podría verse como la imagen de una exitosa transacción comercial. En momentos como ese, junto a la escalera de la Tribuna A, Ulrik Ostøen se daba cuenta de cuánto amaba ese extraño y alargado país en el que el destino había querido que naciera. Por nada del mundo hubiera prescindido de esas experiencias decisivas, y precisamente por eso consideraba muy injusto que se hablara de él como de un esnob, un blando, un niño de papá educado en un protector ambiente de clase alta. Ciertamente había nacido con una cuchara de plata en la boca, como se suele decir, y hubiese podido convertirse fácilmente en un niño tan mimado que incluso usara agua caliente para limpiar los peces después de pescarlos, pero la verdad era que en la familia Ostøen nunca se habían mimado los unos a los otros. Daba la casualidad de que vivían muy cerca de Holmenkollen, y nada más natural que aprovechar ese excelente punto de partida para el entrenamiento físico, para bien de amigos y conocidos, el domingo de Holmenkollen. Mucho antes de que la policía cortara el acceso al tráfico privado, la familia Gaasewiik al completo aparecía ante la casa de los Ostøen. Equipados con mochilas llenas de frutos secos, chucherías, gorros

de lana, banderas noruegas y viejos abrigos de piel de lobo, echaban a andar para dejar que sus gritos dispersos se fundieran con el júbilo del pueblo.

Ulrik Ostøen había tomado impulso. Estaba volando. Si conseguía caer de pie al aterrizar, el rugido colectivo de Holmenkollen lo envolvería. Estaba seguro de ello. Ulrik Ostøen adoptó una expresión de gran concentración y fijó la vista en el firme delante de él. El taxi había atravesado el último peaje. Sin impedimentos a la velocidad, la autopista se abría camino elegantemente a través de una pequeña ciudad, por un túnel de cuatro carriles, adentrándose en la Noruega rural donde los campos de trigo se erguían amarillos hacia el sol del atardecer. El taxista pudo por fin disfrutar del titán bajo el capó, dejándole mostrar sus aptitudes en la carretera recta. Ulrik Ostøen se sentía seguro del aterrizaje. El consorcio saldría reforzado. Él recibiría el homenaje del pueblo. Tendría que hacer considerables inversiones personales. ¿Diamantes o arte? Muy dentro de él sabía que en realidad no tenía elección. Ya lo había decidido. Precisamente su conocimiento del pueblo llano y su simpatía por él le harían llevar a cabo una evaluación comercial correcta. Así se pondría al día en todo, sin dejarse llevar por intereses de grupos ni por prejuicios. Algunos de nuestros pintores de los años treinta seguían estando subestimados. Estaba seguro. También Kikkan Gaasewiik lo estaba. Aconsejaba invertir en los situacionistas, sobre todo en las modificaciones de Jorn y en cosas como *la pittura industriale* de Pinot Gallizio, cuyos lienzos medían más de ciento cuarenta y cinco metros, o en los *îlots-maquettes* de Constant. Pero tras un sensato análisis económico, Ulrik Ostøen apostó por los viejos pintores de tendencia. Por ejemplo, no tiene ni pies ni cabeza sacar en una subasta un excelente óleo de Aulie, de tendencia clara, por un precio inicial de menos de cincuenta mil. Lo mismo ocurría con Egeland, y con toda la generación de pintores de aquella década: Syrdahl, Kavli, Kraugerud, Bergstrøm, Ole Mæhle, Johs, Rian, Winge y Strømme. Podía esperarse un aumento considerable de su valor. Ulrik Ostøen elegía el arte. Era una elección en concordancia con lo mejor de sí mismo. Una clara elección de valores. Se reclinó en el asiento y notó que daba con el reposacabezas. El arte es negocio. El taxi penetró a gran velocidad en la noche azul.

Neon Beach

El gato tiene el lomo arqueado y asalta a su presa.

El perro de espalda hundida está a punto de fugarse.

En la cascada está el salmón, inmóvil, rojo y firme. Ni se fuga ni asalta. Está en medio de la contracorriente más rápida, justo antes de mover la aleta y dar el siguiente salto remontándola. Sólo a los peces muertos se los lleva la corriente. Los aviones necesitan viento en contra para poder despegar.

Al llegar al final del estrecho camino que subía del muelle, el Minga se detuvo y se volvió. Notó el aliento de Ann Dante en la nuca. Iba justo detrás de él. También ella se detuvo, y permanecieron mirando el mismo mar, sin tener nada que decirse el uno al otro. En torno a ellos la tarde otoñal oscurecía en una maleza de bosque mixto y matorrales de bayas silvestres. Habían dejado el taxi en el muelle del trasbordador, donde los había recogido otro barco que los transportaría el último trecho. Un débil reflejo del día se posaba aún sobre el agua y el estrecho debajo de ellos, sobre los islotes y los montes pelados hacia el mar abierto.

Seguían sin tener nada que decirse. Ann Dante echó a andar. El Minga notó su aliento ligero cuando lo adelantó. Se dio la vuelta y la siguió. Ya casi habían llegado.

El sendero terminaba delante de una casa blanca de verano, antaño propiedad de un ballenero, con tejado de tejas de color rojo pálido. Por las curtidas paredes trepaba una vieja parra silvestre. Las ventanas estaban abiertas. Dentro, las guitarras procedentes de un potente equipo de música perforaban las viejas cortinas de ganchillo de la abuela. Sonaban como un avión supersónico de cuatro motores listo para aterrizar dentro de la reproducción de un cuadro del dulce Carl Larsson. Incluso los yates de recreo de cuatro plantas pasaban en silencio por el estrecho.

La casa era inabarcable, con muchos ángulos irregulares y pequeñas estancias. Tanto la escalera exterior de piedra como la terraza acristalada y el pequeño recibidor se hallaban llenos de gente con ganas de fiesta. Todo el mundo estaba allí. El ex secretario de Estado socialdemócrata. El autor que había sido traicionado por la clase obrera. Los secretarios de Estado Stoltenfeldt padre e hijo. El creador de programas Culturud, micrófono en mano. El director progre de la revista *Klikk*. El microcatedrático con microprocesador. Acompañado por unas gambas recién cocidas y un Chablis de 1984, el historiador buscaba con una sinceridad despiadada una respuesta a la pregunta de por qué los obreros habían destrozado el movimiento obrero. La apasionada pintora de cerdos, Nina Heftye, conversaba con el guitarrista de la provincia de Akershus, Nils Hefti. Salvo Wim Runar Leite, estaban presentes todos los que tenían acciones cotizando en la Bolsa del mercado único.

Desde la terraza de cristal, una columnata con enredaderas recorría una de las paredes de la casa de verano. Ann Dante cogió al Minga de la mano y lo llevó dos

escalones abajo, hacia la columnata. Un abejorro olvidado zumbaba contra la llegada de la noche, el invierno y el frío. La parte de atrás de la casa estaba protegida contra lo peor de la música pop. Un reloj de pared daba la hora con un sonido frágil. Un pequeño soplo de viento hizo sonar la falleba de una ventana. El Minga y Ann Dante penetraron en la penumbra.

A un lado de la pérgola se habían colocado muebles macizos pintados de blanco al estilo Skagen, y farolillos de colores iluminando los bancos. Detrás de las enredaderas y la verja, quedaba aún algo de luz sobre el estrecho que daba al sur. Los yates de recreo lucían linternas rojas y verdes. Los tres acordes de las guitarras se mezclaban con el crepúsculo, la vegetación y el runrún de las voces, conformando un ambiente íntimo de fiesta y opulencia. El Minga y Ann Dante no habían visto ni oído a Ulrik Ostøen hasta que de repente se encontraba delante de ellos con dos copas en una mano y una en la otra.

—*¡Indian summer!* —dijo, y brindó. Su voz diseccionó el rumor de voces y la música pop como un escalpelo en tejido graso.

El Minga contestó:

—¡Buenos días, guardias del rey!

Ann Dante dijo:

—Soy Monika Legervall.

—No digas bobadas —dijo Ulrik Ostøen, sin quitarle ojo—. Mucho gusto.

Se había cambiado y se había puesto un traje vaquero negro. Parecía relajado y satisfecho con la vida. Usaba la bebida para mojarse los labios mientras hablaba, gesticulaba y señalaba la marina donde estaban amarrados en fila los hidroaviones y los barcos de la empresa. Hablaba de yates de recreo, embarcaciones de vela, cúters a motor, veleros para regatas y barcos de pesca. También hablaba de cosas misteriosas como la Constructora de Barcos de Madera de Oslo, el ático del fabricante de velas de la ciudad de Lyngør, velas de Génova y focos.

Desde dentro salía por los altavoces el sonido de The Bitch Boys. Un hidroavión descargó a un nuevo grupo de invitados en el muelle. Ulrik Ostøen puso una mano amable en el hombro del Minga y con la otra cogió a Ann Dante del brazo.

—Perdonadme si os aburro —dijo—. Pero venid conmigo. Hay algo que quiero enseñaros.

Volvieron a pasar por la pérgola y subieron a la terraza acristalada. Por los cristales coloreados de las ventanas del comedor entraba el reflejo de la larga luz nórdica, cálida y acogedora. La luna era de metal ligero. En un marco dorado con cristal había un trozo de damasco sobre el que el poeta Wildenvey había improvisado durante una cena un discurso con tinta azul. El salón, donde se encontraban los altavoces, tenía el techo blanco, flores frescas, sillones de mimbre y una barra de bar junto a la pista de baile. Crepúsculo y copas. Todo nórdico con barra. Pero nadie bailaba. Agotados caballeros a la moda se dejaban vencer por su cansancio de la vida. Como venganza, los vencedores de la Segunda Guerra raparon a las putas de los

alemanes. En cambio, los supervivientes de la rebelión de los jóvenes iban voluntariamente a los peluqueros de moda y les entregaban sus cabelleras como signo de arrepentimiento y penitencia.

—¡Apocalypso now! —la voz de Ulrik Ostøen atravesó el rugido de las guitarras.

—¿Cómo?

—El baile de la muerte en la Edad Media. Con coreografía antillana. ¡Apocalypso now!

—Ajá.

En algún lugar muy al fondo de la música, el bajo se convirtió en bajo andante, dejando de ser un mero bombardeo rítmico. Atravesaron marcando el ritmo la vacía pista de baile y siguieron por un pasillo y una cocina repleta de invitados. Al final llegaron a una especie de biblioteca donde una voz chillona gritó que afortunadamente por fin la gente se había dado cuenta de que moral era igual a ausencia de socialismo. Por lo demás, la biblioteca estaba amueblada con muebles de mimbre, una rueca, un telar de tapices, una estufa con espléndidos azulejos pintados a mano y una leñera de cobre turco, todo ello interrumpido por una silla minimalista de acero, diseñada por Maurizio Peregalli, y dos sillas de caoba y acero inoxidable de Claus Wettergren. En dos de las paredes había ventanas con parteluces. La tercera estaba cubierta de estanterías de arriba abajo (la serie negra de Duhamel, Riverton, Skagen, Bodelsen, Sjowall & Wahlöö en primeras ediciones, Kyd, Marlowe, Tourneur, Webster, Marston y Nashe en la serie *The Mermaid*), altavoces y una pantalla de televisión de treinta y dos pulgadas. Sobre el televisor colgaba un aguafuerte enmarcado y con cristal.

Ni hablar

El aguafuerte podía representar a un lancero de la Guerra de los Treinta Años o a un comerciante holandés de viaje por las Indias. La figura iba tocada con un casco que parecía un gorro de noche de acero, y vestida de grueso terciopelo y paño tosco. En la mano llevaba un trabuco y en el cinturón una pistola corta. Sus pesadas botas parecían hundirse confiadas en una ciénaga tropical.

Debajo de la ciénaga tropical ponía «Philanders von Sittewald Moscherosch» con letras góticas y ornamentos botánicos. Si ese era el nombre de la persona del cuadro, Moscherosch era un salvaje moralista calvinista que había cruzado el mar lemúrico hasta el borde exterior del planeta con el fin de recoger el oro y los tesoros terrenales que impidieron a los paganos la entrada al cielo. Había medido la altura del sol, y con ayuda de las estrellas dirigió su buque mercante hacia una costa desconocida e infestada de malaria. La temperatura es cien grados más calurosa que la del infierno, pero a la cabeza de sus hombres desembarca con el crucifijo en alto y equipado como si fuera la isla ártica de Spitzberg y no la costa de Borneo en la que acaba de poner su pie calzado de hierro. Con las Sagradas Escrituras en una mano y un arma de fuego en la otra, se adentra en la tierra. Despreciando a la muerte se abre camino entre caníbales, cazadores de cabezas, paganos, peste y fiebre. Su voracidad y ferocidad no tienen límites.

Voracidad. Ferocidad. Desprecio a la muerte. ¿Quién puede pronunciar palabras como estas hoy en día?

Detrás de cada menor un defensor del menor.

Detrás de cada refugiado un asesor de inmigración.

Detrás de cada autocar un psiquiatra especializado en crisis.

Detrás de cada vejistorio un aparato de apoyo.

Detrás de cada barco un carguero de plátanos.

Detrás de cada mujer un centro de acogida.

Detrás de cada hombre una mujer.

Detrás de Philanders von Sittewald Moscherosch no se ve a ninguna mujer. Están tumbadas ante él. Completamente en celo, voraz, se adentra en la tierra. Se santigua, roba, mata y fornicación en el nombre de Dios. Coloca piedra sobre piedra los cimientos de poderosos fuertes y castillos. Falta a su palabra. Roba, tortura y mata. En la tierra amasa inmensos tesoros. Desde la residencia del gobernador, en lo alto del fuerte de esclavos, ve caer la noche tropical y las antorchas vacilantes iluminando débilmente el oro y el marfil. Pájaros de fuego, mosquitos en la noche. Retumban las olas rompientes, los chasquidos de los látigos llueven sobre las espaldas de los esclavos. Débiles gritos de terror suben de los calabozos. Mantener fría la cabeza, hielo en las venas, hielo debajo de la piel que suda por la fiebre. Su cerebro son las nieves

perpetuas del Norte. Pero él tiene razón. Se ciñe a las Escrituras. Suda plomo, muerte y destrucción sobre la tierra dorada. Está enfermo. Detrás de los muros del fuerte se amontonan los tesoros. Pero no tiene suficiente, nunca es suficiente. Con sus últimas fuerzas fornicaba, traiciona y mata. El barco lleva anclas, cargado hasta el borde de esclavos, oro, incienso y mirra. Fiebres amarillas, fiebre blanca. Se está muriendo. Lo supera. Ha hecho las cosas más terribles. Las ha hecho. Ha estado allí. Tal y como muestra el aguafuerte, ha puesto el pie en una costa desconocida, voraz, despreciando a la muerte. Pero fue real. Se ha enriquecido. Tuvo que adquirir todo lo que veía. Era la llama que ardía. En su última desesperación hubo miedo. Amargura en su lamento. Sufrimiento en su tormento y desesperanza.

Todo lo malo que puedas decir de él es verdad. Todo lo que puedas decir sobre él es malo. Pero estuvo en el mundo. Vivió y murió. Ataviado con cota de malla y paño llegó a tierra y sometió una costa de esclavos tras otra con armas de fuego e incendios. Quemó los cuerpos de esas almas que arderían en el infierno. Vivió de tal manera que al morir notó la diferencia.

—Por eso —dijo Ulrik Ostøen— está aquí colgado su retrato. También nosotros hemos aterrizado en una isla. Podemos llamarla Borneo. Por aquí abundan los cazadores de cabezas.

—Y el cuadro está pintado al estilo realista de Borneo.

Se oyó una nueva voz que competía a gritos con la guitarra y los demonios internos de Ulrik Ostøen. Una expresión de cansancio se dibujó en su cara, y se volvió hacia el Minga y Ann Dante.

—Me costó un ojo de la cara —dijo—. Permitidme que os presente a Mia. Salud a la señora Ostøen.

Un nido en la isla

Era como una flecha. Un disparo fortuito directo al corazón. Ulrik Ostøen estaba allí, vibrando muy dentro de ella, encajado, incapaz de salir.

Ella vestía de luto, ropa negra de verano con adornos de cuero y tachuelas. Su atuendo era ambiguo, expresaba al mismo tiempo luto y vitalidad, subrayándole el cuerpo y el sexo a la vez que insinuaba otros atractivos muy diferentes a los eróticos, algo inaudito y secreto, algo jamás visto ni vivido entre hombre y mujer. Encima de esta expresión corporal llevaba un peinado asimétrico, con todo el pelo hacia un lado y un pesado pendiente en la otra oreja como contrapeso.

Los ojos de ella se encontraron con los de él. Sus ojos sí eran simétricos. Brillaban resplandecientes como el neón bajo la lluvia en la fachada, antes de la sesión. Eran verdes, azules, marrones. Cambiaban según su estado mental y según quién los mirara.

Ella volaba. Lo sabía. Ya no estaba en el columpio. Había soltado al Minga y se había echado a navegar por el espacio sin red de seguridad. Se estiró para alcanzar a Ulrik Ostøen.

Con ambas manos él la agarró por sus finas muñecas, que temblaban como cerillas en manos de un pirómano.

Los ojos azules de ella lo desnudaban.

Se quitó la camiseta negra.

La luz de su cuerpo subía blanca desde la palmatoria de los vaqueros.

Él se inclinó hacia ella y encendió la mecha.

Él ardía.

Ella se prendió fuego.

Se inflamaron.

Llama. Fuego. Ardor.

Y ceniza. Ceniza gris y fría. Lo que quedaba de la vida de ella. Desaparecería con un soplo. Tan fácil. Tan sencillo. Ella lo sabía. Estaba perdida.

El pelo tan cuidadosamente peinado le cayó sobre la cara. Se derramó sobre el bello rostro de modelo transformado e irreconocible, hinchado por el deseo, por una gravedad y una desesperación sin fondo que le perforaban el peinado y el duro maquillaje. Sus pequeños pechos estaban muy separados y en punta. Las yemas de los dedos de él los acariciaron. Le besó los pezones y le mordisqueó los pechos. Los cepillos de los ojos de ella barrían hacia abajo y hacia arriba. El deseo tronaba a través de su rostro hinchado, a través de una gravedad interrumpida sólo por fugaces sonrisas, lejanas y blancas como las estrellas, sonrisas que no pertenecían ni a esta tierra ni a la mitad norte del globo terráqueo.

Los dedos de él eran fríos como las estrellas. Las yemas de sus dedos, luces

minúsculas en la gran noche del cuerpo. Deslizó la lengua desde el cuello de ella, bajando por el firme vientre hacia la hebilla del cinturón, hacia la cremallera.

—Aquí no —dijo ella—. Vámonos.

Ulrik Ostøen se adelantó. Ella volvió a enfundarse la camiseta, se atusó el pelo y se colocó la chaqueta de cuero sobre los hombros. La casa estaba llena de gente. Todo el mundo estaba allí. Todo el mundo está ahí, pero ella no ve al Minga por ninguna parte. Ulrik Ostøen y Ann Dante estaban ahí, y ya no están. Salieron a la terraza, bajaron por la escalera de piedra y siguieron el sendero hasta el muelle. El Minga seguía sin aparecer. El crepúsculo nórdico no tenía fin. Debajo de las ligeras nubecillas al sudeste, la luz era blanca como el vientre de un pez.

Ya en el muelle, Ulrik Ostøen se volvió y descubrió que ella todavía estaba bajando por el sendero desde la iluminada casa de verano. La música se oía a lo lejos. Al darse cuenta de que él la miraba, ella siguió andando hacia donde él estaba, contoneándose como un barco en medio de una tempestad, con su blanca sonrisa como un viejo buque innavegable recién pintado, meciéndose a la altura de la línea de flotación. Un velero de tres palos arrió las velas y se dirigió hacia la tempestad. Ella vio a Ulrik Ostøen. Vio los barcos de recreo meciéndose en los amarres. Oyó las gaviotas sobre el estrecho. Lo conseguiría. Atravesaría la tempestad. Era su destino. Esa clase de vida. La riqueza. El poder. Su belleza no iba a palidecer y morir en la provincia más oscura.

Él echó a andar hacia ella. Se encontraron bajo las viejas encinas y los altos pinos junto al muelle. Al verla de cerca, Ulrik Ostøen descubrió que ella no era un buque. Era redonda y roja. Era una baya. Al apretarla le sacaba el jugo. Puso la mano sobre la única parte de su cuerpo donde la piel quedaba protegida por el vello. Los abrigos de piel, pensó, tienen que responder a un deseo inconsciente de cubrirse del todo, de la misma manera que sólo los genitales están cubiertos por la naturaleza.

Caminaron juntos por el muelle. Casa de la empresa. Cabañas de la empresa. Alcohol de la empresa. Coche de la empresa. Mujeres de la empresa. Avión de la empresa. Empleados de la empresa. Barcos de la empresa por valor de mil millones. La Financiera Ostøen paga a Firmafinans S. A. una suma anual de doscientas noventa mil coronas para que U. Ostøen ceda su casa de verano para seminarios internos y reuniones del consejo de Ostøen Management. La señora Margrethe Ostøen recibe quinientas mil coronas por los servicios de asesoramiento sobre la decoración artística del edificio para los cursillos y de la cabaña de la empresa.

El mar lamía con mil lenguas las manchas verdes de los pilotes de los muelles y de los montes pelados.

Amarrado al último noray del muelle había un elegante barco de madera con la obra muerta pintada de blanco. Era un yate de crucero a motor marca Furuholmen y Scheen, de la época de los primeros especuladores, a principios de los años veinte. La tradición se había mantenido dignamente. Ulrik Ostøen puso el pie en el cabo de amarre y el barco fue hacia él. Subieron a bordo. La estacha de amarre seguía por la

borda hasta una boya por popa que tiraba de una cadena fijada al ancla.

Ulrik Ostøen estaba al timón y llevó el barco marcha atrás a través del agua agitada por las hélices, hasta salir del malecón. El viento vespertino era caribeño: fuerte, cálido y soplando tierra adentro. Al salir a cubierta, Ann Dante tenía a sus espaldas la casa de verano espléndidamente iluminada. A través de los golpes de pistón aún le llegaban débiles ecos de la música. Ulrik Ostøen puso la proa en contra del viento y aceleró.

El asiento del piloto se encontraba justo detrás de la caseta, a estribor. Ostøen se sentó, controlando el rumbo con una mano mientras se inclinaba por la borda para evitar los bajíos. Ella se colocó a su lado, veía cómo las olas golpeaban la cubierta delantera para luego ser cortadas por la afilada proa. El barco rozaba la superficie del agua como una mano blanca sobre terciopelo azul, abriendo la estela como si fuera una cremallera. Ya habían salido del estrecho, pero el yate dominaba el mar igual de bien.

El viento producido por la velocidad le golpeó la cara y le alisó el pelo como una crin. Ella se puso de espaldas, mirándolo a él. El pelo le cubrió la cara. Igual que una bandera negra que se raja, se quitó con violencia la camiseta. Su cuerpo blanco emergió como una media luna de piel en el horizonte. Con un movimiento brusco se sentó sobre él. No llevaba bragas debajo de los vaqueros negros. Él soltó el timón y se llevó la mano al cinturón. Luego dio un brinco y literalmente se metió dentro de ella. Volvió a agarrar el timón. El cúter avanzaba a saltos, con las olas cada vez más fuertes por el viento marero. El cuerpo de ella cubría todo el campo de visión hacia delante. Inclino la cabeza hacia atrás dejando que el viento enloqueciera en su pelo. Todavía con una mano en el timón, él empezó a besarle el cuello y los pechos.

Beso tu blanco pecho, y siento el secreto de tu nuca bajo la sombra de tu pelo, y las algas de tus cabellos por la playa, allí donde emerge la cabeza del cuerpo del mar, con la boca y las cuencas de los ojos cubiertas de besos. Ligeros y silenciosos como los pies de un niño sobre arena quemada por el sol son mis labios y mis dientes contra tus orejas, pero tú no oyes ningún beso, no oyes ni ves el mar, los besos se posan sobre tus ojos cerrados y sobre la muda respuesta de tu boca, sobre los latidos de tu corazón a través del pecho, sobre la cavidad del ombligo y el arco del vientre a través de la selva tropical, contra el agua, donde el extremo de la lengua se afila para unir las partes del cuerpo, puntada a puntada, entre el origen y el final de la vida, hasta que se rompe el hilo y las olas de piel besan los mojados brazos del mar.

Así avanzaban, deslumbrados, a oscuras. Ya estaban mucho más allá de las aguas de cinco nudos. Ostøen aceleró para que el barco se nivelara y la velocidad aumentara. Entonces ella le sintió correrse. Los motores se pusieron a rugir, el esbelto casco cogió velocidad, los caballos tronaron dentro de ella, y él se corrió, oscuro y húmedo, muy dentro de ella. Ella lo sujetaba, lo agarraba, tiraba de él. El hombre era la copa de un árbol arrasado por tormentas y lluvias.

La velocidad allanó la blanca estela tras el barco.

—¡Coño! —jadeó él—. ¡Fulana! ¡Putas! ¡Maldita perra!

Muy juntos, tan juntos como pueden llegar a estar dos seres humanos, así era la sensación de libertad. Ella seguía sentada, meciéndolo. En la oscuridad, por encima del ruido de los motores, intentó recordar el sonido del sueño más dulce, el sonido de los amados, de los amantes dormidos, ligeramente desfasados el uno del otro, y sin embargo reposando al mismo ritmo.

La oscuridad se había tragado las nubecillas y la blanca luz de vientre de pez hacia el oeste, que desapareció en el mar abierto que los rodeaba a ellos y al barco.

La sinceridad es la figura lingüística más sentimental. Ulrik Ostøen cerró los ojos. Un buen día. El mar era infinitamente grande. Él había secretado orina, dinero, excrementos, palabras, sangre, sudor, semen y lágrimas. El mundo lo había envuelto y lo había recibido. No entendía por qué, pero seguía habiendo una especie de *pathos* particular en la unión física de un hombre y una mujer. Había algo que distinguía precisamente ese acto de las demás actividades de la vida cotidiana: cepillarse los dientes, comer caramelos de regaliz, marcar ocho cifras en el teléfono, enderezar la espalda tiesa por el sueño, ir al servicio, aparcar en línea, ir a la peluquería. Y no se trataba de los movimientos, tampoco de la cercanía física, era en las palabras donde quedaba un resto sacramental, en los jadeos y en los gemidos, en las vagas secreciones de la copulación.

El barco había salido por completo del estrecho. Detrás de ellos, un extremo de la estela lamía las piedras de la playa, el otro se extendía hacia el infinito, donde el mar y el cielo se encontraban en el horizonte fundiéndose sin dejar rastro en el agua silenciosa.

MA, ME, MI, MO, MU

MI MAMÁ ME MIMA

El mar estaba oscuro y en calma. El barco rozaba la superficie del agua como una mano blanca sobre terciopelo azul oscuro.

En resumidas cuentas

Desde los cuatro puntos cardinales, los altavoces tronaban sobre una pista de baile vacía. Todo el mundo estaba allí, y el Minga conocía a todo el mundo, pero nadie lo conocía a él. Salió de la cocina, atravesó el luminoso salón, donde las flores cortadas seguían frescas en la mesa, pasó por el invernadero y salió a la terraza cubierta.

No estaba Ann Dante. No estaba Ulrik Ostøen.

Bajó la pequeña escalera que conducía a la terraza, en dirección a la pérgola iluminada. Los farolillos de colores que colgaban de la fachada de la casa esparcían una tenue luz por el sendero que bajaba hasta el muelle. En la marina, los barcos crujían en sus amarres y las luces se mecían.

Por entre las sombras, bajo los altos árboles, el Minga avistó una luz centelleante que aparecía y desaparecía a intervalos regulares. Cuando sus ojos se hubieron acostumbrado a la penumbra, observó que el centelleo provenía de un espejo ovalado que estaba atado con una cuerda a la rama de un pino. Cuando el viento soplaba por el bosque, el espejo oscilaba lentamente. El Minga se acercó y vio una oscura imagen de sí mismo en el marco ovalado. Su cara encajaba mal con la idílica casa de verano. Irritado, dio un empujón al espejo, lo que hizo que oscilara con más fuerza en la rama. En fugaces instantes veía cómo su propio rostro se encontraba con el reflejo, salía del marco y desaparecía en el crepúsculo, en las hojas amarillentas, la madera pintada de blanco, los marcos azules de las ventanas, los farolillos de colores y las tejas rojas.

Cuando el espejo volvió a oscilar y captó su cara, vio otro rostro junto al suyo. Era el rostro de una mujer, que desapareció a la vez que el suyo cuando el espejo volvió a alejarse. Pero luego volvió. Junto con el suyo, ese rostro se quedó grabado en el espejo, meciéndose hacia los lados.

Ulrik Ostøen la había presentado como su mujer, la señora Ostøen. El Minga la reconoció. Dejó de empujar el espejo. Sus miradas se encontraron. Ella abrió la boca.

—¡Hola, tú! —dijo—. ¿Cómo estás?

El Minga puso cara de contrariedad y se volvió desganado hacia ella. No tenía fuerzas para ser cortés ni descortés.

—Tirando, gracias. ¿Y tú?

—Toda la sal del mar procede de mis lágrimas. Así estoy.

Ella sonrió. El Minga dijo:

—¿Has oído las noticias? ¿Han dicho algo del accidente del helicóptero?

—¿Có-o-o-mo? —contestó ella, y añadió unos sonidos más, propios de su condición social.

—Un helicóptero ambulancia —dijo el Minga—. Varios muertos.

—No tenía ni idea. Para los vuelos transatlánticos prefiero Swiss Air. La comida

en SAS Business es un verdadero escándalo. Y con Pan Am es que ni vuelas, vamos.

—¿Es eso lo que te entristece tanto?

El espejo volvió a mecerse, captando ambos rostros dentro de su marco. Noche suave. Música suave. El mar en calma chicha. Genitales justo bajo la superficie.

—Estaba pensando... —dijo ella—. Cuál es la fuerza motriz que hay detrás de nuestros actos, la fuerza motriz emocional que hay detrás de todo lo que hacemos, detrás del hecho de que esté hablando aquí contigo. Y de que realmente te haya estado buscando.

El Minga alargó una mano para detener el movimiento pendular del espejo.

Ella se acercó a él. Tenía un cuerpo fuerte y atlético que se había quedado flaco, una cara proporcionada con los rasgos ya muy marcados, y unas manos fuertes y bien formadas con gruesas venas entrelazadas en el dorso. Se parecía a su propia imagen.

—¡Tómame! —dijo de un modo melodramático, y cerró los ojos.

El Minga retrocedió un paso. Ella abrió los ojos.

—Quiero sentir tu cuerpo. Quiero lamer tus heridas. Los demás están tan apáticos y son tan viciosos que no tienen fuerzas más que para charlar.

Entre frase y frase apretaba con fuerza los labios y lo miraba fijamente. El Minga tragó saliva.

—Es peligroso hablar así —dijo él—. Necesitas un condón para la lengua y cápsulas antisépticas para el habla. La Dirección General de la Salud ha inventado un práctico equipo de plástico para recoger todas las palabras obscenas de un modo higiénico.

Ella se encogió de hombros:

—Y tú ¿qué eres? ¿Médico acaso?

—O paciente. O algo por el estilo. Un convaleciente al cien por cien.

Había salido la luna, grande y amarilla. Su luz vibraba en la fosforescencia del mar. Al otro lado del estrecho se erguía una sombría colina sobre el agua.

¿VES UNA COLINA VERDE?

¿VES UN NIÑO RUBIO?

—¿Y tú? —dijo el Minga—. ¿Qué haces tú aquí?

—¿Qué hace el protector para proponer un procedimiento?

—Prostituir un procedimiento. Ganar dinero sumergido con el fin de emerger.

Estaban tan cerca el uno del otro que sus cálidos alientos se fundían. Al fondo se oía el machacón sonido de la fiesta. Tenía un pulso de ciento noventa invitados. El Minga no estaba aturdido. Se sentía tranquilo y sereno. No había ninguna conexión. Él conocía todo eso, pero no le gustaba.

—¿Has oído —preguntó el Minga por fin— que en Mida van a poner una clínica para el sida? Va a haber sida en Mida.

Ella se limitó a asentir meditabunda con la cabeza. Dijo:

—¿Con máscara o sin máscara?

—¿Qué quieres decir con eso?

—Algo sin contenido. Duro, sano y completamente vacío.

—Una cáscara.

—Eso es lo que quiero decir. Sin máscara.

Aún no se habían tocado.

—Estoy a punto de echarme a llorar. Estás tan vacío como todos los demás.

El Minga asintió. Estaba vacío. Todo estaba vacío. Mejor así. Vaciedad casi de un calibre ibseniano. Muy afortunado. Alentador. Como una cárcel vacía. Como un banco vacío.

—Entremos —dijo ella de repente cogiéndolo del brazo.

El espejo oscilaba y parpadeaba. Juntos subieron lo que quedaba del estrecho sendero hasta la casa. Dos personas vestidas de fiesta en un entorno hermoso. El *glamour* de la fiesta los iluminó. La buena vida. La música se había atenuado. El disco de la luna brillaba. En la escalera que subía a la terraza, ella se detuvo y se volvió. Él le tocó el muslo. Firme, delgado, como el de un chico. Vientre plano. La mano se detuvo: no, plano no. Tenso. Como una cuerda de arco tensada. Estaba tensada hacia dentro, hacia el corazón. Allí estaba la flecha.

—Bonito —dijo ella—. El jardín del Edén.

—De lo bonito a lo sublime.

—¿Bailamos?

—Pasmados.

—Que nadie pasme tanto que la ese se convierta en ele.

—Que nadie la palme de tal manera que pasme.

Así debería ser una conversación. No hay nada más que decir. El lenguaje es una cuerda floja sobre la que uno anda sin red. Las líneas en las que se encuentran las letras son finas como una telaraña. Las frases son finos hilos de un tejido que puede romperse en cualquier momento. Pero es todo lo que hay. No existe otra conexión. Detrás de la telaraña está la ausencia de lenguaje, la luz, la oscuridad. El vacío entre las líneas. El lenguaje es una telaraña, visto y no visto. Los sonidos desaparecen, las líneas se borran, no quedan huellas de sus pisadas en la hierba.

Él no dijo nada más. Al verbalizarlo, todo se convertía en algo distinto. Un veneno invisible, un desconocido virus lingüístico que envenenaba las burbujas del habla y contagiaba las palabras, impidiéndole explicarse. Tampoco era necesario.

—Ya puedes irte —dijo ella—. Ya llevas aquí mucho tiempo. Esos dos nos sacan ya una buena ventaja. ¡Vete!

Él seguía con la mano en la entrepierna de ella.

—¿Te refieres... a Ann Dante?

—Lo mismo digo. Chao.

Ella volvió con los demás. Todo el mundo estaba allí. Ella sabía que lo que ella no sabía no tenía interés. Y que los que no sabían lo que ella sabía carecían también

de interés.

El Minga se quedó donde estaba. Notó cómo todo le subía por dentro. Aquello estaba apoderándose con fuerza de su cuerpo. Aquello que lo atravesaba como olas rompientes, abriéndose camino hasta su boca. Palabras, maderos flotantes, destrozos, cantos rodados, crestas de espuma, vertidos de petróleo. Todo lo que el mar profundo puede arrastrar hasta la tierra.

La luna había desaparecido detrás de una nube.

Fuera, en la oscuridad, todo se fundía con el horizonte, como la prueba final de que ya no quedaba ninguna diferencia entre el cielo y la tierra.

Y de nuevo emergió la luna, grande y redonda.

La luna era la única ventana iluminada en el casco negro del cielo. En el camarote, detrás de la escotilla, el capitán, Dios, estaba de juerga con los chicos de la tripulación.

No hay tiempo que perder

Se trataba de una barca de madera, grande y pesada, con un motor de veinte caballos, y el Minga no era un marinero experimentado. Y sin embargo, y para su propio asombro, logró meter la hélice en el agua y arrancar con la cuerda el motor fuera borda. Luego levó el ancla. No sabía por qué. Tenía el dinero. Su parte estaba ingresada en una cuenta corriente en Suiza. No era esa la razón por la que buscó la marcha atrás y consiguió librar ese mastodonte del amarre y llevarlo mar adentro. No había ninguna luz en el mar. No se veía a nadie en el muelle, y él iba solo a bordo.

La caña del timón estaba conectada a un volante situado más hacia la proa. Ya con el motor en marcha, el Minga pasó por encima de los bancos, agarró el volante y aceleró. Al salir del malecón enderezó la barca y se dispuso a salir del estrecho. Delante de él, el mar estaba negro como Coca-Cola, con burbujas, espuma y un sabor igual de agrio. Al dar una suave curva de serpentín, la estela dibujó una raya blanca fosforescente tras la embarcación. Cuando la luna apareció entre dos nubes, el mar pareció temblar como si se tratara de la última noche del mundo, antes de que desconocidas sustancias venenosas quebraran la última resistencia del tiempo, dirigiendo el vientre plateado del mar hacia las estrellas.

El viento soplaba imperceptiblemente contra la superficie del agua. Una mano contra metal fino. Y la luna había desaparecido. El mar no refleja el cielo de Dios, sino el desarrollo de la industrialización.

En torno al Minga, las llanuras tierra adentro, los bajíos y las ciudades tras el litoral se fundían con el mar y el cielo en una bruma todavía plateada que los envolvía por completo a él y a la embarcación. La gran penumbra subía desde el fondo del mar para posarse sobre la costa y las islas cercanas. En la tierra que quedaba atrás centelleaban aún algunas luces dispersas como estrellas de una lejana galaxia del universo social. La fosforescencia extendía su ala de cometa detrás de la barca. El mar negro y la tierra negra se fundían en un solo elemento, y la oscuridad era igual de silenciosa en todas las direcciones.

El agua que fluye es simétrica e igual a sí misma, pero cuando la oscuridad se intensifica, todo lo que está en el agua y todo lo que flota en el mar adquiere unas posiciones particulares, ajustándose a algo diferente. La simetría se rompe en el agua. El Minga no lo notó por las luces, porque aquello no tenía luces de navegación, ni siquiera en cubierta, y tampoco salía ninguna luz de la superestructura. A sus ojos apenas era visible, como una oscuridad más densa sobre esa gran oscuridad que cubría el mar; más espeso que espeso en lo espeso, más negro que negro en lo negro, más silencioso que el silencio en el silencio. No reconoció ni proa, ni espejo de popa, ni remaches, ni castillo, ni vigas, grúas, cabrestantes o codaste. Ahora bien, era algo denso y macizo, encerrado en sí mismo, con las escotillas cerradas, planchas de acero

remachadas y caoba pulida.

Al principio, el Minga pensó que estaba anclado y en reposo. Luego notó una especie de succión en su propia embarcación, y se dio cuenta de que estaba atrapado en los remolinos de una embarcación más grande, que a su vez daba la impresión de estar dando vueltas a baja velocidad, en un gran círculo alrededor de un centro invisible.

El Minga intentó girar el volante y acelerar. No funcionó. Estaba desesperadamente perdido al albur del gran movimiento circular. Su propio motor no tenía fuerza suficiente para alejarse, detenerse, dar marcha atrás, y salirse del campo de gravitación. Se levantó del asiento, soltó el volante y permaneció de pie agarrado a la borda.

Por mucho que lo intentó, por mucho que apretó los ojos para mirar, le resultó imposible avistar el contorno de la compacta oscuridad del barco. Pero vio un débil fulgor rojizo inflamarse y desaparecer gradualmente. Con la mano libre, el Minga agarró el volante, no para dirigir, sino agarrándose instintivamente a algo. Cuando miró hacia atrás ya no pudo ver las luces de la tierra, ni sabía en qué dirección se encontraba. Todo a su alrededor era absorbido por la cálida y lanuda oscuridad otoñal. Así estaba, desconcertado e indeciso, cuando de repente y sin querer soltó la borda y el volante a la vez.

Se volvió y miró hacia arriba, hacia las planchas de acero pintadas de negro contra las que había chocado la proa de su embarcación. El Minga se levantó laboriosamente con la sensación de estar atravesando una especie de membrana, para luego entrar en un barco que llevaba una carga luminosa, fosforescente y alucinante, reventada en pedazos y desintegrada en minúsculas partículas que a su vez estaban dispersas en el desorden más feroz. Al Minga todo le daba vueltas. En un centelleo se vio a sí mismo como un insecto, un moscardón que se quemaba las alas en el globo de una lámpara, alrededor de una bombilla de interrogatorio de mil vatios, delimitada y encerrada, pero extrañamente luminosa.

No proyectaba sombra porque se encontraba dentro de la luz. De repente su mano estaba agarrando algo. Una forma física reconocible. Un peldaño de la escala de gato. El Minga dejó el motor fuera borda al ralentí, puso el pie en la borda, dio un empujón a la barca y empezó a subir la escala.

Fue como trepar dentro de otra dimensión. En la oscuridad más extrema. El Minga saltó por encima de la borda y puso los pies en la cubierta. No se veía tripulación, no se veía un alma. El barco estaba abandonado y vacío, como si un veneno invisible los hubiera desintegrado a todos a bordo, transformándolos en masas difusas y sin contorno, amebas, medusas y fosforescencia. Pero delante de él vislumbró la oscuridad redonda y compacta de una escotilla. Incapaz de situar la proa ni la popa, ni babor ni estribor, el Minga anduvo por la cubierta hacia la escotilla densamente oscurecida.

No había ninguna luz por la que guiarse, sino más bien una oscuridad visible.

Rizo en la vela

—Es en el universo —dijo Ystebø—. Es allí donde algo no funciona.

O no se atrevió o no quiso echar un vistazo a ese terrible universo para obtener una prueba de lo que acababa de decir. Tampoco miró directamente al comisario Okeid, sino más allá de él, hacia un lugar por encima de su hombro donde su mirada podía posarse por ahora sin peligros. Ystebø estaba en la puerta, llevaba unas zapatillas con los talones pisados, y tirantes encima de la camiseta de manga larga.

—Algo hay aquí abajo en la tierra también —dijo Svein Okeid—. También aquí hay algo que no está del todo como debería.

Ahora el granjero Ystebø miró al infinito. El cielo estaba manchado de gris y amenazaba precipitaciones y cosas peores. Dijo con voz meditabunda:

—Sí, pero es allí fuera, en el universo, donde hay algo que no marcha del todo bien.

Una oveja baló quejumbrosa a cierta distancia de ellos. El comisario se metió la mano en el bolsillo y sacó un collar con un cencerro.

—¿Había visto esto antes? —preguntó.

El granjero de montaña tenía un rostro de cuero agrietado, pero no aparecieron más grietas en el cuero.

—¿Es el de la oveja guía?

—No, todas llevan cencerro —contesto Ystebø—. Déjeme oírlo —añadió, alargando la mano.

Con la cabeza solemnemente ladeada cogió con cuidado el collar, se llevó el cencerro al oído, lo agitó y escuchó.

Buen oído. El cuero de su cara reventó en mil nuevas arrugas amables.

—Pues sí, es el de la Arnhild —dijo feliz—. ¿Dónde lo ha encontrado?

—Detrás del pico de Vondversnuten, en lo alto del valle de Skitthedler.

El comisario intentó poner cara de circunstancias al contar que la oveja estaba muerta y comida por cuervos y otros pájaros.

—Pues sí, también las jodidas se mueren —dijo Ystebø, y agitó el cencerro una vez más en señal de duelo por la oveja que lo había llevado al cuello.

—Alguna causa tendrá que tener la muerte —añadió con aire meditabundo.

—¿Todas las demás han vuelto? —preguntó Okeid—. ¿Vivas?

—Y más que eso —contestó Ystebø con cara de pillo.

—Entonces a lo mejor tiene medio cordero, se aventuró a decir el comisario. Para venderme, quiero decir.

Ystebø negó con la cabeza.

—Ya no —dijo—. Ahora se lo entrego todo a la cooperativa. Tendrá usted que ir a preguntar al carnicero.

—¿Ni siquiera una cabeza?

—Vaya locura. Antes siempre las enterraba junto con los huesos y los intestinos. Pero hoy en día vienen con grandes furgonetas para llenarlas de cabezas de cordero, e incluso te ofrecen dinero por la molestia. A mí me parece que pagan demasiado, aunque a mí me viene bien.

Svein Okeid no contestó. También él quiso probar el sonido del cencerro.

—Entonces, ¿lo ha encontrado usted ya todo? —dijo, mientras el frágil sonido del cencerro se extinguía.

—Pues sí, a las personas y a los animales —contestó Ystebø—. Y no sólo a las ovejas. También encontré a esa enfermera que me trata los calambres de las piernas. La encontré a ella y a esos hombres que se mataron en el accidente del helicóptero. Tuvo que haber sido antes de que se cayera. Qué barbaridad. Si no nos hubieran quitado el hospital, se habría evitado eso y más.

—Pero ¿los vio usted?

—Sí, bajaban desde Tausanuthola. Uno de ellos no parecía estar muy bien, porque no paraba de temblar y se comportaba de una manera muy rara.

Svein Okeid levantó la vista del cencerro que llevaba en la mano y miró al viejo. Los granjeros de montaña tienen la misma pinta en todo el planeta y, si se los tradujera, seguramente nos encontraríamos con que también hablan de la misma forma y con las mismas reservas.

—Eso creo —añadió Ystebø tras una larga pausa, mientras cambiaba el peso al otro pie.

—¿Cuándo? —preguntó Okeid—. ¿A qué hora fue?

—Bueno, alrededor de las nueve y media, supongo.

—No vería usted nada más, ¿no?

Svein Okeid se dio cuenta de que no iba por buen camino. Los dos se dieron cuenta de que aquello empezaba a parecerse a un interrogatorio. Ystebø contestó:

—Pues sí. Vi un zorro en las cuevas de Nonskilje.

—¿Le preguntó usted si conocía a Berdines Ystebø?

Los ojos del granjero brillaron.

—¡Un cabrón! ¡Ya lo creo que sí, un verdadero cabrón! —dijo, sentándose en una piedra—. Eso sí que era un zorro.

—Pero ¿no vio a más gente?

Berdines Ystebø se pasó una mano arrugada por el pelo tupido y cortado al cero, todavía negro, con manchas canosas. Asintió con la cabeza. Luego hizo un movimiento negativo y permaneció inmóvil.

—Lo que se dice ver... —contestó—. Los ojos te iluminan el cuerpo. Si tus ojos están sanos todo el cuerpo te brilla.

Svein Okeid recordó de repente cuál era el libro en el que August parecía en un mar de ovejas. Pero ya no se trataba de ese libro.

—Si los ojos están enfermos, todo el cuerpo se oscurece.

Estaban en la puerta de la vivienda de la pequeña granja de montaña y sus miradas se encontraron. Las laderas seguían verdes. Un gran turismo sueco cambió de velocidad al subir la cuesta. Las ovejas balaban. Se oía el rumor del río. Estaban frente a frente. Cuerpo a cuerpo. Lo que buscaban Berdines Ystebø y gente como él en la Biblia no era a Dios. Eso sí lo entendió el comisario Okeid. Si no pensaban que la Palabra era Dios. A lo mejor lo creían así. Y buscaban la palabra en las Escrituras. Eran lectores que sólo tenían una escritura, un solo libro.

—Era una buena enfermera esa mujer —dijo Berdines Ystebø—. También fui a verla por mis varices. Estaba de muy buen ver, ya lo creo. Dele recuerdos míos, si la ve.

—Ya veremos —contestó Svein Okeid, y le devolvió el cencerro cantarín. Ystebø lo cogió.

—«Ahí tenéis al hombre» —dijo—. ¿Sabe usted lo que gritaron al oír eso? Svein Okeid miró muy serio al granjero.

—«No soy yo quien grita: “¡Crucifícalo! ¡Crucifícalo!”» —dijo.

—¿Porque no ve usted a ese hombre?

—¿O porque el que lo ve no dice nada?

—En su opinión, ¿de quién puede tratarse?

—Eso sólo lo sabe el que está sentado en lo alto y ve en lo profundo.

Tanta escolástica resultó demasiado para Svein Okeid. Se dio por vencido. Estaba ya camino de su coche cuando Berdines Ystebø dijo a sus espaldas:

—Y sin embargo espero que se resuelva. Ya lo veremos. Si la luz que llevas dentro es oscuridad, ¡qué profunda será entonces la oscuridad!

Al alba. En el coche. El rugido del motor. Protegido por finas chapas pintadas. De hojalata. Svein Okeid no se acordaba de cómo se había despedido del viejo.

La lata conocía el camino. Conducía con el piloto automático puesto. Estaba oscureciendo. Debajo del capó rugía el motor. Sus pensamientos trabajaban. Pensó en su hermano. Los pensamientos le daban vueltas en la cabeza. Willy Waliium. ¿Había bruma helada sobre el río? Él deseaba dejar algo más después de muerto que un diploma certificando que había aprendido a conducir camiones de tres cuartos de tonelada.

¿Y la verdad?

Era efímero. Pero ¿eso qué significaba?

Era más efímero que el humo.

Era más efímero que la sombra del humo.

Era más efímero que la sombra del humo sobre agua corriente.

Era más efímero que el anochecer sobre la sombra del humo sobre agua corriente.

Así era.

Abajo, en el centro, se encendieron las luces y se le aproximaron. El letrero luminoso del tejado del banco. Las llamas de gas en el horno alto. El reflejo del vaciado de la escoria. Los centelleantes cargueros en el agua.

Vio la verdad. Salió por encima del horizonte y subía como una luna llena, blanca e invisible detrás de las densas nubes. No la veía, pero sabía que estaba allí, y que su posición podría calcularse y determinarse con gran precisión.

De repente Svein Okeid recordó cómo se había despedido y qué respuesta había recibido de Berdines Ystebø.

—Los mayores son los más viejos —había dicho.

—Y los más viejos son mayores.

Restos mortales

Fue un placer volver a ver el cambiante paisaje de la costa, un alivio poder mirar el mar tras los eternos bosques del interior:

Tan profundo, tan oscuro, tan intensamente azul

... y meditar sobre los misterios ocultos bajo la superficie. Algo de ello se desvelaría al caer la noche. Entonces se vería un sinfín de medusas centelleantes como meteoros dentro del mar, o como una tenue raya blanca fosforescente, un resplandor serpenteando por la superficie del agua, indicando la existencia de masas incalculables de ciliados demasiado pequeños para que pueda captarlos el ojo humano. El maravilloso efecto de la salida y puesta del sol, el pálido brillo de la luna con su vibrante resplandor plateado en la superficie del agua, y la celestial legión de estrellas, brillantes como pequeños soles sobre otro mar azul, e iluminando las oscuras olas debajo, eran imágenes que, una vez contempladas en medio de una panorámica tropical de tierra y mar, nunca podrían olvidarse.

Eccehomo

Eccehomo Rosas existe de verdad, no sólo en la confusa mente de Bjørn Pelado Blakke. Existe, tiene el pelo plateado y la piel color bronce, manchas hepáticas en las mejillas, y pelo en las orejas. Trabajó durante mucho tiempo de camarero en la pizzeria Papparazzi de Cocabamba. Basta con abrir *El Progresista* del 6 de diciembre. El día anterior a esa fecha, Bjørn Pelado Blakke había visto a Eccehomo Rosas servir nueve copas bien cargadas de vodka con zumo de naranja a un tal Campo Elías Delgado, a quien Eccehomo conocía lo bastante como para saber que no solía probar el alcohol, pues Delgado era un asiduo de Papparazzi. Bjørn Pelado Blakke, en cambio, bebió ron con Coca-Cola, como tenía por costumbre, pero no en cantidades tan grandes que luego, después de lo que sucedería, no fuera capaz de recordar al camarero de nombre tan filosófico.

Pues sí, Eccehomo Rosas existió realmente. Le sirvió las copas de vodka a Campo Elías Delgado, y de ron con Coca-Cola a Bjørn Pelado Blakke, que se lo grabó en el cobre del recuerdo para siempre. Bjørn Pelado Blakke tenía motivos para estar de celebración. Había tenido un buen día. Después de una jornada de fructíferas reuniones de negocios, Ulrik Ostøen fue depositado en el aeropuerto. Bjørn Pelado Blakke saboreó la bebida pensando satisfecho que aquello había sido en gran parte mérito suyo. Pero aún con más claridad, Bjørn Pelado Blakke vio para sus adentros lo que sucedió a continuación. De pie, junto a la barra, Campo Elías Delgado apuró la novena y última copa, dejó en el mostrador el periódico en inglés que había estado ojeando y se acercó tambaleándose a la mesa en la que Bjørn Pelado Blakke estaba tranquilamente sentado en compañía de Frank Cola Mora, Alfredo García, Johnny Napoli, y el hombre al que llamaban el Mantequilla. «Sin pestañear», como lo expresaría después uno de los supervivientes, Campo Elías Delgado sacó un arma y abrió fuego contra todo el grupo. Cuando el primer cargador se vació, Campo Elías Delgado volvió a cargar el arma y siguió disparando.

El propio Eccehomo Rosas avisó del crimen por teléfono a la policía desde la cocina, mientras sus clientes se metían presos del pánico debajo de las mesas. La policía acudió inmediatamente y emprendió un tiroteo con Campo Elías Delgado, al que aún quedaba mucha munición, pero que cayó desplomado antes de poder usarla toda, herido mortalmente por un gran número de balas de la policía. Para Frank Cola, aunque no para Bjørn Pelado Blakke, aquello significó el repentino e inesperado final de una vida llena de contenido y experiencias; para Campo Elías Delgado, el final de una larga jornada. La investigación policial demostró que Delgado, que tenía cincuenta y dos años y era veterano de la guerra de Vietnam, había empezado el día disparando un revólver de calibre 52 contra su madre, Rita Elisa Morales. Luego había matado a cinco vecinas, todas ellas universitarias. Acto seguido se había

desplazado a la pizzería Papparazzi, en las afueras de Cocabamba, donde se bebió nueve vodkas cargados antes de sacar el arma y acabar con la vida de otras veinticuatro personas.

Delgado, que había servido con honores en la Marina, y que se había alistado como voluntario en los marines norteamericanos durante la guerra del Vietnam, envolvió a su madre, de setenta y dos años, en una colcha, y tras rociarla de gasolina le prendió fuego. Con el pretexto de que su piso se estaba quemando, llamó al timbre de varias casas vecinas y pidió que le dejaran usar el teléfono. De esa manera entró en dos viviendas, en una mató a dos mujeres y en la otra a tres. Con toda tranquilidad, según testigos presenciales, se dirigió luego a la pizzería Papparazzi, donde le pidió varias copas a Eccehomo Rosas.

Una vecina del asesino declaró en la radio local de Cocabamba que ese mismo día había observado a Delgado mirando fijamente un cartel que anunciaba la obra *Bodas de sangre*, del poeta español García Lorca. Tal vez delante de ese cartel, a medio camino entre la vivienda quemada de Campo Elías Delgado y la pizzería Papparazzi, empezara la cadena de casualidades que condujo a que Frank Cola Mora, en la cima del poder y la riqueza, rodeado de sus fornidos guardaespaldas, aduladores y peones, y sin la concurrencia de los innumerables motivos que existían para acabar con él, fuera abatido a tiros y acabara sus días antes de que ni él ni nadie pudiera levantar una mano para defenderlo.

A posteriori, es decir, al día siguiente, los periódicos, encabezados por el ya mencionado *El Progresista*, escribieron largas elegías sobre la creciente violencia de la sociedad, que había llegado a tal punto que incluso habían acabado con la vida del eminente ciudadano, activo hacendado y viril general de aviación Frank Cola.

De Cocabamba a Pocona se tardan seis horas en camión, furgoneta o todoterreno. En las muchas necrológicas, Bjørn Pelado Blakke, que llevaba cuatro días acompañando a Ulrik Ostøen por los alrededores de Pocona junto con Frank Cola, pudo leer una información muy impactante y halagadora sobre su generoso anfitrión tan repentinamente fallecido. No sólo era sin duda el general más viril de todo el ejército del aire. A la edad de cuarenta y cuatro años habría podido, si le hubiera hecho falta, dar un golpe de Estado sólo con la ayuda de sus herederos y familiares más cercanos, que constituían un verdadero ejército de bien equipados y armados hijos e hijas, hermanos y hermanas. Con hermanastras y hermanastros incluidos, Frank Cola pertenecía a un grupo de ciento catorce hermanos. Él sólo reconoció a ochenta y ocho descendientes mediante el sacramento del bautizo, todos ellos incluidos así en la Iglesia católica y en la familia de Frank Cola.

En la gran hacienda Otro Mundo, en las cercanías de Pocona, Frank Cola sembraba cada otoño y bíblicamente la tierra con sus propias manos, del mismo modo que durante todo el año sembraba cubos de su propio semen en criaturas del sexo opuesto. Frank Cola fue un hombre fértil. Alrededor de él crecía y florecía la tierra. En ese sentido era igual que su padre, el coronel que en paz descansa, y que

ahora descansaba en la paz del Señor en tierra santa. Como agricultor, no obstante, Frank Cola fue un pionero, capaz de administrar sus tierras generando una gran riqueza no sólo para su familia, sino también para sus colaboradores cercanos y lejanos en todo el distrito, y más lejos. Mediante una reestructuración de sus actividades agrícolas, Frank Cola se convirtió en un importante partícipe de la única industria de exportación que funcionaba en el continente latinoamericano.

El resultado lo había visto Bjørn Pelado Blakke cuando él y Ulrik Ostøen salían en coche de Cocabamba. El bienestar creado por el comercio exterior de Frank Cola se veía en forma de magníficas mansiones detrás de altas vallas con alambre de espino y cristales rotos en la parte de arriba. Flamantes Ford Bronco, BMW, Nissan, Audi, Mercedes y Ford Falcon atravesaban en silencio las verjas de hierro forjado abiertas por control remoto de las villas de estilo suizo, haciendas españolas y *country homes* inglesas. En pequeñas ciudades como Toco, Cliza y Trinidad, motos y *jeeps* circulaban a saltos por las callejuelas. Una caballería de las de antes y tanques acorazados de última moda cuidaban de que la miseria y la apatía se mantuvieran inalterables fuera de las murallas de las grandes mansiones.

Donde las fértiles laderas del este de los Andes se encuentran con la parte más oriental y más meridional de la cuenca del Amazonas y la selva tropical, el paraje se denomina Chapare. Allí se halla la finca de la familia Cola, acertadamente llamada Otro Mundo. El poder estatal no tiene sobre Otro Mundo más que una autoridad formal, y ni siquiera eso. Otro Mundo es prácticamente impenetrable para vehículos, y está escasamente poblada por tribus indias nómadas. Cuando las fuerzas especiales norteamericanas entraron en Chapare con el fin de destrozar los campos de cultivo de cocaína, el general Frank Cola estaba al mando de las fuerzas nacionales que constituían las tropas de apoyo para la operación norteamericana. Con gran habilidad táctica y logística, procuró que las fuerzas de campaña fueran enviadas a las tierras de los terratenientes rivales, y que algún que otro pequeño pez acabara en esa tupida red que, según la enardecida prensa internacional, había sido desplegada por toda la zona en una atrevida acción militar.

Bjørn Pelado Blakke fue uno de los primeros que acompañaron a Frank Cola dentro de la zona después de que se hubiera ganado la batalla contra la mafia de la cocaína y se hubiera levantado el estado de excepción. El general Cola no tardó mucho en comprobar que las cosechas y el equipo de producción de Otro Mundo no habían sufrido deterioro alguno. La planta de cocaína no precisa una vigilancia permanente y el equipo de producción es sencillo. Una decárea de buena tierra da cerca de una tonelada de coca, suficiente para producir de dos a tres kilos de cocaína. En compañía de Frank Cola, Bjørn Pelado Blakke pudo comprobar que la producción continuaba como si nada hubiese ocurrido. Los mismos *picacocas* hacían *cocapasta* con una mezcla de hojas de coca, aceite, sal, y acetona como disolvente. Del mismo modo que los vendimiadores obtienen el zumo de la uva bailando encima de ella, los *picacocas* pisan durante toda la noche la pasta de hojas de coca. Fuera de sí de dolor,

fuera de sí de veneno para paliar el dolor, bailan desde la puesta de sol hasta que vuelve a salir, con la colilla del cigarro mojada en la masa de coca, saltando como pájaros de fuego en la noche.

Antes Pocona tenía un pequeño generador propulsado por gasolina que proporcionaba luz eléctrica todas las noches durante unas horas, y corriente para radio, televisión, vídeo y porno. Tras la exitosa acción militar contra la zona de cultivos, la ciudad se había quedado silenciosa y oscura. Desde la fresca terraza de Otro Mundo, Bjørn Pelado Blakke, con una copa de ron con Coca-Cola en la mano y Ulrik Ostøen al lado, veía caer la noche negra y densa sobre la ciudad. Las hojas de coca tienen un efecto parecido al del café. Son eficaces contra el hambre y la sed, contra los dolores de cabeza y tripa, y contra el soroche, que es esa rara enfermedad provocada por vivir a demasiada altura. Pero, al contrario del té y el café, el consumo de la coca es sano, no tiene efectos secundarios. Conforme a su buen espíritu paternal, Frank Cola cuidaba de que todos los que trabajaban en su empresa de exportación tuvieran maíz, mandioca, suficientes mujeres y esa cerveza casera de maíz llamada chicha. Pero sobre todo suministraba a su gente hojas de coca para masticar o hacer infusiones.

De aspecto, Frank Cola era un hombre alto y nervudo de facciones marcadas. Debido a un consumo exagerado de testosterona había perdido el pelo, quedándose calvo bastante pronto. Era de caminar ligero, ágil, fornido y más fuerte que el Estado, como lo expresaba él mismo, y no desmentía su experiencia vital. Los deportes que mejor se le daban eran el karate, echar pulsos y la lucha con dos cuchillos, uno en cada mano. Desde la primera vez que midió sus fuerzas con las del Estado se hizo famoso por su valor y su bravura. Frank Cola era entonces un teniente de aviación recién licenciado que le dijo a la cara al mismísimo presidente de la república que estaba dotado de un órgano de reproducción apenas comparable a un chupete de bebé, pero que, en cambio, el órgano correspondiente de su madre era más grande que la catedral barroca de Bahid. Todo el mundo entraba. ¡Todos recibían la absolución! A partir de entonces, los superiores de Frank Cola dudaban constantemente entre matarlo a tiros o promocionarlo. La solución intermedia fue desterrarlo a alguna embajada europea. En una ocasión, cuando los desalmados organizadores del concurso de Miss Galaxy habían engañado a la candidata de Cocabamba, dejándola, después de haber abusado de ella desvergonzadamente, tirada en una calle de París, sin dinero, sin apenas ropa y desesperada, apareció el agregado militar, teniente coronel Frank Cola, literalmente como el resplandeciente caballero blanco, pues de tal color era su elegante uniforme. Dejó que la rechazada Miss Galaxy se alojara en la residencia diplomática de Passy hasta que todas las formalidades consulares se hubieron cumplido y ella pudo volver a la sagrada tierra de su patria, tanto con su honra como con todos los documentos necesarios intactos, entre ellos un certificado médico profusamente sellado en el que se daba fe de que la chica no había ganado el título de Miss Galaxy, pero que, en cambio, era virgen,

hecho del que el médico francés se mostró firmemente convencido, sobre todo después de ver el Magnum de Frank Cola.

Además de legendarios actos heroicos como este, durante su carrera diplomática el agregado militar Cola supo entablar contactos tanto comerciales como militares que le serían de gran utilidad cuando empezara a interesarse en serio por la agricultura intensiva y la industria de exportación. Como diplomático llamó bastante la atención, por no decir que causó una gran sensación, sobre todo en los círculos llamados feministas, al declarar que el hombre que no pegaba y azotaba a sus mujeres como parte del acto erótico, no era un hombre de verdad y, en consecuencia, no las amaba realmente. Todo esto lo dijo en una ocasión muy alterado, en defensa del boxeador Monzón, que había pegado y azotado a sus mujeres con tanto cariño que acabó con la vida de una de ellas. Pero ¿quién no hacía eso? ¿Quién no corría el riesgo de hacer lo mismo cuando el amor estaba en juego? Desde luego, sí los animales de raza y sementales como Dieguito Monzón y Frank Cola.

En esos términos se expresó el teniente coronel Cola Mora en presencia de un periodista del periódico parisiense *Le Monde*. Por su labor fue llamado a la patria, promocionado a coronel y nombrado para un importante puesto en el mando supremo.

Su último día, Frank Cola, a quien durante toda la vida sobraron fuerzas y ganas para combinar su vocación civil y militar, lo empezó controlando personalmente que la cocaína obtenida fuera pesada y embalada en bolsas de plástico, que luego se colocaban en baterías de coches y eran enviadas hacia el este y las grandes metrópolis brasileñas. Avanzada la mañana, dos avionetas despegaron en dirección a la cuenca del Amazonas. En ese momento Frank Cola se encontraba sumido en profundas deliberaciones con Ulrik Ostøen, degustando ambos un ligero desayuno de café y fruta. A continuación se metieron en el Land Rover con Bjørn Pelado Blakke e iniciaron el fatigoso viaje de vuelta a Cocabamba. En los semáforos a la entrada de la ciudad, diligentes niños se lanzaban sobre el coche para limpiar el parabrisas y los espejos laterales. Frank Cola les regaló cigarrillos con filtro mojados en *cocapasta*, caricias en la cabeza y unas cuantas palabras amables. Mientras tanto, no paraba de hablar de su madre, que a los ochenta y siete años gozaba todavía, gracias a Dios, de buena salud. La habían casado a los trece años y tenía un hijo de setenta y tres, que, por lo tanto, era su hermano de sangre (de Frank Cola, se entiende). Asimismo, Ulrik Ostøen recibió exhaustiva información sobre la opinión de Cola en lo referente a la vida, la muerte, y el camino hacia el progreso, la riqueza y el desarrollo social en Latinoamérica.

A saber: en las calles de Cocabamba un gramo de cocaína pura cuesta cinco dólares, lo que da cierta idea del coste de producción. En las calles de Nueva York, París, Berlín u Oslo, el precio tal vez sea de cien dólares el gramo. Como ocurre con otros productos de países en vías de desarrollo, el precio no empieza a subir hasta que la mercancía ha cruzado las fronteras del país productor.

Para el camello de Estados Unidos, un alijo de diez kilos de cocaína puede valer un millón de dólares. El precio por pasar la droga de contrabando al Caribe está en unos cinco mil dólares. Meterla en Estados Unidos cuesta algo más. Los beneficios para los agricultores que han cultivado las hojas de coca rondan los quinientos dólares. Un maestro de escuela en Pocona gana veinte dólares al mes, lo que significa que existe un buen margen para duplicar el pago a los cultivadores de coca sin tener pérdidas, y a la vez estar seguro de que ganan más con la coca que cultivando papaya, guayaba, curuguá, corozo y guanábana.

En una ocasión se encontró una tonelada de cocaína escondida en una carga de pulpa de fruta congelada procedente de Ecuador. En otra ocasión se descubrieron cuatro toneladas en una carga marítima de madera brasileña.

¡Cuatro toneladas! Hace unos años la cocaína se exportaba a los países ricos escondida en el cuerpo del contrabandista. El gran acierto de la economía latinoamericana estriba en haber desarrollado el comercio de cocaína desde pequeñas empresas subterráneas a una gran industria, con parques empresariales como Tranquilandia y buenos contactos con multinacionales.

Cierto es que debido a que los grupos del llamado alto *standing* en Occidente han elegido la cocaína como su droga preferida, la selva tropical está siendo talada y los últimos pueblos aborígenes forzados a formar parte del intercambio comercial internacional. Pero ¿y qué? Todos los hábitos de consumo en Occidente tienen enormes consecuencias para los países del Tercer Mundo, a los que importa poco que los productos exportados sean legales o ilegales. Da más o menos igual que se trate de cocaína, café, ganado, caucho, goma, manganeso o pieles. En todos los casos el comercio está regulado por las leyes fundamentales de la economía.

—La lucha contra nosotros —dijo Frank Cola—, la lucha contra los que operamos en la única industria próspera de exportación de Latinoamérica, se debe únicamente a que las grandes multinacionales quieren hacerse con el control. Latinoamérica debe en total un billón de dólares a la economía occidental. ¿Qué ha recibido Latinoamérica a cambio de esta inconcebible suma de dinero? ¿Dónde está depositada? ¿En qué se ha invertido? ¡En nada! En nada de nada. En *whisky* y piscinas privadas, en policía y ejércitos que son gendarmes de su propio pueblo, pero que de vez en cuando podemos emplear para defender el control sobre nuestra propia industria de exportación.

Después de que Ulrik Ostøen hubiera escuchado esta larga conferencia, seguramente no habría un hombre de negocios menos sofisticado y ortodoxo que él en el avión de Cocabamba con destino a Europa y escala en Miami y Florida. Cuando aún no se había dormido bajo el efecto de las copas de antes, durante y después de la cena, consideró incluso la posibilidad de añadir a Nietzsche a su lista de filósofos favoritos. Se aproximaban al hemisferio norte, las azafatas repartieron mantas y bajaron las cortinillas de las ventanas.

En ese mismo instante Frank Cola saludaba efusivamente al camarero Eccehomo

Rosas, y una vez acabados los abrazos y para quitarse el polvo de la carretera, se bebió dos o tres vasos de cerveza importada de Holanda. Luego pidió su *pizza* preferida y otra cerveza más para él y para el resto de la gente.

Eccehomo Rosas acababa de servirle su *pizza* especial con *mozzarella*, olivas verdes, anchoas, tomate triturado y mejillones cuando vio a su cliente habitual, Campo Elías Delgado, tragarse la novena copa, atravesar el local con pasos vacilantes y vaciar el cargador contra el hacendado y general Frank Cola Mora, que estaba comiendo mientras charlaba tranquila y amistosamente con sus más estrechos colaboradores y contactos de negocios.

Uno puede preguntarse, como también hicieron los periódicos, si la muerte de Frank Cola fue tan fortuita como podía parecer, o si este destacado patriota cayó víctima de los estragos del imperialismo y (en opinión de los periódicos sensacionalistas) de la envidia. El propio Campo Elías Delgado no tuvo ocasión de aportar su grano de arena al esclarecimiento de estas cuestiones, ya que las armas de fuego de la policía fueron demasiado eficaces. Algunos periódicos de tendencia populista veían incluso a Frank Cola como futuro presidente y padre de la patria, de no haber sido por el cobarde ataque del asesino. La oposición parlamentaria exigió que se creara una comisión independiente para investigar el caso, y que todos los agentes de la Drug Enforcement Administration (DEA) fueran expulsados del país.

Bjørn Pelado Blakke se quedó el tiempo suficiente para asistir a las consecuencias más palpables del fallecimiento de Frank Cola. En Yungas de la Paz, la federación de cultivadores de coca abogó por ocupar los cuarteles de las Unidades Móviles de Patrullaje Rural (UMOPAR), en Villa Tunari. Las divergencias entre el trabajo y el capital dentro de la producción de cocaína se diferencian poco de la situación en otras actividades del capitalismo privado. En Villa Tunari, como en los demás pueblos a lo largo de la carretera nacional que va del sudoeste al noreste a través de la región de Chapare, los maoístas eran mayoría en la labor sindical. En la mañana del 27 de diciembre, más de cinco mil cultivadores de coca iniciaron una marcha hacia Cocabamba para protestar por el asesinato de Frank Cola y por un decreto del Parlamento que ilegalizaba el cultivo de coca en la región. A algo más de medio camino, los manifestantes se enteraron de que agentes de la DEA estaban pulverizando con herbicidas los cultivos de coca, lo que les hizo darse la vuelta y pedir ayuda a un miembro de la policía, el coronel José Luis Miranda, jefe de UMOPAR y uno de los amigos y colegas más queridos de Frank Cola.

Al principio, los manifestantes no lograron hacer hablar al coronel Miranda, pero después de que la sede de UMOPAR resultara ocupada en el transcurso de una acción en la que fue asesinado un cultivador de coca llamado Eusebio Torres Condori, Miranda inició el diálogo. Los manifestantes pusieron como condición para abandonar la sede que se dejara de pulverizar con herbicidas y se retiraran los agentes de la DEA.

El coronel Miranda no podía prometérselo, pero juró por la Virgen santa y por su

honor no disparar nunca contra sus compatriotas mientras se manifestaban. Cumplió su palabra en el sentido de que dejó entrar refuerzos policiales de Chimoré para reconquistar los cuarteles tras veinticuatro horas de ocupación por parte de los cultivadores de coca.

A la vez que el coronel Miranda iniciaba negociaciones con la familia Cola con el fin de asegurar que la empresa de exportación del general asesinado no se viera perjudicada, los refuerzos policiales conseguían despejar la estrecha pista para aviones en las afueras de Villa Tunari. A bordo de la primera avioneta que despegó con rumbo al norte se encontraban, aparte del piloto, Alfredo García, el Mantequilla y Bjørn Pelado Blakke.

La superficie del mar

Un bebé sin apoyo en la nuca y cuya cabeza se desploma hacia atrás es víctima de un primitivo trauma.

La cabeza se le separa del cuerpo.

Y luego se convierte en un incansable cazador de cabezas. Un cuerpo que asóla el mundo sin descanso en busca de la cabeza que perdió. O una gran cabeza que urde los planes más complejos para dar caza a su propio cuerpo.

El Minga encontró a Bjørn Pelado Blakke en la cubierta superior, en el semioscuro cuarto de derrota, detrás del puente. Se había enfundado el uniforme completo de capitán, incluida la chaqueta negra con galones dorados en las mangas, y hablaba de un modo incoherente de camareros, pizzerias y armas de fuego. Llevaba muy mal puesto el uniforme, la camisa abierta le colgaba por el pecho, y sus palabras eran confusas. Ya no era capaz de controlar los temblores, se agarrara donde se agarrara. Estaba marcado por la muerte. El temblor de su cuerpo era sísmico. Las manos enrojecidas y agrietadas le temblaban desesperadamente. Medios para estimular el sistema nervioso central. Otros medios. Medios monetarios. Medios de comunicación. Medios ideológicos. Medios del poder. Todos los medios existentes en el mundo se habían conjurado contra Bjørn Pelado Blakke.

Y no era sólo el temblor. Estaba vacío. Disuelto por dentro. Corroído, evaporado. Y había algo en su mirada. Los ojos enrojecidos miraban fijamente al Minga, y sin embargo más allá de él, como si la mirada apuntara bien, pero luego se desviara.

Hablaba en voz muy baja. Murmuraba una especie de fórmula mágica.

—Está bien. Está bien. Todo según el plan. Indemnización personal. La tripulación ha recibido la paga. Tú recibirás tu dinero. Está bien. No hay problema.

El cuarto de derrota estaba en penumbra, pero los ojos del Minga se habían acostumbrado a la tenue luz que parecía llegar desde abajo, como un fantasma blanco. Junto a la mesa había un maletín de aluminio. El Minga le dio la espalda a Bjørn Pelado Blakke. El maletín no estaba cerrado, así que abrió la tapa y miró dentro. Los billetes de dólar cuidadosamente ordenados en filas.

El Minga no los contó. Cerró de nuevo la tapa y cogió el diario de navegación. Estaba abierto sobre la mesa de los mapas y en él figuraba una serie de complejos movimientos.

Igual que su buque gemelo, el *Bag Lady*, también el *Bag Dad* era un barco mixto. Ese sábado, 23 de septiembre, el barco se encontraba en Skagerrak, de eso no cabía duda, pero antes de llegar hasta allí había ido en lastre desde Das Island, AG, hasta Port Elizabeth, Sudáfrica. Allí, según los papeles, había cargado Gloria Carbonate de National Manganese. En alta mar, lejos de las costas de África Occidental había recibido un nuevo nombre, nueva bandera y nuevo destino. Aparentemente sin

problemas, Bjørn Pelado Blakke había pilotado el *M/S Bag Dad* a lo largo de las costas de África Occidental. En el registro del 4 de julio aparecía anotado: «Cabo Tres Puntas, cerca de Sekondi-Takoradi». Tres días más tarde pasaron por el cabo Palmas en Tabou.

«A las 14.00 anclado en el puerto de Dakar. Ancla Es. cierre 4 ½. Esperando muelle libre para cargar. Los vigilantes del puerto cambiaron de turno a las 16.00».

Faltaban las páginas veinte a veinticuatro del diario de navegación. Era como si un desconocido período de tiempo se hubiera esfumado. Cuando el barco volvió a aparecer en los diarios, se encontraba ya en aguas del Atlántico Norte. El canal de la Mancha. El Mar del Norte. Todo tenía aspecto de normalidad. Coincidencia de rumbo fijado y rumbo seguido. Práctico a bordo en Tungeneset. Navegación conforme a indicaciones del práctico.

Llegada a Skagerrak, rumbo al mar Báltico. El difuso conocimiento de embarque se centraba en una partida de mantas para personas de la tercera edad en el sur de Polonia. ¿Acaso mezclada con un pequeño alijo del comercio blanco con Bolivia?

—Todo bien. Ningún problema.

No sólo el cuerpo, ni siquiera la voz de Bjørn Pelado Blakke era capaz de controlar el temblor.

El Minga cerró el diario estrepitosamente y agarró el maletín.

—Ya lo creo —dijo—. Ya lo creo, ya lo creo.

Sonreía para sus adentros mientras abría la puerta y salía al puente. La densa oscuridad tenía un rancio olor a mar. Debajo de él estaba todavía el pequeño bote, golpeándose contra las planchas de acero del casco. Al norte se movía el reflejo de un faro en el horizonte. La luna había desaparecido y no se veía ni oía tráfico marítimo alguno. El mar estaba oscuro y en calma, asimétrico en todas las direcciones, las partículas de agua no se dejaban dirigir por las señales de navegación.

Dentro del cuarto de derrota, Bjørn Pelado Blakke se había derrumbado del todo. Su cuerpo entero se convulsionaba. No contestaba cuando se le hablaba. Vomitaba sangre. Con el maletín en la mano, el Minga bajó la escala hasta el entrepuente.

En el fondo del barco rugía el gran motor principal. El Minga atravesó la parte central del buque y una por una probó las puertas de todos los camarotes. Ninguno estaba cerrado, todos estaban vacíos. El último daba a la lumbrera y el rugido de los motores le llegó derecho a la cara.

El comedor de oficiales estaba decorado con latón y maderas nobles. Sobre la mesa había jarras de loza blanca llenas a medias de café. Olía a comida, tabaco y alcohol. El café aún estaba templado, pero no había ni rastro de Ann Dante ni de Ulrik Ostøen. El Minga abandonó el comedor de oficiales y volvió a subir al puente.

Bjørn Pelado Blakke ya no temblaba. Yacía inmóvil. El Minga se arrodilló a su lado y le cogió la muñeca. No tenía pulso. El Minga se levantó, cogió una toalla y le limpió la cara de sangre. Toda la belleza del mundo puede caber en el rostro de un ser humano. Una idea repentina le hizo agacharse y besar la frente de Bjørn Pelado

Blakke. Bjørn Pelado Blakke era la Bella Durmiente, y él, el príncipe que sin esperanza se inclinó a besarla. El Minga no sabía cuándo había renunciado a la vida Bjørn Pelado Blakke, pero sí que había vivido mucho tiempo después de aquello.

Buscar la paz.

Andar en círculos.

Tan fácil.

Tan fácil como eso.

Tan fácil simplemente como eso.

Tan fácil como nada.

Tan fácil simplemente como eso.

Tan fácil como nada de nada.

Estaban en el mismo barco. El Minga fue hasta el ojo de buey más próximo, desenroscó la tuerca y abrió la tapa. Luego volvió y se sentó al lado de Bjørn Pelado Blakke. Ya no tenía que controlar los temblores. Ya no temblaba. Se mecía con las pesadas olas del Mar del Norte. Con la cabeza del otro en el regazo, el Minga contemplaba cómo los enormes cepillos de la mañana limpiaban la oscuridad nocturna y esparcían la primera luz del día sobre el mar.

Punto cero. La superficie del mar. Era un hombre acaudalado. Banque Suisse de Credit. La vida era una tormentosa travesía desde la cuna hasta la tumba. Sólo le faltaba una brazada. Tiempo atrás había estado a punto de llegar. *It was the right time. But it was wrong time ago.*

Fuera del ojo de buey, con la gran luz matutina el mar parecía verde y plano como una infinita mesa de billar.

Un télex, un telefax, un teléfono, un telegrama, un acertado golpe con el taco, y buques, cargas, documentos y dinero se moverían en un complejo sistema entre los cinco cabos remotos de los continentes, desde el Golfo hasta Port Elizabeth, desde Tabou a Lovra pasando por Stratonion. Acaso Bjørn Pelado Blakke fuera la bola que separa las bolas y pone el juego en marcha, enviando el dinero a los bolsillos correctos mientras la luminosa bola solar rodaba por el agua antes de desaparecer. Por un instante el movimiento se detuvo y la bola permaneció inmóvil. Luego se sumergió y desapareció en el mar, en el oscuro y profundo bolsillo del horizonte.

Y sin embargo una vez más la bola saltó al fieltro verde del mar. Por un instante permaneció balanceándose sobre la fina raya que marca el horizonte. El Minga no podía parar aquello, había encontrado la llave, pero el juego volvía a empezar. El sol se desprendió del horizonte y lo lanzó a un nuevo día.

El Minga se levantó creyendo que había entendido. Ella lo había utilizado, pero Ann Dante también había sido utilizada: Ulrik Ostøen era el último eslabón. ¿Quién lo había utilizado a él? ¿Quién había traicionado su amor, su confianza? ¿O su traición era única?

El Minga salió a cubierta, bajó la escala del centro del buque y se metió en el bote.

Las mil brazadas

Ella vio cómo el bote con el Minga dentro desaparecía hacia la estrecha franja de tierra. Un bote ligero. Leche ligera. Margarina vegetal. Defensor del menor. Señal reflectante. Psiquiatría especializada en crisis. Comida rica en fibra. Sin cafeína. Sin azúcar. Sin alcohol. Sin impuestos. Sin conflictos. Sin problemas.

No quería volver allí. Bajo ningún concepto. Ann Dante salió del todo del estrecho hueco y notó que el viento le removía el pelo.

La belleza de la mayor parte de las mujeres está asociada a su flamante juventud, que durante unos cuantos y preciados años brilla más que la boca estrecha, la barbilla puntiaguda, la nariz larga, los ojos hundidos, las orejas salientes y la falta de proporciones entre los rasgos faciales. No obstante, en algunas mujeres el paso del tiempo atenúa y eclipsa los defectos, de tal manera que su belleza aparece serena bastante tarde en sus vidas.

Ann Dante estaba junto a la borda con el rostro dirigido al bajo sol matutino. Apretó los ojos. En el maquillaje se veían profundas grietas que se disolvían en una avalancha de polvos, rímel, sangre y lágrimas. Pero en el caso de Ann Dante, su radiante belleza no estaba relacionada ni con la juventud ni con la madurez. En Monika Legervall se trataba de algo inalterable, una belleza inquebrantable, algo que estaba en el fondo, algo que en las distintas fases de su vida simplemente se forjaba y expresaba de diferentes modos, una belleza que brillaba igualmente a través de la flamante juventud y de la serena madurez, de la misma manera que atravesaba todo maquillaje y aliño externo.

Los párpados aleteaban y las pestañas le barrían los ojos hacia arriba y hacia abajo con el fin de limpiarla de sentimientos. Tragó saliva, se mojó los labios y abrió la boca, pero sólo para hablar sin voz consigo misma.

Ann Dante era un caso raro, un fenómeno extraño, demasiado extraño para pasarse la vida siendo la esposa del director de banco Heimstad y la enfermera Annie allá en las provincias. Sería como si Pavarotti hubiera entrenado su voz para cantar entre los borrachos del bar del barrio cada dos viernes por la noche. Ann Dante había desperdiciado los dones que la naturaleza le había regalado. Y ella lo sabía. Era tarde, pero incluso su descontento y amargura eran hermosos. Al final tuvo su oportunidad. Y la había aprovechado.

Siempre había tenido miedo. Miedo de estar sola. Miedo a las casas vacías. Miedo a perder el control. Miedo a las grandes aglomeraciones. Miedo a tener el control. Miedo a la grasa y miedo a la tensión sanguínea. Miedo de todo. Miedo a las consecuencias. Miedo a las puertas cerradas. Miedo a la ausencia de puertas.

Ahora estaba perdiendo el equilibrio, pero no oponía resistencia. No tenía miedo. Sabía lo que le había ocurrido a Gust. Le indignaba. Era abominable. Terrible. Cruel.

Pero no estaba de luto. No tenía miedo a ser sincera. No creía haberlo amado nunca. Él había entrado en su vida con una fuerza irresistible. Había entrado en su cama, en su vientre. Había construido unas paredes bien gruesas alrededor de sus miedos. Revestimientos de madera, plástico, aislantes, plástico y paneles. Él había estado allí. Cerca de ella. Apoyándola. Llenando su vida cotidiana. Ann Dante no quería decir una sola palabra negativa sobre él, pero lo había sabido siempre: «No voy a estar de luto cuando él muera».

—No me alegro de que el Minga esté vivo.

Ella lo había utilizado. Se había utilizado a sí misma y había utilizado a Gust Heimstad. Ulrik Ostøen la había utilizado a ella. Tuvo que encajarlo. De esa manera se había apoderado de un pedazo de la vida de Ulrik Ostøen, de la vida que ella se merecía.

Muy lejos en el mar. Estaba sola. De pronto se dio cuenta de que iba descalza. Sólo llevaba un pareo atado a la cintura. Eso era todo. Estaba en mar abierto, balanceándose sobre un tronco de madera podrida. La corteza se había desprendido. El tronco apareció carcomido y resbaladizo como si fuera jabón, y flotaba pesado sobre el agua. Los gusanos salían reptando por los agujeros de la madera. Ella perdía constantemente el equilibrio. Entonces el tronco rodaba bajo sus pies desnudos y ella volvía a recobrar el equilibrio. Al bajar la vista descubrió primero la cabeza de Alfredo García, luego la del Mantequilla y al final vio a Johnny Napoli abrirse camino a través del hueco.

Sabía que el resto de la tripulación estaba de camino.

Atado y bien matado

Lo último que recordaba Bjørn Pelado Blakke era el temblor. Las manos con manchas de pintura color lila. El olor, y la lluvia golpeando el suelo.

Tierra pelada. El conde de la Tierra Pelada. El conde y la condesa de la Tierra Pelada. Antes de que les fuera concedido el título nobiliario por su amor a las bebidas fuertes, el apellido de la familia era Blakke, o sea «Tierra», sin más. Como su padre era conde y su madre condesa, Bjørn, Berta Louise (y Maud Märtha, que luego moriría) se convirtieron en pequeños condes, claro está. Como los tejones, excavaban la tierra para meterse dentro, escondiéndose del mundo y de ellos mismos, y luego intentaban encontrar salidas secretas. Maud Märtha se quedó allí dentro, bajo seis pies de tierra, y Berta Louise se casó con un jefe de maquinas que había desembarcado para dedicarse a las ovejas. Al menos, esas eran las noticias que le habían llegado a Bjørn Pelado Blakke, aunque no porque recibiera largas cartas de su casa. Sólo había recibido una durante todos esos años en el mar, escrita por el mismísimo conde de la Tierra Pelada, y decía así:

Gracias por habernos escrito. Estamos bien, aunque tu madre se queja de artrosis, así que el mal tiempo estará al llegar. No para de gimotear, como una puerta que da portazos con el viento pero que nunca termina de cerrarse. Saludos de toda la familia.

Bjørn Pelado Blakke había vuelto a casa, pero no lo reconocieron. Estaba sumido en el olvido, de la misma manera que él había intentado olvidar. Había intentado olvidarse del conde, la condesa y la tierra pelada. Cada uno por su lado, los tejones, los pequeños condes, fueron abriéndose agujeros en la tierra pelada y se quedaron mirando asustados por ellos a la espera de una oportunidad de escapar. Intentaron olvidarse de las borracheras y la miseria. Intentaron olvidar lo poco que la escuela y las autoridades habían tratado de inculcarles. Bjørn Pelado Blakke recordaba una sola cosa: que el conde tenía las uñas de las manos tan limpias que era incapaz de cuidar de alguien más que de sí mismo. Y que la condesa no era capaz de cuidar más que del conde. De modo que él tuvo que cuidar de sí mismo. Bjørn Pelado Blakke estuvo durmiendo en la misma cama que la condesa hasta que abandonó la casa. Los dos lloraron sin consuelo. Y ella le dio cinco coronas, lo abrazó hasta que él perdió el aliento, y le dijo: «Y tienes que prometerme que vas a ganar un montón de dinero».

Y Bjørn Pelado Blakke se fue por el mundo.

Lo había conseguido. Había cuidado de sí mismo. Había cuidado de grandes barcos por los siete mares, entrando en mil puertos. Había ganado mucho dinero. Tenía quince años y dos días, y medía un metro cincuenta y dos, el día en que el

conde firmó una autorización paterna y un médico ebrio, al salir de una cena, miró con los ojos enrojecidos primero al conde y luego a Bjørn Pelado Blakke, al que sin pensárselo dos veces encontró físicamente apto para la navegación de altura.

—No les hagáis caso —dijo el conde a modo de consuelo—. No sois pequeños condes, porque ni yo soy conde ni vuestra madre condesa. Yo soy un *donkeyman*, eso sí.

—¡Y la condesa es una *donkeydame*! —gritaron los compañeros de juerga—. ¡*Honkey man y donkey dame*! ¡*Donkey man y honky tonk woman*!

Bjørn Pelado Blakke no sabía si se trataba del mismo día, pero, en su recuerdo, al señor *donkey* y a la señora *donkey* los asociaba siempre con aquella noche en que el conde consiguió que la condesa se quitara la ropa y bailara desnuda y descalza encima de la mesa, entre vasos y botellas. Sus hijos se despertaron con el barullo. Bjørn Pelado Blakke y Berta Louise bajaron, y el conde los pilló.

—Ahí —dijo señalando a la condesa que estaba bailando desnuda sobre la mesa—, ahí está tu madre —llevaba a Bjørn Pelado Blakke de una mano y a Berta Louise de la otra—. Ahí está vuestra madre.

Soltó la mano de su hija y apretó la de Bjørn Pelado Blakke con el doble de fuerza.

—Y aquí —dijo, y con la mano libre el conde de la Tierra Pelada se aflojó el cinturón, se bajó los calzoncillos y enseñó todo lo que tenía—. Y aquí —repitió— está tu padre.

No había tenido tiempo de colocarse sus cosas cuando William Okeid se abalanzó sobre él por detrás. Esa clase de fiestas no le gustaban. Agarró al conde y le apretó tan fuerte que casi acaba con él. De nada sirvieron los intentos del hombre por librarse y pedir clemencia. Ni corto ni perezoso, William Okeid levantó al conde de la Tierra Pelada como si de una muñeca de trapo se tratara, lo llevó hasta lo alto de la escalera de cemento y lo soltó.

Haz desaparecer de mi vista los sueños pecaminosos y detén la salvaje corriente de tus pensamientos.

La condesa estaba temblando, tapada con una cortina de flores. El conde yacía magullado e inconsciente al pie de la escalera, y los pequeños tejones se sumergieron en un salado mar de lágrimas. La luz diurna entraba por la ventana, y cantaba el coro masculino de voces cerveceras, acompañado del tintineo de botellas:

*La mañana llegó
y la botella se sacó.
De desayunar hablamos
y en beber pensamos.*

—Lo tenías atado —dijo el conde de la Tierra Pelada cuando logró ponerse en pie—. Atado y bien matado, ya lo creo.

—Quieres decir *atado* —dijo William Okeid.
—Y bien matado.
—¡Más versos! ¡Más versos! ¡Más versos del universo!

*Cuando acabó el día
y el sol se escondió,
qué enorme alegría
en el pecho sintió.
Currando sin tregua
hasta que la noche llega;
el arco iris cuenta:
pagar tasas queda.*

*Que la vida está resuelta
lo podemos comprobar.
Tan corta se ha hecho la vuelta
y la resaca aquí está.*

El mar temblaba. Bjørn Pelado Blakke también tembló. El gran temblor.

Kirieleisión

La policía no quiso hacer declaraciones. Y sin embargo estaba clarísimo que la propia policía había filtrado la historia. Svein Okeid no lo dudó un instante. Se trataba de una filtración intencionada. Un periódico sensacionalista conocido por contar con las mejores fuentes, tanto dentro como fuera de la ley, informó de que la policía había encontrado todo salvo el alijo de mil ochocientos kilos. Esa misma cantidad fue confirmada por el confidente más importante de la policía, Tomás Falcón Ribeiro, alias el *Mantequilla*.

A cambio de bonitas promesas de una considerable reducción de la pena, el Mantequilla reveló el recorrido de la mercancía, partiendo del lugar de producción, en la zona de Chapare, Cocabamba. Desde la hacienda Otro Mundo, la sustancia ya elaborada fue transportada hasta la frontera entre Brasil y Colombia por vía terrestre. Allí, en una pista para avionetas en medio de la jungla, la envolvieron en un embalaje impermeable, la cargaron en una avioneta y la transportaron hasta el lugar de lanzamiento en la isla Margarita, frente a las costas de Venezuela. El Mantequilla, que había sido oficial del *Bag Dad*, afirmó que se había echado la carga al mar sobre «una especie de balsa» que a su vez subieron a bordo del *Bag Dad* mediante una polea. Con esta nueva carga y doce mil toneladas de mineral a bordo, el barco registrado en Panamá puso rumbo a la península escandinava. Además de al capitán noruego, el Mantequilla también nombró a Alfredo García y a Johnny Napoli entre los oficiales de a bordo. Cuando el *Bag Dad* estaba ya en mar abierto en Skagerrak, el alijo se repartió en bultos más pequeños que fueron recogidos y llevados a tierra por lanchas rápidas.

Detrás de ese complicado itinerario, la policía había descubierto una larga y elaborada planificación. El Mantequilla afirmó que los primeros contactos habían tenido lugar en Miami, y que las negociaciones se cerraron en Viena. Durante una reunión en un restaurante, de cuyo nombre informó el Mantequilla, se encargó al capitán noruego buscar un buque apropiado para el transporte desde el Caribe hasta Skagerrak. A cambio de un sustancioso soborno, el Mantequilla señaló que también estaba presente en las negociaciones un noruego llamado Quicán. El propietario del restaurante declaró más tarde en un interrogatorio que su negocio siempre estaba lleno, por lo que resultaba prácticamente imposible distinguir a unos clientes de otros.

El Mantequilla había viajado en compañía del capitán noruego a las Islas Canarias vía Madrid. En la estación de repostaje del puerto de Las Palmas encontraron por fin un barco pesquero que navegaba bajo bandera marroquí y con licencia de Mauritania. La embarcación era lo suficientemente grande para el objetivo y tenía fuertes cabrias, pero el capitán noruego estimó que resultaría inservible para cruzar el charco. La idea de mezclar la carga en cuestión con la de mineral en un

granelero surgió por casualidad más adelante. Luego se encargó al no identificado Quicán la responsabilidad de transportar la carga de alta mar hasta tierra, repartida en pequeños paquetes.

Cuando más tarde Tomás *Mantequilla* Falcón fue llevado a los tribunales se debió a causas muy diferentes y bastante menos graves. Tal vez la trágica muerte de Frank Cola Mora lo ayudara a poner las cartas sobre la mesa, aunque él afirmó que fue una desavenencia sobre el pago el motivo por el que decidió hablar. De las formidables sumas implicadas, sólo una minúscula parte fue a parar a él.

El verbo *contar* significa dos cosas. En un interrogatorio, el Mantequilla contó que en una ocasión se había pasado cincuenta y ocho horas ininterrumpidas en el sótano de una casa de verano pintada de blanco (provisto únicamente de café y tabaco) contando una cantidad de entre veintiséis y veintisiete millones de coronas. Aparte de la suma en sí, también le causó cierta impresión a la policía saber que uno de los que estuvieron contando con el Mantequilla era director de banco en su quehacer diario. Tomás Falcón Ribeiro, el *Mantequilla*, afirmó que el director de banco no estaba directamente implicado en «esos asuntos», sino que participaba como un hombre neutral y profesional. Según el Mantequilla, aquel tipo había dicho que en su banco no se hacían esa clase de transferencias, pero que todas las instituciones bancarias de la región se prestaban a ello, y que el dinero casi siempre formaba parte de actividades legales y rentables, en su opinión, para el bien del país y de su gente.

Por contar todo esto a la policía, Tomás *Mantequilla* Falcón pudo luego contar el generoso pago que recibió, mientras el neutral director de banco no pudo contarle; en cambio, tuvo que pagar no sólo un alto precio, sino el más alto de todos.

Vía Dolarosa

Se despertó y volvió a dormirse.

Es entonces cuando se sueña, cuando el sueño se ha interrumpido y el día ha dejado la primera impresión en el ojo, siempre que libres y puedas dormir un poco más. Es entonces cuando sigues durmiendo con las imágenes poco tranquilizadoras del día que está llegando bajo los párpados. Despertarse. Con eso y sólo con eso sueñan los sueños.

Pero hoy no libraba. No seguiría durmiendo. No soñaría.

Se iba a levantar. Iba a ponerse el uniforme.

Se despertó. Estaba boca arriba y abrió los ojos.

Se levantó y fue descalzo al baño. Pues sí, se reconoció. El rostro del espejo era tan expresivo como un óleo fotografiado de perfil. Con una mueca imperceptible se fue a la cocina, se preparó un café cargado y se comió una rebanada de pan seco integral con queso fermentado y mantequilla salada, de pie junto a la encimera.

Tenía cosas que hacer, la agenda del día completa. Primero iría al dentista.

Uniformado hasta los dientes cerró la casa con llave al salir y se metió en el coche. Era una mañana clara y luminosa con un amago de otoño en el aire. Sin el humo de las chimeneas, sin trabajadores junto a las calderas, el horno de fundición yacía al otro lado del valle como un barco hundiéndose en el tiempo.

Bajando hacia el centro, dejó que el coche se deslizara lentamente por las curvas.

Aparcó y se dirigió a la consulta del dentista en el nuevo edificio del banco, aunque no para una revisión del estado de sus dientes. La puerta del pasillo se abrió automáticamente, y Svein Okeid entró en la sala de espera. Estaba vacía, pero dentro se oía el agua correr y tornos de alta frecuencia.

Apenas había tenido tiempo de sentarse y alargar el brazo para coger una revista de cotilleos cuando la enfermera, de unos cuarenta y tantos años, apareció en la puerta, vestida de un blanco immaculado. No le cabía duda alguna sobre la identidad del nuevo paciente.

Al parecer, por una vez el dentista había acudido temprano a su trabajo. El comisario Okeid dijo que no se preocupara, que esperaría hasta que terminara con el paciente. Volvió a sentarse, y se puso a hojear con avidez la revista de cotilleos mientras esperaba.

El paciente expuesto al torno de alta frecuencia resultó ser un hombre joven, sin antecedentes penales. Se detuvo frente al espejo de la sala de espera, gesticuló y admiró la flamante amalgama que tapaba el agujero de su pared dental.

La blanca enfermera volvió a salir e invitó al comisario a entrar. Svein Okeid pidió que lo dejara a solas con su jefe.

El dentista llevaba mascarilla, guantes de goma y en el pelo una redecilla de

plástico color turquesa. No se quitó ninguno de sus aparejos.

Pues sí. Tanto la señora Heimstad Legervall Ann Dante como el Minga Nerud habían sido pacientes suyos. Y sí, llevaba un archivo con las fichas de los pacientes.

Svein Okeid se sentó en el sillón, se echó hacia atrás todo lo que pudo, y miró la cegadora luz de la lámpara. Junto a él, el agua seguía corriendo. Miró al dentista.

Que no. Que no tenía sus fichas. Movi6 la cabeza, la mascarilla y la redecilla del pelo enérgicamente. La policía se las había llevado.

¿La policía?

El comisario Okeid se incorporó bruscamente.

—¿La policía?

—La policía. La policía central. Las necesitaba para su investigación.

El dentista llevaba guantes para no dejar huellas, su boca estaba oculta por la mascarilla, y sus ojos se escondían tras gruesas lentes. Era inmune al contagio, a las impresiones, al sentido común, a la persuasión. El hombre entero era inmune al mundo.

—Deberías haberte puesto en contacto conmigo primero —dijo Svein Okeid—. Y no lo hiciste.

Giró sobre sus talones, atravesó la sala de espera, bajó por la escalera, y salió a la calle todavía tranquila a esa hora de la mañana. Tenía sospechas fundadas de que las dentaduras que se habían encontrado en el helicóptero caído en los pastos de Ystebø pertenecían a algún rumiante y no a Ann Dante ni al Minga Nerud.

Se sentó delante del ordenador y entró en la base de datos. La ficha, como se llamaba antiguamente, de Ulrik Ostøen estaba cerrada: «Acceso denegado».

Apagó la pantalla y salió del despacho. Los hombres de la comisión que tenían que llegar de la capital aún no habían hecho acto de presencia.

Nadie es inocente ni está libre de culpa. Él lo sabía, pero algunas veces estaba más seguro que otras. Lo veía en las viviendas que decoraban la ladera. Lo veía en los coches, incluido el suyo. Estaban manchados de sangre. Lo veía en las entradas de los jardines por las que pasaba. Lo veía en los garajes. Lo veía en los garajes y en las verjas. Ni Ann Dante ni Gust. Heimstad ni el Minga. Tampoco él mismo estaba libre de culpa.

Kongsvegen 152. El Camino Real que subía a La Baronía, popularmente conocido como Vía Dolarosa.

Ya casi había llegado.

En la entrada asfaltada, con calefacción subterránea, había sitio para aparcar. Svein Okeid dejó el coche delante de la casa y salió. Todo seguía limpio y pulcro. Un pequeño cubo rojo de plástico debajo de un seto era el único signo de desorden.

Svein Okeid sacó la llave y abrió.

Se notaba que la casa había estado habitada hasta hacía muy poco. Sólo las flores más delicadas se habían muerto, como si los dueños estuvieran disfrutando de unas vacaciones prolongadas más de la cuenta.

Olía a cerrado. Sobre la consola de la entrada había una lista de la compra: avena ecológica y fiambre ecológico. Tabaco ecológico y alcohol ecológico. Pasta de dientes ecológica y yogures ecológicos. Una puerta entreabierta permitía ver un trozo del cuarto de baño, decorado con un gusto exquisito. En la cocina todo estaba limpio y ordenado, ni siquiera una taza sucia. La firma de Gust. Heimstad.

La casa constaba de una sola planta, con una bodega debajo. Chimenea, maderas nobles, sofás de piel, parqué, todo sin usar y sin vivir, como un elaborado sarcófago esperando inútilmente a unos clientes muertos que se hubieran ido por otro camino.

El comisario Okeid subió de nuevo a la planta principal. Desde el gran ventanal del salón se tenía una vista panorámica de la ciudad. Prácticamente toda la pared que daba al sur era de cristal. Una solitaria mosca zumbaba contra el calor de la ventana. Okeid se acercó a las plantas verdes del alféizar. La fundición parecía haber sufrido una avería o estar anclada en el tiempo. Dos buques para el transporte de minerales esperaban cargados a tope en la rada. Se veían unos cuantos remolcadores que se habían dado por vencidos. Los encendidos colores del otoño parecían pequeños cohetes amarillos contra el verde de las rampas de lanzamiento de las laderas. Un día normal y corriente de otoño que sólo era anormal porque brillaba el sol.

Y sin embargo había algo que no cuadraba.

A Svein Okeid le pareció que llevaba mucho tiempo contemplando el paisaje cuando de repente se dio cuenta de lo que pasaba. Seguramente sólo habían transcurrido unos segundos. Vio que en toda la ciudad las banderas estaban izadas.

¿Alguna festividad oficial? En ese caso él debería haberlo sabido. ¿Cumplía un año Berta Louise? ¿Håvard Magnus? Frunció las cejas y se quedó pensando. Mientras el comisario Okeid pensaba, fue viendo cómo se izaban cada vez más banderas abajo en la ciudad. Había gente incluso en el tejado del ayuntamiento.

Svein Okeid vio el mando a distancia del televisor sobre la mesa. Apretó el botón. Música de piano. Una voz limpia de mujer. Salió la imagen. Gimnasia para la tercera edad. Intentó cambiar de canal. Pantalla vacía. Carta de ajuste. Apagó el televisor. Fuera, seguían izándose las banderas.

En el salón no encontró ningún aparato de radio, pero en la cocina había un pequeño transistor. Sintonizó la FM y la habitación se llenó de una música placentera. El reloj de barco en el armario de cobre de la pared marcaba menos seis o siete minutos. Svein Okeid dejó puesta la radio y volvió al recibidor.

El dormitorio se encontraba al final del pasillo a la derecha. Estaba en penumbra, pero incluso con la luz tenue que dejaban pasar las pesadas cortinas, se dio cuenta de que la cama estaba esmeradamente hecha. Gust. Heimstad no era de los que dejan todo desordenado. La radio despertador marcaba en rojo: 9.56. Svein Okeid la encendió y se oyó la misma melodía que en la cocina: *Mississippi, escucha mi canción sobre ti*. Atravesó la habitación y descorrió las cortinas. La intensa luz otoñal lo inundó. Abajo, en la ciudad, las banderas continuaban izándose, en centelleantes

rojos, azules y blancos. Tenía que tratarse de un día grande. El comisario frunció el entrecejo, dio la espalda a la cegadora luz y contempló la habitación. Una cama de matrimonio con cabecero de terciopelo acolchado, mesillas con radio despertador, novelas del Club de Lectores en una mesilla y los cuatro periódicos regionales en la otra. Un espejo tríptico como un retablo en el que uno se veía a sí mismo como en el cielo, en la tierra y en el infierno. Sobre la coqueta, debajo del espejo, había productos de maquillaje, y en la pared estaban el matrimonio, familiares y amigos reunidos en marcos ovalados.

9.58.

Familiares y amigos. Pero no sólo, y no en la foto en la que Svein Okeid se había fijado. Su mano se acercó a una de las fotos enmarcadas. La descolgó y la observó más de cerca. Tres jóvenes soldados enlazados por los hombros vestidos de uniforme, el uniforme de la OTAN, y con el pelo cortado al cero. Tres defensores de la libertad. El comisario Okeid conocía bien a dos de esos luchadores por el derecho de autodeterminación NATOnal. Gustav Heimstad no había cambiado mucho en su trayectoria de cabo a director de banco. Al recluta 54 Nerud, sin embargo, le costó más reconocerlo sin su melena de esparto.

Al tercer retratado, Svein Okeid no lo conocía bien, o mejor dicho, no lo conocía personalmente, pero lo había visto tan a menudo en la televisión que enseguida supo quién era. El tercer hombre, hermanado con el Minga y Gustav Heimstad por el uniforme, la proximidad física, la juventud, las radiantes sonrisas, la sistematización de la fuerza, la violencia y el sentimentalismo, no era otro que Ulrik Ostøen.

Svein Okeid volvió a colgar la foto junto a la coqueta. Justo encima había otra en color y obviamente de fecha más reciente. Okeid no tuvo necesidad de descolgarla. Resultaba muy fácil ver de quién se trataba. Los mismos tres soldados, colocados como en la foto anterior, con la única diferencia de que en esta tenían un par de décadas más sobre los hombros y no llevaban los uniformes del rey ni de la OTAN, sino trajes de etiqueta. Ostøen y Heimstad de esmoquin. El Minga con una misteriosa corbata amarilla y una americana que daban la impresión de haberle sido lanzadas en marcha sin que él hubiera intentado colocárselas después.

Las 10.00. Había llegado la hora.

Violencia. Sentimentalismo. Svein Okeid permaneció distante contemplando las dos fotos mientras le retumbaba en los oídos primero la sintonía y luego la voz del locutor de las noticias.

Una amplia encuesta, encargada por la Dirección General de Carreteras y las organizaciones comerciales y económicas, mostraba que debido al deficiente trazado de la red de carreteras, los noruegos se encontraban tres años por detrás de sus contemporáneos. Esa era la noticia principal, pero el asunto siguiente trataba de ese izado de banderas que Svein Okeid había podido ver con sus propios ojos. El locutor del noticiario sólo dio los titulares antes de pasar a una conferencia de prensa que acababa de terminar en el recién inaugurado taller de cultura del grupo Ostøen. En la

entrevista que siguió, el director ejecutivo Ulrik Ostøen tuvo el enorme placer de comunicar que la refinanciación de la fundición NOFAS, bajo el nuevo nombre de Lovra Carbide Corp. Ltd., había concluido. Ciertamente las negociaciones habían sido duras, con diferentes intereses extranjeros implicados, pero la mayor parte de los puestos de trabajo de la nueva LCCL estaban asegurados. Considerables reinversiones estaban a punto de realizarse. Sobre todo parecía muy prometedor el mercado de acetileno. El director Ostøen pensaba, en resumidas cuentas, que había razones para mirar al futuro con optimismo, aunque también en un día de tanta alegría como el de hoy, para el país, para la economía NATOnal y para la comunidad local, era preciso incitar a la cordura en las inminentes negociaciones del Convenio Colectivo. La situación requería, pues, moderación y serenidad en todas las partes implicadas, además de una verdadera voluntad de aunar fuerzas. Ya que todos estaban en el mismo barco, era importante que se remara o achicara en grupo. Ulrik Ostøen no habría sido Ulrik Ostøen si no hubiera añadido que en la situación actual una actitud meditativa y filosocialista resultaba más adecuada que una militanda socialista directa. El secretario general del sindicato informó por su parte de que los trabajadores apoyarían todas las propuestas constructivas. Subrayó lo positivo del hecho de que el acceso a las materias primas al parecer ya estuviese resuelto, y afirmó que la necesaria reducción de plantilla se haría en forma de prejubilaciones y jubilaciones, sin despidos.

Era este un punto de vista al que el secretario de Estado Stoltenfeldt hijo, del Ministerio de Fomento, no tuvo problema alguno en adherirse. Subrayó que concurrían las condiciones necesarias para una garantía estatal, por lo que el Estado podría contribuir a la protección de los puestos de trabajo de la industria de alto consumo energético, y con ello evitar la despoblación de las llamadas «regiones».

Su encantadora cuñada, la secretaria de Estado Brattenfeldt, del Ministerio de Medioambiente, prometió liderar una comisión rápida y eficaz que tendría en cuenta todos los aspectos de la nueva problemática de contaminación. Y damos de nuevo la palabra al locutor del noticiario.

«Buenas noticias por esta parte también», dijo, antes de pasar a los lados más oscuros de la existencia. Se había encontrado otro cadáver entre los restos del helicóptero caído en las montañas de Vondersnuten, dispersos en un radio muy amplio, lo que dificultaba la búsqueda.

Los oídos de Svein Okeid habían escuchado las noticias. Sus ojos habían estado contemplando las dos fotos de soldados y civiles respectivamente. Estaba seguro de que todos harían lo que pudieran, los secretarios de Estado y los stoltenfeldes y los brattenslates padres e hijos. Ellos eran el Estado. El Estado era ellos. Pero Ulrik Ostøen tenía más fuerza que el Estado.

Hubo algo que causó mucha más impresión en Svein Okeid que lo que estaba viendo y oyendo: una presencia, una vaga amenaza. No le dio tiempo a desplazar la mirada hasta el espejo para ver lo que ya sabía. Pero lo percibió. Lo percibió con cada

célula, con todos los sentidos de su cuerpo.

Se humedeció los labios. En numerosas especies de reptiles la lengua desempeña el papel de órgano sensitivo.

Lo tenía en la punta de la lengua.

El corazón en vilo.

Las palabras en la boca. El cuchillo en la garganta.

El mundo exterior habló con una lengua clara y fría. Una lengua afilada de acero en el arco del cuello. Entre la cabeza y el cuerpo, entre la palabra y el sentimiento. Un golpe seco, y nada de lo que tenía por dentro le saldría en forma de frases y palabras por los labios, sino que le chorrearía mudo y rojo de la garganta.

Gran total

—¡Estás muerto!

La boca es una caverna, y la lengua el hocico húmedo de algún monstruo prehistórico que a veces asoma la cabeza entre las piedras blancas y afiladas de la caverna. Svein Okeid estaba tumbado en la cama de matrimonio. La colcha era de alguna cara tela amarilla y reluciente. ¿Terciopelo? Se incorporó y se apoyó en los codos.

—¡Tú estás muerto! —repitió—. ¡Escucha!

Hizo un movimiento hacia la radio despertador, de la que seguían saliendo noticias.

El Minga llevaba un cuchillo. Tenía las piernas separadas y una gran bayoneta en la mano, con la que había apuntado al cuello de Svein Okeid. Por un instante Svein Okeid vio en el espejo el rostro que tenía detrás. Con el cuchillo en la garganta había sido empujado hacia atrás y tirado sobre la cama.

De nuevo el Minga se encontraba en medio de la habitación. Por su postura, el comisario Okeid, entrenado para la lucha cuerpo a cuerpo, veía que el otro sabía que el cuchillo debe empuñarse hacia arriba, con el dorso de la mano para abajo, los dedos agarrándolo hacia arriba y la palma de la otra mano abierta hacia abajo, al contrario que un orador o un mendigo. El Minga ni hablaba ni mendigaba, escuchaba la radio.

La policía acababa de dar a conocer los nombres de los fallecidos en el accidente del helicóptero de Vondversnuten en el que tres personas perdieron la vida. Los muertos eran: Monika Legervall y Håvard Magnus Nerud, ambos de Lovra, y el piloto, Jan-Egil Lønnevoll, de Fjell.

La postura de lucha cuerpo a cuerpo del Minga se fue desfigurando conforme la voz de la radio iba leyendo. Se desfiguró y se volvió ridícula, igual que una cólera ciega contra un enemigo invencible. El cuchillo se ablandó, como si el acero no fuera capaz de bombear sangre al sistema vascular.

—Ya ves —dijo al final—. Es mentira. Todo es mentira. De principio a fin. No estoy muerto. Estoy aquí, vivo y coleando, y traigo esto.

Se refería a una hoja de papel que tiró sobre la cama, al lado de Svein Okeid.

—¡Lee!

Okeid leyó.

No era sólo una hoja de papel, sino varios documentos. Un télex con un certificado de una inspección que afirmaba que la carga marítima de que se trataba constaba de Gloria Manganese Ore Fines, 3868200 kg, y *lumpy*, 6002700 kg.

Las muestras de la carga habían sido analizadas en el laboratorio, con el siguiente resultado:

Humedad a la recepción: 2,26 %.

MnO₂ 20,60 % Mn 38,48 %.

También había una carta enviada por Samancor House, 88 Marshall Street, Johannesburgo 2001, PO Box 8186, Johannesburgo, South Africa, a NOFAS. Del texto inglés se desprendía que Middelplaats Manganese Co. Ltd. ya en 1982 había pasado a formar parte de Samancor, y con ello de las minas de manganeso de Middelplaats, al norte de la provincia de El Cabo. Hasta la fecha, ese mineral se había vendido a través de canales anteriormente establecidos, organizados por el señor T. E. Wellershof.

A partir de ahora se producirían cambios. Los minerales de Middelplaats se venderían y se distribuirían a través de la empresa filial Shaffer & Pérec de Londres, la cual se responsabilizaría también de la venta de otros minerales procedentes de las minas de Wesselews, Mamatwan, Hotazel y Lohatla. Shaffer & Pérec también expediría certificados de origen para todas las Manganese Ores-Normal Sources (es decir South African Manganese Ore y South African Manganese Limited, Durban).

Svein Okeid sostenía el documento con desdén entre el pulgar y el índice. Miró al Minga. ¿Y qué? Abrió los dedos. Los papeles volaron lentamente hacia la alfombra.

—¿Y ahora? —el Minga puso cara interrogante, mientras el cuchillo se volvía cada vez más ridículo.

Okeid hizo un gesto negativo con la cabeza.

—Ni ahora ni nunca. Los aficionados siempre piensan, cuando han visto un trozo de algo, que lo han visto todo. El mundo es negro. Negro como el petróleo. Gris como el carbón. Marrón como el manganeso. Sólo la verdad es blanca como la cocaína. Y eso es veneno, un veneno mortal en una cultura como la nuestra. No te equivocas. Pero tener razón es lo mismo que equivocarse.

Los papeles aterrizaron. Era obvio que el Minga se sentía cada vez más incómodo con el cuchillo en la mano. Lo envió por el mismo camino que habían hecho los papeles. La violencia y el sentimentalismo forman una aleación inquebrantable. Pero apenas sonó al caer en la gruesa alfombra del dormitorio.

—¿No lo quieres? —preguntó el Minga desamparado—. ¿No quieres utilizarlo? Eres un hombre decente, lo sé. Me estoy jugando la vida para mostrar la relación entre estos papeles y Ulrik Ostøen. Tú tienes la obligación, en virtud de tu cargo, de tomarme en serio.

Svein Okeid se incorporó del todo en la cama, miró cautamente al Minga y se puso de pie.

—Estás muerto —dijo—. Lo sabes. Tienes dinero y una nueva identidad. No estás arriesgando tu vida. Nadie puede arriesgar su vida tras haber perecido en un accidente de helicóptero, pero has contribuido a asegurar los puestos de trabajo en la planta siderúrgica, y a que la gente tenga fe en el futuro. Eres casi un mártir, o al menos un héroe. ¿No ves las banderas que se están izando por todas partes?

La voz de Svein Okeid no era desdeñosa, acaso compasiva.

—Puedo hablar con el escritor ese —dijo el Minga—. Él sabe de esto. Wim Runar Leite. Él le sacará partido. Él hará algo con ello.

El comisario Svein Okeid colocó un pie sobre el cuchillo y miró al Minga a los ojos.

—Sí, porque él está tan metido en sus propias fantasías como en la sociedad —dijo con voz firme—. Te tomará como a uno de sus fantasmas personales, igual que haría conmigo o con Ulrik Ostøen. En cuanto lo toque se convertirá en arte y entonces estará fuera de la sociedad. Pero no podrá tocarlo. Hoy está prohibido en poesía usar palabras como *horario laboral*, *lucha salarial*, *explotación*, *lucro* y *solidaridad*. Además, ya no gustan los temas sociales en literatura, por no decir políticos. Estás muerto en todos los sentidos, también en el literario. Pero tienes una nueva identidad. Lo mejor que puedes hacer es desaparecer discretamente, e invertir tu dinero con habilidad. Desde luego el arte no va a ser capaz de devolverte a la vida.

—El que besa al poder en el culo —dijo el Minga Nerud, se llena la boca de mierda.

—¡Tendrás que hacer de tripas corazón!

Svein Okeid tenía una mano en el cuchillo y autoridad en la voz. Dijo:

—Tienes el pasaporte de Bjørn Pelado Blakke. Tienes dinero. ¡Sal de aquí antes de que alguien te reconozca! Recoge tus papeles y ponte en marcha. No necesitas el cuchillo. Podrías herir a alguien.

El Minga hizo como se le ordenó. Recogió los papeles y se fue hacia la puerta. Svein Okeid salió tras él y cerró con llave.

Fuera, al sol, el comisario Okeid se detuvo un instante para llenarse los pulmones del aire fresco de otoño antes de sentarse al volante y abrir la puerta del otro lado. Luego bajó la ventanilla. El Minga se sentó a su lado. Resultaba emocionante ver la bandera de la patria ondear con la brisa. ¿No sonaban a lo lejos instrumentos de viento? ¿No oía por dentro al alcalde preparar su discurso? ¿No oía lo que estaba viendo? Pues sí, era el grito del trampolín. Ulrik Ostøen había vivido su domingo de Holmenkollen y había aterrizado de pie.

Arrancó y subió el Camino Real hasta el final. Tanto la Vía Dolarosa como La Baronía acababan arriba, donde empezaba el bosque. Allí dejó al Minga y le dijo que se pusiera en marcha inmediatamente, antes de que alguien lo reconociera. El Minga iba con las manos vacías. Echó a andar, se volvió, se detuvo y miró a Svein Okeid, que permanecía sentado en el coche. Okeid hizo un gesto de asentimiento y vio al Minga dar de nuevo media vuelta y seguir andando hasta que desapareció páramo adentro. Estaba muerto. Podría vivir eternamente. Okeid giró el coche y volvió a bajar. Había sido una despedida callada, pero Svein Okeid fue incapaz de olvidarse de lo que no se habían dicho. Nadie estaba libre de culpa. La verdad es un veneno peligroso, mortal, una sobredosis. La ley es necesaria. Y el orden. Él podía imponerlo. Pero no sabía de nadie que pudiera juzgar.

El comisario Svein Okeid bajó las cerradas curvas del Camino Real, desde La Baronía hacia el centro. Por todas partes se veía a gente en las calles y en los caminos. Contempló despistado el ambiente festivo preguntándose si no tendría que arreglar algo antes de irse a su casa.

Dio una vuelta por el centro. Entonces se acordó. Vio el cartel. Incluso vio un sitio para aparcar en la acera. Dejó el motor en marcha y entró en la carnicería. Era el único cliente. Lo atendió el propio carnicero. Sí, se acordaba del encargo de Okeid. Incluso le invitó a probar el fiambre de cordero. Era un día de fiesta. ¿Quería que le cortara la carne?

Svein Okeid estuvo a punto de decir que sí, pero optó por decir que estaba suficientemente fuerte como para cortarla él mismo. El carnicero se rió y fue a la cámara a por la res. Luego ayudó a Okeid a cargársela al hombro. Svein Okeid iba hacia el coche como un hombre de la Edad de Piedra con su pieza, un ágil y musculoso cordero de los pastos montañosos de Berdines Ystebø. Sin cabeza y con las patas separadas cupo a duras penas en el maletero.

En el instante en que el comisario Okeid abrió la puerta del coche oyó la música, esta vez más cercana, con bastante nitidez.

¿El baluarte de la libertad? ¿Amanece en el Norte? Hermanos, al sol y a la libertad. No cabía duda. Al internarse en la calle principal vio a los trabajadores de la fundición juntos, hombro con hombro, camino de la plaza. Salían de la fábrica con casco, mono y erguidas banderas a la cabeza. ¡POR LA LIBERTAD Y DIGNIDAD HUMANAS! ¡CUMPLE CON TU DEBER: EXIGE TUS DERECHOS! Así celebraban el mantenimiento de los puestos de trabajo, todos, desde Aston Villa y Spiegeleisen hasta el director Tarvej Mælakollien. Svein Okeid vio que se habían colocado banderitas noruegas en las ventanas de los despachos del ayuntamiento. Los estudiantes salían de los colegios. Le llamó la atención una pareja de jóvenes que iba muy abrazada. Eran los que habían descubierto el cadáver de Gust. Heimstad y necesitarían ayuda psiquiátrica durante mucho tiempo. Al menos se les había procurado un equipo de apoyo. En compañía de sus profesores y otros alumnos entraron en la plaza. En un día como ese las clases no podían continuar como si nada hubiera ocurrido. En lugar de estudiarla, ellos mismos estaban haciendo historia. También cerraron las tiendas por la alegría. Las calles estaban repletas. Los adultos se habían convertido en niños. El conde de la Tierra Pelada corrió la cortina, miró hacia el café y se preguntó qué coño estaba pasando. La ciudad bullía de gente alegre, como el día de la liberación. Svein Okeid se dio por vencido. Con el coche no iba a ninguna parte. Se detuvo. Lo de la res en el maletero no tenía remedio. De todas partes llegaba gente. Todo el mundo estaba alegre, los más radicales seguramente irritados con que el hombre de la ley estuviera al volante dentro de un coche que estorbaba el paso en un día como ese.

Alguien a quien no conocía lo saludó amablemente con la mano. Okeid le devolvió el saludo, grave y formal, pero no desagradable. Ni siquiera en un día como ese el hombre de la ley era capaz de entregarse del todo a la embriagadora alegría que

lo rodeaba. Seguía sin poder avanzar, o se encontraba en la calle que no era. Se sentía atrapado en un callejón sin salida en donde todas las alternativas posibles conllevaban enormes costes morales, y en donde la alternativa moral resultaba imposible. La verdad se digiere mejor en pequeñas dosis. Como la sombra del humo sobre el agua corriente. Como la luna en su órbita detrás de nubes oscuras. La próxima vez intentaría prescribir una dosis mayor. Cuando se dieran las condiciones apropiadas. Ann Dante y el Minga Nerud habían muerto al estrellarse el helicóptero. Era triste, sobre todo para los más allegados, pero cierto. Dos rumiantes con cabeza y cerebro de oveja. Era verdad que Ulrik Ostøen había prometido una gran recompensa a aquel o aquellos que pudieran aportar alguna información que contribuyera a resolver el asesinato de Gust. Heimstad y el robo del dinero. Era verdad que los puestos de trabajo estaban asegurados. Era verdad que Lovra Carbide Corporation cotizaba a 198,40 frente a los 196,40 de la última cotización de la antigua NOFAS.

Era verdad.

Svein Okeid apagó el motor. Todo eso era verdad. No estaba mal. Nada mal. Podría haber estado peor. Exactamente. Ya lo creo. Ya lo creo.

No muy lejos de él se encontraban Aston Villa, el Telediario, Spiegeleisen y Tarjei Mælakollien, hombro con hombro. ¿No veía también a Berdines Ystebø? ¿Y al conde de la Tierra Pelada? ¿Y dónde estaba la televisión?

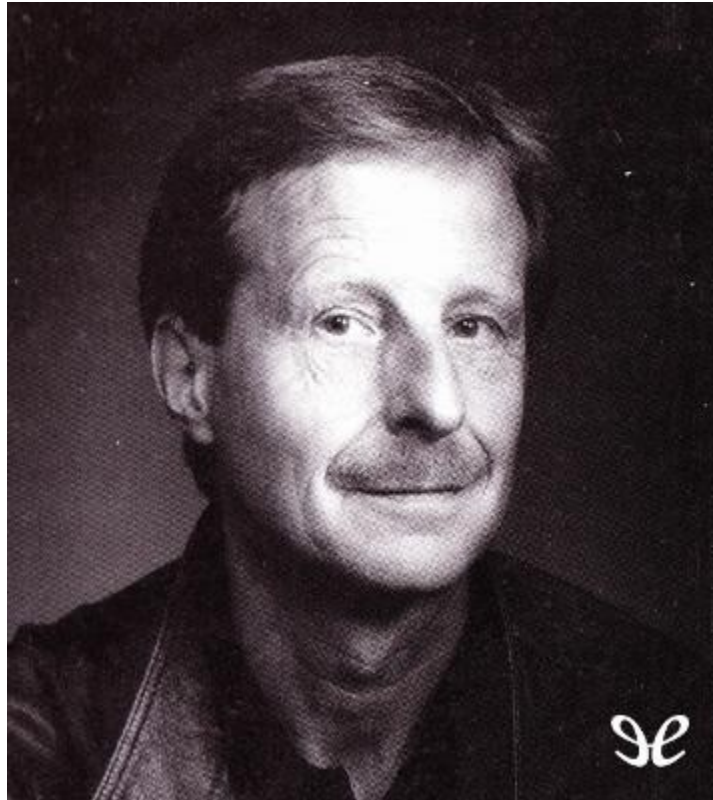
«Hay que verlo», pensó Svein Okeid.

La televisión no estaba lejos. El entrevistador levantó el micrófono. El técnico abrió el sonido.

Kyrre Eliasson sólo grababa sonido ambiente.

Svein Okeid estuvo a punto de pronunciarse, de decir algo, de gritarlo, pero se retractó, y cerró firmemente la boca. Su lengua era una lagartija que asoma el hocico entre los labios por última vez antes de desaparecer en la húmeda oscuridad prehistórica del interior.

Svein Okeid logró con gran esfuerzo salir del coche y mezclarse con la multitud rebosante de alegría. Cuando se disponía a cerrar la puerta, le pareció oír unos golpes suaves aunque persistentes que provenían del maletero. Pero era imposible. Tenía que ser el bombo de la banda de música. O el martilleo del pulso en los oídos. Cerró la puerta con llave. Todavía con ella en la mano, Svein Okeid se abrió camino entre la gente.



KJARTAN FLØGSTAD (Sauda, Noruega, 1944) se dio a conocer en la década de los sesenta como poeta lírico; desde entonces, su obra literaria, que ronda los cuarenta títulos, ha tocado géneros y técnicas muy diversas. No obstante, él mismo reconoce: «Para mí, lo más importante son las novelas». Ha publicado diez, entre ellas, la galardonada *Daten Portlan* (1977), *Det 7. klima* (1986), *Fimbul* (1994), *Kron og mynt* (1998) y *Paradis på jord* (2003). Esta última, cuyo protagonista es un joven chileno que viaja a Noruega en busca de su padre, testimonia el profundo interés de Fløgstad por Latinoamérica, que anteriormente se había concretado en sus trabajos (traducciones y estudios) sobre Pablo Neruda, Julio Cortázar, Jorge Luis Borges, Alejo Carpentier, Octavio Paz, Rafael Alberti, León Felipe y Francisco de Quevedo.